Ariadna Baker

Martina

Y LOS LÍOS CON SU JEFE



Ariadna Baker



Ariadna Baker



Primera edición.

Martina y los líos con su jefe

©Ariadna Baker.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Martina y los líos con su jefe

©Ariadna Baker.

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
RRSS

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Me encontraba en la cocina saboreando ese primer y delicioso café de la mañana mientras intentaba consolar a mi madre, para no perder costumbre. Siempre que lo pasaba mal era por lo mismo; mi hermano Julio había hecho una de las suyas…

No obstante, en aquella ocasión realizó una faena de esas dignas de hacerle salir por la puerta grande, en términos taurinos.

No, no exagero ni lo más mínimo, ya que no se le ocurrió mejor idea que asistir como invitado a una boda, pillar una borrachera monumental y, sin ni siquiera pasar por casa, ir derechito al trabajo, lo que se llama vulgarmente ir de empalme.

Ya eso, de por sí, sería suficiente motivo para que mi madre cogiese el cielo con las manos, pues parecía que él no iba a sentar cabeza en la vida, pero había algo todavía mucho más grave que aún no he mencionado, ya que mi hermano era conductor de la grúa municipal y su labor consistía en ir retirando todo vehículo que, estacionado en la vía pública, hubiese de ser sancionado.

Como digo, ese día lo bordó, empeñándose en retirar un coche parado en doble fila perteneciente a unos señores que se encontraban dentro de un bar tomando un café y que eran nada más y nada menos ¡que policías!

Sí, sí, no se trata de un chiste, si bien podía haberlo sido, porque era de traca, de verdadera traca… Mi hermano retiró un coche patrulla. Total, que, entre unos actos y otros, se vio suspendido de empleo y sueldo hasta que recuperase el carné de conducir, como mínimo seis meses, que fue lo considerado por el juez dado su evidente estado de embriaguez, más una «multita» de tres mil euros. Y encima el muy jodido de él casi que no le daba importancia, argumentando que la multa en cuestión podía pagarla «en cómodos plazos», ¿era para matarlo o no era para matarlo?

Pues sí que lo era, porque no estamos hablando de un adolescente de quince años, sino de un tío que se suponía hecho y derecho y que, no obstante, a sus treinta años la estaba liando parda…

En fin, que entre la depresión en la que estaba inmersa mi madre desde hacía diez años, cuando mi padre la

abandonó por una chica bastante más joven que ella, al más pleno estilo Enrique Ponce, y los disgustos que le daba mi hermano, estaba todo el día llora que llora por los rincones, igualito que la Zarzamora de la copla.

He de reconocer que la vida que nos tocó en suerte tras la marcha de mi padre no fue excesivamente fácil: una mujer destrozada, una familia rota, un hermano que desde entonces cambió y se volvió más rebelde… En definitiva, un auténtico caos que en nada se parecía a la armonía reinante en nuestro hogar hasta ese momento.

Lo peor de todo era que mi madre, a sus cincuenta años, se mostraba incapaz de salir de esa larguísima depresión que tuvo como primera consecuencia la baja de su empleo como enfermera en el hospital y terminó con una pensión de incapacidad, al no levantar cabeza pasados los años.

Eso sí, no había un solo día que renunciara a su rutina *fitness*, comiendo saludable, razón por la que lucía un cuerpazo que ya lo querría yo para mí. Y encima, se vestía cada mañana con un *outfit* deportivo propio de ir a Miami Beach a practicar deporte, cuando lo cierto es que ni siquiera salía a la puerta de la calle. ¡Bendita depresión selectiva!

Y la cosa no acababa ahí, no. Lo más gracioso de todo es que firmaron el acuerdo de divorcio con la condición de que, hasta que yo no comenzase a trabajar, mi padre tenía que abonarme una pensión de alimentos de quinientos euros. De ahí que, a mis veinticinco años, siguiera cobrándolos, puesto que mi madre me advirtió que, en el caso de que se me ocurriese trabajar, me pondría de patitas en la calle. Su objetivo era que a mi padre le costase el dinerito contante y sonante.

—Mamá, me he matriculado en un curso de esteticista —le comenté contenta, aunque no sabía muy bien si me saldría por la vía de Tarifa.

—Qué bien hija, sabes que me gusta que estudies, todo menos trabajar —me aclaró enseguida, por si acaso se me había olvidado, algo imposible partiendo de la base de que ella me lo recordaba a cada momento.

—Tranquila —murmuré con un nudo en la garganta. No me gustaba mentirle y, no obstante, acababa de hacerlo. A ella era imposible decirle la verdad sin que salieran sapos y culebras de sus labios.

No me matriculé en ningún curso, simplemente había conseguido un empleo, tras lo cual hablé con mi padre sobre ello. Acordamos que él me seguiría ingresando la pensión para no levantar sus sospechas, porque desconfiada era un rato largo y cabía la posibilidad de que me pidiese los justificantes bancarios. Eso sí, el dinero, desde que cumplí los dieciocho años. fue íntegro para mí. Mi madre decía que no quería ni un duro de ese ser.

Con mi padre gozaba de mucha más confianza que con ella, quien vivía encerrada en sí misma y se mostraba como un alma en pena 24/7. Eso sí, impecable, como una joven de treinta años a la que no le faltaba un detalle.

Por esa razón, porque no perdonaba a mi padre, debía ocultarle los encuentros que mantenía con él, evitando así

que activase el «modo dramático» y se pusiera la cosa tensa en casa por un buen tiempo. Mi padre me entendía a la perfección y me apoyaba en todo, poniéndome las cosas fáciles para que yo no sufriera más de lo necesario.

La amaba, a pesar de lo que hizo, él la amaba. No llevaba con la otra chica ni tres meses cuando se dio cuenta de todo lo que había perdido, rompiendo entonces esa relación que no representó para él más que un capricho pasajero propio de esa crisis de la madurez que se agudiza en muchos hombres.

Desde entonces, vivía solo y no perdía la ilusión de volver con nosotros, pero mi madre, a pesar de también amarlo con toda su alma, jamás lo perdonó ni lo haría. Esa cabeza hueca, o en todo caso, llena de rencor, prefería vivir en el dolor que darle una oportunidad al que fue el amor de su vida y pilar familiar más sólido.

Y, tras pasar por tan complicado trance, había llegado mi momento. Necesitaba trabajar, sentirme libre y plena, as que todo era entusiasmo respecto a mi nuevo puesto de secretaria de personal de la mayor empresa de inversión d la ciudad.

Había estudiado Administración y Dirección de Empresas, si bien me conformaba con empezar por abajo y escalar posiciones, hasta terminar desarrollando un puesto más acorde con mi formación.

Me encontraba radiante y feliz, aunque muy nerviosa. Me sentía como cuando era pequeña y vivíamos todos juntos la llegada de los Reyes Magos.

Lo triste era tener que seguir ocultando la verdad a mi madre para que no se desatara una guerra. La vida, en ocasiones, no nos muestra su cara más amable. Qué iba a hacer, me había tocado a mí y no tuve otro remedio que aprender a vivir de esa manera, dándole a esa mujer una de cal y otra de arena.

Debo admitir que la complicidad con mi padre (a la que ya he hecho referencia) más esos abrazos que me llegaba al alma, eran suficientes para mitigar la tristeza que me atormentaba la mayoría de los días. Él fue el motor que m impulsó a trabajar y siempre me animó a hacer cosas para sentirme más dichosa y realizada.

e

que activase el «modo dramático» y se pusiera la cosa tensa en casa por un buen tiempo. Mi padre me entendía a la perfección y me apoyaba en todo, poniéndome las cosas fáciles para que yo no sufriera más de lo necesario.

La amaba, a pesar de lo que hizo, él la amaba. No llevaba con la otra chica ni tres meses cuando se dio cuenta de todo lo que había perdido, rompiendo entonces esa relación que no representó para él más que un capricho pasajero propio de esa crisis de la madurez que se agudiza en muchos hombres.

Desde entonces, vivía solo y no perdía la ilusión de volver con nosotros, pero mi madre, a pesar de también amarlo con toda su alma, jamás lo perdonó ni lo haría. Esa cabeza hueca, o en todo caso, llena de rencor, prefería vivir en el dolor que darle una oportunidad al que fue el amor de su vida y pilar familiar más sólido.

Y, tras pasar por tan complicado trance, había llegado mi momento. Necesitaba trabajar, sentirme libre y plena, así que todo era entusiasmo respecto a mi nuevo puesto de secretaria de personal de la mayor empresa de inversión de la ciudad.

Había estudiado Administración y Dirección de Empresas, si bien me conformaba con empezar por abajo y escalar posiciones, hasta terminar desarrollando un puesto más acorde con mi formación.

Me encontraba radiante y feliz, aunque muy nerviosa. Me sentía como cuando era pequeña y vivíamos todos juntos la llegada de los Reyes Magos.

Lo triste era tener que seguir ocultando la verdad a mi madre para que no se desatara una guerra. La vida, en ocasiones, no nos muestra su cara más amable. Qué iba a hacer, me había tocado a mí y no tuve otro remedio que aprender a vivir de esa manera, dándole a esa mujer una de cal y otra de arena.

Debo admitir que la complicidad con mi padre (a la que ya he hecho referencia) más esos abrazos que me llegaban al alma, eran suficientes para mitigar la tristeza que me atormentaba la mayoría de los días. Él fue el motor que me impulsó a trabajar y siempre me animó a hacer cosas para sentirme más dichosa y realizada.

Capítulo 2



Salí de la habitación teniendo claro lo que me iba a decir mi madre…

—Hija, ¿no vas demasiado arreglada para un simple curso? —Por Dios que era para pedir una boquita prestada, no pude contenerme, y eso que traté de hacerlo.

—Mamá, ¿no te pintas demasiado para estar encerrada en casa? Porque ya que hablamos de una cosa, hablamos también de la otra, ¿no te parece? —reí por no llorar.

—No se te puede soplar en un ojo, cómo eres, parece que estás a la defensiva con tu pobre madre—se quejó, porque ella era especialista en hacerlo.

—Me parece muy injusto que me digas eso, siempre me callo, ¿o no? Ante todo, lo hago, me muestro muy respetuosa contigo, tanto cuando te entiendo como cuando no, pero no aguanto esa manera que tienes de soltarme las cosas cuando tú no das ejemplo —le reproché porque yo empezaba a estar ya hasta la punta del moño y sentía que, si me callaba, terminaría por explotar.

—Dale gracias a Dios de que me has tenido a mí como ejemplo y no a tu padre. —Le faltó el tiempo para decir. Ella sabía cómo hacer sangre y no perdía la oportunidad.

—¿Cuándo vas a dejar de atacarle? Ya está bien, ¿no te parece? Mamá, él cometió un error muy grande, pero luego se arrepintió. Papá nos quiere y siempre estuvo ahí, lo reconozcas o no. Tu orgullo es el que no te permite separar su faceta de padre de la de marido.

—¿¡Lo estás defendiendo!? —me preguntó con ira, porque si había algo que en el mundo no pudiera aceptar era eso. Es que no podía hacerlo de ninguna forma y estaba a punto de tirárseme a la yugular.

—Me voy, no quiero llegar tarde. —Me dirigí a la puerta mientras intentaba no morderme la lengua y hacerla sangrar, porque aquello era para partirlo y darle a probar un trocito a cualquiera. Eso no había quien lo pudiese digerir. Qué mujer más complicada, a mí me iba a matar a puritos disgustos.

—Eso, vete, desde luego que eres una desagradecida ¡mala hija! —La escuché como si se fuera a echar a llorar, lo mismo de siempre. Esa era su forma de chantajearme emocionalmente, la misma que le surtió efecto toda la vida por mi manera de ser, ¡ya estaba bien!

A veces sentía la necesidad de coger las maletas y marcharme con mi padre, si bien luego me calmaba y llegaba a la clara conclusión de que era incapaz de causarle ese dolor a mi madre, aunque ganas no me faltasen en muchos momentos.

Lo peor de todo era que mi hermano podía considerarse un calco de ella y tampoco perdonó nunca a nuestro padre por su marcha. Eso sí, hasta que comenzó a trabajar tampoco le faltó nunca su pensión de quinientos euros. Mi padre jamás falló en el pago, con la diferencia de que a Julio mi madre jamás se atrevió a prohibirle que iniciara sus pasos en el mundo laboral, a sabiendas de que él no se lo habría consentido.

Total, que la tonta del bote y la que se dejó manejar fui yo, y eso me frustraba. Por esa razón, estaba más alegre que unas castañuelas gracias a mi trabajo, ese que le ocultaba a mi madre, pero que no estaba dispuesta bajo ningún concepto a que me fastidiara, porque hasta ahí podría llegar la broma.

Yo estaba que trinaba con esa mujer tan amargada y más después de la bronca que me acababa de echar por tratar de insinuarle que mi padre no era el ogro que ella nos pretendía hacer ver desde su separación.

En fin, que me encontraba a punto de entrar por las oficinas después de un trayecto de quince minutos durante el que lloré como una niña pequeña de rabia, impotencia y desolación.

Me pasaba muy a menudo. Y yo era muy llorona, así que el llanto me desahogaba.

Menos mal que solía utilizar maquillaje de calidad, y que el rímel que utilicé fue *waterproof*, porque de otro modo se me habría corrido y yo terminaría pareciendo un choco en su tinta, cosa que me habría matado de la vergüenza.

Me bajé del coche, el mismo que me regaló mi padre un año atrás por mi cumpleaños. Todo un detalle que sí que fue del agrado de mi madre, ya que así conseguía que mi padre desembolsara otra suma de dinero, el cual según ella solo servía para intentar comprarnos. Vaya, que lo hiciera como lo hiciera, siempre estaba mal. El pobre hombre, ante sus ojos, no acertaba ni por cachondeo.

No me costaba mucho mantenerlo ya que no lo utilizaba apenas. Le llenaba el tanque cada tres meses y no exagero, porque, a mis preciosos veinticinco años no salía más que para tomar un café con mi amiga de toda la vida, Inés, quien siempre me aconsejaba que me fuera a vivir con mi padre y comenzara a vivir la vida que merecía, ya que al lado de mi madre no se vivía, simplemente se sobrevivía.

Y eso que la mujer no pudo salir mejor parada con la separación pues, aparte de contar con su trabajo, mi padre le cedió completamente la propiedad de la casa, además de ingresarle cincuenta mil euros, la mitad de lo que habían

ahorrado gracias al trabajo de él como médico de cabecera.

En definitiva, que pude haber tenido una preciosa familia que en esos momentos estaba rota en mil pedazos. Pero tan rota que parecía que no habría pegamento que pudiera volver a unir sus piezas. Menuda era mi madre, anda que ella iba a aceptar una reconciliación. Ni en broma, pero que ni en broma. Ni en mil vidas que viviera.

Yo contaba con un buen montón de ahorros, dado que no gastaba apenas un euro. No me daba tiempo a comprarme un capricho cuando mi padre aparecía con una camiseta, unas deportivas, un abrigo o un sinfín de regalos que siempre adquiría para darle a su hija una bonita sorpresa.

No podía ser más generoso ni más bueno conmigo. Y a esa mujer no le entraba en la cabeza, no había forma humana ni divina de hacerle entender eso de que «quien tiene boca, se equivoca». Y sí, mi padre se habría equivocado el día que quiso poner punto final a su matrimonio, pero trataba de enmendar con creces sus errores.

A veces pensaba que quien sufría una depresión era yo y no mi madre. No eran pocas las ocasiones en las que sentía presión en el pecho y lloraba con mucha tristeza hasta altas horas de la madrugada. Me sentía presa de la situación y no sabía cómo salir de ella. Me encontraba acorralada, prisionera en una cárcel de oro en la que, a primera vista, parecía no faltarme de nada. Sin embargo, bastaba con mirar con mayor detenimiento para darse cuenta de que me faltaba lo principal; la libertad.

Me encendí un cigarrillo antes de entrar. Yo era puntual y no dejé que me pillase el toro, razón por la que iba sobrada de tiempo. Debo decir que todos los meses me compraba una cajetilla de cigarrillos, fumaba uno al día y no siempre lo solía hacer en el mismo horario, sino cuando más nerviosa me encontraba.

O sea, que era fumadora, pero totalmente controlada. A mí es que me gustaba sentir que, al menos eso, podía hacerlo en la vida; ejercer el control sobre pequeños gestos, espontáneos y cotidianos, que me recordaran que yo era un ser humano autónomo, y que ni madre nada podría decir al respecto.

Sabía que dar la mejor imagen de mí era fundamental en esas oficinas que gozaban de mucha popularidad y reconocimiento. Por esa razón, y dado que yo deseaba mostrar un aspecto profesional de los pies a la cabeza, lo primero que tenía que sacar era mi sonrisa, esa que forzosamente ocultaba la tristeza que habitaba en mí.

Tuve la suerte de que allí pretendían contar con una secretaria sin experiencia para poder inculcarle su modo de trabajo y sus propias pautas. Así se aseguraban de que la elegida no llegase de otros puestos con vicios previos.

Esa idea me la hizo saber el comentario de Patty, la chica de recepción, a quien se lo agradecí porque, ya sabiéndolo, podría dejar a un lado parte de esos nervios que no podía evitar que me acompañasen en el que iba a ser mi debut profesional porque sí, he de reconocer que hasta ese lugar llegué de los nervios.

Capítulo 3



Pasé las puertas principales y ahí estaba ella en la recepción con esa sonrisa tan graciosa que lucía. Era preciosa, rubita con el pelo liso y largo, ojos verdes y unas pequitas que hacían que su cara fuese una verdadera monería.

—Hola, Martina, ¿nerviosa? —me preguntó en un tono de esos que te tranquilizan como si te hubieses tomado medio litro de tila. Lo único es que, aquel día, me iba a resultar difícil tranquilizarme, porque un manojito de nervios a mi lado podría ser considerado tranquilo.

—Buenos días, Patty. Tengo una centrifugadora dentro de mi estómago —sonreí apretando los dientes y poniendo cara de terror. Ella me inspiraba confianza y era obvio que necesitaba apoyarme en alguien, puesto que me estaba sintiendo fatal, y eso que el trabajo me hacía tremenda ilusión. Cuestión aparte era la de mis nervios, capaces de jugarme una mala pasada.

—Tranquila, verás lo bien recibida que eres por los demás. Eso sí, ojo con el jefe, el señor Liam es un tanto peculiar. Ahí lo dejo.

Pues sí, lo dejaba ahí como si tal cosa y yo, que tenía el baile de San Vito en las piernas, que saltaban solas, no dudé en preguntarle.

—¿Cómo de peculiar? Dímelo sin rodeos, que yo prefiero saber, Patty. Cuanto más sepa, menos posibilidades tendré de meter la pata.

—Digamos que si él dice blanco más vale que lo veas blanco. Y otra cosa, nunca tardes en acudir cuando te llame de ello dependerá su humor. No te digo nada y te lo digo todo. —Me guiñó el ojo pizpireta.

—Me alegra saberlo. —Volví a apretar los dientes—. Voy a presentarme ante él. —Cogí aire antes de dirigirme a su despacho.

Me paré ante la puerta en los segundos previos a dar dos golpecitos no muy fuertes, no quería molestarlo. Solo faltaba que fuera un tipo de esos sensibles que no aguantan los sonidos altos y que se ponen de mala leche a la primera de cambio. No, yo haría todo lo posible por caerle bien. Como Martina que me llamaba que yo tenía

caerle genial a aquel tipo, por muy tiquismiquis que fuese.

—Adelante—me dijo y me sentí aliviada. Parecía estar esperándome como agua de mayo, y eso fue algo que me tranquilizó. Igual no era tan fiero el león como lo pintaban, que la gente es muy dada a darle a la lengua, aunque Patty no me pareció ninguna chismosa, que eso también hay que decirlo.

—Buenos días. —Me dirigí a su mesa en una actitud muy humilde y con la sonrisa en la boca, tratando de agradarle.

—Qué bien que hayas llegado. —Cogió la papelera y me la puso en las manos —. Ya no cabe ni un papel —prosiguió sin inmutarse.

—Está bien, voy a vaciarla. —Me quedé a cuadros y sin saber qué decir. ¿Vaciar la papelera? A ver, que a mí no se me caerían los anillos por hacerlo, pero que no me parecía labor para una secretaria, y mucho menos en una empresa que se suponía que era de las más prestigiosas del sector. Igual es que así habían ascendido puestos, ahorrándose sueldos, y allí una tendría que servir igual para un roto que para un descosido.

Me acerqué al puesto de Patty para preguntarle dónde podía vaciarla y me miró sorprendida.

—¿Te ha mandado vaciarla? No veas con el jefe, este contrata un dos por uno y se queda tan pancho. Normal que la gente se enriquezca tan fácilmente —me reí con su comentario que, por otra parte, coincidía plenamente con el que a mí me había pasado por la mente nada más darme esa orden tan surrealista.

—Bueno, pues voy a ese cuarto y soluciono el problema rápido —le indiqué a uno en el que la puerta estaba abierta. Yo tampoco quería amargarme el día, la verdad.

Si al final resultaba que el jefe era más raro que un perro verde, tendría que adaptarme a las nuevas condiciones y punto, tampoco iba a echarme a llorar. Yo soy muy versátil y me adapto como un camaleón, así que listo.

Y lo hice, vacié la papelera. Y además he de decir que no me molestó en absoluto. Todo fuera eso. Ahora bien, las que me parecieron un poco frías fueron las formas del jefe en su primera toma de contacto conmigo. En fin, qué se le iba a hacer. Hay gente a la que se le da un cargo y en nada se creen que están posicionados en la cima del mundo.

—Señor Liam, aquí está. Ya la tiene limpia. —La coloqué a un lado de su mesa por el interior.

—Si no te importa, ve limpiando el polvo mientras termino de hacer una gestión telefónica. Y ya luego salgo a tomar un café para que puedas limpiar el suelo con más comodidad, que no pretendo ser un estorbo.

A educado no le ganaba nadie, pero su petición me dejó de piedra, ¿iba en serio? Que yo vuelvo a decir que no me importaba demasiado, pero que igual se estaba un pasando un pelín.

Miré mis manos, ya que me había hecho la manicura el día anterior para que mis uñas lucieran perfectas, y también miré el monísimo modelito que llevaba puesto, ese que incluso había alertado a mi madre (menudo radar tenía ella), y concluí que mandaba narices que me hubiera arreglado tanto para ponerme a limpiar como si no hubiese un mañana.

—Claro —le dije, porque si le llegó a decir mejor todo lo que se me estaba pasando por la cabeza, allí habríamos estado de cháchara todo el día, ya que se habría abierto un buen debate.

Volví a salir de allí para coger de aquel cuartito los productos de limpieza y Patty se mostró absolutamente incrédula. No, no parecía que tal circunstancia se hubiera dado antes, a juzgar por las caras que ella iba poniendo, de manera que no me quedó más remedio que encogerme de hombros, porque yo tampoco entendía nada.

—Yo de ti no lo haría, la verdad, aunque no te juzgo. Liam te contrató como secretaria, no como limpiadora. Y, por cierto, por las tardes comienza el turno del equipo de limpieza. Cuando se van, aquí no queda ni una mota de polvo, de manera que yo no sé qué demonios quiere este hombre que limpies.

—No me importa hacerlo, de corazón te lo digo. No te lo tomes a la tremenda. Supongo que le habrá dado por ahí y ya, prefiero restarle importancia —le sonreí porque me parecía buena compañera y con ganas de velar por mis intereses, pero yo lo único que deseaba era evitar una polémica. Y más en mi primer día de trabajo.

—Me parece que con esa actitud vas a terminar siendo de todo menos secretaria. —Me aconsejó ella, quien parecía bastante más escandalizada que yo con las extrañas peticiones del jefe.

—Bueno, mientras mantenga el puesto…

—Espabila, Martina, la vida no es así, no se puede estar una conformando con todo lo que le pase. —Volvió a aconsejarme, quizás temerosa de que, si el jefe empezaba mangoneándome a mí, terminase haciéndolo también con el resto, que igual iban por ahí por los tiros.

—Lo mismo está poniéndome a prueba —alegué porque yo extrañada estaba bastante. Otra cosa era que no quisiera problemas, porque no los quería.

—Pues lo mismo no le gusta alguien conformista, ¿o es que no has pensado en eso? Igual lo que está esperando es que le plantes cara, que le demuestres que tienes personalidad.

—Tienes razón, pero voy a dejarme llevarme por el corazón —añadí porque, pese a que pudiera tenerla, yo no me

veía con el valor suficiente como para entrar en el despacho del jefe y decirle que le limpiara el polvo y el suelo su prima la del pueblo.

—Ahí está el problema, llevarse por él no suele ser una buena idea —prosiguió. Parecía que le habían dado cuerda, a Patty no había quien la callase. Estaba indignada y lo demostraba.

Finalmente, entré en su despacho y Liam estaba al teléfono valorando la inversión de una finca. Me puse a limpiar el polvo cuando también entró una chica con un carrito y con un uniforme de limpieza.

—Pero… —murmuró Liam mirándonos a los dos, sin entender lo que estaba sucediendo allí.

—Como le dijo mi jefe, hoy vendríamos por la mañana —le aclaró ella, que tampoco entendía muy bien qué hacía yo con la bayeta del polvo en la mano, sacándole brillo a las estanterías como si fuera la reencarnación de la Ratita Presumida del cuento.

—Sí, pero pensé que… —Me señaló con franco desconcierto, intentando ponerse en situación.

—Soy Martina, la nueva secretaria. —Apreté los dientes y él esbozó una sonrisa mientras negaba y apoyaba una de sus manos en su cadera.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho antes? —reía y hasta contagió a la chica, que tampoco entendía muy bien de qué iba la cosa hasta ese momento.

—No tuve mucha opción. —De nuevo apretaba los dientes que, a ese paso, desgastaría en pocas horas.

—Al menos hizo una parte de mi trabajo, me siento afortunada y agradecida —añadió ella, que también era muy simpática y amable, provocándome una carcajada.

—Acompáñame, Martina —me ordenó Liam mientras se colocaba la chaqueta y ponía rumbo a la puerta del despacho.

Pasamos por delante de Patty, quien me miraba cómplice, como queriéndome enviar un montón de mensajes en forma de interrogantes y que podía casi adivinar. La pobre no entendía lo que estaba pasando. Sonreí y le dije adiós con la manita.

Ella se puso como bizca, de lo más divertida, dándome a entender que no comprendía nada de lo que estaba pasando. Para mí que hasta debió mirar el calendario para comprobar que no era el Día de los Inocentes ni nada parecido.

Yo también me sentía mucho más aliviada después de deshacerse el enredo, porque por momentos me vi limpiando lo más grande, qué risa.

Nos dirigimos a la terraza de la cafetería que había a un lado de la entrada de las oficinas, Liam pidió un par de cafés y me miró.

Yo también me sentía mucho más aliviada después de deshacerse el enredo, porque por momentos me vi limpiando lo más grande, qué risa.

Nos dirigimos a la terraza de la cafetería que había a un lado de la entrada de las oficinas, Liam pidió un par de cafés y me miró.

Capítulo 4



Liam no paraba de negar y reírse recordando lo sucedido y, además, a mí me contagiaba esa risilla que tenía. No parecía tan mal hombre y, en honor a la verdad era un tipo guapísimo. A sus cuarenta años parecía estar en ese momento en el que algunos se convierten en irresistibles, como era su caso.

—De esto me voy a acordar toda mi vida. —No podía sostener ni la taza de café en sus manos, al ser incapaz de reprimir la carcajada—. No quiero ni pensar en la imagen de patán y explotador que te habré dado. Cielos, qué fuerte —reía sin poder parar.

—Bueno, fue una equivocación sin más. —Quise quitar hierro al asunto mientras seguía ruborizándome por completo por la situación que había acabado de vivir, ¡lo que no me pasara a mí! Sí que había sido de risa, sí, y aunque yo no quisiera reconocérselo por no darle más importancia al asunto, tampoco se borraría jamás de mi memoria, eso fijo.

En ese instante me sonó un mensaje y era de mi madre. Yo me eché a temblar porque ella no respetaba nada, y pese a que se suponía que estaba en un curso, igual eso se la traía al pairo, puesto que no era la primera vez que sucedía. Que me lo contaran a mí, qué hartita me tenía esa mujer y qué poquito parecía darse cuenta de la situación.

Mamá: *Necesito que vengas a casa, me noto con mucha ansiedad.*

Martina: *Mamá, estoy en el curso, no puedo.*

Mamá: *¿Es más importante un curso de mierda que no te llevará a nada, que la salud de tu madre?*

Martina: *Mamá respira.*

Mi corazón comenzaba a trotar en el interior de mi pecho, como siempre que se me daba una situación así. Ella no parecía ser consciente del daño que me hacía tirando tanto de mí, como si fuera el centro de mi existencia.

Me agobié, me agobié muchísimo, y eso se reflejó en mi rostro, por mucho que yo pretendiese evitarlo. Traté de

gestionar la entrada del aire en mis pulmones, como siempre me aconsejaba que hiciera mi amiga Inés, aunque enseguida fui consciente de que casi comenzaba a hiperventilar.

—¿Estás bien? —se interesó Liam, viendo el cariz que estaba tomando la situación. Parecía mostrar un interés sincero y eso era de agradecer, porque le alejaba de la imagen de jefe tirano. Él no parecía ser así.

—Sí, tranquilo—le contesté presa de los nervios, tratando de evitar que se me notaran, cuando eso era tan complicado como pretender parar el viento, la verdad.

Silencié el teléfono a sabiendas de que tal gesto a mi madre la iba a poner histérica, si bien yo no podía permitir que me arruinara el primer día de trabajo, empecinándose en decirme cosas a lo largo de toda la mañana y culpándome de la mayoría de sus males, cuando no de todos.

Traté de desviar su atención y entonces Liam me explicó un poco la dinámica de la empresa, en qué consistirían mis primeros días de trabajo hasta ir haciéndome a la rutina y a su forma de llevar los asuntos, algo en lo que yo pensaba emplearme a fondo.

Lo cierto es que yo tenía puestas muchas expectativas en ese trabajo por la sencilla razón de que no solo suponía un empleo para mí y la forma de ganar un dinero extra, sino que yo lo veía como una vía de escape y como una forma de permanecer un buen número de horas al día separada de mi madre y a salvo de sus paranoias.

Escuché a Liam con atención y luego me acompañó a presentarme al resto del equipo: Lucas, su mano derecha, un hombre de unos cincuenta años y que le ayudaba a meditar cada decisión de inversión de la empresa; Marisa, gestora de expedientes, ella se encargaba de revisar, en un primer momento, la viabilidad o no a las operaciones financieras; Mario, asesor laboral y contable; y Patty, a la que ya tenía el gusto de conocer y me caía genial.

Me dio mucha alegría saber que también contaría con mi propia mesa y mi zona de despacho en la que iría llevando a cabo todo lo que me pidieran unos y otros. Lo primero, dedicarme a la actualización de datos de una serie de clientes a los que tenía que telefonear.

El trabajo, a primera vista, me gustaba bastante. Y el clima en él me parecía agradable, cosa que era muy de valorar, ya que hay lugares en los que se da dinero justamente por no trabajar, por irónico que pueda sonar.

La mañana transcurrió con rapidez. Yo hice un gran esfuerzo por guardar mi móvil en el bolso y no consultar la sarta de mensajes que, seguramente, me habría enviado mi madre.

No voy a decir que fuese fácil, pero sí necesario. Si quería librarme de la presión que esa mujer ejercía sobre mí, tendría que hacerlo así. No podía darle más importancia ni permitir que, cuando quisiera darme cuenta, ya hubiera caído de nuevo en ese jueguecito perverso de críticas que me mortificaban.

Aunque un poco nerviosa por la que me caería cuando llegara a casa, por lo demás me mostré satisfecha al haber conseguido todo lo que me encargaron antes de marcharme, sin dejar ningún tema atrasado para el día siguiente.

Eso sí, a la salida charlé un poco con Patty y le conté lo sucedido, de ahí que estallara en un ataque de risa que le duró un buen rato.

—Mira, de veras que yo no podía entenderlo. Es cierto que te advertí de que Liam podía ser un tanto particular. Pero de ahí a que te pusiera a limpiar sin darte la más mínima explicación… De veras que eso no me cuadraba mucho en él. Hasta llegué a pensar que te estaba poniendo a prueba, sí.

—Pues ya ha visto que sirvo para todo, Patty, porque estará mal que yo lo diga, pero si la chica de la limpieza tarda algo más en llegar, yo le hubiera dejado el despacho como los chorros del oro.

Patty se desternillaba conmigo. Ella era de risa fácil y yo muy resuelta a la hora de hablar de mis cosas, de manera que se divirtió muchísimo con mi relato antes de despedirnos hasta el día siguiente.

Que Dios me cogiera confesada, porque mi madre debía estar subiéndose por las paredes como la Niña del Exorcista, si lo sabía yo…

Fue llegar a casa y adiviné en su cara que igual no había preparado almuerzo, porque estaba a punto de comerme, sin aliñar y sin nada.

—Primera y última vez que te digo que vengas y no lo haces —me ordenó con unos malos modos de espanto. Pocas veces la había visto así, para mí que hasta se le estaba revolviendo la bilis porque estaba más amarilla que el chino del bazar de la esquina.

—Mamá, necesito hacer mi vida, no puedo estar siempre a tu merced —argumenté a mi favor, porque otra cosa no podía hacer.

—Pues coge tus cosas y te vas de esta casa. Si tan independiente eres, hazlo como una mujer, a mí no me vengas con niñerías —argumentó de inmediato, pues su lengua era mordaz.

—Eres muy injusta —me quejé con las lágrimas a punto de salir de mis ojos.

—Mañana no irás al curso —me ordenó nuevamente. Esa mujer mandaba más que un coronel de artillería, por el amor del cielo.

—Sí que iré —dije con dolor y rabia a la vez.

—Pues lárgate de esta casa. —Señaló hacia la puerta, insistiendo en la idea de que solo podía quedarme si cedía a sus ridículas exigencias.

—¿No te ves? —Comencé a notar las lágrimas ya rodando en dirección hacia mis mejillas.

—¡Que te vayas! —gritó asustándome por el tono tan fuerte en el que lo hizo.

«Ahora o nunca» pensé, porque ya no podía más. Mi madre había colmado el vaso con esa última gota de exigencia e impertinencia. Comencé a preparar las bolsas con mis pertenencias, las cuales tampoco es que fueran demasiadas y, a continuación, las fui bajando hacia mi coche ante la frialdad de ella, de la que hacía gala no porque no le doliese, sino por su orgullo.

Antes de arrancar el coche le envié un mensaje a mi padre para avisarle de que iba hacia su casa y no de visita precisamente.

Ni que decir tiene que me recibió con los brazos abiertos y me ayudó a instalarme en una de las habitaciones que aguardaban, nuevas e intactas, a su familia, como solía decir.

Mi padre siempre supo que en algún momento eso pasaría, hasta yo lo sabía, pero ninguno de los dos le quería hacer daño a mi madre, por lo que nunca ocurrió hasta ese día en que ella se empeñó en echarme de casa si no acataba sus órdenes.

Había llegado el momento y, aunque parezca egoísta, a mi salud mental le vendría bien ese cambio, por mucho que me doliese dejarla. En realidad, no la dejé, ella me había echado, sin dejarme más opción.

Lo pasé fatal en esas primeras horas, y tuve la certeza de que lo seguiría pasando mal durante un tiempo, ya que los cambios cuestan, y más si son el fruto de una imposición.

Por mucho que adorara a mi padre, yo jamás quise dar ese paso. Y dolía, dolía porque había tragado veneno con tal de no hacerle daño a mi madre, y en esos instantes me daba cuenta de que había sido para nada, de que ella se ponía delante de todo y de todos, incluidos sus hijos.

Mi padre me cocinó, ya que él ya había almorzado cuando llegó del trabajo. Era un buen cocinero y preparaba los platos con mucho mimo y amor, como todo lo que hacía, porque no se le podía reprochar nada más allá de ese error que cometió, ese que terminamos pagando todos. Por lo demás tenía el cielo ganado.

Pasé la tarde con él y recibí un par de mensajes de mi madre dirigiéndose a mí como si fuera el mismo diablo Ni me entretuve en contestarle, no estaba dispuesta a entrar en una guerra que yo no había buscado y en la que no iba

a participar, puesto que la declaró ella solita.

Si quería seguir adelante sin que mi salud mental resultase afectada, no tendría más remedio que mirar adelante y entender que ella era como era, y que yo jamás podría cambiarla.

Me acosté pronto esa noche. Sentía una presión en el coco que no me dejaba estar bien, así que tras cenar con mi padre me fui directa a la cama a llorar un buen rato antes de caer dormida, de tan cansada como me encontraba.

Era muy injusto pensar que tanto esfuerzo por mi parte no había valido para nada, y pensé en que Inés tenía razón y antes tenía que haberme ido, puesto que al final ella me echó y a mí se me quedó cara de boba, como no podía ser de otra manera.

a participar, puesto que la declaró ella solita.

Si quería seguir adelante sin que mi salud mental resultase afectada, no tendría más remedio que mirar adelante y entender que ella era como era, y que yo jamás podría cambiarla.

Me acosté pronto esa noche. Sentía una presión en el coco que no me dejaba estar bien, así que tras cenar con mi padre me fui directa a la cama a llorar un buen rato antes de caer dormida, de tan cansada como me encontraba.

Era muy injusto pensar que tanto esfuerzo por mi parte no había valido para nada, y pensé en que Inés tenía razón y antes tenía que haberme ido, puesto que al final ella me echó y a mí se me quedó cara de boba, como no podía ser de otra manera.

Capítulo 5



Entré en la cocina dispuesta a servirme ese primer café de la mañana que me ayudase a ser persona. Mi padre ya se había marchado hacia el hospital, puesto que su turno comenzaba a las siete de la mañana, obligándole a madrugar más que a mí.

Sobre la mesa descubrí una nota en la que me decía que me quería y, al lado, un sándwich de jamón york y queso, mi preferido, listo para meter en la sandwichera. Era un amor, mi padre era un amor y me lo demostraba en todos y cada uno de sus gestos.

Yo consideraba que tenía mucha suerte de poder contar con él, puesto que mi madre era una orgullosa y no daría su brazo a torcer tan fácilmente. Y en cuanto a mi hermano Julio, ese era una auténtica pieza de la que prefería no hablar y que, de momento, ni había dado señales de vida después de lo sucedido. Al saber en qué nuevo lío se metería.

Traté de olvidarme de los problemas familiares y de centrarme un poco en lo que tenía por delante. No pude evita la risa al recordar el episodio del día anterior en el que Liam, un poco más, y me hace dejarle el despacho limpio como la patena.

Qué agrado tenía ese hombre y cómo se había reído después, al darse cuenta de su metedura de pata. Para mí que también era afortunada por el jefe que me había caído en suerte, y eso que no podía perder de vista las instrucciones que Patty me había dado respecto a él, pues la veteranía es un grado, y la rubilla era veterana en la empresa. Y muy lista, por cierto, pues parecía sabérselas todas.

Mi segundo día de trabajo fue un poco extraño igualmente, no puedo negarlo. Liam estaba de un humor de perros y casi ni me dio los buenos días, directamente puso varias carpetas sobre mis manos y con un gesto me hizo una señal de que ya podía largarme.

Cielos, igual me había equivocado respecto a ese agrado que le presuponía y debía prepararme para aguantar a un jefe bastante tiquismiquis y particular, como me advirtió Patty. Ay, Dios, esperaba no haber caído en desgracia, dado que con el dichoso temita de mi madre ya tenía yo para entretenerme.

La cosa no podía quedar ahí, no. La vida no estaba dispuesta a ponerme las cosas fáciles. Salí al pasillo y sí, hablando de mi madre, ahí estaba ella.

En principio me quedé de piedra al no entender cómo pudo dar conmigo, si bien enseguida intuí que me había seguido. No había que ser un lince para llegar a tal deducción.

—Tu mamá pregunta por ti —me comentó Patty con un gesto un tanto sorpresivo mientras yo, por el de mi madre ya podía saber que no venía para nada nuevo. Y mucho menos para felicitarme por mis logros laborales.

—Sabía que me habías engañado, que no habías asistido a ningún curso y que estabas trabajando, ¡eres el demonio en persona! —exclamó a voz en grito mientras yo me sentí morir, porque bien poquito le importaba su hija si era capaz de dar semejante espectáculo en mi puesto de trabajo.

A mí la cara se me cayó de vergüenza en ese momento en el que hubiese querido que se abriera un boquete bajo mis pies, me tragase y me escupiese en la gran puñeta, porque de un modo más fino no se me ocurre cómo explicarlo.

—Señora, si no le importa debe abandonar las oficinas si no quiere que vengan a sacarla de ellas a la fuerza. —Escuché a Liam tras de mí y yo no sabía dónde meterme. Era lo que me faltaba, que mi jefe tuviera que presenciar aquel despropósito.

—Me voy porque no quiero estar al lado de este demonio —me señaló—, os vais a dar cuenta enseguida de que solo vive y mira por ella, que no le importa nada más, es toda una narcisista —gritó antes de girarse para macharse, no sin antes volverse para terminar de desahogarse—. Eres igual que tu padre, una destruye familias —siguió diciendo conforme avanzaba hacia la puerta.

Me derrumbé y comenzaron a salir de mis ojos lágrimas como puños, sin poderlas reprimir.

—Lo siento —murmuré antes de dirigirme a mi despacho viendo por el rabillo del ojo cómo Liam le hacía un gesto a Patty para que me acompañara.

Fue muy gentil y caballeroso al hacerlo, ya que, si me hubiera puesto en ese momento el carné del paro en la mano, me habría tenido que aguantar, ya que nadie quiere vivir algo así en su empresa.

—Martina… —dijo Patty preocupada antes de cerrar la puerta—, no sé qué pasa con tu familia, pero estoy segura de que no te mereces este mal rato que te acaban de hacer pasar —murmuró mientras con su pulgar trataba de borrar los lagrimones que inundaban mi rostro.

—Creo que debo renunciar al trabajo, mi madre me va a hacer la vida imposible —le anuncié, a modo de

vaticinio, y a ella se le cambió la expresión de la cara por completo.

—Pero ¿qué dices? —Se acercó a abrazarme —. Desahógate conmigo, te prometo que puedes confiar en mí, pero no digas estupideces porque eso no te lo pienso consentir. Tú no te irás de aquí —me aclaró.

—Mi madre… —le comencé a contar toda la historia y ella no salía de su asombro, a juzgar por los gestos que iba adoptando su cara.

—Te voy a decir una cosa, Martina, a partir de ahora va a salir la nueva tú que nunca dejaste que brillara. No te mereces quedar solo para paño de lágrimas de nadie ni que te priven de tu derecho a trabajar, faltaría más. Me vas a permitir decirte que lo mejor que te ha podido pasar es abandonar tu casa y a esa mujer que te ha estado manipulando y que lo seguirá haciendo siempre que se lo permitas.

—Es mi madre —murmuré porque aquella situación provocaba que el alma se me cayera a los pies, no podía soportar tanto dolor.

—¿¡Y por eso tiene derecho a joderte la vida!? ¡¡¡Espabila!!! Por cierto, ya es hora de que le hagas caso a esa amiga tuya que has mencionado.

—Inés…

—Sí, es más, le vas a escribir y le vas a decir que mañana salimos a cenar las tres. Y vamos a salir, se acabó el perder más viernes de tu vida, ¿me oyes?

—No, salir no —repuse asustada.

—¿¡Que no!? Ya te digo yo que sí —me aclaró, porque me lo dijo con tal vigor que me hice a la idea de que no habría forma de contradecir sus deseos.

—Patty no estoy preparada —añadí porque así lo creía. Era mucho el daño que me había infligido mi madre sin que yo apenas fuese consciente de ello. Con Julio no se atrevió y yo… Yo me convertí en el blanco de su ira y en la persona a la que solo le faltó pisotear para salirse con la suya.

—Pues mañana lo estarás, así que espabila —insistió—, le escribes a Inés y luego me dices dónde vamos a ir y dónde quedamos para vernos, ¿me oyes?

—Pero…

—Nada… —dijo saliendo por la puerta y cerrando.

Salir, eso que llevaba intentando Inés conmigo desde hacía años. Y yo no tenía cuerpo, aunque viendo la actitud de Patty ya podía jurar que no iba a permitir una negativa por mi parte.

Inés se puso muy contenta cuando le envié el mensaje. No dejaba de mandarme GIFs de chicas saltando y bailando, cosa que cambió cuando le conté lo que había pasado con mi madre, momento en el que envió caras de enfado. Normal, no era para menos.

Fui a llevarle a Liam cuanto me había encargado antes de marcharme, y lo hice muy cabizbaja y avergonzada por el numerito que esa mujer me había montado.

—Siento lo de hoy… —dije poniendo las carpetas sobre su mesa y se echó hacia atrás en su sillón, removiéndose en él.

Yo me quería morir porque mi jefe había comenzado el día fatal y encima mi madre se plantó allí para cantarme las cuarenta, lo que me hacía pensar que eso le hubiese sentado como una patada en los cataplines. A pesar de ello, debía reconocer que su reacción conmigo fue fabulosa.

—Solo por curiosidad, ¿por qué le dijiste a tu madre que estabas haciendo un curso y no que estabas trabajando? —me interrogó porque era totalmente anormal que a mi edad tuviese que mentirle a mi madre como si fuera una pipiola.

—La situación en mi casa no es fácil… —le conté por encima.

Él me escuchó con paciencia y, una vez que lo hubo hecho, se me quedó mirando fijamente.

—No te preocupes. Intentaremos que, en el caso de que vuelva, sea la última vez.

—No le vayáis a hacer nada —respondí preocupada y con tristeza.

—Ni que fuéramos sicarios —bromeó y esbozó una sonrisa —. Tranquila, solo le indicaremos que por aquí no puede venir con esos modos y la invitaremos de nuevo a salir. No te preocupes por lo de hoy, todos tenemos momentos desafortunados e inesperados.

—Gracias, señor —le indiqué con todo el respeto que me infundía el que fuese mi jefe.

—Que pases una buena tarde, Martina —me respondió él en un tono mucho más cercano que ese otro que empleé yo.

—Igualmente —murmuré antes de cerrar la puerta.

Me monté en el coche para dirigirme al restaurante en el que había quedado con mi padre para almorzar. Se trataba de un lugar que a los dos nos encantaba y en el que preparaban la mejor comida italiana de toda la ciudad.

Se puso las manos en la cabeza cuando le conté lo sucedido y el enfado, inevitablemente, se reflejó en sus ojos. Tampoco faltó el dolor porque yo tuviera que atravesar por un trance semejante, algo por lo que se sentía culpable ya que el hecho de que mi madre se hubiese convertido en un ser egoísta y déspota venía de su divorcio.

Después de unas sabias palabras por su parte, de lo más tranquilizadoras, le conté la propuesta de salida de Patty, algo que le pareció sensacional.

—Pero eso es estupendo, Martina, hija —me comentó con los ojos brillantes—. Una chica de tu edad debe salir a mover el esqueleto, ¿o ya no se dice así? —rio—. Me temo que no, así se decía en mis tiempos.

—Papá, ni que tú fueras un anciano. Si estás hecho un chaval y más guapo no lo hay. Anda que no presumo yo de padre —le recordé.

—Y yo de tener la hija más bonita del mundo.

—No sé si seré tan bonita, pero fiestera seguro que no —le indiqué con el dedo en alto a modo de advertencia.

—Y eso es algo que debe cambiar, Martina. Tú te mereces vivir la vida de una chica de tu edad. Entrar, salir, bailar, cantar, saltar, divertirte y… y ligar, aunque esa parte mejor pasa de contármela —bromeó.

—Venga ya, papá, tú sabes que yo soy muy tranquila y no necesito nada de eso —le recordé.

—¿Y desde cuándo? Porque yo te recuerdo de niña deseando ser mayor para hacer tu vida. El problema es que, cuando ya lo fuiste, tu madre tomó las riendas de esa joven vida tuya y no te dejó disfrutar. Martina, mi niña, tú te lo mereces todo, y ya es hora de que comiences a vivir. A ver, cuéntame, ¿qué te vas a poner para esa salida?

—Primero, que no sé todavía si voy a salir… Y segundo, que ni idea de lo que me pondré en tal caso, porque Inés siempre me dice que tengo menos ropa que Jane, la novia de Tarzán. Es muy graciosa ella —me lamenté.

—Pues si tu amiga te dice eso por algo será —contuvo él la risa—, ¿sabes lo que te digo? Que esta tarde nos iremos tú y yo a comprarte un vestido, siempre que no te de vergüenza ir con tu padre —me ofreció.

—¿Vergüenza? ¿Cómo me va a dar vergüenza? Pero papá, que yo no necesito un vestido, de veras que no —insistí.

—No, lo cierto es que necesitas varios. Y más ropa para trabajar, pero empezaremos por comprar el de mañana por la noche. Y no se diga más…

Cielo santo, qué pesado se puso. No hubo manera de que yo me saliera con la mía y nos fuésemos a casa. Por el contrario, me metió a la fuerza en la tienda más pija del centro comercial al que nos dirigimos, una de esas en la que todo cuesta un riñón y parte del otro, y se empeñó en regalarme un vestido que, como era de suponer, valía una cantidad indecente de dinero.

—Yo no necesito eso, papá, de veras que no lo necesito —me repetía yo más que el ajo.

—Y yo no necesito tener dinero en mi cuenta que no sé en qué gastar, ¿acaso no puedo hacerle un regalo a mi hija? El vestido es una monada y la percha… La percha no te digo nada cómo es. Estás preciosa, hija mía, nos lo llevamos —me indicó mientras me daba uno de sus protectores besos en la frente, esos que funcionaban para mí como un bálsamo, mientras que me hacía ver que no había nada que yo pudiera hacer para que eso no ocurriese.

La dependienta metió el vestido en una funda y le pasó «la multa» a mi padre ante mis atónitos ojos.

—Papá, me han entrado ardores de estómago de ver cómo te han timado con el vestido —le dije al salir, ya que no me gustaba que se gastase tanto dinero en mí.

—¿Timado? ¿Tengo yo cara de dejarme timar? —me preguntó entre risas.

—Ya me entiendes… que ha sido un robo a mano armada, hombre.

—Hija, cuando te pones a darle vueltas a las cosas eres única. Mira, para esos ardores de estómago tuyos, se me está ocurriendo que lo mejor es uno de esos batidos helados que tanto te gustan, ¿nos lo tomamos? —me ofreció mirando a esa última planta en la que la gente se relajaba tomando algo.

—¿Servirá de algo si te digo que no? —le pregunté arrugando mi naricilla.

—De absolutamente nada, hija, porque además recuerda que te lo manda el médico, o sea, yo—rio.

Pasamos una tarde espectacular, tanto, que esa noche conseguí conciliar el sueño antes y mejor. Menos daba una piedra.

ɔ

Capítulo 6



Tenía cuatro mensajes de mi madre cuando me desperté. En cada uno de ellos me reprochaba todo lo que había hecho en la vida para sacarme adelante y lo muy desagradecida que, según ella, yo era.

Se hacía la mártir que daba gusto y me recordaba que, si no fuese por el amor que le profesaba mi hermano, no seguiría en pie. Lo dicho, mi hermano, ese, que un día sí y otro no, la iba liando…

Se trataba de un verdadero chantaje emocional, de un jueguecito perverso en el que yo no podía entrar a no ser que pretendiera acabar desquiciada perdida. Y no, no era el caso.

No contesté, hacerlo sería provocar que se encendiese más y se pusiera más histérica de lo que ya estaba. Y no era mi idea, yo no quería alentar a la fiera.

Me levanté y comprobé con una sonrisa en la cara que, de nuevo, mi padre me había dejado preparado el desayuno, listo para introducir el sándwich en la sandwichera. Junto a él, no podía faltar esa nota en la que me recordaba lo mucho que me quería. Yo también le quería a él, al que, en realidad, adoraba, porque no podía ser mejor padre ni más bonito tanto por dentro como por fuera.

Mis lágrimas fueron incapaces de permanecer en el interior de mis ojos, puesto que me había levantado de lo más sensible. Tanto es así que me preparé el café con ellos completamente empañados. Un poco más y enciendo la licuadora en vez de la cafetera. En fin, cosas que pasan…

Yo me encontraba, como suele decirse, «mírame y no me toques». Vaya, que con cualquier cosita que me dijeran estaría hecha un mar de lágrimas, como para enfrentarme con mi madre. Ni en broma. Debía esquivar los mensajes de esa mujer sí o sí.

Para mi desgracia, intuía que lo de mi madre iba para largo y que no entraría fácilmente en razones, dado que me lo advirtió muchas veces. Sí, llevaba años escuchándole la cantinela de que viviría para joder en todo lo que pudiera a mi padre. Y ella no era de las de tirar la toalla, aparte de que no tenía ocupación alguna y empleaba todo su tiempo, así como toda su energía, en ello.

El trayecto hasta las oficinas lo pasé cantando en el coche, puesto que necesitaba a toda costa evadirme de lo que estaba viviendo. A ritmo de las canciones de moda que sonaban en el canal de radio que tanto me gustaba, consideraba que cantar era como una auténtica terapia para mí. Lo hice así porque no estaba dispuesta a llegar al trabajo cabizbaja y dando pena. Yo no había nacido para inspirar lástima a nadie.

—¡Ole lo más bonito! Buenos días, dulzura.

—Buenos días, Patty. Tú sí que eres bonita. —Le hice una caricia en la espalda—. Contigo da gusto llegar a trabajar, vaya recibimiento—le agradecí porque yo necesitaba ese empujoncito que mi compañera me daba en todo momento.

—Esta noche nos vamos a comer el mundo y nos vamos a beber hasta el agua de los floreros, ¿estamos o no estamos? —me recordó ya de buena mañana como temiendo que se me olvidase, algo a lo que ella no estaba dispuesta.

—Nunca he bebido, así que no apuntes tan alto —añadí yo, temerosa de que ella se hiciera una idea que en nada se pareciera a la realidad. Yo no creía ser la mejor compañera a la hora de correrse una juerga, las cosas como son

—Siempre hay una primera vez —opinó ella, que siempre tiraba con bala porque tenía su objetivo y no se desviaba de él. La envidiaba de una manera sana, puesto que Patty parecía ser una mujer segura de sí misma, como a mí me gustaría ser.

Yo, en el fondo, sabía que estaba muy tocada a nivel psicológico porque mi madre me había machacado, y eso era algo que debía trabajar si quería parecerme a la rubia que me hablaba.

—Ya, pero como mucho tomaré una cerveza sin alcohol. —Volví a la carga porque deseaba que ella tuviese las ideas muy claras.

—¿Y qué manera es esa de salir? —negaba mientras retorcía los ojos—, ¿tú de qué clase de convento te has escapado? —rio para tratar de convencerme.

—Se puede salir sin beber —le recordé porque así lo creía.

—Será en tu mundo de fantasía, en el real está prohibido, ¿tú no has escuchado la frase de «bebe, que la vida es breve»? —rio más, tratando de contagiarme. A mí más bien me daba miedito, por lo que salí andando.

—Bueno, voy a ver al jefe, a ver qué necesita.

—Una hostia —murmuró en mi oído —, hoy viene un tanto enfadado, ese se levantó con el pie izquierdo.

Lo que me faltaba, yo tratando de relajarme por el camino y él me pondría como una moto. No se trataba precisamente de la mejor manera de comenzar el día, no.

—¿Y si le llevo un café? —pregunté arqueando una ceja.

—No es tan mala idea. Sería un punto a tu favor, jamás vi que nadie le llevara uno, ¿lo pagamos a medias? —me propuso porque era un amor y porque le pareció la mejor de las ideas.

—No —reí —, tan mal no está la cosa. Para un café me llega.

—Pues no se diga más, ve a por un café para el jefe. Eres muy buena persona, Martina.

—No es para tanto. Venga, no tardo.

—Más te vale, pero viendo esto —miró hacia su muñeca para ver la hora —, tienes tiempo suficiente. Aún faltan quince minutos para tu hora de entrada. Vamos, no le regalo yo a estos ni cinco minutos, eres toda bondad.

—Exagerada. —Me marché riendo de nuevo, porque nosotras nos contagiábamos la risa con facilidad.

No tardé ni diez minutos. Ya estaba de regreso y guiñándole un ojo mientras ella hablaba por teléfono y me sacab la lengua. Reí de nuevo a consecuencia de sus gestos mientras me dirigía al despacho del jefe.

—Buenos días, Señor Liam, hoy le traigo un cafelito —murmuré mientras lo dejaba sobre su mesa.

—¿Te quieres ganar mi simpatía? —me contestó un tanto extrañado.

—No estaría mal —murmuré apretando los dientes mientras veía cómo esbozaba una sonrisa. Lo había conseguido, pese a que él tuviese un mal día. Y eso molaba.

—Siéntate. —Señaló hacia la silla y no tardé en sentarme—. Te quería comentar algo…

—Claro, dígame.

—Esta noche me han invitado a una recepción en los jardines del Hotel Americano, la cual incluye una cena informal que se prolongará durante varias horas.

—¡Guau!, qué suerte tiene usted —murmuré porque así lo pensaba.

—Y tú, y tú, dado que quiero que me acompañes junto a Patty. Ahora se lo comunicaré.

—Esta noche había quedado precisamente con ella —le comenté mientras trataba de digerir su petición, esa que me había pillado completamente por sorpresa.

—Pues mira, al final saldréis de marcha y gratis —sonrió.

—Está bien, hablaré con mi amiga Inés, ya que habíamos quedado también con ella. No hay problema, puede contar conmigo y estoy segura de que Patty tampoco le pondrá ningún problema.

—No le tienes que decir nada a tu amiga Inés, ella también puede venir —añadió y me pareció perfecto.

—¿En serio? ¿Está seguro? —Me parecía de lo más extraño.

—Cuantas más seáis, mejor —me contestó sin dilación.

—No entiendo—proseguí.

—Esta noche os lo explico, gracias por apoyarme.

a

—Siempre, señor Liam.

—A las nueve os recojo a las tres. Mandadme vuestras ubicaciones, por favor.

—A Inés y a mí en el mismo sitio, ¿vale?

—Estupendo.

Salí de allí un tanto intrigada sobre el motivo que le llevaba a querer invitarnos a nosotras y a una desconocida como era mi amiga, pero bueno, el plan era perfecto; asistir como invitadas al hotel más lujoso de la provincia y no solo eso, sino comer y beber gratis, a lo que había que añadir que así, posiblemente, nos ganaríamos un montón de puntos con el jefe, ¿se podía pedir más?

Si había canturreado camino de las oficinas por la mañana, más lo hice durante el trayecto de vuelta, porque estaba contenta.

Algo en mi interior me decía que, para ser mi primera salida oficial por la noche en años, iba a triunfar en el

sentido de que me había surgido el mejor de los planes. Tanto Patty como Inés eran un verdadero encanto y estaban loquitas porque yo me lo pasase bien, así que no podía defraudarlas.

En cuanto a Liam, ese hombre parecía tener las hormonas revolucionadas, subiditas en una montaña rusa, ya que tan pronto estaba sonriente como, según decía Patty, parecía que nos iba a pegar la rabia de un bocado.

Me intrigaba lo que pasaría por su cabeza para que tuviera días tan dispares, y eso fue algo que comenté con mi padre a lo largo de la tarde, dado que estuvimos charlando hasta que llegó la hora de arreglarme para la cena.

—Pues hija, al saber, piensa que cada cual tiene sus propios problemas —opinaba él.

—¿Problemas con tanta pasta en el bolsillo? Patty dice que, si ella fuera la mitad de rica que él, sonreiría tanto qu se le arrugarían las comisuras de los labios. Pero Liam… Liam tiene algunos días un humor de perros, papá.

—¿Y a ti eso te molesta mucho? —me preguntó, porque a mi padre lo que verdaderamente le importaba era que yo me encontrase bien y a gusto en el trabajo.

—¿A mí? Yo ya hice un máster en malas pulgas con mamá —le recordé tratando de normalizar eso que tanto me dolía, y que debía ir hablando de vez en cuando para echarlo fuera, que todo es necesario.

Un par de horas antes de la cena, ya me fui para mi dormitorio con la intención de arreglarme. A mi padre eso le llamó la atención, porque yo usaba muy poquito maquillaje y mis arreglos no solían ser para tirar cohetes, aunque algo estaba cambiando en mi vida.

—Papá, es que el vestido que me regalaste es muy bonito, y merece que me ponga guapa para lucirlo en condiciones —argumenté.

—Hija, si a mí me parece perfecto, aunque recuerda que tú ya venías guapa de serie —me contestó él, que nunca perdía la ocasión para piropearme.

Me coloqué ante el espejo y sonreí. Lo primero era alisarme el pelo, evitando así cualquier signo de encrespamiento, que la noche estaba un tanto húmeda y antes muerta que parecer que había metido los dedos en un enchufe, de eso nada.

A continuación, me apliqué algo más de rubor en las mejillas del que solía usar, además de que vi un tutorial sobr cómo sacarme más partido en la mirada a la hora de pintarme los ojos. Y, por último, también me decanté por un *gloss* labial algo más atrevido del habitual, el más fuerte de todos los que tenía y que me había regalado Inés en una ocasión.

Por último, combiné mi vestido con unas altas sandalias y después… Después le sonreí al espejo porque me sentí guapa y hasta un tanto sexy, una sensación que no conocía y que me causó un cierto pellizquito en el estómago.

e

e

Por último, combiné mi vestido con unas altas sandalias y después… Después le sonreí al espejo porque me sentí guapa y hasta un tanto sexy, una sensación que no conocía y que me causó un cierto pellizquito en el estómago.

Capítulo 7



Escuché cómo llegaba Inés y cómo mi padre la piropeaba también. No era para menos, estaba preciosa con un vestido blanco de estilo ibicenco que le quedaba de lo más elegante con esos taconazos que ella sabía lucir como nadie.

A continuación, él silbó al verme tan arreglada, sorprendiéndose igual que mi amiga, quien hizo como que se frotaba los ojos por si lo que veían era real o no.

—Hija mía, ¿no admites llevar un guardaespaldas? Porque yo me quedaría más tranquilo —bromeó él.

—Papá…

—Es broma, es broma, cariño, Me encanta verte así, estás radiante —me confesó mientras me miraba embelesado

—Estás para partir cuellos, niña —me soltó Inés, provocando que me ruborizara.

Mi padre, con todo su arte, nos regaló cincuenta euros a cada una. Cualquiera se negaba…

—No admito un no por respuesta, es para que os toméis algo a mi salud.

—Con cincuenta euros me tomo una caja de botellines de cerveza —le comentó ella, quien no era más bruta porque no entrenaba, si bien había que morir con los disparates que salían por su boca.

—Pero papá, si no vamos a pagar nada, vamos como invitadas —le recordé, porque él siempre se mostraba muy generoso y, en aquella ocasión, como que no era necesario.

—Hija, para una vez que me caen cincuenta euros del cielo vas a conseguir que los tenga que devolver —se quejó mi amiga, dándome un codazo.

—Disfrutad. —Abrió mi padre la puerta y se apartó hacia un lado para que saliésemos, tan caballeroso como era.

Le dimos un beso en la mejilla cada una. Sabíamos que no permitiría que le devolviésemos la propina, de manera que nos la guardamos en nuestros bolsos y salimos.

No queríamos hacer esperar a Liam. Lo de esa noche no era precisamente una cita, sino una invitación sorpresa por parte del jefe, de modo que no era plan de importunarle.

No tardó en aparecer y junto a él ya venía Patty. En mi interior sabía que tampoco se haría de rogar, puesto que caballero sí era y la puntualidad se le presupone a un hombre así. Justo nos pilló apurando el cigarrillo que ambas nos fumamos en la puerta de mi casa.

Subimos a los asientos traseros y los saludamos al unísono. Liam se giró y nos hizo un guiño que captó mucho mi atención. Patty iba en medio de nosotras dos y nos tocaba afectivamente las rodillas después de darle dos besos a modo presentación a Inés.

Yo me sentía tan contenta como nerviosa. Era normal, partiendo de la base de que fiestas había pisado poquitas, por no decir prácticamente ninguna.

Patty parecía conocerme mejor que quien me había echado al mundo, y no paraba de indicarme con gestos que estaba deslumbrante y que todo iría genial.

Llegamos a la entrada del *lobby* del hotel. Obviamente, Liam no tendría que entretenerse en buscar aparcamiento en un sitio así, sino que le entregó las llaves al chico encargado de estacionar mientras nosotras tres íbamos detrás de él en dirección a los jardines.

Inés y Patty congeniaron a la perfección, por lo que hablábamos confidencialmente, como un grupo de tres amigas que se muestran halagadas por una invitación así de lujosa por parte de un hombre que era todo un misterio para nosotras.

—Este tío impone un montón —murmuró bajito Inés causándonos unas risillas, puesto que parecía el piloto de un avión y nosotras las azafatas.

La situación tenía su gracia, si bien no terminábamos de saber a qué obedecía. Tampoco nos importaba demasiado, las cosas como son, al estar puestas todas nuestras ilusiones en pasárnoslo bien en una noche que prometía.

—Esto no me huele a invitación de empresa —contestó muy flojito Patty mientras volteaba los ojos dado el lujo que nos rodeaba.

—Yo no creo que este tío nos quiera pagar una cena por nuestras caras bonitas, que las tenemos, pero que no me parece viable —opinó Inés convencida de que aquella a la que asistíamos sería una recepción de algún tipo.

Liam saludaba felizmente con la mano, pero guardando las distancias y sin pararse a hablar con nadie, como si tuviera un objetivo marcado. Él también parecía muy seguro. Imaginé que iba hacia la zona de mesas con sillones balineses y recé porque así fuera, ya que me chiflaba ese tipo de decoración y no podía imaginar un rincón mejor para comenzar la noche.

—Podéis acomodaros. —Señaló a los asientos y no tardó en venir un camarero al que le pidió una botella de vino blanco *Montrachet* acompañado de unos canapés variados de mariscos.

—Qué recepción tan espléndida, ¿a qué empresa se le ocurrió celebrarla aquí? —preguntó Patty mirando hacia todos lados, pero con el claro objetivo de sacarle información al jefe, pues casi todo lo que salía de su boca lo hacía con un propósito.

—Es una recepción abierta para personas no alojadas en el hotel, pero muy distinguida, como podéis ver. La celebran una vez al mes. Puro marketing —le contestó Liam sin darle la menor importancia.

—¿Y ellos lo pagan todo? —Patty no estaba muy convencida, a ella no le cuadraba, y eso que sabía bastante de recepciones y políticas de empresas.

—No, la cuenta la pago yo, así que os podéis relajar porque no tendréis que hipotecaros para abonarla —nos sonrió.

—Yo no pido ni agua, por si acaso —murmuró en voz alta Inés causando una risa en los tres.

s

—He dicho que tranquilas, corre todo por mi cuenta—insistió él, a quien se le veía especialmente interesado en que pasásemos una noche espectacular.

—Sí, porque como tuviese que correr por la mía nos dejarían a los cuatro fregando durante un mes —Inés no se callaba ni debajo del agua, pero gracia hacía, ¡más puntos a nuestro favor!

El camarero no tardó en llegar y le sirvió a Liam un primer trago, confirmando que el vino era de su agrado antes de que le terminara de rellenar la copa y servir las nuestras.

—Por vosotras, chicas. —Alzó la copa el jefe en un bonito gesto.

—Por nosotras, pero todo esto me huele un tanto extraño. Voy a mirar en el móvil cuánto vale la botella —dijo Inés cogiendo su teléfono, absolutamente intrigada porque nosotras no estábamos acostumbradas a tanto derroche

—Seiscientos euros en la calle, aquí no creo que baje de los mil quinientos —le aclaró Liam, ahorrándole el esfuerzo y provocando que se alterara.

—¿Mil quinientos euros con la de familias que hay muriéndose de hambre? —le preguntó ella sin más. Mi amiga era así, todo lo que se le pasaba por la cabeza terminaba saliendo por su boca.

—Inés —protesté porque no era noche ni lugar para llevarle la contraria a quien con tanta generosidad nos había invitado, ¡y que encima era el jefe!

—Tranquila, tiene razón, obvié decir que mensualmente contribuyo con varias ONGs y con la iglesia principal de la ciudad para los desayunos del barrio de San Martín —nos aclaró, saliendo a la luz su lado más solidario, ese que todos los ricos deberían tener.

—Verás que al final tendremos que solicitar al Vaticano su beatificación —prosiguió ella. Era mortal mi amiga, se me atravesaría el vino a ese paso.

—¡Inés! —reí por las cosas que soltaba la muy deslenguada. Patty y Liam también soltaban algo. En su caso, una carcajada tras otra. Con ella nos lo pasaríamos bien, la diversión estaba asegurada.

Por lo demás, también he de confesarlo, yo me sentía como un pez fuera del agua, al no estar acostumbrada a salir por la noche y mucho menos a asistir a fiestas de ese nivel. Además, que no sabía qué hacía con una copa de vino en la mano cuando nunca había bebido. Lo que sí sabía es que iba a necesitar más de una para aguantar esa noche a Inés previendo que no se callaría ni una.

Inés sí que estaba pletórica. A mi amiga no parecía pesarle en absoluto estar en un lugar así. Ella tenía muchas más tablas que yo, y las hacía valer.

Por lo demás, el lugar era de locura, eso sí que había de reconocerlo, con una decoración impresionante y con cantidad de gente dispuesta a pasárselo genial.

Inés miraba para un lado y para otro y, como tenía más cara que espalda, saludaba a diestro y siniestro a todos como si los conociera. Lo mejor era que la gente le devolvía el saludo como si tal cosa y luego cuchicheaban unos con otros porque no la habían visto en su vida.

—Me lo estoy pasando de muerte, de muerte —nos confirmaba ella mientras bebía sin parar, porque mi amiga era una esponjita y yo solo sabía calcular cuántos euros caían en su copa cada vez que le pedía a Liam que le sirviese una. Menos mal que el jefe tenía dinero para dar y regalar, porque de otra manera lo arruina allí mismo.

.

Lo único que le faltaba a Inés, que hablaba hasta con una escafandra de buzo puesta, era tener una copita de más encima. Con ella nos íbamos a doblar en dos de la risa durante toda la noche.

A Liam le venía bien, porque ese hombre igual se mostraba de lo más simpático que parecía que le hubiera atacado una manada de rinocerontes, pasándole por lo alto de la cabeza, del mal humor que mostraba algunas mañanas.

Inés, sin embargo, siempre tenía la sonrisa en la cara. Y esa noche la llevaba de oreja a oreja porque ella no solía verse en situaciones así y estaba disfrutando más que un cochino que se revolcase en un charco, por decirlo de una manera muy poco fina, como ella misma.

—Una botellita más del vino este, que no me acuerdo del nombre que tiene tan raro y finolis —le indicaba al camarero y yo me quería morir porque ella no parecía acordarse del indecente precio que tenía.

—Inés. —Apreté los dientes mientras pronunciaba su nombre, algo que no se le pasó por alto a Liam.

—Déjala, no hay ningún problema. Por favor, nos pones la botella de vino y un buen surtido de entrantes, lo mejor de lo mejor —le pidió Liam al camarero para zanjar la polémica.

—¡Eso es! ¡Que no nos falta de *ná*! Igualito que dicen las sevillanas esas —prosiguió ella y, para mi total apuro, se puso a bailar allí mismo, adoptando una pose flamenca que hizo que Liam se muriese de la risa, igual que nosotras.

Enseguida llegó el vino y ella me rellenó la copa. Yo, que daba sorbitos cortos porque no quería tomar demasiado alcohol, me vi de nuevo con la copa hasta arriba y, por si eso no fuera suficiente, Inés me dio tal empujón que me la bebí de un trago, aparte de llevarme tal golpe en las paletas que por poco me tengo que sacar un bono para la consulta de un primo mío que era dentista.

Lo único que le faltaba a Inés, que hablaba hasta con una escafandra de buzo puesta, era tener una copita de más encima. Con ella nos íbamos a doblar en dos de la risa durante toda la noche.

A Liam le venía bien, porque ese hombre igual se mostraba de lo más simpático que parecía que le hubiera atacado una manada de rinocerontes, pasándole por lo alto de la cabeza, del mal humor que mostraba algunas mañanas.

Inés, sin embargo, siempre tenía la sonrisa en la cara. Y esa noche la llevaba de oreja a oreja porque ella no solía verse en situaciones así y estaba disfrutando más que un cochino que se revolcase en un charco, por decirlo de una manera muy poco fina, como ella misma.

—Una botellita más del vino este, que no me acuerdo del nombre que tiene tan raro y finolis —le indicaba al camarero y yo me quería morir porque ella no parecía acordarse del indecente precio que tenía.

—Inés. —Apreté los dientes mientras pronunciaba su nombre, algo que no se le pasó por alto a Liam.

—Déjala, no hay ningún problema. Por favor, nos pones la botella de vino y un buen surtido de entrantes, lo mejor de lo mejor —le pidió Liam al camarero para zanjar la polémica.

—¡Eso es! ¡Que no nos falta de *ná*! Igualito que dicen las sevillanas esas —prosiguió ella y, para mi total apuro, se puso a bailar allí mismo, adoptando una pose flamenca que hizo que Liam se muriese de la risa, igual que nosotras.

Enseguida llegó el vino y ella me rellenó la copa. Yo, que daba sorbitos cortos porque no quería tomar demasiado alcohol, me vi de nuevo con la copa hasta arriba y, por si eso no fuera suficiente, Inés me dio tal empujón que me la bebí de un trago, aparte de llevarme tal golpe en las paletas que por poco me tengo que sacar un bono para la consulta de un primo mío que era dentista.

Capítulo 8



Y llegó el momento de las copas…

Quiero decir de las copas de verdad, porque según todos ellos, las de vino ni eran copas ni eran nada. Pues menos mal, porque a mí me llegan a dar una más y les bailo hasta por bulerías.

—Ah no, a mí me dices cuánto cuesta una copa aquí. —La curiosa de Inés no dejaba pasar una. Ella parecía llevar la cuenta de todo, como si quisiera hacerse a la idea de la imponente cantidad de pasta que Liam se iba a dejar allí esa noche, una cuestión que al jefe parecía importarle un mismísimo comino.

—Si no la vas a pagar tú ¿para qué quieres saberlo? —le preguntó él, a quien le hacían muchísima gracia las cosas de mi amiga. No pude acertar más llevándola.

—Hombre, es que para una vez que salgo en plan rica quiero saber a cuánto asciende la cuenta, porque la cantidad debe ser escalofriante. Mira, lo pienso y me da repelús. —Hacía un gesto muy gracioso, como si un escalofrío recorriese su cuerpo, provocando las carcajadas del resto.

—No serán más de treinta euros cada una, aunque dependerá de qué pidamos exactamente —le aclaró él sin darle la menor importancia.

—No, en serio, lo que te vas a gastar esta noche es lo que cobro yo en dos meses, ¿tú eres consciente de eso? Porque yo, de veras y no te vayas a ofender, pero a veces me pregunto si los ricos sois conscientes de lo poco con lo que vivimos los pobres —rio ella.

—¿De qué trabajas si no es indiscreción? —le preguntó él en tono tan amable como prudente, algo que era de alabar dadas las circunstancias.

—¿¡Indiscreción!? —pregunté aguantando la risa—. Será por lo discretas que están siendo estas dos. —Las señalé a ambas.

—Pues trabajo en una mercería, me tienen explotadita. —Puso carilla de cordero degollado, porque ella siempre

tenía esa idea en mente, así como unas ganitas increíbles de despedirse.

—Tampoco será para tanto…

—¿Y usted no tiene una vacante? —Entonces le habló de usted, lo cierto es que tanto le tuteaba como no, según e momento —. Me conformo con ser tu chacha, tú me mandas de un lado hacia otro y yo obedezco sin decir ni mu —dijo causándonos una carcajada, a morro no le ganaba nadie.

—Dependiendo de cómo te portes esta noche, me lo replantearé, pero te advierto desde ya, que vas a tener que hacer que ellas dos también colaboren —le comentó señalándonos con el dedo.

—Verás que nos propone una orgía —le soltó la «bocachancla» de ella, que no podía estar callada.

—¡Inés! —la regañé ante la risa de Liam y Patty.

—¿Veis la camarera que viene hacia aquí?

—Sí —contestamos al unísono.

—Es mi ex, comportaos, por favor…

Fue decir eso y, al comprobar que se nos acercaba, nos quedamos pálidas y sin saber qué decir ni cómo actuar. Ni siquiera Inés supo cómo hacerlo y eso que ella era una chica con recursos, pero no, también la noticia la pilló desprevenida.

—Buenas noches, Liam y compañía, ¿qué vais a tomar? —nos preguntó la chica, y entonces se hizo el silencio por nuestra parte, el mismo que rompió Liam sin darle la menor importancia a la situación tan violenta que estábamos viviendo.

—Pues mis chicas lo mismo que yo —le contestó con una sonrisa de lo más amplia y mirándola descaradamente —. Nos trae (también la trató de usted como para marcar distancias) cuatro rones selección, del que me gusta, con cola.

—¿Algo más? —le preguntó ella con tono irónico y sin quitarnos la vista de encima. Por Dios que la tensión se podía cortar con un cuchillo, vaya situación tan incómoda la que nos estaba tocando vivir.

—No, lo tengo todo, no necesito nada más. —Le hizo un guiño, también descarado.

—Pues que disfrutes tu todo. —Le devolvió ella el guiño y giró sobre sus talones, marchándose desairada. A esa chica le había sentado como una puñalada vernos allí con él y a nosotras… A nosotras nos empezaba a cuadrar todo, por cómo nos miramos unas a otras.

De momento se hizo el silencio, aunque él nos observaba con total naturalidad y como si no pasase absolutamente nada, cuando lo cierto es que la situación no era moco de pavo y yo resoplé al verla marcharse.

—A ver, a ver, a ver —dijo Patty rompiendo el silencio y estirando las manos hacia delante con las palmas bien abiertas —Jefe, ¿nos has traído para reconquistar a tu ex?

Cómo no. Patty tendría que enterarse de todos los detalles. Una noticia así de jugosa no la dejaría pasar sin sacarle el máximo partido, aunque en realidad en esa ocasión se lo agradecí, porque yo también deseaba saber sobre el tema.

—No, no, en absoluto, la dejé yo, no es cuestión de eso. Pero bueno, no está mal venir a refregarle lo bien que me va con las mujeres y que cambié una por tres —nos soltó de lo más chulillo, con la sonrisa en la boca, y mirándonos fijamente, sabiendo que Inés no se iba a callar.

—Nos estás vacilando, más vale que me des curro o empiezo a cantar cuando nos traiga la bebida. Mi silencio tiene un precio —le aclaró ella entre risas—. Y vale, a cambio de un buen sueldo me callaré ahora y será para siempre, como se dice en las bodas.

—Quedas contratada en la recepción junto a Patty —le anunció él y mi amiga no sabía cómo interpretarlo. No me extrañaba, yo sabía lo muy harta que estaba de la mercería y esa noticia era para ella como si le hubiese tocado el mismísimo Gordo de Navidad.

—¿Me sigues vacilando? —le preguntó, sin duda antes de comenzar a dar saltos de alegría y hacer el ridículo, por si se trataba de una broma de mal gusto.

—Trato hecho. —Estiró su mano, estrechando la de Inés que se mostraba tan incrédula como nosotras.

Allí quien partía el bacalao era Liam, y solo él podía saber si, efectivamente, le estaba vacilando a mi amiga o no. Ella moría por saber, como es lógico.

—Jefe —le llamó así—. Que el lunes estoy allí, ahora mismo le envío un audio a mi exjefa para decirle que se meta las bobinas de hilo por donde le quepan —le aclaró como diciéndole que, si se trataba de una broma, cantase antes de que ella cometiera una de sus locuras.

—¡Inés! Por Dios, que es la una de la mañana —le recordé pensando en que no eran horas para tal cosa.

—Que se joda. —Cogió el móvil—. Le voy a enviar el mensajito, procura no estar vacilándome —le advirtió a Liam—, porque en tal caso me vas a meter en un buen lío.

—No osaría hacer tal cosa. —Carraspeó y le hizo un gesto para que lo enviara. Encima animándola a hacerlo a esas horitas. No, si a los dos les iba la marcha.

—Cariño —le dijo ella cuando la camarera se acercó a servirnos las copas. Sí, insisto en que a los dos les iba, y tanto que les iba…

—Dime, preciosa —le contestó él, siguiéndole el rollo. Para mí que había dado con la horma de su zapato.

—Esta noche vamos a usar las prendas de lencería que nos regalaste a las tres, verás que nos sientan de lujo, nos quedan de escándalo —prosiguió ella como si tal cosa, como si el hecho de que la ex de Liam estuviese delante fuera fruto de la casualidad.

—No lo dudo —le siguió la corriente ante la cara de asco que se le reflejaba a ella, que debía estar flipando con los tejemanejes de su ex—. Estoy deseando que llegue el momento —se explayó él un poquito más, dado que se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Y nosotras, amor, y nosotras —prosiguió Patty que tampoco se callaba una y se lo dijo en el más pícaro de los tonos, por si a la otra le hubiera quedado alguna duda, que no era el caso, puesto que se lo soltó en toda su jeta.

No sé si el vino fue el causante de que cada vez me pareciera más perfecto mi jefe, que era guapo a rabiar, con una mandíbula definida, unos dientes perfectamente alineados y blancos, pelo castaño y un cuerpo dorado por el sol, además de atlético y fuerte.

—Yo creo que el alcohol me está subiendo demasiado —murmuré cuando di el primer trago a esa copa, que no era la primera de la noche, y yo ya iba un poco cargadita.

—Tú hoy vas a salir como los toreros, por la puerta grande, hay que celebrar que soy parte de vuestro equipo —añadió Inés haciéndose la emocionada y cogiendo una servilleta para secar sus falsas lágrimas.

—Madre mía, espero que esto no repercuta en mi puesto. —Me santigüé mientras los tres reían.

Cada vez que se acercaba la camarera y ex de Liam, Inés o Patty soltaban una de las suyas. Incluso, a base de preguntar, se enteraron de su nombre que no era otro que Kate, se llamaba Kate.

Y también le intentaron sonsacar a Liam entre las dos los motivos por los cuales la dejó, si bien ahí tocaron en

hueso duro, ya que el jefe no soltó prenda.

Yo seguía pensando que debía ser el alcohol, porque me estaba llamando la atención demasiado ese hombre y de un modo muy poderoso. Por mucho que trataba de buscar en mi memoria, no recordaba que alguien me causara ta sensación desde hacía mucho, cuando me enamoré de mi primer novio, Erik, ese hombre con el que salí unos meses hasta que mi madre logró separarnos.

La nochecita que le dieron Inés y Patty ignoro cómo la aguantó, aunque la sonrisa no la perdía, hasta el punto de que en algún momento me confesó mi compi que jamás vio tan simpático a Liam y que parecía un perfecto desconocido, de lo bien que se lo estaba pasando.

No era él solo. Las demás también nos estábamos riendo lo más grande, disfrutando de una velada ideal.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando nos subimos en su coche, y él nos fue dejando una por una en nuestras casas.

—Gracias por la invitación —murmuré intentando bajar de él lo más recta posible, porque inevitablemente andab haciendo eses y eso me daba mucho apuro.

—Gracias a vosotras, reconozco que he pasado un buen rato —me comentó.

—Me alegro —le comenté porque así era.

aFue traspasar la puerta de mi casa y comencé a vomitar por el pasillo. Mi padre al escucharme se levantó y me ayudó a llegar hasta mi dormitorio, a cambiarme y a acostarme. El pobre se comió el marrón de tener que limpiar todo lo que eché por la boca y que debió ser hasta la primera papilla.

Yo no estaba acostumbrada a beber, y eso provocó que el alcohol terminara por sentarme como un tiro. Menos mal que mi padre era un buenazo, ya que me imaginaba que lo mismo me hubiese ocurrido en casa de mi madre y… A escobazos me habría matado esa mujer. Y no con ello la estoy llamando bruja, porque yo la quería pese a todo, solo que agradecía al cielo dar aquel espectáculo en casa de mi padre, quien siempre se mostraba conmigo infinitamente más comprensivo que ella.

hueso duro, ya que el jefe no soltó prenda.

Yo seguía pensando que debía ser el alcohol, porque me estaba llamando la atención demasiado ese hombre y de un modo muy poderoso. Por mucho que trataba de buscar en mi memoria, no recordaba que alguien me causara tal sensación desde hacía mucho, cuando me enamoré de mi primer novio, Erik, ese hombre con el que salí unos meses hasta que mi madre logró separarnos.

La nochecita que le dieron Inés y Patty ignoro cómo la aguantó, aunque la sonrisa no la perdía, hasta el punto de que en algún momento me confesó mi compi que jamás vio tan simpático a Liam y que parecía un perfecto desconocido, de lo bien que se lo estaba pasando.

No era él solo. Las demás también nos estábamos riendo lo más grande, disfrutando de una velada ideal.

Ya eran las cuatro de la mañana cuando nos subimos en su coche, y él nos fue dejando una por una en nuestras casas.

—Gracias por la invitación —murmuré intentando bajar de él lo más recta posible, porque inevitablemente andaba haciendo eses y eso me daba mucho apuro.

—Gracias a vosotras, reconozco que he pasado un buen rato —me comentó.

—Me alegro —le comenté porque así era.

Fue traspasar la puerta de mi casa y comencé a vomitar por el pasillo. Mi padre al escucharme se levantó y me ayudó a llegar hasta mi dormitorio, a cambiarme y a acostarme. El pobre se comió el marrón de tener que limpiar todo lo que eché por la boca y que debió ser hasta la primera papilla.

Yo no estaba acostumbrada a beber, y eso provocó que el alcohol terminara por sentarme como un tiro. Menos mal que mi padre era un buenazo, ya que me imaginaba que lo mismo me hubiese ocurrido en casa de mi madre y… A escobazos me habría matado esa mujer. Y no con ello la estoy llamando bruja, porque yo la quería pese a todo, solo que agradecía al cielo dar aquel espectáculo en casa de mi padre, quien siempre se mostraba conmigo infinitamente más comprensivo que ella.

Capítulo 9



No podía ni abrir los ojos, quería hacerlo, pero el dolor de cabeza me lo impedía…

Mi padre apareció con un zumo de naranja y una pastilla milagrosa, según decía él que era el experto. Y si él lo decía, ¿quién era yo para contradecirle?

—Espero que al menos te lo pasaras bien —murmuró sosteniendo el vaso para que bebiera de él. Como siempre digo, era un verdadero encanto.

—Genial, nos reímos mucho, pero no debí beber tanto —le solté a modo de disculpa.

—Nunca sales, no te arrepientas de nada, si lo hiciste es porque estabas cómoda y disfrutando de la velada. No tengo nada que objetar al respecto, por mí está perfecto. —Me regaló una de esas sinceras sonrisas suyas que me acariciaban el alma.

—Se supone que han contratado a Inés, ¿puedes creerlo? —le conté risueña porque esa fue una de las primeras cosas que se me vinieron a la cabeza en cuanto abrí los ojos. Esa y lo bien que nos lo habíamos pasado.

—¿En la empresa? —me preguntó él, contento porque sabía lo mal que estaba ella en la mercería.

—Sí, chantajeó al jefe. —Me salió una carcajada y me retumbó la cabeza. Mala idea la de dar rienda suelta a mis risas, mejor me quedaba quietecita, que estaba más mona.

—Túmbate en el sofá y te preparo unas tostadas con un café —me ofreció y a mí me supo a gloria su ofrecimiento, porque estaba muy malita.

—Sí, por favor —sonreí feliz al ver que mi padre era de lo más predispuesto, aunque eso lo sabía, a cariñoso no le ganaba nadie. Era un padrazo de libro, el mejor del mundo, ¿cómo no adorarle cuando de su boca no salió una queja a pesar de que tuvo que ponerse friega que te friega a altas horas de la madrugada?

Me senté en el sofá y se me fue pasando el dolor de cabeza mientras disfrutaba del desayuno, que fue mano de santo, aunque supongo que también parte del mérito lo tendría la pastilla que me administró mi padre. Me había preparado unas tostadas con guacamole hecho por él sazonado con unas especias que le daban un sabor espectacular, estaban para chuparse los dedos.

Terminaba de saborear las tostadas cuando recibí un mensaje de mi hermano que me dio hasta cierto temor leer. Miré a mi padre y con su gesto me transmitió que me tranquilizara. Tenía un poder balsámico sobre mí, siempre l había tenido y siempre lo tendría.

Julio: *No eres digna de ser ni mi hermana ni la hija de mamá, quédate con ese cerdo putón.*

Debí quedarme pálida y sí, por respeto a mi padre traté de no perder los nervios, aunque semejante desfachatez como la que exhibía mi hermano hizo que el estómago se me revolucionara por completo y a punto estuve de echar las tostadas.

Mi padre, al verme así, se acercó y lo leyó tan incrédulo como yo.

—Hija —se sentó a mi lado —debo contarte una cosa… —Por su cara algo me dijo que no me iba a gustar escucharlo, pero también sabía que debía hacerlo. No tenía otra opción, de modo que asentí con la cabeza.

—Dime, papá —murmuré mientras me preparaba mentalmente.

—Cuando conocí a tu madre ya estaba embarazada de Julio, al que no dudé en darle mis apellidos y tratarle como a un hijo. Sabes que no le faltó ni un solo ingreso de la pensión desde que me separé y lo he querido siempre com a ti, solo que él no me perdonó lo que hice.

—¿No es tu hijo de sangre? —le pregunté alucinada porque tal cosa no me la habría imaginado en la vida y me cogió totalmente por sorpresa.

—No, pero sí de este. —Se señaló al corazón—. Aunque no me hable, siempre será mi hijo —me confesó muy emocionado, algo que confirmaba su grandeza como hombre.

Muchas dudas me asaltaron en ese preciso instante, en el que todo mi mundo se tambaleó por un momento, al ser consciente de que un gran secreto había coexistido siempre con nosotros y yo no estaba al tanto de él.

—Papá ¿y por qué mama nunca habló de ello? —le pregunté un tanto impresionada, porque la noticia no la esperaba y debía digerirla.

—Ella quería guardar su estatus según decía, pero bueno, he sentido la necesidad de contártelo. No sé en qué

podía afectar eso a su supuesto estatus. En fin, ya la conoces, es un poco cuentista. No quiero hablar mal de ella, sabes que no es mi estilo.

Yo sabía eso y también que no hablaba mal de mi madre porque seguía enamorado de ella hasta el tuétano.

—Pues fuiste muy bueno, me da rabia que jamás te hayan perdonado, no estuvo bien lo que hiciste, pero tampoco fue un crimen para que sigan con esa inquina.

—No dejé a tu madre por nadie —prosiguió en ese instante en el que, si me pinchan, ni una gota de sangre asoma a la superficie, pues se me heló en las venas.

—¿Cómo que no dejaste a mamá por nadie? —le pregunté porque estaba que me iba a dar algo. El corazón parecía rebotar en mi pecho y, al no poder salir, volvía a su sitio antes de volver a coger carrerilla de nuevo.

—No, ella se enamoró de otro a quien os iba a presentar más tarde, pero fue este quien la dejó. Para no parecer la mala me hizo chantaje: o decía que fui yo el infiel, o le contaba a la abuela la verdad sobre Julio. Eso se hubiera cargado a mi madre, quien amaba al niño, y a quien además le hicimos creer que nos casábamos de un modo tan precipitado porque la dejé embarazada. Es más, la presenté de la noche a la mañana contando la mentira de que había escondido un noviazgo y un embarazo durante cinco meses.

—¿En serio me estás diciendo que lleva culpándote todo este tiempo, y todo era mentira, solo para salir ella beneficiada?

—Esa depresión era causada por otro, no por mí. Yo jamás le hice daño —prosiguió, y mi corazón también prosiguió queriéndose salir de mi pecho, porque era una auténtica barbaridad, y de lo más injusta.

—¿Y le cediste el piso y la mitad del dinero? ¿Por qué hiciste eso?

—Para que a vosotros no os faltase de nada, incluido un techo. —Se secó las lágrimas —. Amé a tu madre desde que la conocí y la sigo amando con todo mi corazón.

—¿Y has permitido que a mí me chantajee contigo? ¡No entiendo nada! —Rompí a llorar a consecuencia de la desesperación.

—Hija, no sabes cómo es tu madre ni el daño que puede llegar a provocar a los suyos. No es mala, pero solo mira por ella.

—No entiendo nada, papá, no entiendo nada, ¿hay algo más?

—Ella solo volvería conmigo si dejo de hablar a toda mi familia.

—¿Y qué le hicieron tus familiares para que lleve años odiándolos y hablando fatal de todos ellos?

—Nada, no le hicieron nada. Tu madre es así de acaparadora, lo quiere todo para ella en exclusividad.

Ser conocedora de todo eso me llevó a pasar un día de total tristeza, rabia y dolor, de esos que son como si te arrancasen el corazón de cuajo. No podía entender cómo mi madre pudo actuar con tanta maldad a pesar de lo bueno que siempre fue mi padre para ella. Él había demostrado una increíble nobleza para que ella no sufriera, y lo peor es que encima no le valió de nada, pues mi madre cayó en esa depresión y a mí me amargó la vida.

Por más intentos que hizo mi padre de que yo almorzara, preparándome un arroz negro que me encantaba, no lo logró. El estómago se me cerró por la injusticia. No sentía tanta pena y rabia por mí, que también, como por él.

Me desgarraba el alma pensar que un hombre tan bueno como él hubiera sufrido tanto en manos de mi madre que, según parecía, lo manejó a su antojo.

Dios, cómo había podido. Mi madre trató de indisponernos contra mi padre a Julio y a mí. Con mi hermano lo logró, aunque conmigo le salió el tiro por la culata y, cuanto peor me habló de él, más me acerqué yo.

Y luego estaba lo de Julio. Puedo prometer que mi padre jamás hizo distinción alguna a la hora de tratarnos a mi hermano y a mí, y eso que Julio siempre tuvo guasa para parar un tren. No, él nos trató a ambos por igual y así se lo pagaban.

Todo era para querer meterse en la cama y no salir de ella en un mes, algo que yo no podía hacer porque le debía a mi padre el sobreponerme de todo aquello. Además, fue él mismo quien me lo confesó y, si yo no me sobreponía, se sentiría culpable.

Mi padre ya había pagado bastante por errores que no fueron suyos. Yo le miraba a la cara y veía el dolor en los ojos de un hombre que siempre actuó movido por el corazón, cuando lo cierto es que su mujer apuñaló sin piedad ese pobre corazón suyo.

A media tarde, viéndole mal, muy mal, traté de sobreponerme.

—Bueno, tendremos que merendar algo, ¿no? —le pregunté sacando su sonrisa.

—Sí, hija, yo te preparo lo que quieras. Y no será el arroz, porque ese debe estar ya como para pegar carteles. Tengo helado en el congelador, lo traje ayer cuando fui a comprar, de ese con pepitas de chocolate que tanto te gusta, ¿te preparo una copa? También traje nata.

No podía ser más lindo ni más detallista.

—No, papá, la ocasión exige comer helado a tutiplén, sin copa y sin nada. A mí me traes la tarrina, te sacas un poquito y yo me encargo del resto —le dije porque notaba que necesitaba dulce, y cuanto más, mejor.

—No es necesario, cariño, te la puedes comer entera. Para mí traje de mi favorito.

—Anda, del de turrón. Genial, pues trae el de chocolate, que la tarrina va a chillar.

El helado de chocolate fue el que pagó por todos los actos de mi madre, esos que cambiaron el rumbo de mi familia para siempre, y esos que tanto me hicieron sufrir.

¿Cómo podía llevar tanto tiempo culpando a mi padre de sus propios errores? ¿Cuánto se le había ido a esa mujer la olla?

No podía ser más lindo ni más detallista.

—No, papá, la ocasión exige comer helado a tutiplén, sin copa y sin nada. A mí me traes la tarrina, te sacas un poquito y yo me encargo del resto —le dije porque notaba que necesitaba dulce, y cuanto más, mejor.

—No es necesario, cariño, te la puedes comer entera. Para mí traje de mi favorito.

—Anda, del de turrón. Genial, pues trae el de chocolate, que la tarrina va a chillar.

El helado de chocolate fue el que pagó por todos los actos de mi madre, esos que cambiaron el rumbo de mi familia para siempre, y esos que tanto me hicieron sufrir.

¿Cómo podía llevar tanto tiempo culpando a mi padre de sus propios errores? ¿Cuánto se le había ido a esa mujer la olla?

Capítulo 10



El domingo transcurrió de relax viendo pelis con mi padre. Se nos pasó volando, porque además él me cuidaba como nadie. Hacía mucho tiempo, desde que se marchó de casa, que nadie me mimaba así, y yo lo había echado mucho de menos.

Además, que después de conocer el secreto que calló durante tanto tiempo, como que yo me notaba con más gana de mimos que nunca, porque encajar una noticia así tenía su miga.

Eso sí, he de decir que, tras conocer la verdad, decidí que no solo me cuidaría él a mí, sino que yo también haría lo mismo con él, dado que mi padre se lo merecía más que nadie, y el pobre nunca pedía nada.

Fue bonito compartir aquel domingo con él. Una cosa que yo valoraba muchísimo de estar en su casa era no escuchar las continuas quejas de mi madre.

En los últimos tiempos, vivir en casa con ella se había convertido en un verdadero calvario en el sentido de que esa mujer se levantaba quejándose y se acostaba quejándose todavía más. Si a eso le añadíamos que mi hermano siempre estaba preparado para liar alguna todavía más gorda que la anterior, apaga y vámonos.

Por el contrario, en casa de mi padre encontré un remanso de paz. Ese hombre era todo cariño, el cual me transmitía a todas las horas, y yo me sentía tan feliz a su lado que ignoraba cómo podía haber vivido tanto tiempo lejos de él.

A la hora de acostarnos, el domingo, me salió del alma decírselo, porque él se lo merecía y porque yo estaba más que segura de que le gustaría escucharlo de mi boca.

—¿Te he dicho alguna vez que eres el mejor padre del mundo? —le pregunté en el momento en el que me fui a meter en la cama y él, igualito que cuando yo era una niña, se vino detrás de mí para arroparme.

—Alguna que otra vez, aunque tus palabras suenan como música para mis oídos, Martina. No me cansaría nunca de escucharlas —me confesó mientras me daba otro de sus tiernos besos en la frente, de esos que me hacían pensar que, cerca de aquel hombre, nada malo podría sucederme.

Me acosté con ese bonito pensamiento y de nuevo amanecí en un lunes en el que en mi cuerpo no había ya ni un ápice de resaca.

Inés apareció por mi casa muy temprano, nerviosa por estrenar su puesto de trabajo y pidiendo un café triple.

—Ya voy, ya voy. Y si te parece, te lo pongo directamente en un cubo, no se puede ser más animal.

—En un cubo estaría bien o también me lo puedes enchufar directamente en vena. Necesito ingentes cantidades d cafeína corriendo libres por mis venas —rio.

—¿Te quieres tranquilizar? No me seas animal, ¿eh? Al final me pondrás nerviosa a mí también —le pedí porque los nervios de mi amiga eran contagiosos. Si lo sabría yo…

s

—Como a ese se le haya olvidado la promesa de mi incorporación, le prendo fuego a las oficinas —amenazó mientras le daba el primer sorbo a su deliciosa taza de café, la cual saboreó a placer mientras pensaba esas maldades, poniendo cara de traviesilla.

ɔ

—Inés, por Dios, lo que tienes que hacer es comportarte. Allí no hay amiguismos como los del viernes, así que por favor —le recordé porque ella era muy dada a esas cosas y yo podía morir de la vergüenza si se pasaba de la raya.

—Calla, tía, sabes que soy una persona responsable, menos cuando bebo. —Resopló negando con la cabeza.

—Antes de beber ya estabas dando la nota —alegué en su contra.

—Hombre, estábamos de fiesta, te lo recuerdo —me replicó no sin un poco de razón, aunque a ella mejor no dársela, que era muy de confiarse y la liaba más.

—No, mejor no me recuerdes nada —me reí negando.

Aproveché para contarle lo que me había confesado mi padre porque necesitaba desahogarme con alguien. Tenía claro que si había una persona en el mundo que sabía guardar un secreto era ella. Loca, pero la mejor amiga que podía existir. Inés era como una tumba a esos efectos y jamás de los jamases traicionaría mi confianza, por ella ponía yo la mano en el fuego en ese sentido.

El caminito que me dio en mi coche era para frenar en seco y bajarla. Estaba poniéndome la cabeza como un bombo y rompiendo la paz que yo necesitaba recién levantada.

—Patty, ahí está Patty —dijo señalándola.

—Hija, ni que hubieras visto a la Virgen María.

—Soy fan de ella. —Se bajó del coche para ir hacia donde estaba fumándose un cigarrillo. Se abrazaron como si fueran amigas de toda la vida. Eran tal para cual, habían congeniado genial.

Me encendí uno tras saludarla y para nuestra sorpresa apareció Liam, quien siempre solía llegar el primero, si bien ese día no fue así.

—Hombre, mis chicas reunidas —nos saludó afable. Qué bien, parecía venir contento. Eso significaba que comenzaríamos en paz la semana.

—Qué simpático es mi jefe, por favor —dijo Inés poniéndose las manos en el pecho y causándole una risilla. Y, así de paso, le recordaba que él era su jefe porque ella ya era empleada suya de pleno derecho. Y cualquiera le decía que no, lo coge allí mismo y le retuerce el pescuezo, vaya.

—A mí solo me ponen de mal humor las mujeres, excepto vosotras. —Nos hizo un guiño que más bien parecía ir dirigido a mí, dado que me miró en ese momento.

—Menos mal que has matizado, jefe, de lo contrario no te dejo entrar —le aclaró mi amiga, que era osada y atrevida como ella sola. No se cortaba ni un pelo. Vaya, es que ella no sabía lo que era eso.

—¡Inés! —la reñí.

—Déjala, al menos es graciosa —añadió Liam, a quien no parecían molestarle lo más mínimo sus salidas de tono.

—Si es que me voy a comer a mi jefe. Me lo voy a comer enterito —añadió ella, quien estaba de lo más contenta no solo por estrenar puesto de trabajo mejor que el anterior, sino por poder hacerlo cerca de Patty y de mí.

—Todas quieren hacerlo —le contestó este y se giró, dirigiéndose al interior de las oficinas y dejándonos con la boca abierta por ese simpático puntito chulesco.

—Este no es el jefe, nos lo han cambiado —murmuró Patty poniéndose las manos en la boca, un tanto asombrada

—Pero si es muy lindo… —contestó Inés que solo conocía su parte simpática y no esa otra de ciertas mañanas en las que solo le faltaba echar fuego por la boca.

—Cuando llega de mal humor es para descambiarlo —Patty estaba sembrada, las cosas como son.

Entramos y cada una se dirigió a su puesto. Ellas se quedaban juntas, por lo que las dejé solas para dirigirme al despacho de Liam con la intención de que me ordenase lo que debía hacer.

—Buenos días de nuevo, señor Liam…

—Siéntate, por favor. —Extendió su mano y detecté una sonrisilla en su cara—. Quería comentarte algo.

—Claro, dime. Yo igual le hablaba de «señor» que le tuteaba también, tenía un poco de lío en ese sentido. Más bien, le hablaba como me salía en cada momento.

—¿Sería posible que el viernes volviéramos a cenar al mismo sitio? Eso sí, tú y yo solos.

—Pero se supone que aquellos que no están alojados solo pueden hacerlo una vez al mes, ¿no es así? —le pregunté porque me había quedado con el cante. Era observadora y ese tipo de detalles no solían írseme de la cabeza.

—Verás, reservé una habitación, pero tranquila, no tendrás que dormir allí, te llevaré de vuelta a casa, por supuesto —me aclaró sacando a relucir su lado caballeroso. La verdad es que, si me lo hubiera planteado de otro modo, salgo de allí dando un portazo.

—Lo haces por ella ¿verdad? —Me arrepentí de preguntarlo en alto, cuando se suponía que era una pregunta que debía hacerme para mí, pero ya era demasiado tarde.

—Si piensas que la quiero conquistar de nuevo, te equivocas. Si ese fuera mi deseo, solo tendría que levantar el teléfono —me aclaró.

No lo dijo con arrogancia, aunque así pudiera deducirse de sus palabras.

—Bueno, no entiendo nada, pero no te preocupes, te acompañaré —le dije, ya mucho más cercana en mis palabras, porque él estaba depositando en mí bastante confianza y era normal que también me dirigiese a él de esa forma.

—Gracias, Martina. —Me gustó que me llamara por mi nombre. Lo dicho, se mostraba muy cercano y agradable.

Me habló sobre el trabajo y me encerré toda la mañana a prepararlo. Me gustaba concentrarme en ello y demostrarle que la profesionalidad iba por delante de todo.

A la hora de la salida se montaron tanto Inés como Patty en mi coche, ya que habíamos quedado en almorzar en un restaurante chino que tenía una terraza frente a la playa, muy bonita, en la que se comía muy bien y encima a un precio económico.

Patty no dejaba de darle vueltas al asunto de la proposición de Liam, ya que suponíamos que algo rondaba en su cabeza en relación con la camarera, su ex, pero no sabíamos exactamente de qué podía tratarse. Algo extraño, en cualquier caso, a juzgar por la evidente tensión que aparecía cuando ambos se veían cara a cara.

Durante los siguientes días, Liam estuvo muy simpático y en más de una ocasión me puso nerviosa con esos guiños y con la sonrisa que me dedicaba cada vez que me veía.

Yo no sabía interpretar si lo hacía porque pensaba que quizás pudiera echarme atrás a última hora en el tema de la cena, aunque nada debía temer al respecto, puesto que yo no lo iba a hacer. Era mi jefe, me caía bien y no me costaba nada echarle un cable en una cuestión que, por el motivo que fuese, parecía ser importante para él. Liam debía tener algo enconado respecto a esa relación cuando se tomaba tantas molestias. Quizás algún día me lo contara o quizás no, pero el caso es que yo ya comenzaba a pensar qué podría ponerme para acompañarle en esa noche que, sin ser una cita, tenía toda la pinta de serlo cara a los demás.

A la hora de la salida se montaron tanto Inés como Patty en mi coche, ya que habíamos quedado en almorzar en un restaurante chino que tenía una terraza frente a la playa, muy bonita, en la que se comía muy bien y encima a un precio económico.

Patty no dejaba de darle vueltas al asunto de la proposición de Liam, ya que suponíamos que algo rondaba en su cabeza en relación con la camarera, su ex, pero no sabíamos exactamente de qué podía tratarse. Algo extraño, en cualquier caso, a juzgar por la evidente tensión que aparecía cuando ambos se veían cara a cara.

Durante los siguientes días, Liam estuvo muy simpático y en más de una ocasión me puso nerviosa con esos guiños y con la sonrisa que me dedicaba cada vez que me veía.

Yo no sabía interpretar si lo hacía porque pensaba que quizás pudiera echarme atrás a última hora en el tema de la cena, aunque nada debía temer al respecto, puesto que yo no lo iba a hacer. Era mi jefe, me caía bien y no me costaba nada echarle un cable en una cuestión que, por el motivo que fuese, parecía ser importante para él. Liam debía tener algo enconado respecto a esa relación cuando se tomaba tantas molestias. Quizás algún día me lo contara o quizás no, pero el caso es que yo ya comenzaba a pensar qué podría ponerme para acompañarle en esa noche que, sin ser una cita, tenía toda la pinta de serlo cara a los demás.

Capítulo 11



El resto de la semana se me pasó en un suspiro entre tantas emociones.

No hay que perder de vista el hecho de que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. De apenas poder salir de casa más que para estudiar (y con reservas), llevando una existencia poco menos que de monja de clausura, a, de pronto, encontrarme disfrutando de todo lo que significa entrar a trabajar en una gran empresa, ampliar mi círculo de amistades y comenzar a salir.

Para colmo, por si no tuviera bastante con todo eso, me topaba con los intrigantes planes del jefe que en esa ocasión me incluían en exclusividad y yo sentía… No sé cómo decirlo, sentía una especie de hormigueo en el estómago.

Total, que yo no tenía tiempo ni para echar viento, iba y venía todo el día y, mientras lo hacía, no dejaba de pensa en ese emocionante plan con el jefe porque, aunque no fuera una cita, ¿cuándo me había visto yo en otra así? Y luego estaba lo de las bromas de Patty e Inés al respecto, que las jodidas no paraban, todo el día cuchicheando y haciendo cábalas.

El jueves quedamos para ir de compras por la tarde. Yo no podría precisar quién insistió más en que fuéramos, si ellas o mi padre, que también estaba más pesadito que matar un gorrino a besos con lo de mis salidas. Quiero decir, con que saliera y me lo pasara bien, aunque también hacía bromas respecto a las intenciones de mi jefe y, carraspeando, decía que se iba a sacar un permiso de armas por si las moscas.

Yo me moría de risa con sus ocurrencias y, cómo no, con las de mis amigas. En particular con las de Inés, que estaba loquita de alegría con su recién estrenado trabajo y no paraba de idear locuras, con tanta felicidad como la embargaba.

Aquella mañana recibimos la visita de un grupo de estudiantes de último curso de Económicas que venían a ver d primera mano cómo era el trabajo en la empresa.

Liam ya nos había advertido de que él llegaría un poco tarde porque justo tenía una reunión fuera de las oficinas. Ese hombre era un verdadero crac, atendía cuestiones por aquí y por allí, y triunfaba como la Coca-Cola en todo

aquello que se proponía.

A mí me había encargado que les fuera enseñando las instalaciones a los chicos, así como que les fuera contando cómo era el funcionamiento interno del negocio.

Me daba un poco de palo porque yo no estaba acostumbrada a hablar en público, era algo tímida, pero él parecía confiar en mí.

—Lo harás genial—afirmó el día anterior antes de marcharse y acompañó sus palabras con uno de esos guiños de ojos suyos que te hacían creer que todo lo que salía de su boca era verdad.

Pues nada, que yo estuve ensayando un poco esa mañana antes de salir de casa, delante del espejo, y unas horas después ya estaba respondiendo las preguntas de esos que eran estudiantes, como yo lo había sido tiempo atrás.

—Vale, vale, ya me quedo yo con ellos, que para eso soy la jefa. —Escuché decir detrás de mí y casi me tiro al suelo de la risa porque era Inés quien hablaba así.

Era tremenda, mi amiga era tremenda. Con razón la había visto yo demasiado emperifollada un rato atrás cuando pasé a por ella, con un traje de chaqueta y todo.

Por Dios que daba el pego, porque ella tenía muchas tablas y enseguida les comenzó a contar no sé qué cantinela de cuando era una niña y soñaba con dirigir una gran empresa como aquella.

Traté de evitarlo, traté de lograr, mirándola con carilla de terror que tenía que parar aquello, porque estaba yendo demasiado lejos con la broma, si bien ella no estaba por la labor, ¿en serio iba a seguir? Pues parecía que sí.

Patty llegó corriendo también y yo traté de ponerla de mi parte.

—Dile tú algo, por favor, que a mí ni me mira, no le interesa —le comenté por lo bajini porque me parecía increíble el morro que le estaba echando.

—Un momento, un momento —le pidió ella entonces, interviniendo, y creí que me había hecho caso, por lo que respiré aliviada. Yo estaba esperando que les dijera a los chicos que se trataba de una broma y que el verdadero jefe estaba por llegar, pero no. Me quedaba mucho que ver de aquellas dos que, juntas, tenían más peligro que una piraña en un bidé.

—Mirad, ella es Patty y se encarga de la recepción, os la presento, ¿qué quieres, Patty? —le preguntó Inés.

Hasta ese instante no caí en la cuenta de que se habían puesto de acuerdo para llevar la bromita más allá.

—Jefa, pues que me gustaría que le contase a estos chicos cómo fueron sus comienzos y eso tan bonito con lo que siempre nos motiva de que hay que pensar en grande para que ocurran cosas gigantes.

Yo no estaba tomando nada, pero igualmente me atraganté. A Inés los ojos le hicieron chiribitas y un poco más y entra en trance a la hora de soltar esa sarta de sandeces que salieron por su boca.

—Sí, sí. A ver, chicos, yo siempre quise tener un casoplón, desde pequeñita. Y poder, a mí es que me gusta el poder. Y ahora, tendríais que verlo, porque el mejor ático de la ciudad es de mi propiedad y cuento con un buen montón de empleados que…

Yo, que estaba tosiendo en ese momento, un poco más y debo ser ingresada cuando en ese instante veo que se acerca Liam, que al final pudo llegar antes de lo previsto, y se queda en la última fila, mirándola fijo. Y fijo también pensé yo que la despedía ese día, porque no era para menos.

—Y la fórmula de su éxito, ¿en qué ha consistido? —le preguntó desde el final de la cola y ella no podía ver de dónde venía.

—Es muy fácil; trabajo duro y constancia. Además de que me partí los cuernos estudiando dos carreras, idiomas…

No inventaba con rapidez ni nada, y ya acababa de soltar una de las suyas, aunque la carita se le cambió cuando Liam se le acercó. Ya entonces pareció tener menos ganas de cachondeo, aunque ella salidas tenía para todo y nos lo demostró en un santiamén.

—Pero bueno, si tenemos aquí al verdadero jefe. Chicos, es que os lo voy a explicar, —le entró la risilla nerviosa —, porque esto ha sido un experimento parecido al programa ese de *El jefe infiltrado*.

Yo me santigüé, como hacía con ella en más de una ocasión, y Patty se quedó también que hubo de agarrarse a la pared para que no se le fuera el cuerpo.

—Eso es, chicos, quería saber hasta qué punto existe la posibilidad de que alguien asuma una posición de poder que no le corresponde en un solo momento y la transmita a todos —añadió Liam.

Para cuando terminó de decirlo, Inés ya había corrido para la recepción como alma que lleva el diablo. Patty la siguió y yo… Yo también me metí en mi despacho y me dieron ganas de cerrarlo hasta con un candado, ¿es que esa cabeza de alcornoque no pensaba?

A media mañana los chicos se fueron y las tres nos reunimos para un cafecito cuando vimos llegar a Liam.

—Jefe, yo solo he querido echarte un cable, no me lo tomes a mal. —Se adelantó Inés—. Y no vayas a negarme que tengo carisma y que me los había metido en el bolsillo.

—¿Carisma? Tú lo que tienes es un morro impresionante, yo no he visto un morro más grande en mi vida —le decía yo de los nervios, sin saber las consecuencias que el acto de aquella descerebrada pudiera tener para todas nosotras.

Liam se quedó mirándola y, de pronto, negó con la cabeza y se echó a reír.

—Mira, Inés, lo que sí que te voy a decir es que yo no he tenido en la vida una empleada como tú. No sé si eres para hacerte un monumento o para enviarte directa al paro, pero que eres peculiar no te lo quita nadie —le confesó sin parar de reír.

En ese momento sentí un alivio infinito, casi orgásmico, porque ella se había pasado tres pueblos y él no se lo tomó a mal en absoluto. También era un jefe peculiar y, cuando se fue, que lo hizo enseguida porque llevaba prisa, ella daba saltitos de alegría.

—Si es que estoy sembradita, como una maceta…

—Pues menos mal que al jefe no le ha dado por trasplantarte y enviarte a la gran puñeta, porque méritos estás haciendo tú para eso y para más. —Resoplé yo, que había pasado miedo, lo que se dice miedo, causando las risas de aquellas dos.

Por la tarde, según lo acordado, nos fuimos de tiendas. Mi padre me había dado un dinerito curioso para que me comprara «el vestido más bonito del mundo», palabras textuales. Y yo creí que era cierto que lo estábamos buscando, porque nos recorrimos no sé cuántas tiendas y a ninguna de las dos les gustaba los que me probaba.

—Yo ya no siento las piernas, como Rambo —les decía cuando por fin llegamos a aquel escaparate y ambas se quedaron pegadas ante ese vestido negro, que era una preciosidad, pero demasiado sexy para mi gusto.

Muy ajustado, contaba con uno de esos detalles de flecos en los bajos que tanto se llevan ahora, aparte de que era muy cortito y dejaría mis piernas completamente al aire.

—No, no, me niego —murmuré mientras me aferraba al escaparate y ambas tiraban con todas sus fuerzas de mí.

No hubo negativa posible. Enseguida salí de la tienda con él metido en una funda. Era una viguería y totalmente favorecedor, eso no podía yo negarlo. Y que me parecía demasiado tampoco. A ver si ese hombre se iba a creer que yo llevaba algún interés al ponérmelo, por el amor del cielo.

Mi padre opinó lo mismo que ellas. Y tampoco le importó que el vestidito en cuestión contara con un precio de esos para alucinar.

—Estás guapísima, cariño. Tendré que ir acelerando lo del permiso de armas —siguió con su bromita.

—Que no, papá, que Liam es un caballero y esto no es una cita —insistía yo.

—Vale, o sea, que no es lo que parece, ¿no? —proseguía él bromista.

—Claro que no, papá…

—¿Y entonces? ¿Se trata de negocios?

Me habría gustado poder decirle que sí, que era una cuestión de negocios, pero le habría mentido. En realidad, era una cuestión personal del jefe y a ver qué le decía yo a mi padre al respecto.

—Más o menos —le dejé caer.

—¿Más o menos? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Papá, que ya no soy una niña, no me puedes controlar. —Salí por la tangente entre risas, para así evitar que siguiera con ese tercer grado tan simpático al que me sometía, pero que me sacaba los colores.

—Y claro que no te voy a controlar, mi niña. A bastante control te han sometido ya. Yo solo quiero que acudas a ese lugar tan bonito y te lo pases de miedo, ¿vale?

—De miedo no es la expresión más afortunada, papá, que no gano para sustos. Mira, sin ir más lejos, te voy a contar lo que ha hecho Inés esta mañana, creí que nos quedábamos sin trabajo por su culpa.

—Cuenta, cuenta…

Mi padre se tronchaba con todas las cosas que hacía mi amiga, y no era para menos. Sus ocurrencias eran increíbles y ese hombre no podía parar, carcajada tras carcajada. A mí me encantaba escucharle reír así, porque hacía mucho que no era feliz, y mi estancia en su casa parecía haberle devuelto parte de la felicidad perdida.

Capítulo 12



Estaba demasiado nerviosa y mi padre me acariciaba el hombro sonriente. Sin duda, era una de las cosas más bonitas de mi vida, él, su amor hacia mí, ese que desprendía con cada mirada y con cada gesto de los muchos que me dedicaba a todas horas. Me adoraba y yo así lo percibía, algo que era recíproco.

—Hija, es solo una cena con el jefe. Eso sí, que no se pase contigo porque de lo contrario se las verá conmigo. —Carraspeó causándome una sonrisilla nerviosa. Ya no bromeaba con el tema del permiso de armas ni nada parecido. Mi padre confiaba en mí, todo lo demás eran pamplinas.

—Papá, está enamorado de otra, aunque no lo reconozca —añadí porque, ante todo, deseaba que él estuviera bien tranquilo.

—Bueno, pero ya sabes, cualquier cosa me pones un mensaje que me cuelo allí rápido y ligero —prosiguió de todos modos, dado que su venilla protectora tenía que salir sí o sí. Me hacía babear el modo en el que me trataba.

—Mi héroe sin capa. —Le besé en la mejilla antes de salir, ya que había escuchado que un coche llegaba y se paraba en la puerta de casa, debía ser Liam.

No me equivoqué, me lo encontré fuera del coche, con la puerta del copiloto abierta para que me subiera, en plan galán.

—Buenas noches, Liam. —En tales circunstancias, ya lo de «señor» no pegaba ni con cola, eso había pasado a la historia por mucho que lo respetase y también por mucho que me siguiera imponiendo cantidad, porque mi experiencia con los hombres era casi nula y Liam, imponer, me imponía.

—Estás muy guapa. Buenas noches, Martina. —Cerró la puerta cuando me acomodé, con tacto, sin apenas hacer ruido, con ese estilo que le caracterizaba, puesto que de cada uno de los poros de la piel de Liam rezumaba elegancia.

A mí no se me había pasado por alto la forma en la que me miró al verme con mi vestido nuevo. En realidad, debía reconocer que yo misma me veía monísima y que estaba mostrando una nueva y mejorada versión de mí.

Antes no me habría planteado lucir un vestidito así de mono y de sexy.

Su comentario me ruborizó por completo y me acordé de mis amigas, así como de la semanita que me habían dad respecto al *look* que yo debía lucir esa noche.

—Gracias por venir —dijo mientras comenzaba a conducir.

—No me las tienes que dar más, en serio, no me cuesta nada y encima ceno gratis —le contesté con una sonrisa e los labios porque, en cierto modo, me sentía agradecida y un tanto privilegiada por ser la elegida para hacerle de acompañante.

Muchas mujeres habrían pagado por estar en mi lugar, eso seguro. Liam era atractivo como él solo, y encima tení poder, y eso tira mucho. Aparte, sus modales (salvo en esas mañanas en las que parecía estar poseído por el demonio) eran encantadores. Total, que no había una pega que sacarle en ese sentido y yo me sentía como la reina del mambo a su lado, subida en su lujosísimo coche, uno de tantos que debía tener.

—Me gusta tu actitud. —Giró la cabeza y me hizo un guiño. Otro de esos guiños capaces de provocar que se derritiese un iceberg. Madre mía…

Sudores, tenerlo tan cerca y que me dedicara ese gesto me provocaba sudores, además de un gran nerviosismo. Para más inri, no podía evitar que mis mejillas se tiñeran de rojo como si fueran tomates, y lo peor de todo es que seguro que él se daba cuenta de ello, por mucho que yo tratara de disimularlo mirando hacia mi ventanilla.

Llegamos al hotel, por el cual pasó un rato antes con el fin de hacer el *check in* de su habitación, motivo por el qu nos dirigimos directamente a los hermosos jardines, en los cuales reservó un rincón precioso con un sofá balinés rodeando toda la mesa, salvo por el lado delantero.

Nos sentamos y no tardaron en venir a tomar nota de la bebida y comida, que quedó a su elección. Cómo no, de nuevo pidió esa botella de vino blanco tan exclusivo. A mí solo de pensar el dinero que tiraba en cada una de ellas me hacía sentir un impresionante dolor de vientre, si bien era su dinero y nada podía hacer al respecto, obviamente.

—Y bien, quería decirte que, aunque está feo hablar de trabajo en estos momentos, realmente deseo que sepas qu estoy muy impresionado, además de contento, por la forma en la que te has adaptado a la empresa y lo bien que gestionas los temas.

—Gracias, señor Liam. —En ese momento, quizás porque volvimos a hablar de trabajo, se me escapó de nuevo l de llamarle de esa forma.

—Liam, por favor, ahora estamos en plan divertido.

—Vale. —Volví a ruborizarme.

—No lo has dicho muy convencida.

—Vale —repetí de nuevo como idiota. causándole una sonrisilla floja mientras cogía su copa para chocarla con la mía. A él aquello parecía divertirle mucho, probablemente porque sabía que llevaba la voz cantante en todo.

—Relájate, aquí no soy tu jefe —murmuró sin perder esa sonrisa que iluminaba su rostro por completo.

—Ya, pero me impone. Al fin y al cabo, somos dos desconocidos. —Me abrí con él porque mi apuro se notaba de lejos y era mejor que lo supiera. En fin, yo no podía evitar que mi timidez saliera a flote cuando lo tenía delante.

—¿Dos desconocidos con la noche que me disteis la semana pasada? —rio y parte de razón no le faltaba, las cosas como son.

—Yo no me porté mal —reí hecha un manojo nervios.

—Debí salir con el título de campeón por aguantar a tres mujeres en una sola noche. Eso no lo hace cualquiera, no te creas —rio también.

—Seguro que has lidiado en peores plazas. —Apreté los dientes—. Y ahora me vas a disculpar cinco minutos, porque necesito ir al baño.

—Te doy diez…

—Me siento afortunada. —Me levanté y notaba hasta el tembleque de mis piernas. Lo único que le pedía al universo era que no lo notase él también, puesto que entonces haría un ridículo estrepitoso.

—Es por allí. —Me señaló al lado contrario, y de nuevo el dichoso tinte de mis mejillas, porque no deseaba que pensara que yo era pardilla que no sabía dónde estaba de pie.

—Es verdad —reí mientras negaba. Con la de veces que fui la anterior vez y no era capaz de dar pie con bola a consecuencia de los jodidos nervios.

No podía ser más tonta, me sentía torpe, pero es que Liam me provocaba un estado que hasta yo misma desconocía.

Fue entrar en el baño y notar que alguien me seguía. Al girarme me topé cara a cara con Kate, su ex, circunstancia que me dejó un poco sorprendida porque parecía que me había seguido, ¿lo habría hecho de veras? Lo que me faltaba para que mis nervios no dieran tregua.

—Sé que no me esperabas, solo te voy a decir algo ya que, si no lo hago, me sangra la lengua. Ten mucho cuidado con Liam, no es el hombre que parece ser y te puede llegar a joder la vida como me lo hizo a mí. Ten mucho cuidado, te veo muy joven y por favor, yo nunca estuve aquí ni te dije nada de esto. No quiero más problemas, ya he tenido bastantes. Y todo esto es por tu bien. Las mujeres debemos ayudarnos.

—Pero…

Quise preguntarle al respecto de sus palabras, quise hacerlo, pero ella miró a ambos lados antes de salir del baño, como temerosa de que alguien pudiera descubrirla, y entonces se esfumó.

Yo no podía poner la mano en el fuego por esa mujer a la que no conocía. Ni mucho menos podía hacerlo, pero algo en mi interior me decía que no actuó de mala fe, ¿o me estaba equivocando? Inés siempre decía que, si se buscaba la palabra inocente en Wikipedia, allí aparecía mi foto, que yo no conocía la maldad, que a mí me la daba cualquiera y blablablá.

Quise reaccionar, quise ir detrás de ella, pero no me fue posible. Cuando me asomé, ya se había esfumado, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Me quedé sin apenas reacción.

Apenas me dio tiempo a mucho cuando ya se había ido por donde había venido. ¿Qué pretendía diciéndome eso? Lo meditaba mientras trataba de controlar mi agitada respiración. Pues dejarme sin entender nada después de soltarme lo que parecía un aviso y ¿por qué debía creerla? ¿Y por qué no?

Mi corazón se dividía, ¿quién era quién en aquel extraño juego? Porque, lo que parecía cierto, era que ambos se traían un juego en el que yo no debía ser una pieza más, porque la verdad es que a mí aquello ni me iba ni me venía, ¿o sí?

Multitud de interrogantes y cero respuestas. Mis nervios no daban para más…

Fue entrar en el baño y notar que alguien me seguía. Al girarme me topé cara a cara con Kate, su ex, circunstancia que me dejó un poco sorprendida porque parecía que me había seguido, ¿lo habría hecho de veras? Lo que me faltaba para que mis nervios no dieran tregua.

—Sé que no me esperabas, solo te voy a decir algo ya que, si no lo hago, me sangra la lengua. Ten mucho cuidado con Liam, no es el hombre que parece ser y te puede llegar a joder la vida como me lo hizo a mí. Ten mucho cuidado, te veo muy joven y por favor, yo nunca estuve aquí ni te dije nada de esto. No quiero más problemas, ya he tenido bastantes. Y todo esto es por tu bien. Las mujeres debemos ayudarnos.

—Pero…

Quise preguntarle al respecto de sus palabras, quise hacerlo, pero ella miró a ambos lados antes de salir del baño, como temerosa de que alguien pudiera descubrirla, y entonces se esfumó.

Yo no podía poner la mano en el fuego por esa mujer a la que no conocía. Ni mucho menos podía hacerlo, pero algo en mi interior me decía que no actuó de mala fe, ¿o me estaba equivocando? Inés siempre decía que, si se buscaba la palabra inocente en Wikipedia, allí aparecía mi foto, que yo no conocía la maldad, que a mí me la daba cualquiera y blablablá.

Quise reaccionar, quise ir detrás de ella, pero no me fue posible. Cuando me asomé, ya se había esfumado, perdiéndose en la oscuridad de la noche. Me quedé sin apenas reacción.

Apenas me dio tiempo a mucho cuando ya se había ido por donde había venido. ¿Qué pretendía diciéndome eso? Lo meditaba mientras trataba de controlar mi agitada respiración. Pues dejarme sin entender nada después de soltarme lo que parecía un aviso y ¿por qué debía creerla? ¿Y por qué no?

Mi corazón se dividía, ¿quién era quién en aquel extraño juego? Porque, lo que parecía cierto, era que ambos se traían un juego en el que yo no debía ser una pieza más, porque la verdad es que a mí aquello ni me iba ni me venía, ¿o sí?

Multitud de interrogantes y cero respuestas. Mis nervios no daban para más…

Capítulo 13



Regresé a la mesa intentando aparentar una normalidad que no sentía interiormente porque la visita que Kate me hizo en el baño lo cambió todo.

—¿Bien? —Liam era muy largo y algo me debió notar en la cara cuando del tirón me hizo esa pregunta.

—Sí —sonreí —. Tiene muy buena pinta. —Habían traído una ensalada de salmón y queso que contaba con un aspecto delicioso, aunque a mí el estómago se me había cerrado un poco a consecuencia de los nervios.

Lo que me faltaba. Si nervios sentía ya por el simple hecho de estar allí a solas con Liam, no digamos ya los que me provocó el haber escuchado lo que escuché, sin poder sacar conclusión alguna al respecto.

—Está riquísima, la he pedido en otras ocasiones. —Levantó su copa, me hizo un guiño y dio un trago de ese exquisito vino que yo también estaba deseando probar, porque tantas emociones me provocaban sequedad de garganta.

No se me iban de la cabeza las palabras de Kate en el cuarto de baño, ¿por qué querría avisarme? Por sus gestos parecía que iba bastante en serio, era como que quería prevenirme. O tenderme una trampa, quién sabía. Mi corazón me decía una cosa mientras que mi cerebro optaba por la contraria, ¡qué lío!

Buena cosa me había dicho, con lo que me comía el coco con todo, esa advertencia me iba a mantener rayada un buen tiempo. Tenía que disimular y, pese a que traté de hacerlo, Liam seguía un tanto mosqueado.

—Te noto un poco extraña. —Rompió el silencio que se había hecho por unos segundos, los mismos en los que esas preguntas rondaban mi mente sin parar, una y otra vez.

—No, para nada, es solo que me impone estar en un lugar así y acompañada por alguien como tú —titubeé.

—¿Como yo? —me preguntó con la sonrisa en la cara. Él no parecía entenderlo, pero yo sabía muy bien a qué me refería, ¿cómo no iba a saberlo?

—En el sentido de que, aunque no estemos en el trabajo, sigues siendo mi jefe. —Apreté los dientes, como en todas aquellas ocasiones en las que soltaba algo que me costaba, pero que pensaba que debía decir.

—Lo mismo me convierto en tu mejor amigo. Nunca se sabe —murmuró en un gesto cercano y con ese tono de voz que me atraía, porque lo peor de todo era que Liam me resultaba de lo más atrayente, aparte de que debía sabérselas todas, pues tenía dotes de seductor nato.

—Nada es descartable en la vida —le contesté tratando de disimular la sorpresa que sus palabras me estaban causando, ¿amigos?

—Sigo sin verte muy convencida. —Arqueó una ceja.

—No me pasa nada —me reí—. De veras que no, estoy bien —añadí para tratar de convencerle porque no me interesaba que siguiera indagando.

—Ni que yo me entere. Por mis empleadas mato y más cuando se convierten en amigas. —Levantó de nuevo su copa y dio un trago.

—Gracias —añadí. Me sentía mal, como si no pudiera darle demasiada conversación. Y era normal puesto que, entre lo que me imponía y lo rayada que me dejó su ex, mi mente parecía estar más seca que la mojama, y las ideas no acudían a ella.

—¿Quieres dejar de darme las gracias? —me pidió porque no parecía hacerle sentir cómodo.

Yo seguía sin saber qué contestar. Me sentía bastante idiota ante esa mirada provocadora a la que acompañaba una sonrisa.

¿Qué hacía yo en ese lugar y con él? ¿Cuál era mi papel en todo aquello? ¿Por qué yo, y no Inés o Patty, partiendo de la base de que a esta última la conocía desde hacía más tiempo?

Una pregunta tras otra y cada vez veía más claro que Liam me tenía a su lado para ayudarle a reconquistar a alguien que no se fiaba ni un pelo de él.

No es que me gustase la idea, porque en parte era un poco como si me utilizase, pero bueno, tampoco perdía nada. Se trataba de su vida y no de la mía. Y entonces, ¿por qué en cierto modo me dolía? ¿He dicho doler? Joder, yo ya no sabía ni lo que sentía. O sí y me negaba a reconocerlo, porque cada vez me gustaba más y me volvía majara el hecho de que Kate me buscase para advertirme.

Fuera como fuese, y, de todas maneras, yo no pretendía conquistarle. En mi caso, tenía los pies sobre la tierra y era consciente de que ese hombre tan solo podía ser el objeto del deseo de una chica como yo. Vamos, que no lo veía fijándose en lo que para él sería simplemente una cría.

Escocía, escocía pensar que me estuviera manejando a su antojo para llevar a cabo un plan que debió trazar a conciencia, aunque yo nada podía hacer al respecto. Como digo, igual, por muy mona que me viera, yo era invisible a sus ojos, y más cuando él parecía tener su mente puesta en su ex.

La cena transcurrió plácidamente para él y con nervios para mí, aunque creo que logré dominarlos y hacerle ver que me sentía muy a gusto con su conversación. Por cierto, que me resultaba bastante interesante, eso sí.

Liam era un hombre de mundo, una de esas personas que han pisado la mayoría de los países, porque parecía ser un intrépido viajero. De ahí parte de su cultura y lo abierto de mente que parecía ser porque, cuando uno ha viajado tanto y ha entrado en contacto con gentes tan diversas, la mente se expande.

Tomé buena nota de muchas de las cosas que me dijo, y tras la cena, pasamos a las copas… Y ¿quién las servía? Su amiga Kate.

Para mí se trataba de un verdadero rompecabezas. Esa mujer no podía imaginarse hasta qué punto me había roto los esquemas en una noche en la que yo no podía dejar de pensar en sus palabras.

—Buenas noches, ¿qué les pongo por aquí? —nos preguntó guardando las distancias por completo.

—Lo mismo de siempre —le respondió Liam sin devolver las buenas noches y casi pasando de ella, al menos aparentándolo, como si fuera un diminuto insecto que pasara desapercibido para sus ojos—. Por cierto, a mi chica se lo pones un poco más corto —le aclaró enfatizando en lo de «mi chica». En ese momento mis mejillas debieron entrar en combustión.

—Marchando uno para don Liam y su nueva conquista —contestó Kate sin mirarnos, anotando el pedido en su pequeña Tablet y marchándose para prepararlo.

—Es tonta —murmuró mirándola y negando.

—La has provocado tú. —No pretendía decirlo en alto, pero de nuevo volvía a hacerlo. Se me escapaba, y más cuando sentía que tenía cierto derecho a hacerlo, pues para eso estaba en medio de ambos.

—Solo le dije que te lo preparara más corto.

—Te has dirigido a mí como tu chica. Y lo has hecho no con una camarera desconocida, no, sino con tu ex ¿no es

eso una provocación? Además, no soy tu chica —le aclaré.

—Es una forma cariñosa de dirigirme a la persona que me acompaña.

—Bueno, lo podrías haber hecho de otro modo. —Creo que el vino que había tomado durante la cena provocó que mi lengua se desatase.

—Esta noche eres mi chica —añadió contundente, con esa seguridad tan suya que me ponía una barbaridad.

—¿Y el resto de las noches? —le pregunté porque su comentario daba para mucho.

—La chica de mis chicas. —Jugó con las palabras. A él no le dejaría yo callado, eso podía jurarlo.

—Me estás vacilando. —Solté una carcajada.

Liam era muy divertido. Obviamente salvando ciertos momentos como todo ser humano, y más en su caso, al tener una empresa por la que mirar y partirse la cabeza para que todo fuera bien. Que sí, que le iba de película, pero no por eso dejaba de sufrir contratiempos como todos los empresarios.

A mi padre le había dado referencias suyas y me comentó que era una máquina de hacer dinero, un inversor brillante que sabía dónde tenía que poner el ojo para obtener unos estratosféricos beneficios.

Conforme avanzaba la noche Liam se mostraba más bromista y yo más deslenguada. No tanto como se mostraron mis amigas, pero sí que le desafiaba y le contestaba lo que viniese al caso sin el menor reparo. El alcohol estaba ayudando, todo había que decirlo.

—Le tienes que poner un mensaje a tu padre para comentarle que no dormirás en tu casa esta noche —me pidió en un momento dado sin darle la menor importancia.

—¿Cómo que no dormiré allí? —Casi me atraganto en ese momento, puesto que me pilló dando un sorbo de mi copa.

—Te recuerdo que tengo una habitación reservada.

—Y yo te recuerdo que me dijiste que me llevarías a casa y regresarías de nuevo al hotel, que no habría nada más.

—Bebí demasiado —alegó.

—Yo pido un taxi y ya mismo estoy en casa —propuse.

—¿Y me dejarás solo? —Puso carita de pena.

—Pensabas estarlo de todos modos, a mí no me vengas con esas.

—Era una estrategia, aunque entiendo que no te fíes de tu querido jefe.

—No me hagas chantaje emocional. —Le señalé con el dedo mientras reía.

—Prometo ser bueno —prosiguió.

—Eso se puede interpretar de muchas maneras, yo me voy a mi casa a dormir —insistí.

—Negativo. —Se levantó, y sin esperarlo, me tomó en brazos y salió andando conmigo entre ellos.

—No, Liam —reí nerviosa y vi cómo nos miraba Kate mientras él me llevaba hacia el interior del hotel.

—No todo el mundo tiene la suerte de poder pasar una noche en un sitio así y con un buen hombre como yo —me comentó entre bromas.

—Me voy a cargar a mi padre de un susto. No puedo, no puedo —le dije y entonces pensé que me estaba pareciendo a Chiquito de la Calzada.

—Escríbele…

—¿Y le digo que voy a dormir con mi jefe? —Resoplé mientras me salía la risa floja, pues anda que le iba a gustar la idea.

—Le dices que tu jefe reservó una habitación para ti.

—¿Y la ropa para cambiarme? ¿Tú te crees que mi padre se chupa el dedo?

—En la habitación.

—¿En qué habitación? Si él sabe de sobra que yo no traje nada.

—Escríbele, no te hagas de rogar, venga —me ordenó entre risas, por supuesto que en broma.

—Pues bájame y aclárame eso de que mi ropa está en la habitación.

—O escribes a tu padre o al entrar pierdes el móvil por esta noche. Y te advierto que pienso apagarlo.

—Jefe, eso es abuso de poder. —Le hice ver con el dedo levantado y todo.

—Suerte la mía. —Me hizo un guiño.

No me la quise jugar, puesto que parecía bastante decidido, y le escribí a mi padre comentándole que regresaría al día siguiente y que no se preocupara. Realmente era yo la que no sabía cuál sería mi destino esa noche.

—Pues bájame y aclárame eso de que mi ropa está en la habitación.

—O escribes a tu padre o al entrar pierdes el móvil por esta noche. Y te advierto que pienso apagarlo.

—Jefe, eso es abuso de poder. —Le hice ver con el dedo levantado y todo.

—Suerte la mía. —Me hizo un guiño.

No me la quise jugar, puesto que parecía bastante decidido, y le escribí a mi padre comentándole que regresaría al día siguiente y que no se preocupara. Realmente era yo la que no sabía cuál sería mi destino esa noche.

Capítulo 14



Me quedé boquiabierta cuando abrió la puerta de la habitación. Bueno, en realidad se trataba de una impresionante *suite* con unas vistas a los jardines y la playa que resultaban espectaculares, y eso que era de noche, de día debían ser una auténtica pasada.

—¿Ves como merecía la pena quedarse? —me preguntó como extasiado al ver la forma en la que yo parecía disfrutar de todo aquello.

—Me ha impresionado, sí, pero de ahí a quedarme hay un largo camino, no me lo vayas a negar.

Yo no quería darle la impresión de que me moría por quedarme con él en esa *suite*. Para nada me apetecía que pensara que era una trepa que estaba deseando liarse con el jefe, aunque no había nada en mi comportamiento que así se lo hiciera ver.

—Ese que hice contigo en brazos, así que no te quejes. —Señaló a su cama y vi como una pequeña bolsa de viaje.

—¿Qué es eso? ¿Qué hay dentro? —le pregunté de lo más intrigada porque con Liam yo iba de sorpresa en sorpresa, eso era totalmente innegable.

—Lo necesario para que te pongas cómoda —me indicó mientras la puso en mi mano. Parecía tenerlo todo previsto, no era un hombre de dejar cabos sueltos.

—Esto parece de novela…

—Todo lo parece para quien no lo vive, pero tú lo estás haciendo. Ve a cambiarte y te espero en la terraza. —Me señaló al baño.

Era impresionante, porque parecía como si diera órdenes constantes, solo que lo hacía en un tono que me ponía una barbaridad, y por eso no se lo tomaba a mal. En el fondo, me sentía muy halagada y no había más que mirar a mi alrededor para entender que con él todo era como de cuento, pero un cuento intrigante y excitante a la vez, no sé si lo estoy definiendo bien.

—Espero que no se trate de nada atrevido porque de lo contrario salgo igual que entré. No me lo pienso poner, qu lo sepas —le advertí señalándole con mi dedo índice.

—Mujer de poca fe. —Volvió a estirar su mano.

Me metí en el baño y abrí la bolsa. En su interior encontré ropa interior, un pijama corto de tirantes, una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas. ¿En serio era todo para mí? Además, en mis tonos favoritos, los pasteles, todas las prendas en rosa y beige. Sonreí mientras me colocaba el pijama, que era de lo más cuqui1.

e
¿Qué hacía con mi jefe en la habitación de un hotel? Me reí mientras negaba frente al espejo. Todo era una locura pero debo reconocer que una locura con muchas pinceladas dulces. O al menos así me lo parecía.

Tenía la sensación de que me trataba como a una niña pequeña a la que le gustaba buscar y encontrar. Y, en cierto modo, cabía la posibilidad hasta de que se sintiera atraído por mí. Eso me decía mi corazón, pero al mismo tiempo entraba en juego mi cerebro y ese opinaba que tal pensamiento era producto de las copas que me había tomado y que me estaba creando una novela en mi cabeza que no tenía que ver con la realidad.

Me miré al espejo y me vi muy mona, tanto que eso me dio una especie de chute de seguridad, de esa misma seguridad que me faltaba a la hora de enfrentarme a todo lo que tuviera que ver con él.

Traté de caminar erguida, traté de hacerle ver que ya no me imponía tanto, cuando lo cierto es que me imponía muchísimo. Y más cuando desconocía la naturaleza de sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, yo intuía que podía confiar en Liam, que yo no era una presa a la que fuera a someter a acoso y derribo, ya que tampoco había nada en su actitud que así me lo hiciera parecer.

No voy a negar que tuviera ganas de hacer cosas con él, porque por muy inocente que fuera tampoco era tonta de remate. Lo que sí puedo afirmar, sin temor a equivocarme, es que todavía no estaba preparada para ello, de modo que sería mejor que todo transcurriera sin prisas.

Salí a la terraza y me lo encontré sentado en un sofá de exterior. Me hizo un gesto con la palma de su mano para que me sentara a su lado. Podría haberme negado, obviamente, pero quise acercarme para comprobar de qué iba todo aquello.

—¿Has visto que no era para tanto? —me preguntó cariñoso. Y luego estaba lo de su olor…Su penetrante y caro perfume, de lo más varonil, me llegaba hasta donde estaba y penetraba por mi nariz, provocando que mis ganas de sentarme a su lado fueran todavía mayores.

—Es monísimo, tienes mucho gusto —le contesté echándole una miradita cómplice.

e

Eso era lo que sentía; complicidad con Liam. Todo lo que decía, por mucho que a priori me resultase de auténtica locura, lo acababa logrando de mí, quizás como fruto de ese *feeling* que parecía comenzar a haber entre ambos.

—Sabía que sería de tu agrado —murmuró con seguridad mientras colocaba una copa en mi mano.

, —¿Otra? —me reí a sabiendas de lo que me esperaría al día siguiente y no sería otra cosa que una nueva resaca monumental.

, Yo no estaba nada acostumbrada a beber y en aquellos días estaba sacando los pies demasiado del plato, esa era la realidad. Y la resaca me la encontraría sí o sí. Esperaba que no me diese por vomitar como el otro día nada más llegar a casa, porque no me veía a Liam lidiando con ese percal, tal y como había hecho mi padre.

, —Mañana no se trabaja, ¿qué mejor que celebrarlo una y otra vez? —me propuso como si, efectivamente, tuviéramos que hacerlo, tuviéramos que celebrar esa cuestión.

Me dejaba llevar por Liam. Yo no sabría decir si era su físico imponente, su seductora manera de ser o todo el conjunto, pero al final terminaba haciendo conmigo lo que quería. Además, que para mí todo era una auténtica aventura, teniendo en cuenta que yo había vivido muy poquito.

—Que lo diga yo, vale, pero alguien como tú, cuya prioridad es trabajar, como que no cuela.

—También me gusta disfrutar de la vida.

—No lo dudo. —Noté posar su mano sobre mi hombro y apretarlo. De nuevo el rubor hizo acto de presencia y de nuevo también un cosquilleo por el estómago me alertó de que algo sucedía cada vez que él se acercaba demasiado.

Yo notaba cómo por momentos invadía más mi espacio personal. Y entonces se fue acercando y, sin previo aviso, me besó… Si, como suena, me besó.

Sé que un beso no es algo demasiado llamativo para muchas personas, pero para mí… En fin, que entre que mi experiencia era cortita, y que encima era Liam quien me besaba, como que mi corazón empezó a palpitar tan fuerte que corría el riesgo de que se me saliese por la boca.

, No me lo esperaba, para nada, por lo que me quedé muda y sin reacción, mirándole sin detenerle en ningún momento. En definitiva, deseándole. Incluso cuando se iba acercando pensé que no lo haría, pero lo hizo y lo peor de todo (o lo mejor, pues nunca se sabe) fue que yo no le paré, como digo, dejándome llevar una vez más por

él, por su ímpetu, por su deseo…

Pasamos de las palabras a una serie de besos que nos dimos de forma continuada, mientras sonreíamos ante lo que estaba pasando y yo tomaba conciencia de que mi atracción por él no hacía más que crecer y crecer por momentos.

Sus besos eran una gozada, de lo más delicados y suaves. Su experiencia debía ser mucha, y no por ello actuó de un modo más suelto, sino de uno que me indicaba que, por encima del resto de las cosas, él deseaba que me sintiera bien. Derrochábamos complicidad, era lo que yo sentía, mucha complicidad, la cual parecía haberse instalado esa noche entre ambos.

Pensé que iba a llegar a más, pero no. Agarró mi mano y nos fuimos a la cama donde me abrazó y me acarició, entre más y más besos, haciendo que sus labios se fundieran con los míos, desbordados por esa pasión que yo notaba por él y que ignoraba, hasta ese momento, que podría compartir con Liam, pues iba de una sorpresa en otra.

Yo estaba en una nubecita, y aunque quedaba mucha noche por delante no tenía ningunas ganas de que acabara. Mientras nos seguíamos besando, en la cama, agradecía el hecho de que no quisiera ir a más, de que lo dejara estar, de que pareciera conformarse y ser muy feliz con esos besos que tanto me llenaban y que parecían llenarle también a él.

De vez en cuando, paraba y me miraba, sonriente. Su sonrisa sugerente acrecentaba mis ganas de que me volviera a besar y, sin embargo, tardaba varios segundos en comenzar a hacerlo. No por falta de ganas, eso se notaba, sino porque también parecía disfrutar muchísimo de esa forma en la que me miraba, degustándome con los ojos, desvistiéndome con la mirada, por mucho que yo no estuviera desnuda.

Era esa misma complicidad la que me decía que todo iría genial en esa noche que Liam convirtió en mágica para mí, en una noche en la que solo podía mirarle y decirme que, aunque seguía sin saber qué demonios hacía yo allí, no habría ningún otro lugar en el mundo en el que pudiera sentirme mejor.

En sus brazos, con sus caricias recorriendo mi cuello, mis brazos… Incluso por encima de mi pijama, recorriéndome con la yema de sus dedos como si mi cuerpo fuera el objeto de su deseo… De un deseo que en ningún caso estaba forzando…

Si la actitud de Liam hubiera sido otra, si hubiera ido a saco para conseguirme, estoy segura de que no habría logrado nada, porque yo no lo habría consentido. Pero viendo que se conformaba con eso, que se conformaba con acariciarme, con besarme, con mirarme con esa complicidad de la que ya hacíamos gala… Yo me derretía en sus brazos y él parecía estar increíblemente a gusto a la par.

No quería dormir para que aquello no se acabase. Yo demandaba sus besos, esos besos cálidos y que me llegaban

al alma, a pesar de que no sabía qué pensar de la persona que tenía enfrente. No, no iba a permitir que las palabras de Kate empañaran esa noche tan formidable que estábamos compartiendo sobre esa cama.

Yo no podía saber qué tipo de hombre era Liam, pero sí podía valorar cuánto cariño y entrega había en los abrazos, en los besos y en las caricias que me dedicaba.

Finalmente, noté que los párpados me iban pesando cada vez más. Y entonces me entregué al sueño… Un sueño que llegó de una forma pacífica y entre besos, porque me consta que él no se durmió hasta que yo no me hube dormido.

Fui feliz entre sus brazos, experimentado eso que provocó que me fuera quedando dormida plácidamente, mientras los últimos resquicios de visión de mis ojos me decían que no lo había más guapo ni tampoco más sensual.

Los suyos también me decían algo… Me decían que igual él solo me veía como a una chica, pero una chica sexy que se moría por poseer y que, sin embargo, se contenía.

A eso se le llamaba respeto mezclado con cariño, y ese fue el último pensamiento que pasó por mi mente en una noche que estaba destinada a terminar de una forma muy distinta a como yo la imaginé… De una forma tan apasionada que me hacía ver corazones dibujados en la oscuridad.

al alma, a pesar de que no sabía qué pensar de la persona que tenía enfrente. No, no iba a permitir que las palabras de Kate empañaran esa noche tan formidable que estábamos compartiendo sobre esa cama.

Yo no podía saber qué tipo de hombre era Liam, pero sí podía valorar cuánto cariño y entrega había en los abrazos, en los besos y en las caricias que me dedicaba.

Finalmente, noté que los párpados me iban pesando cada vez más. Y entonces me entregué al sueño… Un sueño que llegó de una forma pacífica y entre besos, porque me consta que él no se durmió hasta que yo no me hube dormido.

Fui feliz entre sus brazos, experimentado eso que provocó que me fuera quedando dormida plácidamente, mientras los últimos resquicios de visión de mis ojos me decían que no lo había más guapo ni tampoco más sensual.

Los suyos también me decían algo… Me decían que igual él solo me veía como a una chica, pero una chica sexy que se moría por poseer y que, sin embargo, se contenía.

A eso se le llamaba respeto mezclado con cariño, y ese fue el último pensamiento que pasó por mi mente en una noche que estaba destinada a terminar de una forma muy distinta a como yo la imaginé… De una forma tan apasionada que me hacía ver corazones dibujados en la oscuridad.

Capítulo 15



Unos besos sobre mi mejilla me hicieron recordar que no estaba precisamente sola ni en casa de mi padre.

La sensación de levantarme al lado de Liam fue un tanto contradictoria, porque por un lado me mostré feliz, pero por otro, ¿no lo estaría liando yo todo demasiado al acostarme con mi jefe? Acostado en el sentido de que compartimos cama, claro, porque a más no llegamos.

Finalmente, me lo pasé todo por el arco del triunfo y se me escapó una sonrisita, aunque era incapaz de abrir los ojos, pues estaba sufriendo la segunda resaca de mi vida. Y no tenía pinta de que fuera a ser demasiado benevolente conmigo. Muy al contrario, esa me iba a machacar.

Yo necesitaba una pastilla de las de mi padre, o mimos, o una buena mezcla de ambas cosas, que también podría ser…

—Buenos días, Martina —murmuró con esa voz que provocaba que yo tuviera ganas de desayunármelo, de comérmelo enterito, por mucho que sintiera el estómago todavía revuelto.

—Buenos días, Liam —le contesté sin perder la sonrisa.

—No puedes ni abrir los ojos. —Se le escapó una sonrisilla también a él, junto con una caricia.

—Es que en estos momentos echo de menos la mano de santo de mi padre y de sus pastillas —dije en voz alta lo que previamente pensé.

—Pregúntale cuáles son y en veinte minutos las tenemos aquí.

—¿Cómo que «las tenemos aquí»? —le pregunté porque de veras que no paraba de sorprenderme.

—Pregúntale… —Carraspeó sin dejar de acariciar mi espalda y continuando con esos besitos que me quitaban parte del malestar de la dichosa resaca.

—No, ahora cuando vaya a casa me tomo una, no te preocupes —le indiqué porque no quería causarle más molestias. Yo era muy cauta y no deseaba ser un estorbo. Aparte, que un hombre como él ya tendría planes para ese día.

—No vas a ir a casa. —Esa vez me dio el beso en los labios —. De aquí nos vamos a otro sitio que te va a encantar. Por cierto, avisa a tu padre de que no vuelves hasta mañana y de paso pídele que te diga el nombre de la pastillas —insistió.

Me quedé nuevamente a cuadros. Él tenía el extraño don de dejarme muda. Cada vez que abría el pico, yo lo cerraba, hasta que por fin lo abría y entonces le preguntaba.

—¿Hasta mañana? —reí nerviosa—. Pero eso no entraba en mis planes —murmuré porque yo era un poco cuadriculada y no sabía qué opinar al respecto.

—Ya es hora de que te dejes llevar por los momentos, Martina.

—Bueno, aquí estoy, al final me dejé llevar anoche, pero hacerlo de nuevo hoy quizás sea demasiado. La verdad es que no sé si debería —le comenté porque me encontraba confusa. Entre la sorpresa que me causó su proposición y el dichoso dolor de cabeza, que parecía que me estaban martilleando las sienes, pues eso…

—¿Qué te lo impide? —me preguntó con esa parsimonia suya, con esa forma tan tranquila en la que me preguntaba las cosas y casi siempre me hacía pensar.

—Yo misma, no sé, nunca me vi en una situación así. —Traté de explicarle porque así era. No es que tuviera una explicación convincente, la verdad. Por lo demás, era más bien que yo no había vivido demasiado y me pareció que era mejor no tratar de hacerme la interesante ni nada parecido, sino mostrarme como era, sin caretas.

—Escribe a tu padre… —sonreía.

La verdad es que me apetecía quedarme junto a él a pasar un día más, me sentía cómoda a su lado, eso era innegable. Puse la mano encima del teléfono y le miré, como interrogándole con la mirada.

Supongo que todos, cuando no conocemos todavía a la persona que tenemos delante, nos dejamos llevar por las dudas. Pero enseguida reaccioné, y más cuando él me sonrió de esa forma suya, tan convincente, y yo volví a derretirme.

Fue coger el móvil para escribirle y comprobar que mi padre ya se había adelantado a la jugada, escribiéndome él. Otro que era muy previsor, cualquiera parecía serlo más que yo y eso que siempre pequé de demasiado juiciosa,

¿sería Liam quien me estuviese cambiando?

Papá: *Buenos días, hija. Como padres, a veces intuimos cosas, aunque los hijos no lo creáis, así que ayer fui previsor y te metí una tableta de pastillas en el bolsillo interior de tu bolso. Si te has levantado con resaca, tómat una. Espero tu saludo. Te quiero, mi vida.*

¿No lo decía yo? Y tanto que había sido previsor. Era para comérselo, yo me lo comía.

Sonreí y Liam, que estaba a mi lado y lo había leído a la par, negaba riendo.

—Los padres, esos que son capaces de predecir todo lo relativo a los hijos sin necesidad de ser adivinos. Un verdadero misterio —decía mientras me abrazaba —. Voy a pedir que nos traigan el desayuno. —Alargó la mano para coger el teléfono.

Me metí en la ducha mientras nos lo servían y me puse la ropa que me preparó junto con las zapatillas. Cuando por fin salí ya estaba la mesa puesta en la terraza. Había una serie de exquisiteces que me llamaban a gritos y es que estaba hambrienta, porque, a pesar de todo, llevaba muchas horas sin comer.

Me tomé la pastilla con el zumo antes de comenzar a degustar mi ansiado café. Liam no paraba de mirarme y sonreír, se le veía tan cómodo conmigo que me sorprendía. Yo me hacía una pregunta tras otra, pues todo era muy sorprendente, ¿qué esperaba de mí? ¿Por qué estaba allí conmigo pudiendo tener a su lado a la mujer que le viniese en gana?

No dejaba de tratarme con mucho cariño, no parecía el ser maligno que había intentado describir Kate con esas palabras de aviso que salieron de su boca. Esa chica igual tenía algo en su contra y quiso vengarse de él o al saber porque estaba claro que ambos se trataban con la punta del pie por el motivo que fuese.

Sentí que su comportamiento de la anterior noche, de aquella noche en la que no pretendió pasar de los besos y abrazos, le colocaron a mis ojos en un escalón muy alto, al haberse comportado como todo un señor, más con alguien como yo cuya presencia tanto me imponía y a la que, además, las prisas le provocaban vértigo.

Debo reconocer que a mis veinticinco años nunca me había acostado con nadie. Sí, soy consciente de que en el mundo en el que vivimos tal idea puede sonar irreal, por eso mientras desayunábamos y salió el tema en clave de humor y bromas, se lo confesé a Liam, quien se quedó atónito. Para mí que una cosa así no se la había dicho nadie en la vida, y por unos segundos me alegré, porque así no sería yo la única que se sorprendiese con todo.

—No, no, no me lo puedes estar diciendo en serio —murmuraba él mientras me miraba de un modo muy fijo, como si en mis ojos estuviera la respuesta.

—Sí, de verdad, créeme —me reí nerviosa. Menos mal que no se lo había tomado mal.

—Eso ya no existe en esta época o, al menos yo jamás me topé con ninguna virgen. —Se encogió de hombros, de lo más simpático.

—Soy un ser extraño. —Apreté los dientes.

—Imagino que debe ser por lo entregada que estuviste a tu madre.

—Me tenía muy controlada, fue mucha su suerte al tener una hija que solo miraba por ella y porque se encontrase bien —resoplé porque el tema me quemaba la sangre. Era hablar de ella y empeorar mi dolor de cabeza.

—¿Ya no la tiene? —me preguntó bastante interesado, pues parecía que todo lo concerniente a mi persona era de su interés.

—No, aunque me duela porque es mi madre, entendí que sus actos eran el fruto de su increíble egoísmo. Ella no miró por mí ni lo más mínimo, y lleva viviendo muchos años presa de un odio que no debería sentir ningún ser humano. Es una situación muy complicada que a mí me ha afectado muchísimo y que lo sigue haciendo.

No fue necesario que dijera nada más porque él mismo comprobó cómo las lágrimas brotaban de mis ojos en una mañana en la que volví a emocionarme al hablar del tema.

—Va, va, no te preocupes por nada —me dijo al ver cómo, de forma apresurada, corrí a borrarlas de mi rostro con el dorso de mi mano. Yo no quería que se compadeciera de mí.

—Es que no debería llorar cuando hablo del tema, pero siempre termino haciéndolo. Lo siento.

—Primera y última vez que me pides disculpas por abrirte en canal conmigo. Para mí es un verdadero placer, Martina. Quiero decir, no es que me guste verte llorar, por supuesto, pero si lo haces, prefiero que sea conmigo.

—¿Llorar con mi jefe? Pues no sé si me contratase para eso —bromeé porque necesitaba hacerlo y tratar de sacar una sonrisa.

Se trataba de un desayuno ideal, en una compañía excelente y en un lugar idílico… Llorar por mi madre no debería formar parte de una situación así.

—Supongo que no te contraté para eso, solo que las cosas van cambiando y ahora te digo que me siento muy a gusto conociendo tus cosas.

—Ya, porque a ti no te gustan los secretos, ¿no? —Puse los brazos en jarra de lo más graciosa.

—No —negó con la cabeza de inmediato.

—Pues a mí tampoco, así que ya puedes decirme dónde se supone que pasaremos el día —le exigí.

—Lo siento, pero debes aprender a distinguir entre un secreto y una sorpresa… Y eso es una sorpresa —me indicó.

No había manera de poder con él. Liam siempre la ganaba o, al menos, la empataba, así que tendría que esperar para conocer cuál era el destino de un día que amaneció con no pocas emociones y que apuntaba a que nos tendría reservadas unas cuantas más.

Sería cuestión de descubrirlo y con esa ilusión ocupé el asiento del copiloto de su coche un rato después, ¡al lío!

—Ya, porque a ti no te gustan los secretos, ¿no? —Puse los brazos en jarra de lo más graciosa.

—No —negó con la cabeza de inmediato.

—Pues a mí tampoco, así que ya puedes decirme dónde se supone que pasaremos el día —le exigí.

—Lo siento, pero debes aprender a distinguir entre un secreto y una sorpresa… Y eso es una sorpresa —me indicó.

No había manera de poder con él. Liam siempre la ganaba o, al menos, la empataba, así que tendría que esperar para conocer cuál era el destino de un día que amaneció con no pocas emociones y que apuntaba a que nos tendría reservadas unas cuantas más.

Sería cuestión de descubrirlo y con esa ilusión ocupé el asiento del copiloto de su coche un rato después, ¡al lío!

Capítulo 16



Estacionó el coche dentro de una preciosa finca en medio de la sierra. Yo seguía a la expectativa y eso me ponía muchísimo, me refiero al hecho de que cada paso que diésemos juntos se convirtiese en toda una aventura sorprendente para mí.

Me acordaba de las chicas y de lo incrédulas que se mostrarían cuando yo les contase todo aquello. Mis niñas lo iban a flipar y no era para menos, porque la primera que estaba flipando, y en colores, era yo.

—¡¡Qué pasada!! —exclamé bajando del coche y con las manos puestas a modo de visera para poder contemplar mejor aquella maravilla—. ¿Quién vive aquí? —le pregunté a continuación porque la duda me estaba corroyendo.

—Esta finca es mía. La compré en una subasta y al final decidí no venderla, sino quedármela. Es el lugar perfecto para desconectar. Aquí puedo ser yo mismo y tratar de olvidarme de todo.

—No me extraña que te la quedaras, cuenta con unas vistas espectaculares y se ve todo tan bonito y cuidado… —Miraba hacia el jardín delantero que estaba decorado en estilo rústico, pero sin que le faltaran unos toques de modernidad que le dieran un aspecto más actual. Se habían empleado a fondo en su decoración, yo tenía la mandíbula descolgada ante la belleza de aquel lugar en el que nunca había estado y en el que, sin embargo, me sentí a gusto desde el mismo momento en que lo pisé.

—Entra, te enseño la casa. —Me invitó porque me notaba con ganas de seguir explorando aquel lugar que me estaba atrayendo más por momentos. Para mí que algo tenía que ver el que fuera de Liam, porque su dueño también ejercía ese misterioso efecto en mí.

La vivienda en sí estaba distribuida en una sola planta, pues la superior consistía en una amplia buhardilla en la que nos encontramos con una mesa de billar, así como una diana con dardos, una barra con bebidas, sofás, sillas y mesas, además de un equipo de música. Una gozada para ser disfrutada, cualquiera se consideraría privilegiado de ser el dueño de un lugar así.

—¿Has celebrado alguna fiesta aquí? —le pregunté con el ánimo de ir conociéndolo un poco más, poque notaba esa necesidad y porque tampoco él se mostraba incómodo con mis preguntas. Era coherente, puesto que nadie se

lo pidió y fue él mismo quien, poco a poco, me introdujo en su mundo.

—Sí, para mí mismo. —Arqueó la ceja —. Bueno, no han sido precisamente fiestas —matizó ante mi desconcierto—, pero he puesto música, me he servido una copa y he jugado un billar a solas. Lo mejor de todo es que varias veces aguanté hasta las tantas de la madrugada, un buen puñado de horas, descubriendo que yo mismo era mi mejor compañía. —Me abrazó por la espalda y besó mi cuello.

—¿Y hasta qué hora aguantaste? —le pregunté sorprendida, porque eso de una fiesta en solitario, la verdad, como que no lo había escuchado nunca.

—Hasta una hora antes de la salida del sol, me fui a la cama poco antes del amanecer, como los adolescentes con el botellón —me sonrió.

—Pues esta noche vamos a ver desde aquí el amanecer —le propuse porque sentí unas irremediables ganas de hacerlo. No sé cómo fui capaz de soltar eso, solo sé que esa propuesta me salió directa del corazón. Quería ser la mejor de sus compañías. Creo que me estaba enamorando e intuía que no era muy buena idea, pero ¿quién es el guapo que tiene la capacidad de luchar contra los sentimientos?

—No me esperaba un comentario así de ti —se reía mientras me abrazaba—, no por tu parte, pero he de confesarte que me ha resultado irresistible —murmuró en mi oído provocando que me estremeciera, algo que él mismo notó y tras lo cual pasó sus dedos por la erizada piel de mis brazos, fiel muestra de que así fue.

—No me lo esperaba ni yo, creo que aún estoy bajo los efectos del alcohol, no me lo tomes en cuenta —le pedí con las mejillas un tanto rojizas, porque lo de mis mejillas merecía un capítulo aparte y yo me sentía incapaz de controlarlo.

—Vamos a tomar algo fresquito —me propuso mientras tiraba ligeramente de mí. Liam era fuerte y yo lo notaba en cada uno de sus movimientos, pues no le costaba nada moverme como si fuese una plumilla.

Salimos al porche y me senté porque así me lo indicó. Se notaba su deseo de que me encontrase bien, como en casa, mientras él entró en la cocina a preparar algo. La verdad es que la casa era increíble, rústica y de diseño a la vez. En ella todas las estancias eran amplias y contaban con unas cristaleras impresionantes desde donde podía divisarse una increíble panorámica de la sierra.

La estampa era de verdadera postal y el lugar invitaba al recreo y a dejar la mente como un lienzo en blanco. Sin embargo, no era algo que yo fuese capaz de hacer, dado que me preguntaba una y mil veces qué era lo que buscaba en mí. No me cuadraba nada, era una niña a su lado, sin experiencia. Con un simple chasquido de dedos, Liam podría tener a las mujeres más explosivas y seductoras del mundo. Y entonces, ¿por qué era yo la que estaba en ese impactante lugar y disfrutando de sus besos?

No tenía ni idea, pero me sentía feliz gracias a la compañía de un hombre que me causaba sentimientos que jamás experimenté y que me tenían flotando. Eso sí, debía luchar contra mi timidez, que afloraba constantemente, aunque intentaba lidiar con mis propios demonios y dejarme llevar por el momento, deleitándome con él.

—Espero que este batido de frutas del bosque que te preparó tu jefe con mucho cariño lo disfrutes y te sirva para eliminar definitivamente ese incómodo dolor de cabeza.

—Tiene muy buena pinta, gracias, y el dolor ya casi desapareció —le anuncié, lo que sacó una sonrisa de felicidad en él, pues se le notaba deseoso de que me encontrase genial.

—Tienes un padre muy previsor y que se preocupa por ti —me comentó mientras me miraba fijamente a los ojos. Si él se hubiese podido imaginar lo mucho que me imponía su mirada…

—Sí, está atento a todo —sonreí pensando lo afortunada que era pese a las circunstancias. Tener un padre como el mío era formidable—. Por cierto, este batido está riquísimo —le dije mientras lo degustaba, ya que contaba con un sabor delicioso que me estaba endulzando el día aún más.

—Me alegro de que te esté gustando. Luego serviré un par de vermús con unos entrantes que he preparado.

—Yo también podría ayudar —protesté porque me parecía demasiado que él lo hiciera todo y yo no hiciese ni el huevo.

—Eres mi invitada. —Se acercó a besarme, no dando lugar a la protesta.

—Pero no me gusta quedarme de brazos cruzados mientras preparas todo aquello de lo que disfrutaré —insistí con los brazos en jarra, un gesto que pareció parecerle muy simpático, a juzgar por la bonita sonrisa que se le dibujó en los labios.

—Bueno, si te pones así, esta noche te dejo que te encargues de la cena. El almuerzo es mío, yo me encargo, puesto que lo tengo en la cabeza.

—Para cenar, algo ligerito, unos sándwiches prepararé si tengo lo necesario para ello —le comenté—. Tampoco te creas que vamos a cenar como si fuéramos a una boda —reí.

—Hay de todo, me encargué ayer de hacer traer una compra. Y no, no hace falta que se trate de una cena demasiado abundante, mejor ligerita. —Me guiñó el ojo.

—¿Todo pensado? —pregunté con cara de asombro porque, si mi padre era previsor, Liam no se quedaba atrás.

—Siempre, hasta el último detalle —repitió el guiño y volvió a besarme de una forma tan seductora que me temblaron hasta las uñas de los pies.

—Y que dijese que sí, a pasar el fin de semana contigo estaba dentro de tus planes —añadí porque ya le iba conociendo y con Liam nada era fruto del azar. Todo estaba medido y más que medido.

—Chica lista —sonreía mirándome de forma penetrante y a mí me faltaba el aire, porque provocaba en mí un calor que tampoco experimenté antes y que menos mal que, por mi edad, nada podía tener que ver con la menopausia, aunque era mirarle y sentir tremendos sofocos.

Reconozco que me gustaba escucharle que había pensado en mí para pasar el fin de semana. Irremediablemente y, por otro lado, las palabras de Kate no se me iban a la cabeza. Saber que podía elegir cualquier opción y se quedaba conmigo contribuía a aumentar mi inquietud. Era como que algo no me cuadraba o que yo tenía la autoestima por los suelos y no me valoraba lo suficiente como mujer, que también podía ser, porque el hecho de que mi madre me apartase tanto del mundo no me ayudó en ese sentido.

—Creí que tu cometido era dar celos a Kate, pero esto de que me traigas aquí me desubica un poco. —Me sinceré ruborizándome y sin poderle mantener la vista, la cual se me fue al suelo mientras mis oídos sí se preparaban para escuchar su respuesta.

—No le tengo que dar celos, simplemente me gusta hacerle saber que la sigo bien de cerca, que no la pierdo de vista… Ella no me interesa lo más mínimo, pero sí el ponerla nerviosa, hay una historia detrás que lo justifica todo, que justifica ese comportamiento que, a priori, puede resultarte un tanto extraño.

—No entiendo nada, pero es tu vida —le contesté, pensando en que todavía me estaba liando más con su ambigua respuesta.

—Reconozco que desde la anterior cena me comenzaste a llamar la atención. —Acariciaba mi nuca enredando sus dedos con mi cabello—. No puedo prometerte nada serio, no te voy a mentir, no soy tan frío como parezco ni son ciertas muchas de las cosas que sé que se dicen de mí, pero…

—No me tienes que explicar nada, no espero gran cosa —le corté porque no sabía si esas palabras me harían bien o mal y no quería que se estropease el bonito momento que estábamos viviendo.

—Me gustas mucho, me siento cómodo contigo y no te voy a mentir, jamás traje aquí a ninguna otra mujer. Desde que rompí con Kate tampoco nadie entró en el resto de mis propiedades, esa es la verdad.

—Te dejó tocado.

—No —sonrió—, pero me la quisieron jugar y sé que detrás de todo ello existe una historia que desconozco.

—Sigo sin entender, pero si te quieres desahogar puedes hacerlo, soy buena escuchando.

—No es eso, aunque contigo siento la necesidad de expresarme, cosa que nunca sentí, pues no quisiera engañarte en nada. Creo que me has proporcionado una sobredosis de ternura en estos días —sonreía sin dejar de masajear mi nuca.

—Cuando quieras, cuando te sientas cómodo…

—Te voy a contar por encima para que entiendas un poco mi forma de actuar —me propuso y eso me hizo sentir bien. Al menos saber por dónde iban los tiros me ayudaría a arrojar algo de luz sobre todo aquel enredo.

—Vale. —Tragué saliva porque no las tenía todas conmigo respecto a que me fuese a gustar aquello que iba a salir de su boca.

—Kate y yo llevábamos viviendo juntos seis meses en el momento en el que decidí dejarla. El último de esos meses, yo me escamé, puesto que le pillé varios mensajes que llegaron a su móvil por parte de mi hermano. Eso sí no veía más que la notificación, no iba más allá de saber que ambos se mensajeaban a mis espaldas.

»Ella jamás me comentó nada tampoco y eso comenzó a ponerme la mosca detrás de la oreja. Entonces me tuve que marchar de viaje durante unos días. Para ella, que todavía me faltaba uno para volver, pero como terminé antes decidí darle la sorpresa y la sorpresa me la llevé yo.

»Entré en casa sin hacer ruido y escuché algo que me extrañó. Me asomé en silencio por un ladito de la puerta del salón, que estaba abierta, y los vi. Él estaba sujetándole la cara y hablándole con su frente pegada a la ella, tratando de tranquilizarla y prometiéndole que nunca me enteraría y que sería el secreto de ambos.

—No me quisiera poner en tu piel —le dije asustada, puesto que era muy fuerte. En mi casa se habían vivido igualmente traiciones y yo sabía muy bien lo duro que eso resultaba.

—No dije nada, no intervine. Tan solo me marché y esperé a que él saliera, después entré y sin contarle a Kate nada de lo que vi, le pedí que se marchara para siempre. Ella reaccionó haciéndose la víctima, sin lograr nada por mi parte, ni la más mínima reacción, por lo que se marchó muy enfadada. Un mes después apareció para contarme que estaba embarazada y fue cuando entendí esas palabras que escuché. Ambos lo sabían y planearon echarme el muerto a mí en vez de que mi hermano se responsabilizara. Claro que esa bala perdida no lo haría.

—¿Le contaste lo que sabías?

—No, le dije que si tenía narices y quería guerra me denunciara, pero que no iba a reconocer un embarazo que no era mío. Se hizo la ofendida y me respondió que me iba a joder la vida, momento en el que le recordé con quién

estaba tratando y la invité a salir de mi despacho.

—¿Y por qué vas a recordarle que la vigilas de cerca? Eso no lo entiendo —murmuré.

—Desde entonces mi hermano no me habla, ni falta que me hace. Lo jodido es que logró poner a mis padres en m contra y les convenció de que yo no era una persona responsable y de que le había jodido la vida a Kate, al no reconocer al hijo que venía en camino.

—¿Y tus padres te hablan? —le pregunté pensando que era muy duro cuanto me estaba contando.

—No —me respondió tajante.

—¿Y por qué no les contaste la verdad?

—No me hubiesen creído. Sienten tal devoción por mi hermano que están ciegos. Siempre fue así y yo jamás les perdonaré ni a él ni a ella el odio que han sembrado en mis padres, es algo totalmente imperdonable.

—No sé qué decirte, aunque sigo sin entender por qué no te alejas y sigues apareciendo en los lugares en los que está ella, ¿qué persigues?

—Lo mismo que logré hasta el momento. Ya la echaron de dos trabajos, pretendo sacarla de quicio allí donde esté. Kate se lo merece por todo lo que me hizo, no solo por engañarme, sino por permitir que mi hermano pusiera a mis padres en mi contra. Ellos fueron los verdugos y, no obstante, se mostraron como las víctimas, eso es que no puedo soportar —me confesó.

Algo me decía que no terminaba de contarme la verdad y que había un trasfondo mayor que le llevaba a actuar como lo hacía, pero en el fondo me daba pena. Yo ya era consciente de que la traición de ambos abrió una herida en Liam que no había llegado a cicatrizar.

Lo abracé en un acto reflejo, intentando que se sintiera mejor, dado que su semblante se entristeció y a la vez se mostró enfurecido al recordar el que debió ser el episodio más duro de su vida, cuya guinda fue la traición de su hermano.

estaba tratando y la invité a salir de mi despacho.

—¿Y por qué vas a recordarle que la vigilas de cerca? Eso no lo entiendo —murmuré.

—Desde entonces mi hermano no me habla, ni falta que me hace. Lo jodido es que logró poner a mis padres en mi contra y les convenció de que yo no era una persona responsable y de que le había jodido la vida a Kate, al no reconocer al hijo que venía en camino.

—¿Y tus padres te hablan? —le pregunté pensando que era muy duro cuanto me estaba contando.

—No —me respondió tajante.

—¿Y por qué no les contaste la verdad?

—No me hubiesen creído. Sienten tal devoción por mi hermano que están ciegos. Siempre fue así y yo jamás les perdonaré ni a él ni a ella el odio que han sembrado en mis padres, es algo totalmente imperdonable.

—No sé qué decirte, aunque sigo sin entender por qué no te alejas y sigues apareciendo en los lugares en los que está ella, ¿qué persigues?

—Lo mismo que logré hasta el momento. Ya la echaron de dos trabajos, pretendo sacarla de quicio allí donde esté. Kate se lo merece por todo lo que me hizo, no solo por engañarme, sino por permitir que mi hermano pusiera a mis padres en mi contra. Ellos fueron los verdugos y, no obstante, se mostraron como las víctimas, eso es que no puedo soportar —me confesó.

Algo me decía que no terminaba de contarme la verdad y que había un trasfondo mayor que le llevaba a actuar como lo hacía, pero en el fondo me daba pena. Yo ya era consciente de que la traición de ambos abrió una herida en Liam que no había llegado a cicatrizar.

Lo abracé en un acto reflejo, intentando que se sintiera mejor, dado que su semblante se entristeció y a la vez se mostró enfurecido al recordar el que debió ser el episodio más duro de su vida, cuya guinda fue la traición de su hermano.

Capítulo 17



Al final me dejó ayudarle a preparar los platos. Liam se empleó a fondo con una ensalada de diversos quesos a los que les dio un toque con langostinos a la plancha. Estaba más que deliciosa, además de que seguimos con el repertorio de mariscos en forma de langostas a la plancha con un tamaño más que considerable, ya que cada una debía pesar en torno a un kilo y medio.

—Qué barbaridad, qué hermosura —decía yo mirando a los pobres bichos ya listos para ser devorados.

—Caballo grande, ande o no ande —me recordó el dicho.

Yo apreté los dientes porque no sabía si la idea de que todo fuera grande me entusiasmaba tanto, ya me entendéis. Vaya, que a mí lo de irme a la cama con Liam, aunque lo deseaba mucho, aún me imponía y más si me daba por pensar que estuviese muy bien rematado por su madre. Y para mí que lo estaba, porque cuando se me acercaba yo notaba un bulto en su entrepierna que el móvil no debía ser precisamente, puesto que había sitios más decorosos en los que guardarlo.

Con tanto pensamiento se me iba el santo al cielo. Entonces él los interrumpió descorchando el vino y sirviéndome una copa que me hizo catar ¡como si entendiera! De todos modos, me hice la interesante y ante su sonrisilla preciosa le di mi aprobación, ¡qué arte!

—¿Sabes que ahora nos vamos a meter en la piscina? —me preguntó con esa seguridad suya que me ponía taquicárdica y que encendía mis mejillas como si fueran farolillos.

—No tengo traje de baño —reí nerviosa por si se le había ocurrido la posibilidad de que me metiera en ropa interior. Ni en broma, me moriría de la vergüenza. Si hasta con bikini me apuraría, yo era demasiado tímida como para verme en esa tesitura.

—Tal cual estás puedes tirarte —me anunció con tranquilidad.

—¿Con ropa? —me reí.

—Si te la quieres quitar, tampoco hay problema.

—¡No! —me reí más. Ay, Dios míos, que no deseaba quedar ante él como una boba, pero es que la risa me salía sola.

—Inés me dejó en el hotel una bolsa con ropa tuya. Hay un par de bañadores, entre otras prendas.

—¿Y entonces por qué me compraste el pijama y el resto de las prendas? Por cierto, muy amiga mía, pero es una tumba, ya me pudo haber dicho algo para que yo hubiese tenido opción a elegir lo que meter, seguro que fue cuando apareció por mi casa. Ya le diré yo dos cositas —reí más.

—No, fue esta mañana. Tu padre le abrió y accedió a que entrara en tu dormitorio, luego me lo dejó en la recepción.

—No te rías —me reía de ver las caras que ponía, totalmente nerviosa. Todo eran sorpresas con él, ¿hasta cuándo me iba a seguir sorprendiendo?

—No has visto tu cara mientras te lo contaba. No sabía si ibas a reír, a sentir un orgasmo o a llorar. —Soltó una carcajada y yo me ruboricé por completo, hasta podía sentir el calor que desprendían mis mejillas.

—En serio, me pareció gracioso, me pensaba reír. —Quise que descartara completamente las otras dos opciones —. Debo reconocer que me hizo mucha gracia. —Me metí un trozo de langosta en la boca—. Por cierto, por tu culpa me estoy aficionando al vino.

—¿Y se te ocurre una afición mejor que esa? —Me mostraba unos gestos tan sensuales que revolucionaban por completo la reunión de mariposas que se estaba celebrando en mi estómago. Esas también se debían estar aficionando al vino como yo, porque parecían majaras, yendo y viniendo.

—Ninguna, ninguna. —Apreté los dientes aguantando la risa.

Tras un delicioso almuerzo plagado de miradas, sonrisas y algún que otro beso que se le escapaba de forma imparable, recogimos la mesa, así como la cocina, y nos fuimos a la piscina, no sin antes colocarme mi bañador en rosa pastel, una monada que me había regalado mi padre.

Yo no podía escapar a sus miradas. Sentía mucho calor y más por el rubor de las mejillas, el cual iba en ascenso, y casi me hago una herida en el labio inferior a base de mordérmelo, a consecuencia de los muchos nervios.

Sus ojos se clavaron de forma fulminante en mi cuerpo, recorriéndolo centímetro a centímetro con la mirada. Para mí que tenía rayos X en ellos, como si me pudiera ver hasta las entrañas. Yo le observaba sonriendo por esa cara

que se le había quedado y entonces se acercó a mí, uniendo nuestros cuerpos, y besándome. Lo dicho, el móvil no era, suspiré mientras su entrepierna se abultaba irremediablemente.

—Eres un espectáculo para la vista —murmuró.

—No seas exagerado, soy normal —le contesté de lo más apurada y notando ese abultamiento que él no lo sabía, pero me provocaba deseo y temor a partes iguales.

—¿Normal? —Se le escapó una sonrisilla mientras mordisqueaba mis labios —. No eres normal, eres espectacular, la tuya es una belleza natural que atrapa por completo. —Me agarraba las nalgas.

Porque estábamos en el exterior, porque si no, le hubiera pedido que pusiese el aire acondicionado a tope. Yo sentía más calor allí con él que si me hubiese agarrado a la barandilla del infierno.

—Bueno, no me digas nada más, que me da mucha vergüenza.

—Eso es lo que más me gusta de ti, tu timidez. —Mordisqueó de nuevo mi labio inferior.

Claro, a él le gustaba porque le hacía muchísima gracia, pero yo las estaba pasando canutas. No se podía imaginar cuánto. Le deseaba, pero no creía poder estar a la altura de las circunstancias. Por el amor del cielo, si solo de pensar que él pudiera pasar a mayores ya me sentía hasta mareada, ¿qué iba a ser de mí?

Me cogió en brazos sin esperarlo y me llevó hacia la piscina mientras yo reía nerviosa, agarrada a su cuello, a punto de estrangularlo. Entonces comenzó a entrar en ese agua que no estaba precisamente caliente. No como ciertas partes del cuerpo de Liam que, para mi rubor, parecían echar fuego.

—Se me va a cortar la digestión —reía apoyando mi cabeza sobre su hombro, buscando su protección.

—Seguro que no .—Me bajó, pero me pegó frente a él—. Me tienes malo, no imaginas lo prudente que estoy siendo —reía.

Sí, una ligera idea sí que tenía porque ya he dicho que por poco me voy a buscar un extintor al notar que sus parte nobles echaban humo. Y yo… Yo también lo iba a echar, porque me ponía como una locomotora solo de pensar en el sexo con él.

—Te lo agradezco, para mí esto ya es avanzar a pasos agigantados —murmuré causándole una carcajada sonora e incontenible.

—Me encantas, Martina, me encantas.

Yo no quería parecer una pazguata, pero tampoco podía aparentar ser lo que no era. Además, que a él parecía gustarle al natural. Para lanzadas y frescas, ya tendría a otras y, por algún extraño motivo que yo no alcanzaba a entender, era a mí a quien me deseaba con él.

Me elevó al filo de la piscina, donde me sentó, y entonces se colocó entre mis piernas para luego besarme entrelazando nuestras lenguas como si buscara alcanzar un premio… Un premio que yo deseaba compartir con él, se notaba mucho deseo por parte de los dos, al menos así lo sentía.

—Liam —murmuré suspirando porque se me iba la olla de los muchos nervios que sentía. Ay, Dios, que me dio por pensar que pudiera desmayarme allí mismo. Eso sí que sería un verdadero numerito…

—Así me llamo, tranquila —me susurró entendiendo a la perfección que me podían los nervios.

Noté una de sus manos posarse sobre mi pecho y acariciarlo con tranquilidad por encima del bañador, sin prisas, de una manera increíblemente sensual y que provocó que mis pezones se endurecieran. Casi me da la risa, entre tanta excitación y nervios, pensando en que me los había puesto como timbres de castillo.

A continuación, bajó su cabeza y lo besó, para lo que apartó un poco el bañador, dejándolo parcialmente al descubierto. Casi me desmayo, si lo sabría yo… Me sentía demasiado tímida para vivir una situación así, pero sabía que debía afrontarla, ya tenía edad para ello.

Cerré los ojos pensando en que el momento había llegado. No sabía cómo actuar y casi me da la risa floja de nuevo imaginando que algo debía hacer, puesto que no podía actuar como una muerta.

Traté de mostrarme sensual, pero mi corazón me traicionaba. Parecía que se estuviese columpiando dentro de mi pecho, sin parar de moverse, y yo temía que él notase sus fuertes y descontrolados latidos mientras me besaba ese pecho que tanto parecía fascinarle.

Intuía que había llegado el momento, ¿en el borde de una piscina? Pues igual sí. No pasaba nada, así se me notarían menos esos sofocos de los que comenzaba a ser presa. Vaya cuadro, casi jadeando por los nervios, con una fina capa de sudor perlando mi cuerpo, suspirando…

s

No fue a más. Liam sabía muy bien cómo hacerlo, me daba esa sensación. Y yo noté cierto alivio porque todavía necesitaba un poquito más de tiempo… O esa era la excusa para aplazar lo que estaba a punto de suceder, porque en el fondo yo sabía que caería en cualquier momento.

Con la intención de mitigar mi calor, que era visible, me sentó flotando sobre su cintura y comenzó a darme un montón de picos sin perder la sonrisa. Lo veía de lo más feliz, la misma felicidad que la situación provocaba en m y que me permitía exhibir una continua sonrisa.

Estuvimos juntos un ratito, cómplices, hasta que salió del agua para preparar dos cafés en la terraza, en la cual tenía una cafetera y todo lo necesario. Después acercó ambas tazas al borde de la piscina y volvió a remojarse.

—Pensé que ibas a servir dos cubatas —bromeé.

—No, te recuerdo que tienes que mantenerte despierta toda la noche. A mí no me valen las excusas.

—Es verdad, tengo que conseguir que aguantes hasta el amanecer —sonreí al comprobar que lo recordaba y es que lo tenía que conseguir me costase lo que me costase, ya por mi propio ego.

—¿Qué es lo que quieres que aguante? Porque te garantizo que yo aguanto mucho y más con este cuerpazo tuyo. —Llevó la broma al terreno sexual y terminó dándome un sensual pellizco en una nalga.

De la piscina nos fuimos a echarnos un ratito al sofá exterior, el mismo que abrió y resultó inmensamente amplio. Incluso nos quedamos dormidos al menos dos horas, relajados… Se estaba genial, soplaba una ligera brisa que era de agradecer.

í

Estuvimos juntos un ratito, cómplices, hasta que salió del agua para preparar dos cafés en la terraza, en la cual tenía una cafetera y todo lo necesario. Después acercó ambas tazas al borde de la piscina y volvió a remojarse.

—Pensé que ibas a servir dos cubatas —bromeé.

—No, te recuerdo que tienes que mantenerte despierta toda la noche. A mí no me valen las excusas.

—Es verdad, tengo que conseguir que aguantes hasta el amanecer —sonreí al comprobar que lo recordaba y es que lo tenía que conseguir me costase lo que me costase, ya por mi propio ego.

—¿Qué es lo que quieres que aguante? Porque te garantizo que yo aguanto mucho y más con este cuerpazo tuyo. —Llevó la broma al terreno sexual y terminó dándome un sensual pellizco en una nalga.

De la piscina nos fuimos a echarnos un ratito al sofá exterior, el mismo que abrió y resultó inmensamente amplio. Incluso nos quedamos dormidos al menos dos horas, relajados… Se estaba genial, soplaba una ligera brisa que era de agradecer.

Capítulo 18



Para la cena preparamos unos sándwiches después de ducharnos por separado. Ni que decir tiene que por él lo hubiéramos hecho juntos, pero mis nervios no lo permitieron.

Había barreras que me costaría un poco más derribar. Yo necesitaba ir a mi ritmo y lo mejor de todo era que Liam no solo lo sabía, sino que también lo respetaba.

Tras la reconfortante ducha, nos pusimos cómodos; él, unos pantalones cortos de fútbol y una camiseta blanca, en eso coincidimos los dos, además yo me coloqué un *short* en un tono celeste muy favorecedor.

Subimos a la buhardilla con la cena para tomarla en la barra con una cerveza bien fría mientras escuchábamos música. Daba la completa sensación de estar en una taberna, me gustaba ese rincón, me sentía cómoda y la música suave de fondo me resultaba de lo más pegadiza.

Si él hubiera podido indagar en mi mente en ese instante se habría asombrado, pues por unos segundos me imaginé bailando para Liam en actitud sensual, algo para lo que en la realidad necesitaría ingentes cantidades de alcohol corriendo por mis venas.

—Me hubiera encantado conocerte en otro momento de mi vida —murmuró acariciando mi mejilla mientras cenábamos.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté, porque no podía evitar que me diese mucha pena que lo dijera, ¿es que acaso su cupo para amar se agotó con lo de Kate?

—Porque me encantas, cuantos más momentos paso contigo, más me olvido de los demonios que habitan en mi interior. Por su culpa ahora no estoy muy centrado. —Carraspeó y agarró el sándwich para darle un bocado, si bien en el tono de sus palabras noté tristeza, una profunda tristeza.

—¿Te refieres en lo personal o en lo laboral?

—En las dos facetas —me contestó apenado—. Si bien es cierto que cuando me refugio en el trabajo intento

pensar lo menos posible, también te confieso que la mayoría de las veces me resulta inevitable. Llevo mucho tiempo solo, no soy el tipo que crees: duro, de éxito y que siempre va acompañado por mil mujeres. No, todo lo contrario, me volví un lobo solitario y no me apetecía salir ni con amigos ni con nadie.

—¿Un lobo o un oso? Porque por lo que dices has estado hibernando —reí.

—Pues igual es eso —rio conmigo, aunque sin abandonar ese estado de profunda tristeza que le embargaba cuando hablaba de ese tema.

—Creo que las chicas y yo deberemos sacarte más a menudo. —Me levanté y rodeé su cuello para darle un abrazo fuerte, algo me decía que lo necesitaba en esos momentos. Y yo también necesitaba dárselo, hacerle notar que estaba ahí con él.

—Gracias, preciosa. —Me besó en la mejilla.

—Hoy soy yo la que exijo beber —le pedí porque sentía que una nueva versión de mí estaba saliendo a flote, y era bastante más atrevida que la anterior—. Necesitamos levantar los ánimos porque a este paso te veo durmiendo en una hora y ya sabes que me fijé el objetivo de que contemples el amanecer conmigo —le recordé porque esperaba que no, pero cabía la posibilidad de que se le olvidase debido al mal rollito que estaba experimentando.

—Dudo que mientras tú no caigas dormida, pudiera hacerlo yo. —Joder, es que encima me decía esas cosas y yo me derretía. Y le salían solas, una detrás de otra.

—Lo dicho, hay que beber, al final me aficiono no solo al vino, sino también a las cervezas, a los cubatas y a todo lo que contenga alcohol —dije causándole una carcajada.

—Tu padre terminará por querer matarme…

Yo me reía pensando en lo que había mencionado alguna vez respecto al permiso de armas y demás, algo que obvié, no se le fuera a cortar la digestión.

—Qué va, si es un pedazo de pan —le comenté apretando los dientes y pensando que, en todo caso, él podría llegar a apretar el gatillo. Me refiero a mi padre (y en broma, que el hombre estaba encantado), porque en lo tocante a Liam, ese tenía un arma bien preparada, pero en una parte de su cuerpo que yo me sabía muy bien.

—Te pareces a él. —Acarició mi rodilla por debajo de la mesa.

—Insisto, hoy estás muy sentimental, así que termínate el sándwich rápidamente, que la cerveza no te hace efecto Tendremos que pasar directamente al tequila a palo seco. Bueno con un puntito del limón y sal, que lo vi en varios

reels de Instagram —le conté con una sonrisita.

—¿Ahí es donde ves tú esas cosas? —me preguntó en un tono un tanto pícaro y burlón.

—No te rías de mí, que yo quiero aprender, solo que he vivido poquito…

—Está bien, pero el tequila es muy fuerte para ti, mejor nos tomamos hoy unos *gin-tonics* —me aconsejó.

—Oye, que tampoco soy una cría —me quejé poniendo los brazos en jarra como tanta gracia le hacía.

—Por eso no he dicho de tomar dos batidos de chocolate. Mi propuesta te gustará…

—A sus órdenes. —Me llevé la mano a la sien en actitud militar y se le escapó una sonrisilla de esas flojas que no puedes frenar. Le gustaba, yo le gustaba irremediablemente y él a mí… Él a mí me ponía a mil con solo mirarme. Hasta dolor en el pecho sentía por las patadas que me estaba dentro de él mi corazón.

En ese momento comenzó a sonar *La Bachata* de Manuel Turizo, esa canción tan pegadiza y sensual. Liam se animó rápidamente, me agarró levantándome y pegándome a él, rodeó con una mano mi cintura y con la otra cogió mi mano, la elevó con el codo doblado y me sacó a bailar. Sorprendentemente me comenzó a llevar y descubrí que tenía mucho talento meneándose de la manera más elegante, fluida y sensual. Me había terminado de enamorar, eso no lo podría superar.

“Ando manejando por las calles que me besaste,
Oyendo las canciones que un día me dedicaste…”

Lo cierto es que Manuel Turizo le cantaba al desamor, a una relación de tres que destrozó a quien la sufrió. Eso me hizo inevitablemente pensar en lo suyo con su hermano y con Kate, quienes le rompieron el corazón con su traición. Quizás la bailara de un modo más sentido aún por esa razón, aunque la realidad era que él, a juzgar por su mirada, no parecía pensar en nadie más que en mí mientras se movía de esa forma tan sexy que me hacía parecer que ardería entre las llamas de sus brazos.

¿Conocéis esos momentos en los que te preguntas por qué no has vivido algo así antes? Pues en ese ya tenía la respuesta: porque no había llegado la persona correcta hasta entonces. Lo veía claro, con ningún otro podría haber vivido con tanta química y complicidad ese momento baile.

Cuando terminó la canción besó mis labios y se metió en la barra para preparar las copas mientras me miraba sonriente, al saber que me había sorprendido.

Recordé lo que me dijo Kate, de nuevo se me venía ella a la cabeza, y supe que no podía estar en lo cierto. Liam

no era así, sino todo lo contrario. Se trataba de un impresionante hombre que sufrió por el dolor que ellos le causaron y por no poder disfrutar de sus padres por culpa de un hermano que le traicionó de la manera más rastrera del mundo.

Miré hacia el exterior y quedé impresionada por la cantidad de estrellas que se divisaban en el cielo. Parecía que nos estuvieran iluminando adrede, como enmarcando con su luz la estampa de una noche romántica que no podía resultarme más ideal.

—Está precioso el cielo —murmuró colocándose tras de mí, abrazándome y apoyando su cabeza en mi hombro.

—Impresionante, desde este lugar se ve realmente impresionante —le contesté como hipnotizada ante aquel espectáculo natural que no podía ser más bonito.

—Porque no hay demasiada luz artificial como en la ciudad —añadió él.

—Efectivamente —sonreí—, pero te voy a decir una cosa, que, si bonita es la noche, no te puedes imaginar cómo será el amanecer. —Carraspeé y sentí el aire de su risa en mi cuello. No podía refrescarme más al soltarlo. Y puedo prometer y prometo que yo lo necesitaba, porque sentía mucho calor cuando se acercaba, era impresionante.

—No me cabe la menor duda, preciosa —murmuró mientras retiraba mechoncitos de pelo de mi cara, colocándolos con cuidado detrás de una de mis orejas, mientras besaba su lóbulo y causaba que a mí… Que a mí se me bajase hasta la tensión. Eso sí, era a la única a la que se le bajaba algo, porque la cercanía con él me dejaba ver que en el caso de Liam nada se bajaba, sino más bien se subía. Eso lo estaba notando yo y necesitaba que me soplara de nuevo, porque el más pegajoso de los calores me invadía cuando notaba su reacción.

Un día no tienes perspectivas de nada y, de repente, otro te ves viviendo una historia con alguien que acabas de conocer, pero con quien sientes tanta complicidad que te resulta como si lo conocieras de toda la vida. Y ello a sabiendas de que esa podría ser la última noche, lo dijo bien claro, que ojalá me hubiera conocido en otra época, blanco y en vasija… pero yo iba a disfrutar de ese momento, de cada segundo, porque era tan bonito lo que estaba viviendo que no quería pensar en el mañana, sino en el presente, en ese instante.

Yo sabía lo que era vivir una vida a medias. Me ocurrió durante demasiado tiempo con mi madre. Y estaba dispuesta a seguir los consejos de mi padre y de las chicas, quienes me decían que comenzara a ser la directora de la propia banda sonora de mi vida, esa que ponía la nota melódica a todo lo bueno que estuviese por sucederme.

A mi edad nunca había sentido el deseo y la atención de nadie de una manera así y para mí estaba siendo un hermoso descubrimiento que me hacía soñar que flotaba a varios metros sobre el suelo, al más puro estilo Mario Casas y María Valverde en la famosa peli que aludía exactamente a tres metros sobre él.

Eso sí, yo no deseaba que el final de mi historia, de la historia que vivía con Liam en esos instantes, tuviera un final tan poco feliz como el de la conocida peli y, aun así, no estaba dispuesta a dedicar ni un solo minuto de mi tiempo a ningún otro pensamiento negativo.

Su manera de abrazarme, de acariciarme, de besarme, era cuanto me hacía… Liam me iba llevando a su terreno y yo no dudaba en caer rendida ante él. Se sentó en el sofá y me senté sobre él, de frente, sobre sus piernas y con sus manos apoyadas en mis caderas, sin perderme de vista, sin dejar de besarme, haciéndome sentir especial en cada uno de los momentos.

Y terminó echándome hacia un lado y colocándose entre mis piernas mientras se iba deshaciendo de mis prendas, dejándome desnuda frente a él, como un animalillo indefenso que lo miraba desvalido.

Pensé que me iba a morir de la vergüenza, pero no, fui dejándome llevar por esos besos que recorrían todo mi cuerpo hasta detenerse entre mis piernas y perderse por completo en aquel lugar que nadie exploró hasta entonces… Y Liam consiguió sacar todos esos deseos que habitaban en mí y que hasta entonces jamás se atrevieron a salir. Llegué a tocar el cielo con las manos, sentí un placer que me hizo casi desfallecer unos instantes después.

—Ya está, ya está preciosa. —Acariciaba él mi sudorosa frente, porque yo sentía un impresionante calor… Un calor que me invadía de pies a cabeza, imposible sentirlo más. Era como si hubiera ardido, como si de mi entrepierna saliese lava en el momento del clímax.

—Es que, es que…—Yo no arrancaba a hablar, me quedé a medias.

—Es que has actuado como un pequeño volcán en erupción entre mis manos…

—Es que tú me has hecho arder —proseguí yo, y encima pensando que ya veríamos lo que sucedía cuando diera rienda suelta a esa mecha suya que aún no ardió.

Sonrió por mi comentario mientras me acariciaba y besaba mis piernas, al mismo tiempo que me restablecía. Fue entonces cuando comenzó a penetrarme con sumo cuidado…

Hay momentos en la vida que temes, por desconocidos, y cuando llegan, por fin, los vives despojada de todo temor. Los ojos de Liam, mientras entraba en mí, me dijeron que no me haría daño, que se adaptaría a mi ritmo, que todo sería precioso, y que yo jamás podría olvidarme de ese instante.

Al principio fue lento, muy lento. Cada vez que avanzaba en dirección a lo más íntimo de mí, buscaba en mi mirada cualquier señal que le indicase que no me estaba doliendo.

Yo entiendo que para Liam no fuera una situación usual. Desvirgar a una chica de mi edad no lo es hoy en día, pero era lo que había. Liam estaba siendo el primero y lo hacía de un modo tan delicado y tierno que me hacía sentir sus ganas de que fuera inolvidable para mí.

Yo me aferraba a sus fuertes abrazos y con la mirada le indicaba que todo iba genial y que deseaba que siguiera s avanzando, que provocara en mí nuevas y placenteras explosiones como la que había experimentado segundos atrás.

Jamás imaginé llegar a disfrutar de esa sensación de mi cuerpo rozando el suyo mientras se movía buscando esa fricción y a la vez no dejaba de palpar cada palmo de mi piel, fijando su mirada en la mía, negándose a perder el contacto visual. Era como si no quisiera perderse el más mínimo gesto de los que salían de mi rostro en esos instantes en los que conocí las mieles del sexo. Eso sí, derrochó delicadeza en todo momento, sabía cómo hacerm sentir cómoda, ya he aludido a ello.

Y permanecimos así toda la noche, disfrutando de los juegos de dos cuerpos que se atraían hasta la saciedad y cas s sin darnos cuenta, después de amarnos durante horas, nos sorprendió el amanecer.

—Te has coronado como la mejor de las compañías. —Me tapó con las sábanas y besó mi frente —. Gracias por haberme regalado la mejor de las noches —murmuró en esos instantes en los que solo parecían salir verdades como puños de su boca.

—Y tú a mí, Liam —sonreí emocionada al haber conseguido mi propósito de contemplar el amanecer con el hombre que estaba coloreando mis días, ese mismo color que percibí en un amanecer espléndido que me pareció más bonito que ningún otro.

Y entonces, con el arrullo de su cuerpo, la melodía de los primeros pajaritos de la mañana y la increíble sensación de haber descubierto el sexo de la mano del hombre del que me estaba enamorando, me quedé dormida mientras él me acariciaba, haciéndome ver que el sueño llegaba en ese instante, pero que todo lo ocurrido en las horas previas había sido real, muy real…

Yo entiendo que para Liam no fuera una situación usual. Desvirgar a una chica de mi edad no lo es hoy en día, pero era lo que había. Liam estaba siendo el primero y lo hacía de un modo tan delicado y tierno que me hacía sentir sus ganas de que fuera inolvidable para mí.

Yo me aferraba a sus fuertes abrazos y con la mirada le indicaba que todo iba genial y que deseaba que siguiera avanzando, que provocara en mí nuevas y placenteras explosiones como la que había experimentado segundos atrás.

Jamás imaginé llegar a disfrutar de esa sensación de mi cuerpo rozando el suyo mientras se movía buscando esa fricción y a la vez no dejaba de palpar cada palmo de mi piel, fijando su mirada en la mía, negándose a perder el contacto visual. Era como si no quisiera perderse el más mínimo gesto de los que salían de mi rostro en esos instantes en los que conocí las mieles del sexo. Eso sí, derrochó delicadeza en todo momento, sabía cómo hacerme sentir cómoda, ya he aludido a ello.

Y permanecimos así toda la noche, disfrutando de los juegos de dos cuerpos que se atraían hasta la saciedad y casi sin darnos cuenta, después de amarnos durante horas, nos sorprendió el amanecer.

—Te has coronado como la mejor de las compañías. —Me tapó con las sábanas y besó mi frente —. Gracias por haberme regalado la mejor de las noches —murmuró en esos instantes en los que solo parecían salir verdades como puños de su boca.

—Y tú a mí, Liam —sonreí emocionada al haber conseguido mi propósito de contemplar el amanecer con el hombre que estaba coloreando mis días, ese mismo color que percibí en un amanecer espléndido que me pareció más bonito que ningún otro.

Y entonces, con el arrullo de su cuerpo, la melodía de los primeros pajaritos de la mañana y la increíble sensación de haber descubierto el sexo de la mano del hombre del que me estaba enamorando, me quedé dormida mientras él me acariciaba, haciéndome ver que el sueño llegaba en ese instante, pero que todo lo ocurrido en las horas previas había sido real, muy real…

Capítulo 19



Me abracé a él, quien ya acariciaba mi cabello mientras yo intentaba volver a la vida. Sí, volver a la vida, porque lo mío con Liam no era despertar, sino más bien resucitar después de haber permanecido despiertos durante toda la noche.

—¿Qué tal has dormido, preciosa? —Besó mi sien.

—Buenos días, Liam. He dormido genial, ¿qué hora es? —le pregunté porque había perdido la noción del tiempo por completo.

—Las dos de la tarde, hora de un almuerzo, el desayuno se descarta —me contestó con toda la razón, porque desayunar a las dos de la tarde como que no pegaba.

—Me muero de hambre —le confesé porque parecía sentir un agujero en el estómago, uno que necesitaba rellenar Y si era con un buen almuerzo, mejor que mejor.

—¿Y la cabeza qué tal? —me preguntó a sabiendas de que la noche anterior también cayeron varias copas.

—Nada, hoy no me duele nada, ya te dije que termino haciéndome experta —bromeé.

—No sé si levantarnos a desayunar o…. —Se tiró encima de mí causándome una carcajada.

—Yo tampoco lo tengo muy claro —murmuré mientras me ruborizaba, aunque quería despojarme definitivamente de esa timidez ya que, como dije, deseaba disfrutar de cada instante, de cada momento.

—¿Cómo puedes ser tan jodidamente tierna, sexy y preciosa a la vez? —me preguntó con la clara intención de devorarme a mí, más que a la comida.

—Eso es que necesitas graduarte la vista, ¿cuánto tiempo hace que no visitas al oculista?

—No, la tengo perfecta, eres tú quien no te valoras y eso no te lo puedes permitir. Debes aprender a creer en ti, a saber que puedes llegar adonde te propongas, a quererte… Te tienes que querer más bonito. —Besó la punta de m nariz, causando un revuelo en mi interior.

—Liam… —reí al notar cómo iba bajando con sus labios a mi entrepierna.

—Liam no está —murmuró sin dejar de besarme.

Y me tuve que revolver con ese primer contacto que abrió la caja de mis deseos, haciendo que volviera a desearlo todo con él. Liam revolucionaba todos y cada uno de mis sentidos al mismo tiempo que lo hacía con mi pelo, pues uno de los espejos del dormitorio me devolvía la sensual estampa de mi cabello alborotado mientras él se empeñaba en volverme loca con su visita al hemisferio sur de mi cuerpo.

Se mostraba cada vez más intenso, con menos miedos, más seguro de que yo estaba allí, dispuesta a recibir todo aquello que quisiera entregarme.

Me dio una clase de meneo, por decirlo de una manera coloquial, que yo pensaba que de esa no salía andando. Yo me sentí tremendamente deseada entre sus incendiarios actos, si bien es cierto que también salí escocida, porque ya eran muchas horas y de aquella no podría ni ponerme las bragas para volver a casa.

—Y ahora te vas a duchar conmigo. —Mordisqueó mi labio inferior, ese mismo que yo solía mordisquearme cuando estaba nerviosa.

—Me da vergüenza —bromeé y me cogió en brazos con una agilidad que parecía que ni le pesara.

—Que luego puede que tu padre sea capaz de decir que no te devuelvo limpita —me soltó entre risas.

Tenía un sentido del humor de lo más irónico e inteligente. A mí es que de él me gustaban hasta los andares. Me estaba enamorando hasta las trancas del hombre que me había llevado a conocer el sexo por primera vez.

—Ya y tú que estás preocupado por eso —le respondí también entre risas.

—Más de lo que te imaginas. —Carraspeó causándome ya directamente una carcajada.

En la ducha terminamos enganchados de nuevo como dos monos en celo, de ahí que saliera con las piernas temblando después de otro revolcón monumental que me dejó todavía más escocida. Ya me veía esa noche dándome duchas vaginales heladas para rebajar todo aquello.

Esa noche, una noche en la que no estaría con él… Me iba a costar la vida separarme de Liam. No quería que el

día terminase por nada del mundo, deseaba permanecer a su lado viviendo esos momentos en los que me sentía más feliz que nunca y en los que hasta se me olvidaba todo lo sucedido a mi alrededor.

En la cocina se mostró de lo más bromista mientras preparaba un arroz con marisco y nos tomábamos un vino blanco. Menudo cocinero estaba hecho el jefe. Me abrazaba, me acariciaba y me provocaba con esas miradas que me tenían en continua tensión, por no hablar de esos guiños y besos que me derretían por completo.

Tras el almuerzo, que fue tardecito, nos echamos en el sofá a ver una película de Netflix y nos volvimos a quedar dormidos cuando no llevaba ni veinte minutos de emisión.

Un rato después, abrí los ojos y comprobé que me sentía triste al saber que ese maravilloso fin de semana se acababa, aunque no lo dejé entrever. Me parecía injusto comportarme como una cría de quince años y más cuando sabía lo que había, porque Liam me lo había dicho.

A continuación, merendamos unas exquisitas pastas con café y luego recogí mis cosas para macharnos en dirección a la ciudad. En cierto modo a Liam también le veía triste. No, no era el fruto de mi imaginación, él también lo estaba.

—Bueno, preciosa, gracias por este fin de semana. —Acarició mi mejilla.

—Me voy, paso de despedidas —me reí con tristeza y me agarró la cara y me dio un beso en los labios.

—Mañana nos vemos.

—Claro —dije saliendo antes de cerrar la puerta. Y antes también de que una lagrimilla se me escapara, porque yo soy muy sensible y todo podía pasar.

Mi padre me recibió con un abrazo y sin preguntas, él sabía cómo actuar. Debía ser coherente y, si él mismo me animó a vivir mi vida, alzando el vuelo, no sería quien me cortara después las alas.

—He preparado para cenar unas tortas con huevo revuelto, guacamole y queso.

—Qué rico, por favor. Dejo mis cosas en el dormitorio, me cambio y cenamos —le comenté mientras que disimulaba la penilla que llevaba dentro.

—Claro, sin prisas.

Me senté en la cama unos momentos y tuve la sensación de querer romper a llorar. El hecho de no saber si volvería a estar con Liam me ponía de lo más triste y sensible.

Cené con mi padre mientras veíamos las noticias.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras me miraba, buscando alguna respuesta en mi mirada. Mi padre me conocía muy bien y sabía que alguna preocupación me rondaba la mente.

—Sí, papá, muy bien…

—Ya veo que no tienes muchas ganas de hablar. Y tampoco quiero que me acuses de ser un metomentodo. Solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que te haga falta —me recordó.

—Lo sé, papá, y hasta para colocar las pastillas en mi bolso —negué con la cabeza, sonriéndole.

—No me vayas a decir que no te vinieron bien porque no me he caído de un guindo. Y di tú que no pusiera otras pastillas —se dejó caer también.

—¿Qué pastillas, papá? —le pregunté sin tener ni la menor idea de a qué se refería ese hombre.

—Las anticonceptivas, hija —se rio.

Que mi padre supiera cómo hacer las cosas no quería decir que me tratase como a una niña. Él sabía muy bien que entre nosotros hubo tomate, aunque como uno de esos tomates se pusieron mis mejillas.

—Papá, cómo se te ocurre…

—Hija, que yo solo he hecho un comentario, y a posteriori. No es que fuera allí a aguantar la vela —me soltó entre risas.

Buscaba hacerme reír. Él se había dado cuenta de que algo no iba bien en mi interior y quería que me riese. Yo lo estaba haciendo, pero a la par me estaba costando, así que le tiré hasta con la servilleta.

Con mi padre sentía una gran confianza… Una confianza preciosa que nos permitía hablar de cualquier cosa sin tapujos. O al menos a él, porque mi timidez hizo que me pusiera al borde del ataque de nervios.

Viendo el plan, y las ganas de bromas de mi padre, me apresuré a recoger la mesa y la cocina, tras lo que me acosté. Necesitaba estar sola y abrazada a la almohada, esa que mejor que nadie podía entender todos y cada uno de mis sentimientos.

Capítulo 20



Esa mañana Inés se fue directa al trabajo, así que me la encontré en la puerta con Patty mientras me esperaban para someterme a todo un interrogatorio.

—Te has enamorado hasta las trancas —me dijo Inés mientras Patty afirmaba.

—¿Y vosotras dos cómo lo sabéis? —les pregunté muy resuelta.

—Hija de la gran fruta, porque no te has conectado en todo el fin de semana. Has estado apagada o fuera de cobertura… Salvo de la cobertura del jefe, que ese debe haberte dado candela de la buena —me soltó Inés una de las suyas—. Dime que te ha desvirgado, confírmamelo y te invito a una mariscada, aunque pagues tú. —Esperó mi respuesta batiendo sus pestañas.

—Yo así no te voy a confirmar nada, que me da la risa —le comenté, porque su gesto era de lo más cómico.

—Ni falta que me hace, ya lo has hecho. Tus ojos me confirman que has gozado como una perra —prosiguió y las carcajadas de Patty precedieron a las mías.

—Cállate ya, por lo que más quieras, ¿no ves que así no podremos entrar a trabajar?

—Pues que se espere el jefe. Total, tú eres su novia y nosotras seremos tus damas de honor, porque aquí ya huele a boda, te lo digo yo que tengo un ojito. —Mientras lo decía movía ambos en un gesto que yo solo le había visto hacer a ella, de lo más complicado. Eso no podía hacerlo nadie más.

—No soy su novia y, de hecho, hoy voy a comportarme como si nada hubiera pasado entre nosotros y plantarme delante de él para que me facilite el trabajo. Y punto, ¿vale? A ver si ahora voy a pecar de enchufada cuando este trabajo lo logré yo por méritos propios —le recordé.

—¡Toma! Pues igual que yo el mío —me espetó ella, que no podía tener más gracia—, ¿o es que me estás llamando enchufada?

—Prefiero no comentar nada al respecto.

—Pues mejor. Y otra cosa, que, seguro que al jefe se le caerá la baba, ese está bebiendo los vientos por ti —insistió.

—No lo sé, Inés, pero lo vi muy cómodo junto a mí —me sinceré dejando ya las bromas un poco aparte.

—Pues por eso —contestó.

—Chicas, entremos que hoy vamos justitas. Ya nos irás contando —me acarició la espalda Patty.

Que sí, que yo lo había visto muy cómodo, pero también me dejé en el tintero que no era su momento para tener nada conmigo. Esa era la parte menos bonita y la que me jodía el día. Y de qué manera me lo jodía…

Alcanzábamos la recepción cuando la llegada de alguien nos hizo girarnos. Para mi sorpresa era Liam que acababa de llegar y con un ramo de flores en las manos.

—Para ti —dijo acercándose y estirando sus manos sin importarle que ellas estuvieran ahí.

Mi mandíbula estuvo a punto de descolgarse en esos instantes, porque era lo último que yo podía esperar de él, ¿de veras había tenido ese gesto conmigo delante de mis compañeras y en las oficinas? Era para alucinar.

—¿Y esto? —pregunté sonriendo muy nerviosa mientras que lo cogía.

Me dio un beso en los labios y se fue hacia su despacho, dejándonos a las tres boquiabiertas de nuevo.

—Enamorado hasta las trancas, igualito que tú —murmuró Patty causándonos una risa.

—Me ha traído esto —dije mirando el ramo de forma incrédula por lo que acababa de pasar—. Me ha traído esto —repetía, entrando en bucle.

—Creo que le tendremos que empezar a llamar jefa. Lo que yo te diga, boda fija…

—¡Inés! —me reí negando.

—Yo también lo creo —contestó Patty riendo con la mano en la boca. Ya te digo yo que una cosa así no se había visto en estas oficinas hasta día de hoy. Y te lo digo yo, que llevo más tiempo aquí que el cartel de la puerta…

Me fui hacia mi despacho para dejarlo sobre la mesa antes de dirigirme al de Liam, no quería aparecer como tonta con el ramo en las manos. Antes que nada, busqué una botella de agua que siempre solía tener a mano, me bebí lo que quedaba dentro (algo que me vino fenomenal porque hasta se me había secado la boca), y la utilicé a modo de improvisado florero.

—Buenos días de nuevo —sonreí al entrar en su despacho con los labios todavía mojados. Y lo peor de todo es que él no sabía que yo llevaba mojada alguna que otra parte de mi cuerpo más a consecuencia de ese gesto tan romántico y bonito que tuvo conmigo.

—Buenos días, preciosa, ¿qué tal estás? —me preguntó dedicándome una de sus increíbles sonrisas.

—Bien, gracias por el ramo —le contesté emocionada.

Para mí, que la carilla de puchero que se me quedó la noche anterior se había transformado por completo al ver ese ramo de flores que era una maravilla, pero que más aún lo era su significado.

—Nada que no te merezcas —me comentó él a continuación.

—No debiste molestarte —le dije como si tal cosa, porque no quería parecerle una pipiola.

—No es molestia. —Se levantó y se acercó hasta mí y metió sus dedos entre el cabello que me caía de un lado —. Me costó mucho coger el sueño anoche, me faltabas a mi lado —me confesó y ese sí, ese sí que fue un regalo extraordinario, al decirme que le ocurrió justo lo mismo que a mí, que le extrañé muchísimo.

—Me pasó igual —murmuré sonrojándome, pero con el corazón que comenzaba de nuevo a dar botes en mi pecho. Ese, de seguir así, terminaría por poder presentarse al salto de pértiga de los Juegos Olímpicos.

—Sé que es una locura lo que te voy a decir, pero has entrado en pleno verano a trabajar y es justo el momento de año en el que los expedientes se tramitan con mayor lentitud, ¿y si nos regalamos una escapada de unos días? Estoy convencido de que cuando regresemos lo pondremos todo al día con total rapidez, ambos lo haremos.

—Pero…—titubeé porque estaba confundida. Y lo estaba por su actitud, porque tan pronto me decía una cosa como otra, ¿qué estaba pasando por la cabeza del jefe?

—No me hagas preguntas, tranquila. Yo me encargo de todo, solo tienes que marcharte a casa y preparar una maleta. Yo te paso a buscar a las doce, ya tengo los billetes de avión comprados.

¿Tenía los billetes comprados incluso antes de decírmelo? Cielos, ¿de qué iba aquello? Y yo toda la noche

pensando en que después de haberse dado una serie de espectaculares revolcones conmigo ya estaría buscando a su siguiente presa. Y no… Iba a resultar que quería repetir, ¡y a lo grande!

—Liam, esto es una locura, pero cuenta conmigo. Eso sí, estos días me los descuentas de la nómina. Yo no quiero pecar de enchufada, nunca lo he sido y nunca…

—¿Y qué si eres mi enchufada? —me respondió comiéndome a besos.

A ver quién era la guapa que negaba que yo estaba enchufada. En fin, que en relación con el descuento de los días ni abrió al pico. Poco debía importarle a un hombre de su fortuna eso.

—Vete, te recojo a las doce, yo tengo mi maleta preparada en el coche, y que no se te olvide el pasaporte. —Me hizo un guiño, agarró mi cara y me dio un beso en los labios. Uno más de los muchos que sirvieron para convencerme, aunque yo convencida ya estaba.

Salí de lo más emocionada y se lo conté a las chicas por encima.

—¡Me caigo muerta! —chillaba Inés escenificando en la entrada, justo en el momento en el que entraba un hombre mayor.

—¡Espera, muchacha, que llamo al 112! —le dijo mientras buscaba nervioso su móvil.

—¿Le va a hacer usted caso? Lo que está es muerta de envidia, igualito que yo —añadió Patty mientras el hombre echaba mano a su pañuelo y se secaba la frente y todo.

—Pues menos mal, qué susto. Y es que hubiera sido una pena, ¿eh?

Debía ser lo que se llama el típico «viejo verde», porque se quedó mirando a Inés de un modo muy descarado. Sobre todo, los ojos se le fueron al escote de mi amiga.

—Ya está bien, hombre, ¡que yo estoy más sana que una pera! —Palmeó ella en el aire para que se fuera a hacer unas cuantas puñetas, que yo la lengua de mi amiga la conocía muy bien.

Cuando por fin se metió en el ascensor, Patty bromeó también al respecto.

—Pues si tú quieres otro viajecito, Inés, no tienes más que comentárselo a ese hombre en cuanto baje, que si está casado hasta se divorcia, eso lo puedes jurar —rio.

—Sí, claro, antes muerta… Yo quiero el cuento completo, como el de esta, que está camino del que «fueron felices y comieron…», mira, mejor no te voy a decir lo que se va a comer aquí la mosquita muerta de mi amiga, pero perdices no van a ser.

Nos echamos unas buenas carcajadas antes de que las dejara allí.

Me dirigí a mi despacho y agarré el ramo para ponerlo en mi casa en otro jarrón (para qué habría yo ideado lo de la botella) y por el camino llamé a mi padre y le conté inmediatamente la verdad. A él no podía ocultarle nada cuando siempre me apoyó, solo me pidió que disfrutara y que le fuera escribiendo. Ni siquiera hizo ninguna otra bromita al respecto. Le noté feliz por mí y ya.

Preparé las maletas, en las que metí todo lo habido y por haber, incluso el pasaporte (que Liam me había dejado bien claro que no me lo podía olvidar). En la grande iba la ropa de playa, de ciudad y de cualquier cosa a la que me tuviera que enfrentar, ya que no me había dado ni una pista de nuestro destino, ni siquiera de cuántos días pasaríamos fuera. En la maleta pequeña metí los productos de higiene y maquillaje, además de sandalias, deportivas, chanclas y una serie de complementos con los que ponerme bonita, aunque el mejor lo llevaba puesto; mi sonrisa de felicidad.

A las doce en punto estaba saliendo por la puerta y Liam esperándome con otra sonrisa de oreja a oreja.

Las horas se me habían hecho minutos mientras lo preparaba todo para el que iba a ser nuestro primer viaje juntos La emoción me embargaba hasta límites insospechados y yo quería pensar que, dadas las circunstancias, y lo poco que le importó demostrar lo nuestro en las oficinas, no sería el último.

Se dirigió al aeropuerto donde dejó estacionado el coche y caminamos menos de dos minutos en dirección a la terminal. Mi cara fue de asombro total cuando nos pusimos en la fila de primera clase para facturar con destino a Cancún.

—Ay Dios, que nos vamos al Caribe —murmuré nerviosita perdida, como una cría a la que le acaban de enseñar una gran piruleta, solo que yo no tendría que chupar. La guarrilla de mi amiga Inés diría otra cosa, pero vosotros ya me comprendéis.

—Y al hotel más bonito de la Rivera Maya —añadió él para darle todavía más emoción a un destino que para mí era el más fascinante del mundo.

—Y con mi jefe —murmuré de nuevo causándole una risilla mientras la chica terminaba de tramitarnos las tarjetas de embarque y adentraba nuestras maletas en la cinta.

Una vez hecho eso, nos dirigimos al control policial y luego a una zona VIP que me resultó de lo más confortable y en la que nos colmaron de atenciones, pues no dejaban de ofrecernos bebidas y snacks, así como cualquier otra

cosa que pudiéramos necesitar.

Tres horas después estábamos emprendiendo el vuelo, con cama incluida para descansar durante las horas que durase. Todo un lujo que me estaba dejando sin respiración, yo lo miraba todo emocionada, puesto que nunca había disfrutado de algo tan ostentoso.

Aterrizamos en Cancún donde, tras pasar el control y recoger las maletas, nos esperaba un chófer para trasladarno a un precioso hotel a pie de playa.

Yo no lo dudaba conociendo ya los gustos de Liam y, aun así, me quedé patidifusa al contemplar por primera vez el complejo, con villas con piscina privada en las que todo parecía de película, nada que ver con los resorts que ofrecían paquetes de «todo incluido», que solían estar masificados. Por el contrario, en aquel lugar todo era paz, s respiraba intimidad y exclusividad.

La villa era magnífica. Yo disfrutaba como si se tratase de mi propia luna de miel. Aquello tenía que ver mucho con el paraíso y de nuevo Liam pensaba en mí para pasar unos días juntos.

Eran las nueve de la noche cuando llegamos, de manera que pidió que nos sirvieran una mariscada que degustar tranquilos en la villa que teníamos reservada, lujosa, espaciosa y maravillosa. Para mí que era todo lo bueno que terminase en «-osa».

—Gracias, Liam, gracias, te prometo que siento que me has hecho el mayor regalo de mi vida.

—Y yo me siento feliz de verte así. —Me besaba mientras correspondía a mi comentario con el suyo.

—¿Y cuándo se te ocurrió todo esto? —Quise saber. Era como si yo tuviera la necesidad de ir sabiendo algo más, de atar unos cabos que, en realidad, no podía atar, porque no contaba con la suficiente información.

—Anoche, cuando comprobé que no podía dormir sin ti y sentí la necesidad de escapar del resto del mundo en tu compañía.

—Dicho así suena muy bonito.

—Sé que no actúo de un modo coherente a mis palabras, pero has llegado a mi vida como un huracán que parece estar llevándoselo todo a su paso. No atravieso un buen momento, pero creo que necesito a alguien como tú para permitir que mis heridas vayan sanando. Quizás eres todo eso que mi corazón esperaba. —Me besó, y entonces llamaron a la puerta, ya que nos traían la cena.

Digerir cuanto me decía no era fácil, pero lo sentía. Con sus actos, palabras, miradas y gestos me sentía totalmente

su centro de atención, como cuando apareció por la mañana con el ramo de flores sin importarle que nos viera el resto de los empleados.

La cena la degustamos con vino blanco, como no podía ser de otra manera, y escuchando de fondo un mar suave cuyo rumor no obedecía a que hiciese olas, pero se sentía igualmente.

sEstábamos agotados, así que nos duchamos con rapidez y nos marchamos a dormir. El Caribe nos esperaría en todo su esplendor nada más levantarnos.

e

e

su centro de atención, como cuando apareció por la mañana con el ramo de flores sin importarle que nos viera el resto de los empleados.

La cena la degustamos con vino blanco, como no podía ser de otra manera, y escuchando de fondo un mar suave cuyo rumor no obedecía a que hiciese olas, pero se sentía igualmente.

Estábamos agotados, así que nos duchamos con rapidez y nos marchamos a dormir. El Caribe nos esperaría en todo su esplendor nada más levantarnos.

Capítulo 21



El sol entraba de lleno por un lado de la cortina que no habíamos cerrado bien la noche anterior.

—Liam, ya amaneció —le dije emocionada al ver que abría los ojos.

—Buenos y caribeños días. —Me abrazó y pegó junto a él.

—*"Del Caribe la traigo yo…"*—comencé a canturrear y a bailarle, como si acabase de salir del típico *spot* publicitario de la piña colada de la marca Trina.

Él se rio y me comió a besos. Parecía embelesado conmigo, todo lo que hacía o decía le hacía mucha gracia.

—Tú sí que estás para tomarte con mucho hielo —murmuró, erizando mi piel.

Nosotros todavía no nos habíamos iniciado en ciertos juegos sexuales que, solo de pensarlo, ya me ponían malísima.

—Tengo muchas ganas de asomarme a contemplar el mar. —Desvié el tema porque la cosa se estaba poniendo calentita. Yo ya nos conocía muy bien a ambos y sabía perfectamente que, si nos liábamos, tendríamos para rato.

—Antes me tienes que dar muchos besitos y mimos —me pidió.

—Vale. —Me lo comencé a comer a besos mientras sonreía y es que me hacía permanecer constantemente en ese estado de ánimo de sentirme feliz por completo, increíble, pero así era.

Ni dos minutos y estábamos desnudos devorándonos mientras nuestros deseos se perdían en nuestros cuerpos. Hacerlo con él era lo más, era la sensación de disfrutar del placer con todas las letras. Lo amaba, estaba segura de que lo amaba.

Además, la química entre nosotros era total. En realidad, es normal, supongo que no se puede amar a alguien, no

en toda la extensión de la palabra, si no lo deseas como yo deseaba a Liam, que era muchísimo.

—Pues nada, que yo quería mirar el mar y tú has decidido volverme los ojos y ponérmelos en blanco —le decía al dejar la villa, provocando de nuevo sus risas.

Nos fuimos a desayunar a una cafetería del resort que estaba situada frente a mi deseado mar y donde nos sentamos en la terraza admirando la belleza del agua cristalina y turquesa que brillaba ante nosotros.

Lo que estaba surgiendo entre ambos era impresionante, pero si a ello le sumábamos la posibilidad de vivirlo allí, en un escenario tan idílico como el de aquellas playas caribeñas, ya no se podía pedir más.

Le mandé una foto a mi padre en la que aparecían el desayuno y el mar de fondo. Me contestó con un montón de corazones y recordándome que tenía mucha suerte, que disfrutara a tope y que me diese un bañito por él, incluso me envió un saludo para que se lo transmitiera a Liam, el cual no dudó en devolvérselo.

—Es de parte de mi padre, porque no te voy a decir de tu suegro. —Le saqué la lengua, aunque en realidad lo que deseaba era buscarle la suya, a ver si me decía algo al respecto que fuera de mi gusto.

—Ya sabes lo que te he dicho, mi pequeño huracán. No puedo adelantarme a los acontecimientos, pero hoy por hoy…

—Ya, que hoy por hoy estoy soplando más en tu vida que el viento de Levante en Tarifa, oído cocina —le contesté con gracia.

—Por lo menos, por lo menos —añadió él, quien parecía sumamente a gusto conmigo.

Tras el desayuno, que disfrutamos entre risas y confidencias, sin la más mínima prisa, nos fuimos a pasear por la orilla. El agua estaba perfecta y el momento era de lo más idílico. Dejamos la ropa sobre la arena y nos paramos a darnos un bañito en una zona totalmente desértica, solos él y yo, solos en aquel maravilloso lugar donde nos podíamos comer a besos permaneciendo a salvo de las miradas del resto.

—¡Te como la cara entera! —exclamé porque yo estaba exultante. La felicidad salía por cada uno de los poros de mi piel.

—No me provoques, no me provoques… porque lo cierto es que mejor no te digo lo que yo te comería a ti —me contestó entre carcajadas, esas que estaban poniendo el hilo musical al más especial y romántico de los viajes, uno que me había caído del cielo, como todo lo que venía de Liam.

Sentía que mi mundo era él, que todo lo que me rodeaba llevaba su nombre y solo su nombre… Todo se reducía a

su ser, jamás me había sentido tan eufórica, tan feliz y con tantas ganas de beberme los instantes.

Y no tenía motivo alguno para sospechar que estuviera conmigo por una razón ajena a lo que le hacía sentir, más que nada porque no tendría sentido. Quien tenía éxito era él, un hombre al que no le faltaba nada más que reconstruir esos pedazos en los que otros rompieron su corazón para volver a tenerlo todo, disfrutando de su éxito y su poder. Y, aparte, que se le notaba el brillo en los ojos, ese que me hacía sentir bien y tranquila, recordándome que todo marchaba sobre ruedas y que Liam, simple y llanamente, se estaba enamorando de mí como yo de él.

—Dime una cosa. —Me agarró por los glúteos pegándome bastante a él.

—¿Qué quieres que te diga, jefe? —le respondí con una mueca graciosa.

—Que ni cuando sienta ganas de huir del mundo y encerrarme en mi malestar, me dejarás hacerlo —me pidió, mostrándome de nuevo su lado vulnerable. Eso me encantaba de él, que no iba de duro por la vida y que me hacía ver que tenía su parte sensible. Y no poca.

—Ay que te como otra vez, ¿en serio me das vía libre para volverme tu sombra incluso cuando regresemos? —le pregunté porque cada uno tiene sus necesidades, y las mías se centraban en saber.

—No lo hagas jamás, estoy lleno de demonios, pero quiero permanecer a tu lado —me confesó.

—No sé si llorar o salir corriendo a aquel bar —señalé a un chiringuito que había un poco apartado—, y pedirme una cerveza bien fría para celebrarlo— le dije mientras daba graciosas y nerviosas palmaditas.

—Haz lo que quieras, pero prométemelo —prosiguió porque parecía muy interesado en que lo hiciera.

—Te lo prometo, jefe, pienso volverme tu sombra. —Le abracé con todas mis fuerzas.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, Martina, lo más bonito —murmuró de un modo tan intenso que me lo habría comido allí mismo, de verdad que sí.

—Y tú a mí, Liam, y tú a mí —le contesté sin poder apartar ni un momento mis ojos de los suyos, queriendo perpetuar uno de esos segundos que uno apunta en la memoria para, pasados los años, poder contárselo a sus nietos.

Que sí, que igual yo iba muy deprisa y estaba construyendo un castillo de naipes con un hombre que podría mostrarse inestable como la nitroglicerina, llegado el caso, pero que me daba igual. Además, que él me estaba dando motivos suficientes para que me hiciera ilusiones, ¿no es así?

Nos hicimos una foto preciosa cuando salimos del agua, justo antes de ir a tomarnos una cerveza, la cual nos sirvieron acompañada de unos nachos con queso y guacamole, ¡estaban de vicio!

Tomábamos algo, nos bañábamos, nos tumbábamos en las camas balinesas como dos enamorados que no dejaban de comerse a besos… Todos gestos llenos de cariño y ternura, además de que Liam era muy juguetón y pasaba el rato bromeando y sacándome una carcajada tras otra.

La noche fue mágica, tras una reparadora ducha, nos arreglamos y nos dirigimos a la Quinta Avenida de Playa del Carmen a pasear entre la multitud de tiendas. La zona estaba súper animada y, además, nos sentamos en una terraza de comida mexicana a cenar viendo el ir y venir de la gente y disfrutando de esa gastronomía nacional que a los dos tanto nos gustaba y que saboreamos a placer en una noche en la que también nos comíamos el uno al otro con los ojos.

Más tarde entramos en una tienda de firma que tenía complementos y ropa. Un vestido de hilo blanco llamó mi atención y Liam le pidió a la chica que lo sacara para probármelo.

—Si me gusta cómo me queda lo pago yo —le advertí seria y viendo sus intenciones.

—Lo voy a pagar yo y más vale que ni me protestes si no quieres caer en vergüenza.

—¿Me vas a humillar? —Le hice una burla que le causó una risilla floja.

—No me pongas a prueba, no te humillaré, pero no quieras ver cómo impediré que te salgas con la tuya.

—No me gusta que me lo andes pagando todo, de veras —añadí apuradilla.

—No me regales tu vida como lo estás haciendo —añadió él.

—No se trata de regalarte mi vida —dije dirigiéndome al probador con el vestido que me acababa de dar la chica —, sino de disfrutar de los momentos junto a ti.

Me tapó la boca y me metió dentro del probador, en un gesto de lo más provocador. Después salió advirtiendo que me esperaba fuera para verme con el modelito. Reí de felicidad mientras me lo probaba y oíd, que me quedaba de lo más bonito. Su cara fue también de encantarle lo que veía.

—Vamos, es tuyo —me dijo para que me lo quitara y fuéramos a pagar, cosa que hice porque él no estaba dispuesto a aceptar ningún no por respuesta.

Entré de nuevo en el probador y cuando salí lo vi con una monería de bolso en la mano.

—¿Y eso?

—Le viene genial al vestido, también te lo regalo —me aclaró.

—Pero Liam…

—No digas nada. —Me hizo un guiño y cogió el vestido de mis manos.

Salimos de allí y seguimos paseando por la avenida antes de regresar al hotel a descansar. El día había sido largo, precioso, pero largo…

—¿Y eso?

—Le viene genial al vestido, también te lo regalo —me aclaró.

—Pero Liam…

—No digas nada. —Me hizo un guiño y cogió el vestido de mis manos.

Salimos de allí y seguimos paseando por la avenida antes de regresar al hotel a descansar. El día había sido largo, precioso, pero largo…

Capítulo 22



Unos mariachis entraron en la villa mientras yo estaba durmiendo y el susto fue monumental, porque para mí que nos estaban atracando o algo. Claro que enseguida los escuché cantar y vi sus coloridos sombreros, que nada tenían que ver con negros pasamontañas…

Me comencé a reír y a negar incrédula por la que me había montado en esos momentos Liam, ¿es que no pensaba dejar de sorprenderme nunca?

Ellos me miraban sonriendo mientras cantaban y yo no sabía si meterme bajo las sábanas o echarlos directamente, aunque reconozco que me había encantado esa sorpresa por parte de él, quien no dejaba de sonreír y de mirarme emocionado canturreando la canción a la vez que ellos, mientras me miraba con ojos vidriosos.

La canción en cuestión era la de *Me gustas mucho* de la desaparecida Rocío Dúrcal. Me encantaba el mensaje de la letra cuando decía *"Tarde o temprano seré tuya, mío tú serás…"*

En el momento de escuchar esas letras, no pude evitar contonear mis caderas para él, en un gesto que le hizo muchísima gracia, y enseguida comenzamos a bailar los dos, mientras él murmuraba la letra para mí y yo lograba mantenerle la mirada, la cual no deseaba esquivar por nada del mundo mientras que esas caderas mías se mostraban más explosivas que nunca con una canción que me estaba removiendo por completo.

Era como si Liam, no contento con repetirme una y otra vez lo mucho que le gustaba, hubiera buscado el refuerzo de aquellos músicos que entonaban la canción complacidos, viendo cómo nos mirábamos y el mucho amor que ambos nos profesábamos.

Qué bonito resultaba amanecer así en un México de lo más colorido y divertido, ya que me sentía tan especial que cada momento me parecía absolutamente único e inolvidable.

Cuando terminaron de cantar, Liam insistió en que me hiciera una divertida foto con ellos, que él mismo tomó, y entonces uno de ellos me colocó su sombrero. Por cierto, que tenía un buen molondrón por cabeza y, ante la risa del resto, cuando me lo dejó caer me cubrió hasta la nariz, razón por la cual tuvo que sujetarlo y entonces sí, quedó una foto para el recuerdo de lo más simpática.

Los mariachis se despidieron muy felices y entonces comprobé que en nuestro porche teníamos el desayuno esperando, junto con unas flores sobre la mesa.

—Gracias, Liam, te prometo que es lo más bonito que me han dedicado en la vida. Estoy flipando, es que yo estoy flipando, como si estuviera en una nubecita. Y no por ello me parezco a Heidi, ¿eh? Que yo no quiero parecerte así de cándida y tontorrona. —Adopté una pose sexy y él es que se derretía.

—Quiero sumar muchos momentos contigo y comprobar que el motivo de tu felicidad soy yo —me confesó mientras acariciaba mi mano por encima de la mesa en el más bonito de los gestos.

—Por favor, ¡qué romántico eres! —Me lo comí a besos.

—Soy lo que haces de mí cuando estoy contigo. Eso es lo que soy —añadió él mientras me seguía acariciando, era como si siempre buscase el rozarse conmigo, el acariciarme, el que estuviéramos piel con piel sin apenas separarnos.

Un despertar así había sido lo más fantástico que pudiera imaginar y, por ello, el desayuno me sabía a felicidad, esa que estaba bebiendo sorbo a sorbo con la persona que jamás habría intuido; mi jefe, el hombre que hacía que todo, de pronto en mi vida, cobrase sentido.

Tras un desayuno plagado de gestos cómplices, cada vez más, nos marchamos a coger un taxi cuyos servicios contrató Liam para todo el día y con el fin de que el taxista nos llevara a visitar ruinas mayas y cenotes, en los que bañarnos en medio de la selva en esos impresionantes lugares que se exhibían en la publicidad de aquel sitio.

Las chicas no dejaban de enviarme mensajes llamándome enchufada, cara dura, mala amiga, acaparadora y un montón de cosas con las que nos reímos tela Liam y yo. Estaban sembradas, pero sabía que ellas compartían nuestra felicidad al vernos disfrutar de ese momento tan dulce que estábamos viviendo.

Nos hicimos mogollón de fotos preciosas que parecían postales y que les fui enviando tanto a mi padre como a ellas. Por supuesto que eso las alentaba a seguir diciéndome de todo menos bonita, siempre en broma.

Las ruinas me parecieron realmente sobrecogedoras y me dejaron con la boca abierta. En cuanto a los cenotes, que decir de ellos, pues que sus aguas estaban bastante frías, pero eran baños naturales impresionantes que te hacían sentir que estabas en otro lugar que no pertenecía a este planeta, por lo que había que apretar los dientes y sumergirse en ellos, aparte de que Liam me ayudaba, eso tampoco lo voy a negar.

—Si tienes frío ven aquí, que yo te doy calorcito —me ofrecía mientras me llevaba hacia él y yo notaba su virilidad en mi entrepierna, esa que estaba deseando abrirse camino en ella.

—No, no, que ahora nos estamos bañando y yo lo que necesito es que me dé el agua fresquita en mis bajos, ¿qué te crees? ¿O es que no ves que de tanto meneo me los estás dejando que despiden más calor que una sopa de tomate?

Bastaba que yo dijese algo así para que causara sus carcajadas…

—No me vayas a decir ahora que me dejarás a pan y agua durante el resto del viaje, que yo tengo mucho amor para darte —bromeaba él volviendo a apretarme fuerte contra su musculosa anatomía.

—Si yo lo sé, yo sé que tú tienes mucho amor para darme. Y también sé que lo tienes todo concentrado en el mismo sitio —le contestaba yo y él se moría de la risa.

El día transcurrió de una forma maravillosa descubriendo esos rincones tan impresionantes de la península de Yucatán, unos que me fue enseñando como si fuera un guía, porque otra de las particularidades de Liam era que contaba con una cultura impresionante y sabía cantidad de datos sobre los lugares que visitábamos.

—Si un día se te viene abajo la empresa, la vida te la puedes ganar como guía —le decía yo mientras le escuchaba embelesada.

—No me importaría tanto, siempre que tú te vinieses conmigo —me decía él.

—Menos lobos, Caperucita, que tú tenías que ser ya empresario cuando tu madre te meciese en la cuna, no me vayas a decir que te daría igual porque no cuela.

—Y yo lo que te digo es que, cuanto más tiempo pasa, me doy más cuenta de que los negocios y el dinero no son lo prioritario en la vida.

—Ya, sobre todo cuando se tiene —reí yo.

—En serio, Martina, no sé lo que estás haciendo conmigo, pero estás rompiendo todos mis esquemas —me decía.

Regresamos al hotel a las ocho de la noche. El día nos había cundido bastante y de nuevo nos duchamos para salir a la Quinta Avenida a cenar y dar un paseo.

El hecho de pasear mientras agarraba mi mano con firmeza era un acto que denotaba protección, como cada gesto de Liam, quien me hacía sentir de mil maneras, y todas geniales. Era todo un caballero y a la vez el hombre más bromista del mundo, lo tenía todo, todo lo bueno que una persona puede desear de otra. Y me lo ofrecía en exclusividad, era para flipar.

La avenida estaba cien por cien animada y Liam no dejaba de entrar en tiendas y salir con regalos para mí y caprichos para él. Ese hombre no paraba, en esa ocasión me compró unas gafas y un bolso con su cartera de Michael Kors, una pasada ambas cosas y no hace falta decir que, a pesar de mi negativa a que gastase dinero, hizo caso omiso y los compró. Feliz, llevaba los regalos en una mano y agarraba la mía con la otra.

Cuando por fin concluyó el capítulo de las compras, tomamos varios cócteles Margarita, los más famosos del país los cuales estaban deliciosos y que, aderezados con la música y el ambiente, no podían saber mejor.

Me sentía como una niña pequeña súper protegida y mimada, menos cuando atravesábamos la puerta de la villa y nos devorábamos el uno al otro. Éramos como dos imanes que se atraían por completo. Ahí salía a relucir mi parte adulta y le demostraba que de niña tenía bien poco.

Me eché sobre su pecho después de ese momento tan sensual que habíamos vivido. Sentía la necesidad de estar completamente sobre él y de dormir entre sus brazos, esos que me habían enseñado a vivir la vida de una manera realmente distinta a la que yo conocía hasta entonces.

A él le notaba una enorme ilusión por mí y por todo lo que hacía conmigo, esa la palpaba a cada momento, dado que siempre lucía la más bonita y amplia de las sonrisas, aparte de mirarme con ese brillo tan bonito que salía de sus ojos para meterse en los míos.

Hay cosas que ni se quieren ni se pueden disimular, y eso ocurría con lo que a ambos nos estaba pasando, con lo que Liam y yo estábamos experimentando con el Caribe de fondo y, por tanto, en un marco incomparable.

Yo soñaba despierta, notando que su respiración se aunaba con la mía, que nuestras vidas comenzaban a ser una sola.

La avenida estaba cien por cien animada y Liam no dejaba de entrar en tiendas y salir con regalos para mí y caprichos para él. Ese hombre no paraba, en esa ocasión me compró unas gafas y un bolso con su cartera de Michael Kors, una pasada ambas cosas y no hace falta decir que, a pesar de mi negativa a que gastase dinero, hizo caso omiso y los compró. Feliz, llevaba los regalos en una mano y agarraba la mía con la otra.

Cuando por fin concluyó el capítulo de las compras, tomamos varios cócteles Margarita, los más famosos del país, los cuales estaban deliciosos y que, aderezados con la música y el ambiente, no podían saber mejor.

Me sentía como una niña pequeña súper protegida y mimada, menos cuando atravesábamos la puerta de la villa y nos devorábamos el uno al otro. Éramos como dos imanes que se atraían por completo. Ahí salía a relucir mi parte adulta y le demostraba que de niña tenía bien poco.

Me eché sobre su pecho después de ese momento tan sensual que habíamos vivido. Sentía la necesidad de estar completamente sobre él y de dormir entre sus brazos, esos que me habían enseñado a vivir la vida de una manera realmente distinta a la que yo conocía hasta entonces.

A él le notaba una enorme ilusión por mí y por todo lo que hacía conmigo, esa la palpaba a cada momento, dado que siempre lucía la más bonita y amplia de las sonrisas, aparte de mirarme con ese brillo tan bonito que salía de sus ojos para meterse en los míos.

Hay cosas que ni se quieren ni se pueden disimular, y eso ocurría con lo que a ambos nos estaba pasando, con lo que Liam y yo estábamos experimentando con el Caribe de fondo y, por tanto, en un marco incomparable.

Yo soñaba despierta, notando que su respiración se aunaba con la mía, que nuestras vidas comenzaban a ser una sola.

Capítulo 23



—Martina —murmuró dándome un beso en el pecho—, en una hora nos recogen, vamos a desayunar.

—¿Dónde vamos hoy? —le pregunté aún con sueño, porque yo soy de mucho dormir, aunque reconozco que la expectación hizo que me incorporase de inmediato para escucharlo.

—Nos cambiamos de hotel, nos vamos a Isla Mujeres. Te va a encantar…

—¡Sí! Vi esa isla en unos *reels* y es una pasada. —Abrí los ojos de par en par.

—Pues a desayunar y a recoger las maletas, que vienen en un rato a por ellas, ¡vamos! —me animó.

—Por cierto, ¿cuántos días vamos a pasar allí? —le pregunté porque eso seguía siendo un misterio para mí, un misterio total.

—Curiosa. —Me dio una nalgada para que me levantara y no me contestó nada. A él le encantaba mantener mis dudas intactas y no despejar más que las estrictamente necesarias.

No era de extrañar en el sentido de que Liam contaba con un puntito misterioso. Y no lo digo como una crítica, porque de él me gustaba todo, incluso eso, pero que lo tenía era cierto.

Me fui a levantar y a él le dio la risa, así por las buenas. Yo ignoraba de qué se reía, de modo que terminé por preguntarle, con la ceja arqueada.

—Me río porque, si no fuera porque tenemos prisa, te prometo que te *besayunaba* a ti…

—¿*Besayunarme*? ¿Y esa expresión de dónde ha salido? No la había escuchado en mi vida —negué con la cabeza mientras me reía porque me pareció de lo más simpática.

—¿No la conoces? Ay, Martina, mi Martina —soltó en el más cariñoso de los tonos.

—Oye, que si no la conozco será por casualidad, que yo no soy una cría —alegué en mi defensa porque en cierto modo me daba apuro que así lo creyera. A todo esto, me iba vistiendo atropelladamente, más pendiente de la conversación que de aquello que me estaba poniendo.

¿Sabéis eso de que echas a andar y te encuentras como inestable? Pues yo lo hice en ese momento y noté que algo no iba bien. El caso es que no quise que se me notara y lo que hice fue agarrarme a Liam, como si tal cosa.

Él me miraba risueño, y yo le devolví la sonrisa, aun pensando que algo iba mal en mis piernas. Es más, prefería no pensar porque por alguna extraña razón parecía que una de ellas se me había acortado durante la noche. O incluso también podría ser que la otra se me hubiera alargado.

Él parecía caminar complacido, aunque con un puntito de cachondeo que no llegaba a descifrar, hasta que de pronto di un traspiés…

—Me cago en todo—murmuré por lo bajini y enseguida me sonrojé por lo inapropiado de la expresión, que hubiese sido muy propia de Inés.

Entonces Liam se echó a reír irremediablemente, y yo no sabía ni qué decir.

—Es que he dado un traspiés, hombre, que se ve que estoy un poquillo torpe esta mañana.

—Las cosas del directo —rio él.

—¿Las cosas del directo? No nos estarán grabando, ¿no? —Miré hacia todos los lados por si había alguna cámara oculta o algo.

—No, Martinita —me llamó de esa manera tan cariñosa—, pero mírate los pies, anda…

Por el amor del cielo, me los miré y casi me tiro al suelo de la risa.

—¡Ha sido tu culpa, jefe! —le señalé entre risas—. Por haberme metido prisa.

—Claro, claro… Y mira que no era prisa precisamente lo que quería meterte yo —seguía riendo sin poder parar, desatando más todavía mi risa también.

El asunto es que yo me había puesto cada zapato de un par distinto, y eran unas cuñitas, una más alta que otra, de manera que la diferencia de altura entre ambas (que debía ser de un par de centímetros), era la que me estaba haciendo cojear.

—Pues por eso mismo, y yo que lo sabía y temía que nos quedáramos sin desayunar, he salido corriendo y…

—Ya, ya, o sea, que siempre es bueno que haya un Liam a mano a quien echarle la culpa, ¿no? —Se desternillaba

—Pues sí, aunque eso suele decirse de los críos pequeños, pero tú eres peor todavía, mucho más travieso —le hice ver.

—Martina, travesuras te haría yo a ti. No me provoques que no llegamos —me advirtió avanzando por el camino hacia la preciosa terraza con vistas en la que desayunaríamos y en esas que vimos una puerta abierta y él tiró de mí.

Sin más, comenzó a besarme allí, que parecía ser una especie de cuarto de limpieza, y a tocarme las nalgas. Yo no podía ni abrir la boca, la cual él me besaba a conciencia cuando vi salir del fondo a aquella chica con el uniforme de la limpieza que se quedó parada en seco, pues le impedíamos el paso.

Yo también debí quedarme parada y entonces Liam dejó de besarme, aunque no de tocarme las nalgas, incluso po debajo de mi vestidito fue avanzando y llegando a otras zonas más comprometidas.

—¿Estoy perdiendo facultades? —me preguntó al comprobar que no me inmutaba.

—Espero que no, porque resulta que tenemos público —le anuncié yo y entonces la vio.

—Buenos días, señorita —la saludó él como quien no ha roto un plato.

—Buenos días. Por favor, apúrense, ahorita tengo que ir a limpiar un montón de habitaciones y…

Era de lo más graciosa y parecía dispuesta a que siguiéramos, si era nuestro deseo, lo único que nos pedía era que nos diéramos prisa.

—Perdón, perdón. —Tiró él de mi mano y salimos corriendo como dos críos. Nunca me hubiera imaginado vivir tantas emociones con Liam y mientras corríamos que nos las pelábamos yo pensaba que junto a él estaba pasando los mejores días de mi vida.

El desayuno tenía una pinta brutal, no faltaba detalle. Mi vista se fue hacia unos panqueques con Nutella y me comí dos de golpe, ya que eran pequeñitos. En esos momentos ni me preocupé por ese azúcar que se me podía ir al culo, solo pensé que estaban riquísimos y yo no podía resistirme.

—No me mires así, que están muy buenos y son irresistibles —le dije mientras gemía de gusto, algo que le

disparó por completo, aunque él parecía estar bastante lanzadito esa mañana, como yo había podido comprobar.

—Por mí te puedes comer la bandeja entera. Conozco muy bien el significado de la palabra irresistible y lo que supone estar desando hincarle el diente a aquello que así te lo parece.

Obvio que lo decía por mí, de quien tenía unas ganas incontenibles en esa mañana en la que su pajarito y él se despertaron traviesos.

Nos reímos mucho y un ratito después comprobé que no dejaba de observarme con una sonrisilla en los labios y e que, por mi vida, si lo estuviera viendo a través de una cámara, como si fuera el prota de una telenovela, diría que estaba enamorado a más no poder, solo le faltaba que le pusiera un babero y ya.

—Entonces no me vas a decir adónde vamos hoy…

—No —negó con contundencia. No parecía tener la más mínima intención de soltar prenda.

—¿Y por qué sonríes? Al menos dilo serio para que suene más convincente.

—Tú eres el motivo de mi sonrisa y no hay razón por la que tenga que parecer convincente, con no decírtelo es más que suficiente —siguió en sus trece.

—Conmigo no te pongas chulo que aquí no eres mi jefe —le recordé.

—¿Ah no? ¿Has roto tu relación laboral conmigo? —carraspeó.

—No, no, para una vez que trabajo, al menos que me dure unos meses —me reí—. Además, así me tendrás que aguantar un buen rato.

—Tú vas a durar en el trabajo lo que yo quiera que dures, más que nada porque de algo me tiene que servir ser el jefe. —Agarró mi barbilla con su mano y me dio un beso sin perder la risilla.

—Capaz que dure más Inés que yo —me quejé porque estaba en plan vacilón.

—Lo mismo se lo merece.

—Liam, déjate de bromas que yo soy muy aplicada y eficaz. Y lo sabes —le recordé con el dedo en alto.

—Eso también es verdad —sonreía y acariciaba mi mejilla con sus dedos.

Tras el desayuno, recogimos nuestras pertenencias y vinieron a por las maletas. Nos llevaron en un carrito hacia e *lobby* donde entregamos las llaves de la villa y a continuación tomamos un taxi que nos llevó hasta el embarcadero donde cogimos el ferry hasta Isla Mujeres.

Liam llevaba un sombrero de paja y una camisa remangada hasta sus codos en tono celeste, estaba guapísimo, conjuntado con un bañador y unas zapatillas de esparto. A pijo no le ganaba nadie.

sEn el barco sonaba música e invitaban a cócteles margarita, el ambiente resultaba muy concurrido y hasta Liam se animó a mover las caderas gracias a una animadora que lo sacó a bailar y no permitió que opusiera resistencia. Me reí mucho con ese momento, pero también reconozco que me estaba muriendo de celos.

Por supuesto que no le veía bailar con ella de la forma que lo hacía conmigo. Tampoco la cogía con la misma sensualidad ni la miraba con esos ojos, pero joder, qué ganas tenía de que acabase la canción. Se trataba de mi primer ataque de celos, y no podía esconderlo con tanta facilidad como me hubiese gustado.

Lo más sorprendente fue que antes de terminar ya la soltó y se vino hacia mí volviendo los ojos, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Yo no lo hubiera hecho —murmuré para que no se quejara en ese momento.

—No me dio elección.

—Claro que tenías elección, otra cosa es que lo hicieras por educación, pero bueno, yo si no quiero salir a bailar, no lo hago —le aclaré porque estaba más negra que el tobillo de un grillo y no podía esconder el cabreo.

—¿Estás celosa? —rio.

—No sé qué es eso. —Le hice una burla.

—Bueno, pero sabes que eres mi preferida —se reía y acariciaba mi espalda.

—Suelta —me separé—, ¿cómo que tu preferida? ¿Cuántas amantes tienes?

—Ninguna, ninguna, solo a ti —me aclaró de golpe porque me notó el mal talante.

—No pongas cara de terror que a ti no te asusta alguien como yo, por mucho que lo intente —añadí y me notaba hasta temblorosa del coraje que estaba sintiendo.

—Esos celos te sientan genial, te ponen muy dulce —quiso quitar hierro e incluso parecía que lo pensaba de verdad, cuando lo cierto es que yo estaba muy enojada.

—Te estás burlando de mí, Liam.

—No, eso jamás, pero me lo intento pasar bien contigo. No quiero perder ni un solo minuto de este viaje con malos rollos, no con alguien como tú, Martina —trató de convencerme de que conmigo todo era fantástico.

—Eso es porque luego me mandarás a freír espárragos —argumenté sin demasiado sentido, presa de los celos.

—Me prometiste que nunca me dejarías apartarme —me recordó.

—Oye, que una tiene también su orgullo —le hice ver, sumamente molesta.

—¿Y por qué te cruzas de brazos? —me preguntó al verme tan a la defensiva.

—Porque estoy enfadada —me reí, pero sin perder el enfado. En realidad, me encontraba tristona porque la mulata explosiva se lo había llevado y él no se opuso.

—Bueno. —Se sentó a mi lado bien pegado y echó su mano sobre mi hombro —. ¿Y si te digo que te estás ganando a pulso que quiera una vida junto a una personita mucho más joven que yo, pero mucho mayor que cualquier cosa que haya en el mundo? —me preguntó de lo más zalamero.

—¿Esa soy yo? —le pregunté con los ojos como platos causándole otra risa.

—Sí señorita, esa eres tú.

—Pues no lo seré tanto cuando te fuiste con ella. —Yo erre que erre con lo mismo. A mí no me quitaría el enfado con unas simples palabritas.

—Madre del amor hermoso, me encantas cuando te pones así, voy a tener que ponerte celosa más a menudo.

—Ni se te ocurra, que el nivel puede ir creciendo —le advertí muy seriamente, ya que no me hacía ni pizca de gracia pensar en volver a verle en una situación similar.

—¿Más dulce? —Me besó.

—Liam, no te la juegues.

—Con ese tonito dan ganas de comerte —reía mientras se levantaba y me daba la mano para ayudarme a que me incorporase también.

Por fin desembarcamos, dado que el viajecito se me hizo eterno a consecuencia del dichoso baile, y un conductor nos esperaba para llevarnos al hotel en un carrito eléctrico de esos que sí que eran muy de mi gusto, siempre me hicieron mucha gracia.

Liam no dejaba de mirarme sonriente, aunque a mí la cara seguía llegándome a los pies de lo larga que la tenía. El hecho de ver a esa mujer tratando de seducirlo me había dejado muy tocada.

—No te rías más, que al final me enfado —le advertí.

—Pues estar enfadada a miles kilómetros de tu casa en una isla con tu jefe no debe ser muy buena idea —argumentó él.

—Aquí no eres mi jefe —le repetí yo, muy vacilona.

—Estás en horario laboral —sonrió más ampliamente.

—Estoy de vacaciones. —Le hice una mueca.

—Liam, no te la juegues.

—Con ese tonito dan ganas de comerte —reía mientras se levantaba y me daba la mano para ayudarme a que me incorporase también.

Por fin desembarcamos, dado que el viajecito se me hizo eterno a consecuencia del dichoso baile, y un conductor nos esperaba para llevarnos al hotel en un carrito eléctrico de esos que sí que eran muy de mi gusto, siempre me hicieron mucha gracia.

Liam no dejaba de mirarme sonriente, aunque a mí la cara seguía llegándome a los pies de lo larga que la tenía. El hecho de ver a esa mujer tratando de seducirlo me había dejado muy tocada.

—No te rías más, que al final me enfado —le advertí.

—Pues estar enfadada a miles kilómetros de tu casa en una isla con tu jefe no debe ser muy buena idea —argumentó él.

—Aquí no eres mi jefe —le repetí yo, muy vacilona.

—Estás en horario laboral —sonrió más ampliamente.

—Estoy de vacaciones. —Le hice una mueca.

Capítulo 24



No había hotel, nos entregaron las llaves de una casa situada frente al mar, en una pequeña calle que daba a la playa. Una ubicación verdaderamente privilegiada y que sirvió, en parte, para que se me pasara el que había sido mi primer cabreo con Liam.

Entramos y el mismo conductor nos dio las pocas explicaciones que necesitábamos antes de marcharse.

—Es una pasada —murmuré, porque Liam seguía teniendo el poder de dejarme de piedra a cada paso que dábamos

La verdad es que lo era; la planta de abajo contaba con un amplio salón, una impresionante cocina, un baño gigante, un dormitorio de matrimonio con vestidor y baño, así como un dormitorio individual con dos camas, todo ello muy lujoso y bonito, con una decoración magnífica. La planta de arriba consistía en una sublime terraza con los barrotes de cristal para que no perdieras las vistas mientras te bañabas en una piscina infinita que quedaba justo en medio de esos cristales y que ya me estaba llamando a gritos, además de hamacas enormes, sofás con mesas y hasta un columpio, igual se habían pensado que yo era Heidi de verdad. No, lo digo en broma, el columpio era también para perder el norte. La casa resultaba realmente increíble e invitaba a pasar en ella los mejores de los días. De hecho, la planta superior era el paraíso con ese mar turquesa justo delante de ella, el cual brillaba por el efecto de los rayos solares.

Liam no tardó en descorchar la botella de bienvenida que nos dejaron después de ponernos los bañadores y subir a la terraza, la cual, por cierto, podía presumir de tener un rincón con una barra de minibar al que tampoco le faltaba detalle.

—Para mi celosa favorita. —Puso la copa de vino en mis manos.

—No soy celosa, solo es que estaba un poco molesta. —Le hice una burla porque, a toro pasado, como que me daba algo de corte que pensara que era demasiado celosa. Jolines, que no se sabía cómo acertar, porque tampoco deseaba ponerle muy ancho.

—Me encantas, estás llena de jovialidad.

—Normal, me sacas diecisiete años, ¿qué quieres? —Me encogí de hombros, graciosa.

—Dicho así parecen muchos.

—Lo son, lo son —me reí picándole un poco, porque tenía ganas de hacerlo.

Me metí en la piscina infinita con la copa de vino en las manos y me quedé apoyada en el borde mirando hacia el mar. La estampa parecía de película y más con un Liam que no dejaba de besar mi cuello, tan juguetón como se había levantado.

No obstante, yo estaba todavía un poco picada, las cosas como son, y no tenía tantas ganas de juerga como él, a quien parecían salirle por la punta de las orejas.

—¿Qué te pasa, pequeña? —me preguntó al ver que no entraba al trapo.

—Nada, ¿qué me va a pasar? —le respondí sacándole la lengua.

—Pues yo juraría que te sigue pasando algo. No me digas que eres de esas personitas rencorosillas a las que tarda
en pasársele las cosas —rio mientras me hacía unas cosquillas.

—No, no, ¡cosquillas no! —exclamé porque apenas podía soportarlas y él lo sabía, por eso me provocaba.

También me provocaba, y mucho, esa sonrisa perlada suya que no paraba de exhibir para tratar de contentarme.

Finalmente, me derribó. No sé cómo lo hizo, porque yo oponía resistencia, no como él con la mulata. Vaya, qué tontería, ¿cómo lo iba a hacer? Pues sin ningún problema, porque igual que me sacaba una serie de años, también tenía mucho más peso que yo (de purito músculo, eso sí), y me tumbó como a una pluma.

Una vez que lo hizo, ya era suya… Yo lo sabía y él lo sabía también. Liam comenzó a acariciarme por todas las partes de mi cuerpo y cuando quise darme cuenta… Cuando quise darme cuenta ya me había despojado de la parte inferior de mi bikini.

Que conste que no estábamos rodando una peli porno ni nada parecido, ya que la excelente ubicación de la casa nos permitía disfrutar de total privacidad en la terraza, por lo que me dejé llevar por él.

Supe que me pagaría, y con creces, cuando sacó a pasear su experimentada lengua, esa que sabía llevarme al clímax con tan solo unos certeros toques que él no tenía ningún problema en darle a la parte más sensible de mi anatomía. Es más, no solo no tenía ningún problema, sino que estaba deseando hacerlo.

Entrecerré los ojos mientras acariciaba su pelo y él me demostraba las muchas ganas que tenía de proporcionarme el máximo de los placeres. Mis gemidos no tardaron en actuar como banda sonora, de lo más sensual, como sensual era aquello que me estaba haciendo y que provocaba mi total excitación, hasta el punto de que todos los músculos de mis piernas, y hasta de mis pies, terminaron por contraerse, arqueándoseme los dos en el momento final… Momento final en el que terminé por quedar laxa y balbuceando su nombre, ese que ya llevaba grabado no en mi piel, porque no me lo había tatuado, sino en mi alma, que es el lugar del que jamás se podría borrar.

Al mediodía bajamos a almorzar a un restaurante de la playa donde pedimos unos pescados fritos y de entrante una ensalada de aguacate y mango, muy dulce y refrescante, que me encantó y con la que volví a gemir, elevando Liam una de sus cejas.

—No sabría decirte si gimes ahora más que antes —bromeó.

—Ahora más, ahora más, donde se pongan el aguacate y el mango, que se quite todo lo demás.

—Muy bonito, está precioso. Que le digas eso a tu jefe está precioso —se quejó entre bromas.

—Hombre, que se lo diga no está feo, peor habría sido que lo hubiera dejado escrito en el buzón de sugerencias de las oficinas —me burlé.

—¿Tú tienes quejas? Porque si crees que se puede mejorar, no tenemos más que ponernos a hacer prácticas y…

—Y tampoco te me vengas tan arriba, que yo no tengo ninguna queja, no vaya a ser que al final me ardan las partes bajas, que ya están a punto —le recordé con gracia.

—O sea, que estás bien servida —añadió porque quería que le regalase el oído. Entonces me acordé del bailecito con la mulata y me dejé llevar por mi parte malilla, que yo también la tenía, obviamente.

—Sí, queja no tengo. La verdad es que, para la edad que tienes, me das bastante candela…

—¿Qué es eso de para la edad que tengo? —Se removió en su silla de inmediato.

—Hombre, que tú ya no eres un niño y….

—¿Y qué? —me preguntó y apenas pude responderle porque antes de hacerlo ya tenía su lengua en mi boca, entrelazándose con la mía.

No me comió allí mismo, como postre, porque era un lugar público, que si no…

Nos quedamos un ratito más, disfrutando de la sobremesa. Pese a todo, Liam no dejaba de buscarme con esas miraditas que sin necesidad de articular palabra me gritaban que era una celosa, pero bueno, me daba igual. Tenía derecho a sentirme mal después de llevar varios días bebiendo de las mieles del amor, ¿o qué pasaba allí?

—Me tienen fascinadas las aguas caribeñas —le hablé en un momento dado para poner punto final a esas miraditas.

—Sabía que te gustarían.

—Mi padre siempre quiso hacer conmigo un viaje de este tipo, pero el temor a que mi madre se enterase fue mayor. Además, cualquiera le decía que me iba una semana o nueve días fuera, eso era inviable.

—Me siento afortunado por ser el primero en muchas cosas contigo —me confesó y había mucha sinceridad en sus palabras.

—Ya te digo, para que luego me lo pagues bailando con otra. —Volví a la carga porque estaba picada y no podía disimularlo. Yo soy así y punto, no había más.

—Qué mala persona soy —murmuró aguantando la risa.

—No, pero poco delicado sí.

—Prometo que me portaré mejor de ahora en adelante.

—Más te vale, de lo contrario haré lo mismo que tú para comprobar si te hace gracia.

—¿Bailar con otro hombre?

—Por ejemplo… —Me encogí de hombros.

—Uf, solo de pensarlo…

—¿A que jode? —le pregunté metiendo el dedo en la llaga.

—Un poquito —afirmó y en sus ojos se veía que así era.

—Pues ya sabes, no lo vuelvas a hacer o tomarás de tu misma medicina. Y te lo digo yo, que soy hija de médico

—reí.

—Lo tendré en cuenta. —Arqueaba la ceja con esa media sonrisa que me hacía derretir constantemente.

Nos quedamos toda la tarde en la playa, incluso tapeamos algo a modo de cena en el mismo chiringuito viendo un precioso atardecer, una imagen imperdible que volví a disfrutar mucho en su compañía.

Liam, sin saberlo o sabiéndolo, me estaba regalando los mejores días de mi vida. De allí me llevaría muchos de los mejores momentos, todos ellos preciosos, algunos en la cámara de mi móvil y otros en mi memoria, de donde nunca podrían ser borrados.

Nos reímos un montón con una pareja que estaba en la mesa de al lado y que eran también turistas, pues no dejaban de discutir sobre que él se pasaba el día bebiendo en la barra del chiringuito y ella se aburría pasando calor tirada en una hamaca. No debían de tener más de treinta y cinco años, pero si de ese viaje salían juntos sería un milagro. Se decían de todo, se ponían verdes, incluso él la llamó amargada y le dijo que no valía ni para tomar un trago. Eso sí, ella le respondió que era el cabrón más grande que había pasado por su vida. Sin más…

Daba vergüenza escucharlos, pero reconozco que a nosotros nos hacían reír porque era una escena surrealista, si bien reprimimos la risa para no parecer que poníamos la oreja.

De camino a la casa, íbamos acordándonos de ellos.

—Yo, para estar así con alguien, me quedo solita de por vida, eso lo tengo bien claro —le decía.

—Tú no vas a estar así con nadie, tú estarás conmigo, ¿o acaso no te he contado ya eso de que estás ganando puntos por momentos para que te desee en mi vida, para que te desee mucho? —me preguntó mientras me daba otra de sus sugerentes nalgadas.

Al llegar a la casa, nos dimos una nueva e insinuante ducha juntos, en la cual comenzamos a hacerlo, porque Liam estaba desatado ese día. Bueno, vaya novedad, igual que el resto de los días. Y que conste que a mí me volvía loca que lo estuviese. Luego nos tumbamos en el sofá abrazados un rato antes de irnos a la cama a desatar de nuevo esos deseos antes de que el sueño terminara por rendirnos a ambos.

—reí.

—Lo tendré en cuenta. —Arqueaba la ceja con esa media sonrisa que me hacía derretir constantemente.

Nos quedamos toda la tarde en la playa, incluso tapeamos algo a modo de cena en el mismo chiringuito viendo un precioso atardecer, una imagen imperdible que volví a disfrutar mucho en su compañía.

Liam, sin saberlo o sabiéndolo, me estaba regalando los mejores días de mi vida. De allí me llevaría muchos de los mejores momentos, todos ellos preciosos, algunos en la cámara de mi móvil y otros en mi memoria, de donde nunca podrían ser borrados.

Nos reímos un montón con una pareja que estaba en la mesa de al lado y que eran también turistas, pues no dejaban de discutir sobre que él se pasaba el día bebiendo en la barra del chiringuito y ella se aburría pasando calor tirada en una hamaca. No debían de tener más de treinta y cinco años, pero si de ese viaje salían juntos sería un milagro. Se decían de todo, se ponían verdes, incluso él la llamó amargada y le dijo que no valía ni para tomar un trago. Eso sí, ella le respondió que era el cabrón más grande que había pasado por su vida. Sin más…

Daba vergüenza escucharlos, pero reconozco que a nosotros nos hacían reír porque era una escena surrealista, si bien reprimimos la risa para no parecer que poníamos la oreja.

De camino a la casa, íbamos acordándonos de ellos.

—Yo, para estar así con alguien, me quedo solita de por vida, eso lo tengo bien claro —le decía.

—Tú no vas a estar así con nadie, tú estarás conmigo, ¿o acaso no te he contado ya eso de que estás ganando puntos por momentos para que te desee en mi vida, para que te desee mucho? —me preguntó mientras me daba otra de sus sugerentes nalgadas.

Al llegar a la casa, nos dimos una nueva e insinuante ducha juntos, en la cual comenzamos a hacerlo, porque Liam estaba desatado ese día. Bueno, vaya novedad, igual que el resto de los días. Y que conste que a mí me volvía loca que lo estuviese. Luego nos tumbamos en el sofá abrazados un rato antes de irnos a la cama a desatar de nuevo esos deseos antes de que el sueño terminara por rendirnos a ambos.

Capítulo 25



Si algo me gustaba al despertar era descubrir la forma en la que me miraba Liam sin perder la sonrisa.

—¿Qué planes tenemos hoy? —pregunté mientras me pegaba a su torso, pues ese comenzaba a ser uno de mis lugares favoritos del mundo, uno en el que me encantaba refugiarme.

—Hoy nos vamos de fiesta a alta mar —me anunció y me dejó con la boca abierta, sobre todo cuando se me ocurrieron ciertas ideítas que no me gustaron nada.

—Explícame eso porque me suena a tías sacándote a bailar y por ahí no voy a pasar, prefiero quedarme en mi piscina infinita. Te lo advierto desde ya. —Saqué a pasear mi dedo y todo con la idea de que le quedase lo más claro posible.

—Bueno, por norma general y tal como vi al reservar la excursión, había un equipo de animación como es obvio, pero…

—Ni obvio ni leches. Yo no voy, me niego —le aclaré porque me estaban entrando hasta sudores de pensarlo. Me ponía malísima.

—No voy a bailar con nadie, te lo prometo.

—¿Y cómo sé que de nuevo no te pondrán en el compromiso?

—Porque llevaré una camiseta en la que ponga que «mi chica no me deja bailar con nadie» —bromeó causándome una carcajada.

—Pues mira, deberías ¿vamos a hacerte una antes de embarcar? Porque estoy más que dispuesta. Es más, lo exijo como condición. Es eso o nos quedamos en la casa, tú eliges. —Me puse pesadita porque el temita de los bailes me tocaba la moral.

—No, hombre, ¿dónde vamos a encontrar una de esas ahora? —me preguntó a modo de excusa. No me conocía bien, y tampoco a lo pesadita que podía ponerme cuando tenía interés en algo.

—Seguro que hay sitios en los que las personalicen. Venga, vamos —le exigí tirando de él para que se levantase.

—No seas tonta —reía—. Quédate tranquila que no pasará nada de eso que tanto temes.

—Mira Liam, que esta vez me durará el enfado hasta la vuelta.

—¿Dulce?

—No, no, de dulce nada, me pondré muy enfadada, excesivamente enfadada. Y te sabrá mucho más amargo que dulce, palabrita del Niño Jesús.

—No creo que seas capaz —me contestó, aparte de que le hizo mucha gracia mi expresión.

—No me pongas a prueba —le advertí con el dedo nuevamente mientras me levantaba. Mi pobre dedo no parecía tener vacaciones como el resto de mi cuerpo, porque yo le daba trabajo a cada momento.

—Lo vamos a pasar genial —me aseguró.

—No estoy yo muy segura de eso, pero si te la quieres jugar, adelante. —Le hice un gesto para que se levantara.

—No me voy a jugar nada. —Tiró de mi lanzándome de nuevo a la cama y se tumbó encima para besarme—. No debes tener celos de nada y menos de nadie, solo me gustas tú y esta sonrisa solo se debe a que transmito a través de ella la felicidad que estoy sintiendo contigo y solo contigo, ¿te queda claro ya?

—¿De verdad? —le contesté con otra pregunta, ya que no podía evitar sentirme tremendamente insegura, pese a que él me daba mi lugar en todo momento. Vale, excepto en el del bailecito, aunque yo entendía que fue una tontería sin la menor importancia, solo que, como ya digo, mi inseguridad era muy grande en esos días.

—No puedo contigo —se reía mientras me besaba.

Salimos a desayunar a un bar de los que había a pie de playa. Me sentía tan hambrienta que pedí unas tostadas con huevos fritos y yogurt con arándanos y nueces, eso por no hablar de los tres cafés que me metí entre pecho y espalda.

Liam no dejaba de hablar por teléfono mientras desayunaba porque le habían avisado de una operación de

inversión muy importante. Yo debía entenderlo. Demasiado tiempo se estaba ausentando de su trabajo, aparte de que hasta ese momento lo hizo a tiempo completo, dedicándose a mí y solo a mí, algo que yo le agradecía porque haber estado trabajando en la distancia nos habría aguado la fiesta bastante.

Al final dio la orden de que se hiciera y transfirió el dinero. Primero, como es lógico, lo estuvo valorando, si bien luego debió verlo muy claro.

—Ganas dinero hasta estando de vacaciones —le dije riendo.

—Un crac. En el fondo soy una joyita.

—¿Fondo? ¿Joyita? ¿Ligón que quiere ir de nuevo a un barco en busca de otra presa? ¿Y esa es la joyita? Un tesoro completo me parece que eres tú —me burlé.

—Uy, lo que me ha dicho. —Hacía aspavientos con su mano, como si mis palabras le hubieran llegado al corazón

—Liam, pórtate bien que no quiero pasar un mal rato —le advertí cuando nos levantamos tras el desayuno para dirigirnos al barco, el cual ya estaba en el puerto.

—Parecemos un matrimonio de muchos años. —Me echó la mano por el hombro.

—Pues no me hagas bajar del barco divorciada, que encima sacaré tajada del divorcio —reí.

—No, mujer, al menos aguanta lo que dure el viaje.

—Mira, Liam, me estás enfadando. —Me paré en seco y le advertí con el dedo, ese que se metió en la boca y comenzó a lamerlo—. No puedo contigo. —Di un golpe con el pie en el suelo.

—Me encantas cuando pareces más pequeña de lo que eres.

—Me estás poniendo de mala leche.

—No, estás que te derrites mirándome. Y lo sabes…

—Encima adivino, este hombre no da puntada sin hilo —rebufé y proseguí el camino tirando de su mano—. A este le presento yo a todas las animadoras, verás cómo me derrito —murmuré en voz alta.

—Ah no, pienso estar borde, así que más vale que no se te ocurra.

—Verás lo contentillo que te vas a poner. —Pasamos por la pasarela que llevaba al barco.

La música sonaba cada vez más fuerte conforme íbamos llegando. Ni que decir tiene que a la entrada se encontraba el equipo de animación, recibiéndonos a ritmo de baile.

—¿Cuál te gusta más? —le pregunté al oído.

—A mí todas, Martina, a mí todas. —Le di una colleja sin importarme que nos estuvieran mirando. Me daba exactamente igual. Se la había ganado, pues se la llevaba puesta.

—Eso es agresión —protestó riendo.

—No, agresión sería si te hubiera hecho perder los dientes, así que sigue sonriendo y cállate si no quieres cobrar otra. Puedes contentarte pensando que los sigues teniendo todos y que no tendrás que pasar por el dentista.

—No te pega hablar de ese modo. Tú no eres así, aunque reconozco que lo dices tan tiernamente que dan ganas de comerte. —Me abrazó riendo.

—No me has visto enfadada, no me has visto —reí nerviosa entre sus brazos y es que me sacaba de quicio, Liam conseguía dar mil sensaciones a mi vida.

Lo primero que hicimos fue pedir un cubata, sin miedos, a las once de la mañana, ¿y qué? Estábamos en el Caribe y eso marcaba la diferencia. Lo segundo, desde ese primer trago, tuve que perseguir con la mirada por todo el barco a Liam, quien cada vez que veía que se nos acercaba una animadora, salía por patas. Lo que me estaba riendo no tenía precio.

He de reconocer que parecía tener palabra, puesto que me la había dado y la estaba cumpliendo. Más le valía o del barco saldría con el pelo cortado, ¡y sin tijeras ni maquinilla!

Cuando paramos en medio del mar, comentándonos que podíamos darnos un baño y que se hacía pie, Liam no lo hizo por las escaleras, sino que se tiró directamente desde la borda.

Supongo que pensaría que en el agua estaba a salvo, puesto que yo la vista no se la quitaba de encima y sabía muy bien que se jugaba dormir en el sofá el resto del viaje, el cual, por cierto, seguía yo sin saber cuántos días más duraría. Así era la vida con Liam, una sorpresa detrás de otra.

Para ese momento, ya las animadoras se habían percatado de que las rehuía y de que se había lanzado para no cruzarse con ninguna, tal era el caso que cuando fui a bajar por las escaleras me pararon dos de ellas.

—Oye mi *amol*, di la verdad en plan cómica, ¿a que tú tienes amenazado a tu esposo? Mira si corre y se esconde el pobre hombre.

—No, no, no es eso, el problema es que ayer le dieron unos dolores de barriga muy fuertes y resulta que el médico le dijo que eran gases y le recetó unas pastillas potentísimas. Total, que lleva toda la mañana tirándose pedos que huelen como si estuviera podrido por dentro, qué lástima, con lo bonito que es por fuera. —Ver la cara de asco de las dos no tenía precio—. De ahí que no quiera que se le acerque nadie.

—Normal, para usted todito —bromeó la misma chica y nos reímos los tres.

Bajé por las escaleras y Liam me cogió entre sus brazos.

—Aquí no corremos riesgo de persecución —murmuró besando mis labios.

—Ni arriba, te digo yo que no se te vuelve a acercar ninguna, aunque la obliguen.

—Dios te escuche.

—Te repito desde ya que sí —le conté lo que les había dicho.

—¿En serio les has contado eso de mí? —reía incrédulo.

—Palabrita del Niño Jesús. —Me besé los dedos y repetí esa expresión que tan simpática le resultaba.

—Esta me las pagas. —Comenzó a hacerme cosquillas y a comerme a besos.

Cuando subimos al barco fue para ver a las animadoras, haciendo la broma de salir corriendo cada vez que le tenían cerca, como si el pobre mío estuviera apestado o algo así.

—Que corran, que corran —me decía riendo mientras me agarraba para bailar la bachata que estaba sonando en esos momentos.

No es por nada, pero llamamos la atención bailando. Liam se movía que era una locura y en cuanto a mí, que nunca lo hubiera creído porque tenía poca experiencia en una pista de baile, le seguía a la perfección. Cuando nos quisimos dar cuenta, el resto de los turistas hacían coro a nuestro alrededor, y hasta nos grababan, mientras que las animadoras les advertían que no se acercaran demasiado. Para ellas que Liam era una especie de bomba fétida a punto de explotar.

Un rato después el barco volvió a parar en una zona donde ya estaban las mesas plagadas de comida y unos empleados listos para recibirnos. Almorzamos a base de ensaladas y carnes a la barbacoa, todo ello regado con vino blanco. Luego regresamos al barco, que navegó hasta un enclave en el que volvió a parar para que nos bajáramos a hacer *snorkel*. Una verdadera gozada contemplar ese fondo marino lleno de color y limpio por completo, como si no fuera de este mundo. Un auténtico espectáculo para los sentidos que te hace entender por qué el Caribe es uno de los destinos preferidos por millones de turistas todos los años.

En definitiva, vivimos un día precioso, divertido y en el que hasta las animadoras nos despidieron de lejos mientras todos nos reíamos, Liam todavía incrédulo por el atrevimiento que tuve al contarles lo de «su defectillo»

No me asustaba el hecho de tenerle cada día al despertar en mi cama sonriéndome, todo lo contrario, eso suponía una bendición para mí. Lo que me asustaba era tomar conciencia de que eso terminaría en cuanto regresásemos, que, aunque nos viésemos algunos días, ya no estaríamos juntos las veinticuatro horas como había sucedido en esas inolvidables vacaciones, en las que me acostumbré a su constante presencia, a su risa, a sus caricias y a que no me soltara durante toda la noche, haciéndome ver que me necesitaba tanto como yo le necesitaba a él.

Realmente poco a poco (y quizás tras comprobar en el barco que él no era ningún picaflor y que solo tenía ojos para mí), comencé a sentirme algo más segura y a contar con la certeza de que Liam me proporcionaba mucha paz interior. No me hacía sentir temerosa el hecho de que no quisiera saber nada de mí al regreso, todo lo contrario, sabía que en cierto modo yo le estaba haciendo mucho bien y que la sonrisa no la perdía en ningún momento. Era simplemente que ya no sería lo mismo, solo eso.

El resto de los días los pasamos en la isla. Nos fascinaba ese lugar, disfrutábamos de muchos paseos, de baños, de atardeceres que quedaban grabados en la retina y en el corazón. Todo era demasiado bonito e idílico, parecía como si la vida me estuviera gratificando por todo lo feo que viví antes, como si la vida con mi madre se hubiera desarrollado en tinieblas y Liam hubiese llegado para aportarle luz, mucha luz…

Y, momento a momento, sorbo a sorbo y beso a beso, llegó el día del regreso. Sin ganas, pero con el alma repleta de las maravillosas sensaciones experimentadas, embarcamos en ese vuelo que nos llevó de retorno al punto de partida; cada cual a su casa.

Al dejarme en la puerta de la mía, me dijo algo muy bonito.

—Hoy y siempre deseo que seas mi complemento, te quiero —murmuró antes de regresar a su coche para ponerlo en marcha mientras contemplaba cómo me perdía de su vista, pero solo por unas horas…

Capítulo 26



Volver a la realidad, eso que costaba tanto… Y aunque mi padre me recibió con los brazos abiertos y feliz al tenerme de nuevo junto a él, a mí se me hacía muy cuesta arriba saber que esa noche la pasaría lejos de los brazos de Liam.

La cena la tomé junto a mi padre y he de decir que en ningún momento me faltó un mensaje de Liam. No fue nada parecido a dejarme en la puerta y a olvidarse de mí, sino todo lo contrario.

Por lo que yo iba viendo, él estaba tan enganchado a mí como yo a él, y eso fue algo que a mi padre no se le fue por alto mientras estábamos en la mesa y el teléfono me sonó.

—Puedes responderle si quieres, porque es él, ¿verdad? —me preguntó mientras me acariciaba la mano por encima del mantel.

—Sí, papá, parece que se está acordando de mí —le sonreí tímidamente—, pero tranquilo que no se está quemando. Ahora cuando cenemos le contesto —le decía yo. Obvio que Liam no sabía que estábamos en la mesa y por eso me escribió también en ese momento. Eso sí, si os digo la verdad, yo estaba deseando levantarme para contestarle.

—Me alegra escucharlo, hija, ¿entonces lo has pasado genial en el Caribe?
—Mejor que genial, papá. He pasado los mejores días de mi vida —le confesé con la sonrisa en la comisura de los labios.

—No puedes imaginarte lo feliz que me hace escuchar esas palabras. Venga, termina de cenar, que yo quito la mesa —se ofreció.

—No, no, de eso nada. Yo te ayudo a quitarla…

Un ratito después me metí en la cama, pero tardé mucho en dormirme y más cuando nos continuamos mensajeando hasta la una de la mañana. A Liam se le notaba que también estaba echándome en falta y aunque bromeaba con la amplitud de su cama, sabía que no era así, que le faltaba yo a su lado.

Inés ni me había llamado esa noche ni sabía que yo regresaba. Le iba a dar la sorpresa a la mañana siguiente en el trabajo, lo que no podía ni imaginar es que la sorpresa me la llevaría yo, como suele suceder en ocasiones.

He de decir que me levanté encantada de la vida porque iba a volver a verle. Y por esa razón me puse lo más linda posible, con algo de maquillaje que tapara los posibles efectos del *jet lag*, aunque también he de admitir que entre mi juventud y la mucha felicidad que denotaba mi rostro, no necesitaba demasiado artificio para lucir bonita en una mañana que me resultaba encantadora.

Después me puse una faldita cortita de cuadros, monísima y que me hacía un tipo ideal, junto con una camisa blanca y unas sandalias. No es por nada, pero para mí que Liam me diría que estaba rompedora.

Tras verme así de favorecida y tomarme el primer y resucitador café mañanero, me dirigí a mi coche y de allí a las oficinas, esas en las que estaba deseando entrar, ¿me llevaría Liam otro ramo de flores? Pues era más que probable, ya que lo había hecho el último día, ¿por qué no?

Soñaba tan despierta que apenas me di cuenta de que un chaval en patinete se acercaba peligrosamente a mi coche y hasta tuve que dar un volantazo. Encima se indignó, cuando lo cierto es que estuve a punto de desayunarme una señal de tráfico para esquivarle. Lo que hay que aguantar, menos mal que el amor todo lo puede…

Lo dicho, que yo estaba deseando darle la sorpresita a Inés y también ver a Patty, que no era mi amiga de siempre pero que se había convertido en una de esas personas imprescindibles en mi vida, ¡y en poco tiempo! Y lo dicho también, que la sorpresa estaba a punto de llevármela yo, y monumental, para más señas.

Llegué a las oficinas y, para mi total desconcierto, me encontré con una Inés que le chillaba a Liam, con una Patty que la defendía y con un Liam cabizbajo aguantando el chaparrón.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté mirando a los tres y muy preocupada, sin poder dar crédito, ¿es que se habían vuelto todos locos?

—Venga, si tienes dos cojones bien puestos, cuéntale la verdad —retó Inés a Liam y entonces es que estuve a punto de caerme de espaldas, sin entender nada de lo que allí se estaba cociendo.

—¿De qué verdad habláis?

—Aquí tu chico, que se está riendo de ti y de nosotras en nuestras mismas narices, que no te quiere ni te desea, que solo está haciendo una pantomima para callar la boca de tu hermano —me soltó a bocajarro y entonces sí que estuve a punto de perder los nervios por completo.

—¿De qué cojones habláis? —Liam no levantaba la cabeza, pero Inés no estaba dispuesta a callarse.

—El sábado me encontré a tu hermano borracho y comenzó a chulear y a contarme que él le había pedido a Liam que te contratara para que así se molestara tu madre y que, ya de paso, te hiciera creer que deseaba vivir contigo una historia de amor para luego dejarte tirada como a una colilla. Y todo esto porque el señor Liam le debe la vida a tu hermano, quien le pilló hace tiempo, también borracho, e implicado en un accidente, quitando de en medio su coche y silenciando el hecho a cambio de dinero, no denunciándolo a la policía. Y mira tú por dónde la mierda es algo que no suele permanecer guardada mucho tiempo, sino que más bien tiende a saltar por los aires y terminar esparcida. Y ahora resulta que nos ha caído a todas encima, pero en especial a ti, mi niña. —Terminó en el más conciliador de los tonos, porque Inés sabía que me rompería el corazón conocer que lo de Liam hacía hacia mí, no era más que una farsa, fruto de un chantaje por parte de mi hermano.

—¿Eso es verdad? —pregunté llorando.

—Sí —murmuró casi sin voz— pero…

—No hay peros, Liam, vete a la mierda. —Me marché a mi despacho y me encerré a llorar como una niña pequeña. Odiaba a la vida, a todos, sentía que me habían arrancado de cuajo el corazón y quitado las ganas de vivir. Mi hermano era un ser despreciable, pero Liam era el actor más grande que había conocido. Un actor digno de cualquier premio, porque su actuación fue impecable. En ningún momento, ni en uno solo de ellos, llegué a sospechar de sus intenciones. Ni siquiera las palabras de Kate consiguieron que dudara de él, unas palabras que de pronto cobraban todo el sentido del mundo, porque me advirtió de que no me fiara de su ex y lo cierto es que no debí fiarme.

Inés tocó con los nudillos en la puerta y me pidió que la abriera, ya que la había cerrado con pestillo. Le hice caso y nos fundimos en un abrazo mientras ella me decía palabras que me intentaban consolar, si bien era imposible. Liam había jugado con mis ilusiones, haciendo que florecieran para luego enterrarlas.

—No te quiere, pero no te hace falta. Ahora bien, mantente firme y vamos a joderlo nosotras. De aquí que no se le ocurra echarnos o sale en los periódicos de todo el país, te lo digo yo. No tenemos que quedarnos sin trabajo por su culpa, te prometo que echo a arder las redes si es necesario, pero a este me lo cargo —me decía sin contemplaciones y menudo peligro que tenía Inés, mala enemiga le había salido a Liam.

—No quiero estar aquí, Inés, quédate tú, pero yo me piro, me es imposible permanecer a su lado. Me duele mucho el corazón —dije llorando como una niña desvalida, como una cría a la que se lo han dado todo para después arrebatárselo.

—Yo a este le voy a amargar la vida, Liam debe pagar por todo lo que te ha hecho. Te prometo que a mí me las va a pagar.

—No, por favor. Tú dedícate a trabajar y ya, deja las cosas como están.

—Eso no te lo puedo prometer, este es un hijo de puta y, como tal, le voy a dar para el pelo. Tú me conoces, cariño, yo no aguanto las injusticias y menos cuando las cometen contra las personas a las que quiero, eso es que no lo puedo soportar.

—Dile que me prepare los papeles y ya me los acercas por mi casa, ¿vale? No quiero ni mirarlo, su presencia me hace daño y me da asco a partes iguales.

—Vete, piénsatelo, tómate unos días de asuntos propios, que yo te autorizo —dijo consiguiéndome sacar una risilla—, pero no tomes decisiones precipitadas, ahora mismo no es el momento de hacerlo.

—No me he ganado el puesto, lo hizo presionado por mi hermano —dije con tristeza.

—Pero es tuyo, ahora que se joda por sus malas decisiones. Y, además, que a ti te sobra currículum para ocupar un puesto así, no te jode con el tío este…

En esos momentos me volví a acordar de las palabras de Kate, que resonaban en mi cabeza como si fueran un mantra, e incluso comencé a dudar de si todo lo que Liam me contó del lío entre su hermano y ella sería verdad o el fruto de su invención, porque empezaba a pensar que estaba ante un mentiroso patológico que igual no hubiese soltado una verdad por la boca ni por equivocación.

La salida del trabajo fue de lo más traumática, en el sentido de que me eché a llorar a mares, empapando los hombros de mis niñas, quienes me mostraban todo su apoyo y lealtad. Es más, ambas sabían que me destrozaría saber quién era Liam en realidad, pero también lo hicieron por mí, le quitaron la careta aun a riesgo de perder sus propios puestos de trabajo. Eso es amistad y lealtad, y lo demás son tonterías.

Me fui a mi casa después de unos interminables minutos de despedida y salí de allí sin consuelo. No pedí un taxi porque llegué hasta el trabajo en mi coche y no quería dejarlo allí, pero hubiese necesitado unos parabrisas para poder apartar las muchas lágrimas que caían de mis ojos, empañándolos mientras conducía.

Me tumbé en la cama y no quise que mi padre supiera que estaba en casa. Lo último que se merecía ese hombre era que yo le preocupase más, y encima con un tema en el que también aparecía involucrado mi hermano, por lo que le dolería por partida doble. Así que dejé que siguiera en su trabajo, ajeno a mi dolor.

Traté de quedarme dormida y me fue imposible. Mis ojos se habían convertido en una fábrica de lágrimas, yo no había llorado más en la vida.

Me sentía traicionada por mi propia sangre, por mi hermano, aunque de él podía esperar cualquier cosa. Pero de

Liam no, de Liam no esperaba aquella puñalada mortal que me asestó y que vino a darme en pleno corazón.

Cuando llegó mi padre tras su jornada laboral y me encontró allí de esa guisa se quedó a cuadros, abrazándome con fuerza mientras yo le contaba lo sucedido.

—Tu hermano ha llegado muy lejos con esto, no se merece ni que lo vuelvas a mirar a la cara. Desde luego que es inhumano lo que ha hecho y al tal Liam ya le vale también, qué poco hombre y qué poca ética, que no me lo cruce en el camino por el bien de los dos.

No podía esconder sus sentimientos. Lo que le hacen a un hijo dicen que duele el doble y el hombre se sintió atacado también por la vil actuación de aquellos dos miserables.

—Papá, deja todo como está, solo quiero olvidar todo lo que he vivido. Me gustaría despertarme y que fuese una pesadilla, como cuando era pequeña y tú venías a consolarme a la cama, diciéndome que todo fue un mal sueño.

n

—¿Qué te parece si nos vamos unos días al pueblo, a la casa de los abuelos? —me propuso respecto a esa casa que recibió en herencia y de la que nunca se deshizo. Le tenía mucho cariño y de vez en cuando iba allí a pasar unos días, recordando los tiempos de su niñez y olvidándose de sus propios problemas, pues él también los tenía. El primero, seguir enamorado de mi madre, que ya había dado la cara lo suficiente como para mostrar lo bicho que era.

—¿Y tu trabajo?

—En dos días comienzo las vacaciones.

—Vale, creo que es lo mejor, vámonos unos días —acepté porque quizás en ese lugar mi corazón pudiese comenzar a dejar de sangrar.

Liam no, de Liam no esperaba aquella puñalada mortal que me asestó y que vino a darme en pleno corazón.

Cuando llegó mi padre tras su jornada laboral y me encontró allí de esa guisa se quedó a cuadros, abrazándome con fuerza mientras yo le contaba lo sucedido.

—Tu hermano ha llegado muy lejos con esto, no se merece ni que lo vuelvas a mirar a la cara. Desde luego que es inhumano lo que ha hecho y al tal Liam ya le vale también, qué poco hombre y qué poca ética, que no me lo cruce en el camino por el bien de los dos.

No podía esconder sus sentimientos. Lo que le hacen a un hijo dicen que duele el doble y el hombre se sintió atacado también por la vil actuación de aquellos dos miserables.

—Papá, deja todo como está, solo quiero olvidar todo lo que he vivido. Me gustaría despertarme y que fuese una pesadilla, como cuando era pequeña y tú venías a consolarme a la cama, diciéndome que todo fue un mal sueño.

—¿Qué te parece si nos vamos unos días al pueblo, a la casa de los abuelos? —me propuso respecto a esa casa que recibió en herencia y de la que nunca se deshizo. Le tenía mucho cariño y de vez en cuando iba allí a pasar unos días, recordando los tiempos de su niñez y olvidándose de sus propios problemas, pues él también los tenía. El primero, seguir enamorado de mi madre, que ya había dado la cara lo suficiente como para mostrar lo bicho que era.

—¿Y tu trabajo?

—En dos días comienzo las vacaciones.

—Vale, creo que es lo mejor, vámonos unos días —acepté porque quizás en ese lugar mi corazón pudiese comenzar a dejar de sangrar.

Capítulo 27



Dos días que fueron una pesadilla y durante los cuales no pude dejar de llorar…

Inés me contó que después de que me marché también lo hizo Liam y que no había vuelto a aparecer por allí, imaginé que de la vergüenza que le hicieron pasar las chicas, eso en el caso de que la tuviera.

Nos montamos en el coche de mi padre después de desayunar. Él estaba dispuesto a permanecer a mi lado en esos momentos en los que mi vida se entristeció, algo contra lo que no podía hacer nada salvo mostrarme su cariño, porque al hombre se le desgarraba el alma al verme así.

Por el camino, incluso trató de que cantásemos algo, sin éxito, porque tan solo logró entonar algunas letras él, sacando mi sonrisa, pero sin llegar a conseguir que yo me arrancase. Viendo que no lo hacía, terminó por pedirme que le buscara una canción, una que cantábamos juntos cuando yo era pequeña.

—Papá, que no, ¿cómo voy a buscar la de *En el auto de papá*? —le preguntaba yo porque tenía unas cosas increíbles.

—Que sí, cariño, que tú te reías mucho…

—Pero papá, que yo tenía muy pocos años y ahora soy una mujer hecha y derecha, que no…

—Pues te la canto yo, amenazo con cantártela yo…

Y lo hizo, anda que lo hizo, cualquier cosa para lograr que yo esbozara una sonrisa. Y la esbocé, normal si es que cuando escuché…

—Vamos de paseo (¡pi,pi,pi!)
En un auto feo (¡pi,pi,pi!)
Pero no me importa (¡pi,pi,pi!)
Porque llevo torta (¡pi,pi,pi!)

Ahí, ahí fue cuando sacó mi risa, con lo de la torta…

—Papá, una buena torta le daba a uno que yo me sé —le dije sin pretender que se soliviantase, pero es que me lo puso a huevo.

—Y yo, hija, y yo… Pero deja, que a ese se la dará la vida.

—Pues sí, porque lo de contratar un sicario como que quedaría feo, ¿no? —le pregunté entre bromas.

—Más bien sí, cariño, más bien sí…

Sus palabras me hicieron pensar en que igual la vida se la daría mortal a Liam y en que incluso cabía la posibilidad de que ya lo hubiese hecho y de ahí viniesen todos esos demonios que, según él, habitaban en su interior. Al poco, pensé también, con cierta sorna, en que no andaba yo desencaminada el día que les dije a las animadoras que él estaba podrido por dentro, ya que en cierto modo lo estaba, por mucho que eso no tuviera que ver con los gases.

La casa de los abuelos estaba situada en un pueblo costero frente a una calita muy chula en el núcleo urbano. Nada más llegar, me vinieron un montón de recuerdos a la mente de cuando era niña y jugaba con algunas amiguitas de la zona. Allí transcurrieron muchos de los mejores momentos de mi infancia, cuando pasábamos unos días de vacaciones en compañía de esos abuelos nuestros que se deshacían en mimos con Julio y conmigo. Julio… de ese sí que prefería no acordarme, porque era como el origen del mal.

Entramos en la casa y abrimos las ventanas para que entrara el aire. Enseguida nos fuimos a hacer una compra antes de preparar un arroz con marisco que le salía a mi padre de vicio y que me prometió que cocinaríamos juntos.

Inés me llamó mientras el arroz se terminaba de hacer y salí a fumarme un cigarrillo a la puerta, así además contaba con algo más de privacidad.

—Liam está enviando el trabajo de forma telemática. Nos hizo llegar un comunicado en el que nos decía que no regresaría hasta septiembre, o sea, que durante todo el mes de agosto no va a pisar las oficinas. Y a mí me mandó uno personal informándome de que no cursaría tu baja y de que te pagaría como si estuvieras trabajando hasta que te restablezcas y decidas incorporarte a tu puesto de trabajo.

—¿También por orden de mi hermano? —pregunté con ironía.

—Sinceramente no lo creo, pero puede tener cierto temor a que su nombre se propague por la ciudad y le salpique

la mierda, esa mierda que quiso esconder y que ahora le ha salpicado en plena cara.

—No seré yo quien lo haga, la verdad es que solo con nombrarlo se me revuelve el estómago. No sabes los días que me hizo vivir, no te los puedes imaginar… Era todo tan idílico y bonito que parecía ser el hombre más feliz sobre la faz de la tierra a mi lado y ahora resulta que todo era un paripé. Esto es muy cruel, Inés, muy cruel.

—Lo sé, pero debes ser fuerte, Martina, me tienes que prometer que de esto vas a salir más fuerte.

—Solo quiero sacarlo de mi corazón, al igual que a toda la rabia que siento por él, por mi hermano y por mi madr al educar un hijo con tanto odio.

—Bueno, el fin de semana te amenazo con visitaros. —Se autoinvitó.

—Sabes que eres bien recibida.

—Pues eso, que te quiero ver resurgir como al Ave Fénix.

—Lo intentaré, pero no encuentro consuelo. —Suspiré.

—¿Una borrachera el viernes en el pueblo?

—Creo que me vendrá genial —me reí—. Te espero el viernes.

—Allí estaré con Patty.

—Venga, tenéis un dormitorio para las dos.

—Para las tres, no te pensamos dejar sola.

—Trato hecho.

Se le dije a mi padre y en su cara se notaba que para él era una buena noticia que las chicas vinieran el fin de semana a animarme, incluso habló del arroz que volvería a preparar para ellas y del pescadito frito que nos comeríamos en un restaurante muy famoso de la zona.

Los siguientes días hicimos un montón de cosas juntos: salir a comer, dar un paseo y hacer compras para la casa y para nosotros, así como tomar algún que otro vino en una terraza…

Mi padre me decía cosas que me hacían pensar mucho y reflexionar sobre lo sucedido para permitirme ir avanzando, a paso de tortuga, pero algo avanzaba. Eso sí, muchos eran los momentos en los que no podía reprimir las lágrimas y llorar con una tristeza que era más que evidente.

La sorpresa llegó el viernes cuando despertamos con la prensa echando humo debido al bombazo informativo. En la televisión hablaban de Liam como del exitoso inversor que había acudido a comisaría a denunciar que en el pasado estuvo involucrado en un accidente donde no hubo víctimas, pero sí que fue causado por encontrarse bajo los efectos del alcohol, así como que se zafó de la acción de la justicia con la ayuda de mi hermano. Lo había contado todo, hasta la presión que este ejercía coaccionándolo, pues de otro modo hablaría.

Se quedó detenido hasta la mañana siguiente, en la que pasó a disposición judicial y quedó libre con cargos, pero eso sí, con la retirada durante un año del carné de conducir como medida provisional, además de una cuantiosa multa que no tendría ningún problema en pagar, en cualquier caso.

Mi hermano también había sido detenido, presentándose cargos contra él y, aunque también quedó en libertad, ya tenía claro que había perdido su puesto de trabajo para siempre.

Mi padre y yo estábamos flipando en colores, no entendíamos por qué Liam había actuado de esa forma. En realidad, sí, para no seguir soportando coacciones por parte de mi hermano, por ejemplo.

Estaba claro que en la cárcel no ingresaría porque no contaba con antecedentes y su proceder no fue tan grave, quedando el tema en poco más que la retirada del carné de conducir durante una temporadita y la aludida multa.

En fin, se lo habían buscado ambos. En cualquier caso, yo no entendía la inquina de mi hermano al incluirme en esa ecuación y el papelón que representó Liam haciéndome creer que para él me estaba convirtiendo en su «todo»

Las chicas llegaron a las cuatro de la tarde y las esperábamos con la comida sobre la mesa. Nos pasamos todo el tiempo hablando sobre eso y sobre que en las oficinas se decía que Liam estaba tocado y hundido.

Mi madre me envió un mensaje diciéndome que yo era la culpable de todas las desgracias de mi hermano y que por mi culpa había perdido el trabajo y estaba metido en un buen follón, que yo envié a Liam a contar esas mentiras… ¡Lo que había que leer!

No se me ocurrió otra cosa más que enviarle un emoji con un dedo, o sea, una peineta, pero es que ya había explotado y por mucha madre mía que fuera, traspasó muchos límites y no se lo iba a permitir.

Mi padre nos propuso bajar a la playa a tomar unas cervezas y darnos unos bañitos, además la cala era una preciosidad y contaba con un par de chiringuitos de lo más animados, precisamente eso que necesitábamos.

No podía quitarme de la cabeza a Liam y cómo actuó además del daño que me hizo. Mi cabeza era como una coctelera que no dejaba de agitarse con palabras, momentos y sucesos, todo era una verdadera locura.

Los tres se propusieron hacerme reír a toda costa, ya que era para verlos a los tres soltando una tontería tras otra.

Me llamó la atención, eso sí, que mi padre y Patty no dejaran de bromear y mirarse mucho. Yo me estaba quedando loca, pero algo me decía que había *feeling* entre ambos, cosa que me confirmo Inés cuando fuimos solas al baño y me comentó que ella también veía el tonteo a las claras.

Se llevaban quince años, así que no me podía extrañar cuando Liam me sacaba diecisiete y me enamoré como una pipiola.

Mi padre era joven y se conservaba genial. Contaba con buena presencia y encima vestía de lujo, por lo que podía ser el hombre de los sueños de cualquier mujer, y Patty una preciosidad de lo más simpática.

.

No podía quitarme de la cabeza a Liam y cómo actuó además del daño que me hizo. Mi cabeza era como una coctelera que no dejaba de agitarse con palabras, momentos y sucesos, todo era una verdadera locura.

Los tres se propusieron hacerme reír a toda costa, ya que era para verlos a los tres soltando una tontería tras otra.

Me llamó la atención, eso sí, que mi padre y Patty no dejaran de bromear y mirarse mucho. Yo me estaba quedando loca, pero algo me decía que había *feeling* entre ambos, cosa que me confirmo Inés cuando fuimos solas al baño y me comentó que ella también veía el tonteo a las claras.

Se llevaban quince años, así que no me podía extrañar cuando Liam me sacaba diecisiete y me enamoré como una pipiola.

Mi padre era joven y se conservaba genial. Contaba con buena presencia y encima vestía de lujo, por lo que podía ser el hombre de los sueños de cualquier mujer, y Patty una preciosidad de lo más simpática.

Capítulo 28



Ni que decir tiene que cuando llegamos a la casa para ducharnos y salir por el pueblo, mi padre se apuntó y Patty aplaudió emocionada.

Toma ya, anda que nos habíamos equivocado. Era evidente que no, y también era evidente que no podían estar más contentos, y lo digo por ambos, pues mi padre reaccionó con una sonrisa amplísima a esos aplausos suyos.

Inés me miraba y yo aguantaba la risa. Esos dos estaban tontorrones y se gustaban, jamás vi a mi padre así y ella también se mostraba pletórica, con esos ojos brillantes y con la risa boba todo el tiempo sin dejar de estar atenta a todo lo que él decía.

Por si eso fuera poco, parecían como estar predestinados, en el sentido de que una frase que el uno no acababa terminaba por hacerlo el otro, dejándonos sin palabras a Inés y a mí.

Hasta reconozco que verlos así me estaba ayudando a quitarme más de una cosa de la cabeza, porque mientras los miraba y me reía del «tomate» que estaba surgiendo entre ambos, me acordaba menos de Liam y de todo el follón que había montado ese hombre. Por el amor del cielo, ¿tan agobiado se encontraba como para dar un paso así?

Yo es que pensaba que, al ser una persona conocida, el caso tendría mayor repercusión… Que vale que no le haría la competencia al controvertido beso de Rubiales a Jenny Hermoso, pero que sí daría que hablar en días sucesivos sobre todo en la prensa local.

Trataba de no pensar demasiado en ello cuando salimos a una terraza a tapear y tomar unas cervezas. La noche estaba fresquita y el ambiente era de lo más variopinto, entre los turistas que visitaban el pueblo durante un rato, los que veraneaban allí y los propios vecinos, quienes, como no podía ser de otro modo, también disfrutaban de su rincón en unas noches de verano que estaban diseñadas para todos sin excepción.

Yo trataba de distraerme e incluso, antes de llegar a la terraza, miraba algunos puestecitos de bisutería de los que se ponían en el paseo marítimo, que estaba a tope. Sobre todo, me gustaba ver las piezas de artesanía y de cuero, aunque tampoco les hacía ascos a otros puestos, como los de las africanas que ofrecían llenarle la cabeza de trencitas a quien les pagara por ello, de lo más amables.

—Las chicas siempre nos hacemos algo en el pelo cuando estamos regular, ¿por qué no te cambias el *look*? —me ofreció Inés señalándome a una de ellas.

—Yo te lo agradezco mucho, pero no me veo así. Siéntate tú, guapita, que te gusta más un cambio en el pelo que a un tonto un lápiz.

Patty se reía y mi padre la imitaba. Me llamaba la atención que incluso parecían caminar al mismo ritmo. No, mi cabeza no me estaba jugando una mala pasada, entre aquellos dos se veía una química de esas capaces de saltar a borbotones por el paseo marítimo, coloreándolo como si fueran farolillos.

Por fin nos sentamos en la terraza, que estaba de lo más concurrida, y la conversación transcurrió de lo más animada. La idea de las chicas de venir a visitarme fue la mejor, además de que ya veríamos qué más se cocía allí. No eran ni las once de la noche cuando tuve que frotarme los ojos al ver a Liam bajarse de un taxi y dirigirse hacia la terraza en la que estábamos felices, conversando y bebiendo.

—Os advierto de que no os metáis —miré a mi padre—. Sobre todo, tú, papá, soy mayorcita y sé defenderme. Os lo pido por favor.

No me cabía duda de que a mi padre no le faltarían ganas de emprenderla contra Liam a puñetazos, pero tampoco de que me respetaba mucho como mujer, de modo que asintió, por mucho coraje que sintiese.

Justo en ese momento en el que ninguno entendíamos nada, Liam ya estaba acercándose a la mesa. Mi padre lo conocía de vista, de cuando me dejó en casa, así como por las fotos que le envié de ambos cuando estuvimos en México, aparte de que ese día se había convertido en involuntaria figura televisiva.

—Hombre, mi jefe —murmuró Inés con retintín y Patty lo miró boquiabierta.

—Estáis en vuestro derecho de decirme lo que queráis, esperaba veros a todos juntos, porque si me lo permitís —señaló a la silla—, me gustaría intentar hablar con vosotros.

—¿Con todos? —preguntó Patty poniendo cara de circunstancias porque todo aquello nos estaba resultando muy extraño. A la primera a mí, que no entendía la situación ni lo más mínimo.

—Con todos vosotros, las personas más importantes para Martina —murmuró en voz baja.

—Adelante —le dijo mi padre señalando a la silla y dando su aprobación por la petición que le hice de que no saltara.

—Sí, no puedo negar que mi relación con Martina fue una mentira para callar a su hermano. Todo lo fue, absolutamente todo lo que hice hasta el momento en el que quise huir de aquí con ella, por eso me la llevé a México… Eso no entraba en los planes iniciales, si bien le pareció genial a Julio, quien creía que yo te seguiría mintiendo, Martina, pero lo que viví allí lo sentí de corazón. Me di cuenta de que tú —me miraba a mí—me habías hecho sentir cosas diferentes de las que sentí hasta entonces.

—Verás que saca un anillo y se declara —bromeó Patty y se calló enseguida por la mirada que le dirigí. Mi padre no dejaba de beber por lo nervioso que se encontraba e Inés lo miraba con los ojos como platos incrédula ante lo que estaba escuchando.

—No estoy para bromas —le advertí a mi amiga, quien hizo un gesto de que ya se callaba.

—No vengo a que me perdones, mi actuación al denunciarme a mí mismo y a tu hermano fue la única forma que se me ocurrió de parar tanto despropósito y de demostrarte que tú eres más importante que un carné de conducir o un estatus social determinado. Perdí a mi familia, pero, no concibo un día a día sin ti. —Se le comenzaron a derramar las lágrimas, del tamaño de puños, solo que yo no podía saber si eran de cocodrilo.

—No te creo, ya no sé cuándo mientes o dices la verdad —negué con la cabeza porque aquella situación me afectaba mucho y no podía permitirme volver al punto de partida cuando algo, aunque poco, avancé durante aquellos días en los que me mantuve alejada de él y de su toxicidad.

—Estoy dispuesto a demostrarte del modo que sea que quien está hablando es mi corazón y solo mi corazón.

—Pues pon la empresa a su nombre —le propuso Inés con ironía causando una risa a Patty. A mi padre no, ese solo bebía e intentaba digerir cuanto estaba escuchando. Como un purgante debía estar cayéndole a consecuencia de no poder intervenir.

—La empresa y una de mis casas si es necesario porque no quiero perderte Martina, estoy dispuesto a todo por ti. Pídeme lo que quieras. Te ruego que me lo pidas y verás que no dudo en concedértelo.

—No vayas ahora de hada madrina. No te voy a pedir nada, no confío en ti. Pudiste contarme la verdad estando en México, pero te callaste como un cobarde, por algo sería. Yo no digo que mi hermano no te coaccionara hasta el infinito, sé muy bien cómo se las gasta, pero debiste pararlo en algún momento, debiste hacerlo cuando aún estabas a tiempo y no que ahora… Ahora no puedo evitar acusarte por tu cobardía.

—Por eso, correcto, por cobarde actué así. Empecé a quererte y sentí miedo de que reaccionaras mal y me apartaras de tu vida. Te prometo que no podía quitármelo de la cabeza y que me la estrujaba pensando en la forma de salir de ese atolladero, pero en el fondo actué como ese cobarde que dices, no lo puedo negar, en eso tienes toda la razón. Ojalá hubiese reaccionado a tiempo, ojalá lo hubiese hecho, pero no lo hice y por eso estoy esta noche aquí, teniendo que implorar tu perdón y habiendo perdido tu confianza, que es lo que más puede dolerme en

el mundo.

—¿Y si Inés no se hubiera enterado de la verdad? Entonces, ¿qué hubiera pasado entonces? —Le metí los dedos porque esa era la pregunta del millón.

—Yo lo pensaba resolver cuando estuviéramos de vuelta en España. Te lo juro, Martina. Estaba decidido a hacer lo que fuese necesario con tal de no perderte.

—¿Y por qué tengo que creerte?

—Porque mañana mismo me casaría contigo y en bienes gananciales, si tú aceptaras mi propuesta, sin problema ninguno. No preservaría mi patrimonio de ninguna forma, querría compartirlo todo contigo. Solo te quiero a ti, no necesito nada más en la vida. Te prometo que no voy con ninguna estrategia y que lo único que hoy por hoy puede hacerme feliz es que te quedes a mi lado.

—Dicho así me están dando ganas de pagar la boda —bromeó mi padre y me tuve que reír al ver cómo ingería una cerveza tras otra y el efecto que eso le estaba produciendo, además de que lo hacía deprisa. Si hasta parecía que Liam le estuviera convenciendo.

—Y nosotras de damas de honor —añadió Patty y casi la fulmino con la mirada.

—Solo te pido que me des un día, un solo día, el que tú elijas para hablar desde la tranquilidad. Solo la oportunidad de pasar un día juntos en el que pongamos las cosas en su sitio y me pueda desahogar tranquilo, contándote toda la verdad, y ya luego la decisión estará en tus manos.

—A partir del lunes, pues este finde es nuestro —dijo Inés causando una carcajada en mi padre que iba de mal en peor y todo por no soltar una de las suyas.

—No lo sé, Liam, me cuesta creer en tus palabras —titubeé—. Ni siquiera puedo tener la certeza de que te entregases por mí, quizás lo hiciste por eliminar de tu vida las presiones de mi hermano y ahora tengas tus intereses, como volver a acercarte a mí para que nadie en la empresa te mire mal por lo que me hiciste, por si nosotras pudiéramos hablar en tu contra y la gente te diese la espalda.

—Te estoy pidiendo que seas parte de mi vida. —Parecía que iba a romper a llorar. Mi padre le puso delante una de las cervezas que había traído el camarero. —Gracias, y perdona por lo que le hice a tu hija —se disculpó él en el mejor momento, puesto que mi padre parecía estar tomando partido en su favor. Aun así, no dudó en hablarle…

—Tranquilo, quien debe perdonarte es ella y creo que lo tienes difícil. Te deseo mucha suerte, ánimo. —No sabía si ponerle una servilleta en la boca o reír, mi padre pilló un puntito con la cerveza muy cómico. Nunca le vi así.

—Solo necesito un día, Martina, solo un día —repetía sin parar.

—¿Crees que podrás solucionar tanto daño en un día? Dime algo, ¿te acostaste conmigo sin gustarte? —Esa era una pregunta que me atormentaba, una que no habría podido soportar en el caso de que su respuesta fuese afirmativa.

—Nooo, ya te amaba con todo mi corazón.

—Madre mía, cuántas películas románticas ha visto el jefe —intervino Patty causando una carcajada en todos.

—Liam, no soy mala persona ni siquiera cuando lo son conmigo. Dicho esto, no te puedo prometer que quedaremos cuando siento una frustración muy grande y recuerdo con tanto dolor cómo te has reído de mí, la verdad.

—No me he reído de ti en ningún momento, te prometo que, desde que te vi, comencé a sentir por ti y, sobre todo a partir de esa primera cena a la que acudisteis las tres.

—Hija o quedas tú o quedo yo, al final me está gustando el chaval. —Se metió mi padre en la conversación y a m los ojos se me pusieron como a un búho.

—¡Papá! —me reí negando al no esperar que dijera algo así.

—La verdad es que, después de escucharle, parece hasta romántico.

—Patty… —protesté agobiada y Liam no dejaba de mirarme esperando poder agarrarse a algo, esperando encontrar un rayito de esperanza en mis ojos.

—Liam, hablaremos, sí, un día de estos, pero no te prometo cuándo. Ahora mismo mi cabeza es una olla a presiór y no puedo llegar más allá. No quieras presionarme o saldrás escaldado —le advertí.

—¿Y, al menos, puedo quedarme a tomar algo con vosotros ahora?

—Ay Dios, si es para comérselo —dijo Patty y nos echamos todos a reír.

—Claro hijo, uno más o uno menos. —Levantó mi padre la cerveza como a modo de brindis. Esa noche lo daba todo.

Os juro que me temblaba el cuerpo entero, me costaba creerlo, pero tenerlo delante de mí y haber reunido el valor para venir hasta donde estábamos… Eso no era fácil y me hacía albergar ciertas esperanzas de que las palabras de Liam salieran de su corazón.

Permanecimos sentados una hora más durante la que Liam no paró de intentar que le dirigiera la palabra. No lo tenía fácil porque yo me sentía saturada y mis respuestas no podían ser más escuetas.

Los demás sí que comenzaron a conversar con él de forma más fluida. Mi padre parecía haberle creído, pues hasta llegó a mostrarse amigable con él.

Finalmente, nos despedimos para irnos a dormir y Liam pidió un taxi. Antes de marcharme me pidió que le llamase para quedar en esos días, reiterando que tan solo me pedía pasar un día juntos, uno y ya.

,

í

ı

Os juro que me temblaba el cuerpo entero, me costaba creerlo, pero tenerlo delante de mí y haber reunido el valor para venir hasta donde estábamos… Eso no era fácil y me hacía albergar ciertas esperanzas de que las palabras de Liam salieran de su corazón.

Permanecimos sentados una hora más durante la que Liam no paró de intentar que le dirigiera la palabra. No lo tenía fácil porque yo me sentía saturada y mis respuestas no podían ser más escuetas.

Los demás sí que comenzaron a conversar con él de forma más fluida. Mi padre parecía haberle creído, pues hasta llegó a mostrarse amigable con él.

Finalmente, nos despedimos para irnos a dormir y Liam pidió un taxi. Antes de marcharme me pidió que le llamase para quedar en esos días, reiterando que tan solo me pedía pasar un día juntos, uno y ya.

Capítulo 29



La noche anterior me la pasé hablando con Inés hasta las tantas, ya que mi padre y Patty siguieron de marcha. Sí, justo el mundo al revés, porque era mi padre quien se iba de marcha en vez de hacerlo yo, pero es que hasta se me cortó el cuerpo.

Que conste que ellos se ofrecieron a volver con nosotras, si bien les comentamos que eso no tendría ningún sentido y que nos valíamos solitas para hacerle un traje a Liam, de quien cuchichearíamos a placer.

Ellos accedieron a quedarse en la calle y nosotras nos volvimos a la casa. Tampoco éramos tan malas, solo pensábamos en intercambiar impresiones que al final me hicieron liarme más que la pata de un romano.

Al fin y al cabo, cuando una no tiene claras las cosas, la opinión de los demás siempre puede empeorarlas, pues cuantos más puntos de vista, más lío. Y así estaba yo, quien recordaba casi como si de una grabadora se tratase la mayoría de las palabras que Liam pronunció ante todos nosotros.

—Madre mía, Martina, qué peligro tienes, si pareces un lorito de repetición —me decía Inés poniendo muecas de lo más divertidas, y haciéndome reír.

—No te rías de mí, sabes que tengo buena memoria, y, sobre todo, cuando me interesa algo.

—Hablando de interés, ¿tú te has enterado de que ese hombre está dispuesto a compartir toda su fortuna contigo, niña?

—¿Y tú te has enterado de que si yo me planteo darle una oportunidad será por amor y no por interés?

Inés se echó a reír en ese momento y yo no sabía la razón. La jodida hasta se agarraba el vientre, pues parecía que se iba a partir en dos.

—Ay, Martina, que me estoy acordando del chiste…

—¿De qué chiste, petarda? Mira que yo no tengo ganas de reírme. —Me puse a la defensiva, con los brazos cruzados delante del pecho.

—Pues de ese que le dice a su amigo: «Oye, Pepe, ¿tu mujer se acuesta contigo por amor o por interés?», y el otro que le contesta: «Pues será por amor, porque interés no le pone ninguno».

Inés era así. Para mí que podía haberse dedicado a ser humorista profesional, ya que tenía gracia para dar y regalar, además de un interminable repertorio de chistes que soltar en el momento menos pensado para provocarme la risa.

Total, que al final le dije de acostarnos porque yo no sacaba en claro más que me estaba entrando un dolor de cabeza de aúpa, de tanto darles vueltas y vueltas a las cosas.

Sobra decir que intentar conciliar el sueño esa noche fue misión imposible. Había sido volver Liam y notar que todo mi mundo volvía a revolucionarse de nuevo, como si él siguiera siendo el centro de mi existencia. Eso era algo que me jorobaba y contra lo que trataba de luchar, pero bastaba con recordar su sonrisa para que mi alma sonriese, por mucho que mi cerebro le dijese tres cositas bien dichas a esa alma sonriente.

Tras una nochecita toledana en la que no pude pegar ojo, me levanté antes que el resto y me preparé un cafecito de esos que te hacen volver a la vida. Con la taza humeante en la mano, salí a la puerta y me senté en los escalones para fumarme un cigarrillo mientras me lo tomaba y miraba al mar. Cuanto veía me traía recuerdos de Liam en México y los ojos no dejaban de inundárseme a consecuencia de tantas lágrimas como se me escapaban, las cuales me compungían y hacían que el mío fuese un llanto hiposo.

En ese momento sonó mi móvil y vi que entraba un mensaje de Liam.

Liam: *Buenos días, mi vida. Sé que no me crees, pero a la vez siento la ilusión de que recuerdes esos momentos tan bonitos que vivimos y que no pudieron ser fingidos. Ya sabes toda la verdad, me equivoqué, cometí un grave error al contratarte para complacer a tu hermano, si bien lo vivido fue tan real como que ahora no puedo vivir sin ti. El miércoles es mi cumpleaños y te estaré esperando en el restaurante «Paraíso Club», he reservado una mesa para los dos. No te pido que vuelvas conmigo, únicamente te pido que no me dejes solo en ese día que tanto deseo compartir contigo. Te espero allí a las nueve. Si quieres, te recojo en un taxi. Si no contestas, te estaré esperando y si contestas diciéndome que no, te esperaré de todas maneras porque la esperanza es lo último que se pierde.*

Mientras lo leía intentando reprimir las lágrimas, una mano se posó en mi hombro y al girarme vi a mi padre, quien se sentó a mi lado y a quien le enseñé el mensaje.

—Hija, no te voy a engañar, a ese hombre le odié, aunque también debo reconocer que su visita de anoche fue un acto de valentía y propio de alguien que transmite que actuó de corazón. Lo mismo me equivoco, pero ¿y si es

verdad y todo lo hizo por ti? No puedes descartar esa posibilidad.

»Yo no quiero influirte de una manera definitiva porque no soy el dueño de la verdad absoluta. Solo quiero que reflexiones, que pienses en lo que te aporta y en las nulas razones que le habrían llevado a presentarse anoche delante de todos nosotros, que hasta tomates le podríamos haber tirado. O huevos crudos, como en Halloween— bromeó tratando de sacar mi risa.

»Lo normal es que esté actuando así porque te quiere y porque no puede vivir sin ti, algo que no es de extrañar, porque no es pasión de padre si te digo que te haces querer —me confesó mientras depositaba el más tierno de los besos en mi mejilla.

—Lo echo mucho de menos, pero me causa un miedo atroz pensar que vuelva a reírse de mí, papá —le confesé mientras las lágrimas volvían a correr por mis mejillas.

—Si lo hace es cuando se las verá conmigo, pero creo que no solo le debes dar la oportunidad a él, te la tienes que dar tú de descubrir si es cierto todo lo que dice ese hombre. Yo acudiría a esa cita, ¿y si realmente se trata del hombre de tu vida y lo estás perdiendo por miedo? ¿A ti te parece que eso tendría algún sentido?

—No, no lo tendría. Pero es que yo no lo tengo muy claro, no lo tengo todavía —dije mientras me secaba las lágrimas—.Y, además, aún hay algo que quiero descubrir, necesito ir a un lugar esta noche.

Le conté a mi padre lo de Kate y que pretendía ir a hablar con ella. No dudó en decirme que tanto las chicas como él me acompañarían, así que llamó al hotel con la suerte de que esa noche se podía entrar a tomar unas copas, no así cenar, puesto que ya estaba todo reservado.

Las chicas apoyaron mi intención de ir hablar con la ex de Liam y no dudaron en avalar las palabras de mi padre de que también ellas vendrían conmigo. Nos arreglamos y partimos hacia la ciudad, allí cenamos en un restaurante antes de acudir al hotel a tomar algo. Y para que yo charlase con Kate, por supuesto, que era el propósito principal.

Cuando la vi acercarse a nosotros para tomar nota de las bebidas no pude controlarme. Las palabras salieron de mi boca atropelladamente, aun a riesgo de que ella pensara que yo podría estar loca. Si lo pensaba bien, tampoco fue demasiado delicada el día que se dirigió a mí para ponerme en contra de su ex.

—¿Es verdad que te liaste con el hermano de Liam y os pilló, además de que quisiste que se hiciera cargo de un hijo que no era suyo? —Si la cara de mis amigas y de mi padre era un poema porque no esperaban que le entrase de esa manera, la de Kate era para grabarla y hacer de ella una escena de una peli de terror. Se había quedado pálida como si fuera tía carnal de Miércoles Adams.

—Desde que Liam se entregó y contó su verdad, estoy dándole vueltas al asunto sobre si contar yo la mía. —Se le cayeron las lágrimas en ese instante y me quedé loca, puesto que esa reacción por su parte tampoco la esperaba. De nuevo íbamos de sorpresa en sorpresa.

—Me gustaría quedar contigo para hablar, si quieres espero a que termines tu turno. Perdona por haberte abordad así en tu trabajo, estaremos por aquí tomando copas —me disculpé porque entendía que me pasé tres pueblos.

—En una hora salgo, hoy entré en turno de tarde, ¿nos vemos a las once fuera?

—Claro.

Anotó lo que queríamos beber y se marchó con la cara marchita igual que mi padre y mis amigas, a los que dejé helados con mi reacción.

Todos teníamos la sensación de que algo gordo pasaba entre aquellos dos y que Kate me lo iba a contar. No nos equivocamos, a las once se acercó a mí, pues la esperaba en la puerta y comenzó a cantar sin importarle nada.

—Las cosas no son lo que parecen. El hermano de Liam es un cabra loca. Nunca estuvo bien psicológicamente, se metía en muchos líos y un día me amenazó con hacer algo feo si no lo ayudaba.

»Resulta que se vio envuelto en una movida de drogas y vino a buscarme para que declarase que yo había estad con él, sirviéndole de coartada. Aquel sería un secreto que guardaríamos para siempre. —Ahí entendí las palabras que escuchó Liam esa noche.

»Te soy sincera, no pasó nada entre nosotros, solo que declaré a su favor, pero me encontré con un Liam que regresó echándome de su casa como si ya no fuera nada suyo y tratándome fatal. Luego me enteré de que estaba embarazada y, cuando se lo conté, comenzó a decirme que el bebé era de otro y que le quería endosar el muerto a él.

»El niño era de Liam, te lo prometo —comenzó a secarse las lágrimas—. Lo peor fue que tras el disgusto lo perdí y, aun habiendo pasado por semejante trance, su hermano me siguió amenazando con hacerle daño a mi familia si contaba que lo había perdido.

»Quería que Liam dudara toda la vida sobre si tenía un hijo o no en el mundo. He amado a Liam con todo mi corazón, pero lleva unos años horribles, en los que lo único que hace es intentar ponerme nerviosa, tiene mucho odio dentro de él.

Ciertamente, las cosas no eran como parecían y Kate había sufrido lo suyo, todo por amar a Liam y por tratar de ayudar a su hermano, al hermano del hombre al que tanto amaba, actuando por miedo. Ella fue otra víctima de un situación trágica, y no me extrañaba que quisiera prevenirme sobre un hombre que, sin saberlo, le hizo un daño tremendo.

Me levanté y le di las gracias por lo que me había contado, le aconsejé que hablara con Liam y le contara la verdad, pero, como me dijo, él jamás estaría dispuesto a escucharla. En eso tenía razón porque yo misma fui testigo de la indiferencia con la que la trataba, con la que trataba a una mujer que, a sus ojos, quiso joderle la vida, cuando nada más lejos de la realidad.

Me dolía en el alma, Kate no había hecho nada malo y lo tapó todo por miedo, incluso llegó a perder al hombre que amaba, ese que iba a ser el padre de su hijo y que finalmente no lo fue porque ese hijo se perdió para siempre.

No me cambiaba por ella. Si mi historia con Liam me estaba resultando complicada, la de Kate contaba con tintes trágicos.

Creí que me iba a volver loca, me dolía saber que Liam creía tener por cierta su propia y adulterada versión de los hechos, y me dio por pensar que probablemente nunca dejó de amarla, si bien el dolor fue capaz de doblegar al amor.

Esa noche me acosté llorando, una vez más, al comprobar que, por fin, la verdad salía a la luz, pero confundía aún más mis sentimientos. Entendía a los dos y hasta llegué a pensar que, si Liam llegase a ser conocedor de esa verdad que Kate me confesó, cabía la posibilidad de que quisiera volver con ella. Y eso colocaba mi atolondrada cabecita al borde de la explosión.

Me dolía en el alma, Kate no había hecho nada malo y lo tapó todo por miedo, incluso llegó a perder al hombre que amaba, ese que iba a ser el padre de su hijo y que finalmente no lo fue porque ese hijo se perdió para siempre.

No me cambiaba por ella. Si mi historia con Liam me estaba resultando complicada, la de Kate contaba con tintes trágicos.

Creí que me iba a volver loca, me dolía saber que Liam creía tener por cierta su propia y adulterada versión de los hechos, y me dio por pensar que probablemente nunca dejó de amarla, si bien el dolor fue capaz de doblegar al amor.

Esa noche me acosté llorando, una vez más, al comprobar que, por fin, la verdad salía a la luz, pero confundía aún más mis sentimientos. Entendía a los dos y hasta llegué a pensar que, si Liam llegase a ser conocedor de esa verdad que Kate me confesó, cabía la posibilidad de que quisiera volver con ella. Y eso colocaba mi atolondrada cabecita al borde de la explosión.

Capítulo 30

El domingo las chicas se marcharon, tras intentar consolarme de mil maneras, todas ellas en vano. Mi padre estaba muy triste por verme así, aunque todo hay que decirlo, le dio un pico a Patty antes de irse, un pico que no se nos pasó por alto ni a Inés ni a mí.

Al menos esa alegría se la llevó para el cuerpo y que lo suyo no acababa en ese momento, para mí que esos estarían en contacto y volverían a verse en cuanto pudiesen.

Ojalá al menos a él le saliera bien la jugada, puesto que mejor hombre no lo había y parecía entusiasmado con Patty, mucho, quien también me caía sensacional. Yo jamás le había visto así con nadie que no fuese mi madre, ya que él puso el foco en esa diabólica mujer y no salió del bucle tóxico en el que le introdujo por mucho que ella, que parecía estar realmente chiflada, se empeñase en hacernos creer lo contrario.

Pasé unos días sin consuelo y el miércoles mi padre me acercó a la cita con Liam, con quien no volví a hablar durante esos días en los que me sentí morir.

He de decir que el entusiasmo con el que acudí fue nulo, ya que yo continuaba sin creer en su palabra, por mucho que me hubiese encantado poder hacerlo.

De hecho, ni siquiera le había felicitado a lo largo del día, con la fiesta que le hubiera preparado de haber estado con él, si las cosas no se hubiesen torcido.

No me arreglé lo más mínimo, asistiendo a la cena con ropa de calle, mona, pero de lo más normal, ya que no deseaba que él pensara que yo había aceptado con la intención de lanzar cohetes, cuando lo cierto es que mi moral seguía por los suelos y que tenía más miedo que once viejas después de saber todo lo que Kate me contó y que le podría llevar a plantearse la posibilidad de volver con ella.

En fin, que todos esos pensamientos me fueron atormentando por el camino, si bien yo iba con la firme decisión de contarle todo lo que había averiguado. Si tenía alguna posibilidad de volver con Liam, esta pasaría porque le hablase de esa verdad desconocida por él. Y que el universo repartiera suerte a partir de ese momento.

Cuando me vio aparecer se levantó de la mesa tan emocionado que me dio la impresión de que se pondría a llorar, abrazándome con todas sus fuerzas.

—Solo vengo a hablar contigo y para que no pases solo tu cumpleaños. Por cierto, felicidades —le dije de un modo frío porque ni quería hacerle ilusiones ni podía permitirme hacérmelas yo misma. No cuando las cosas estaban todavía increíblemente complicadas, pues cada vez parecían estarlo más.

—Con el hecho de que hayas venido ya me siento feliz —me contestó emocionado, invitándome a sentarme y sirviéndome una copa de inmediato, ¿acaso pretendía emborracharme del tirón?

—Liam —le dije cogiendo la copa que él mismo me acababa de servir—, nunca quisiste escuchar a Kate, pero a mí me tendrás que escuchar porque, entre otras cosas, vengo a contarte su historia, no la que tú crees que sucedió, sino la verdadera, esa que te fue ocultada durante mucho tiempo, durante demasiado tiempo.

—No quiero hablar de ella, me niego. No sé qué crees saber, pero te apuesto lo que quieras a que es una mentira como una catedral —me contestó resoplando y de lo más incómodo.

De todas formas, Liam no ocupaba una posición de poder en aquella reunión. Por primera vez, la pelota estaba en mi tejado y no tendría más remedio que oírme quisiera o no, porque de otra forma no dudaría en levantarme y coger el pescante.

—Me vas a oír porque aquello que escuchaste esa noche no tenía que ver con la realidad… —Terminé cogiendo carrerilla y se lo solté todo de golpe, su cara era de asombro total.

—¿Esa milonga te contó esa tiparraca? —se indignó, removiéndose en su silla. Liam no podía sentirse más incómodo, pero yo entendí que poder dar un paso adelante con él pasaba por aclarar las cosas, por mucho que escocieran.

—No te dirijas a ella de esa manera —le pedí porque me pareció muy descortés e impropio del Liam que yo conocía y del que me había tratado como a una reina. Kate también era persona y yo le exigiría respeto para ella.

—Esa mujer es una mentirosa compulsiva, esa no es la verdad —se reía incrédulo—. La verdad la conozco yo porque contraté detectives privados y tomaron fotos de ambos riéndose a mis espaldas y comiéndose los morros en mi propio coche.

»Esa mujer es una mentirosa que pagó quinientos euros a un ginecólogo amigo suyo para que certificara en un informe que estaba embarazada y le facilitó hasta una ecografía con su nombre. Esa mujer es muchas más cosas de las que he evitado contarte para no envenenar tu buen corazón, Martina. Esa mujer es el demonio en persona y tiene algo que me pertenece y dice no tener, por eso sigo apareciendo y haciendo que la vigilen bien de cerca.

—Yo me estoy quedando loca. Eso no es lo que ella me contó. Yo es que no me lo puedo creer, no me lo puedo

, creer —negaba con la cabeza porque me producía total confusión no saber quién era quién en aquel rocambolesco juego, en el que todos pasaban de ocupar una posición a otra en un segundo.

—Aquí tienes mi móvil con mi correo abierto. Puedes ver todos los correos que me enviaron mis detectives. Abre los que ponen «fotos» y comprobarás por ti misma que es una enferma, aparte de una maligna.

—¿Y qué tiene que tanto te interesa? Porque lo cierto es que, si las cosas son como tú las pintas, no comprendo ese continuo interés por Kate, es que no lo comprendo —le repetí mientras me llevaba las manos a la cabeza por la desesperación.

—Tiene relación con los narcos que metieron a mi hermano en un marrón inmenso, eso quiero demostrar, que ella es uno de ellos. Todo es mucho más complicado de lo que imaginas y la historia no tiene desperdicio. Mi ex es igual que él y no les interesa que yo esté cerca de mis padres. Esa patraña que te contó fue con la clara intención de que te apartaras de mí. Lo sé porque, igual que esta historia, se inventó muchas otras con las que trató de descolocar a personas de mi empresa. Esa va a caer, juro que caerá.

—Yo no entiendo nada. —Comencé a llorar con rabia—. ¿Qué parte de verdad hay en todo? Ya no sé diferenciar la verdad de la mentira. Siento que nada es real, ni siquiera tus ganas por volverme a ver. Liam no me merezco tanta mierda encima, no me la merezco. Yo quiero olvidarme de todo esto. Esta mierda destruye, tantos secretos ocultos, tanto odio… En mi caso ya vengo de una familia enrevesada, puesto que mi madre hizo que mi camino distara mucho de ser uno de rosas.

—Lo entiendo, y no deseo confundirte más ni que sufras por mi culpa. Yo solo quiero demostrarte que soy ese hombre que amaba cada beso, mirada y caricia que nos dedicábamos el uno al otro, que por ti dejaría de estar anclado en el pasado y en el odio que toda esa mierda me provocó, que soy capaz de hacerte feliz y compartir cada momento de mi vida contigo… Los dos juntos, sin dejar de mirarnos con esa sonrisa que se dibujaba en nuestras caras. Te amo, te juro que te amo con todo mi corazón y que estaría dispuesto a hacer lo que sea necesario por recuperar tu confianza y demostrarte que hablo desde la verdad, que yo no te miento.

—Tengo miedo, Liam, tengo miedo a todo lo que te rodea. —Rompí a llorar y se acercó a mí para ponerse en cuclillas y apoyarse en mi rodilla—. Tengo miedo a que toda esa oscuridad que parece envolver tu vida termine por envolver la mía al mismo tiempo. Yo no sé vivir entre mentiras, a mí me gustan las cosas claras y el chocolate espeso.

—Lo entiendo y lo respeto, pero déjame demostrarte que podemos ser felices. Martina, tú eres todo lo que siempre he deseado y no hay nada más importante para mí que hacerte feliz. Debes darme la oportunidad o siempre te quedarás con la duda de lo que pudo ser y no fue.

—Mi cabeza es un caos ahora mismo. No me presiones o irá en tu contra. Yo no puedo volver contigo, no antes de confiar en ti de nuevo, ¿es que eso no puedes entenderlo?

—Deja que sea nuestro caos, vamos a improvisar, vamos a hacer una locura y escaparnos lejos del mundo durante todo el mes agosto. Vamos a vivir la vida que los dos nos merecemos.

—¿Y la empresa? ¿Qué va a pasar con la empresa? Porque antes parecía ser prioritaria para ti y no quiero que luego me acuses de haberla descuidado por mi culpa, aparte de que muchas personas dependen de ella, incluidas Patty e Inés, ¿o es que hace falta que te lo recuerde? ¿Ya se te ha ido la pinza del todo? —le pregunté de lo más confusa.

—La empresa arrojó muchos beneficios este año, le doy vacaciones a todos mis empleados y se cierra hasta septiembre. No necesito más de lo que tengo, solo me importas tú. Vámonos por ahí, por favor y, si en algún momento quieres regresar, te traeré de vuelta, pero dame la oportunidad de demostrarte que cada día sentirás que es el mejor de tu vida.

Se vendía muy bien, tanto que sentí ganas, muchas ganas de comprarlo. No obstante, no quería precipitarme porque era consciente de que había mucho en juego; nada más y nada menos que mi felicidad.

—No lo sé, Liam. —No podía dejar de llorar, quería gritarle que sí, que me iría con él al fin del mundo y a la vez darle una hostia por todo lo que me había hecho.

—Confía en mí, si te sientes incómoda en algún momento regresamos y no te volveré a pedir nunca nada más, pero dame la oportunidad de intentarlo, no me apartes de lo que más amo en este mundo. Todos cometemos errores, pero yo te prometo que me esforzaré por no cometer en esta nueva etapa ni el más mínimo, por muy pequeño que sea.

—Aquí tenéis los platos —dijo la camarera y él aún seguía agachado sobre mis rodillas.

—Gracias —le contestó Liam girando la cabeza hacia ella y se levantó para ir a sentarse en su sitio—. Mañana te estaré esperando a las diez de la mañana en la puerta principal de la terminal 1, espero que esta noche lo valores y te des cuenta de que los dos nos merecemos la oportunidad de comenzar de cero sin mentiras.

—No sé si iré, no quiero mentirte. No quiero crearte falsas esperanzas porque yo cada vez tengo más dudas. En lugar de aclarármelas me vienes con estas ideas disparatadas tuyas, y yo… Yo es que pienso que estás loco de remate y que no debo ir, Liam, no debo ir —repetí en alto como para convencerme a mí misma porque en el fondo deseaba fervientemente hacer ese otro viaje con él.

—Te estaré esperando.

Cenamos y le pedí a mi padre que me recogiese. No quería alargar mucho la cita, ya que estaba con el corazón encogido y no dejaba de llorar. Todo cliente que estuvo en el restaurante se percató de mi dramática escena.

Liam me recalcó que me esperaría a las diez…

Liam me recalcó que me esperaría a las diez…

Capítulo 31



Eran las diez menos diez cuando mi padre conducía a toda leche por el aeropuerto para dejarme junto a Liam. Que viajaría con él, que cedería a sus deseos de pasar un mes en el que pudiéramos conocernos más y aclarar nuestros sentimientos (o al menos yo los míos porque él decía tenerlos muy claros) lo decidí a las ocho de la mañana, hora en la que me puse a toda prisa a hacer la maleta en la que metí todo aquello que llevé a la casa del pueblo.

Mi padre, no obstante, estaba preparado. A él no le cogió de sorpresa mi decisión, todo lo contrario. La esperaba y por eso no dudó en ponerse al volante, a lo Fernando Alonso, y hasta a jugarse una multa de velocidad con tal de que su querida niña llegara a tiempo para embarcar.

Cuando por fin vio a Liam parado, dio un frenazo de campeonato y este nos miró y se le dibujó una sonrisa en la cara. Obvio que vio que su intención era de la dejarme a su lado y no la de pillarle, pues si llega a querer hacerlo, no lo libra nadie, con lo bien pisado que llevaba ese hombre el acelerador.

—Buenos día, Liam. Aquí te traigo a la niña, más vale que le hagas pasar el verano de su vida, ¿me oyes? —le preguntó sin mal talante, pero con trasfondo, porque mi padre hablaba en serio. Nada le habría disgustado más que yo volviera de nuevo hecha un mar de lágrimas.

—Así será —le contestó y me miró sonriendo y emocionado, con una bonita mezcla de emociones que se reflejaban en su rostro y abriendo la puerta del coche en señal de que era hora de partir.

Abracé a mi padre cuando me sacó la maleta y se marchó dejándonos allí a los dos. Él me dijo que yo era lo que más quería en el mundo y yo le sonreí, pícara, pensando que pronto habría una personita (Patty) a la que también querría mogollón, si bien yo jamás podría tener celos de ese amor que estaba deseando que fructificase.

—¿Adónde nos vamos, jefe? —le pregunté risueña a Liam, ya a solas, porque nada me ilusionaba más que partir con él, por mucho que las mariposas de mi estómago lucharan esa mañana por dejar aparcados mis miedos.

—Ni idea, no tengo nada comprado, no sabía si vendrías —añadió con la emoción a flor de piel—, pero ahora haremos una ruta por las diferentes compañías y preguntaremos hacia dónde salen los próximos vuelos con plazas ¿qué te parece?

—Verás dónde terminamos —reí negando porque me parecía una verdadera locura, pero una locura que me apetecía más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Donde sea, pero juntos —murmuró sin dejar de mirarme.

Liam parecía muy seguro de sí mismo, para no variar, y yo tampoco quería que lo diera todo por hecho, pues todavía nos quedaba mucho por hablar. Y, quizás, más bien, por vivir juntos, en el sentido de que hay cosas que se arreglan con vivencias más que con palabras.

—Te advierto que no has ganado la batalla, que tienes mucha faena por delante. No te las prometas tan felices porque te puedes llevar un varapalo tremendo —le advertí con mi dedo en alto para no variar también. Me gustaba, en cierto modo, esa sensación de que las riendas de nuestra relación ya no las llevaba él en exclusividad, sino que se habían cambiado las tornas.

—Vale, pero hay esperanza, con eso me conformo. —Cogió mi maleta y la suya, y empezó a caminar en dirección al interior.

No resultaría una elección fácil a priori, porque la oferta era diversa y en cada uno de los destinos veíamos pros y contras, discutiéndolos graciosamente. Cuando a él no le convenía algo de lo que yo decía, me tapaba la boca y hacía como que no me escuchaba. Yo hasta pataleaba y echaba de menos los tiempos en los que me la habría tapado con un buen beso. De todos modos, estábamos en la senda y, si todo iba bien, pronto me regalaría millones de ellos.

Una hora para decidirnos, eso sí. La idea era salir al mediodía, y al final nos decantamos por las islas Gili, que son un archipiélago de tres islas (Gili Trawangan**,** Gili Meno y Gili Air) que se sitúan en la costa noroeste de Lombok Indonesia y que pertenecen a la provincia de Nusa Tenggara Occidental. En dirección a ellas compró vuelo de ida y vuelta con veinticinco días de diferencia, con la posibilidad de poder adelantar el regreso en caso de decidirlo por cualquier motivo.

He de decir que pudimos volar hasta el extranjero porque Liam ya no tenía cuentas pendientes con la justicia, dado que de otro modo le habrían podido retirar el pasaporte. Lo suyo, finalmente quedaría en lo dicho: la retirada del carné y la multa. Así que a mí me tocaría hacerle de chófer durante una temporadita, si es que se lo ganaba.

Hicimos tiempo en el aeropuerto antes de embarcar y reconozco que Liam me estaba poniendo las cosas fáciles y dejaba que todo fluyera. El primer vuelo nos llevó a Qatar y duró un montón de horas, las mismas que pasamos acostados viendo películas. Todo un lujo durante el que no paraba de darme la mano y no me quitaba ojo de encima, analizando cada uno de mis movimientos. Una vez en Qatar dimos una vuelta por el aeropuerto antes de coger otro vuelo rumbo a Bali con una duración de más de seis horas, todas las cuales ya las pasamos durmiendo, algo que nos vino sensacional para así llegar descansados tras la paliza a bordo.

Ya en el aeropuerto de Denpasar cogimos un taxi hasta un puerto donde embarcamos en un ferry hasta la isla de Gili Air, una de las tres que conformaban el conjunto.

El trayecto en barco fue corto, apenas duró una hora y además resultó entretenido debido a cuanto nos rodeaba. Yo me quedaba embobada contemplando los paisajes que dejábamos atrás, verdaderamente maravillosos y dignos de ser fotografiados, por lo que la cámara de mi móvil pudo echar fuego de las muchas fotos que tomé.

En algunos momentos, Liam me lo quitaba de las manos y se empeñaba en tomarlas conmigo en primer plano y los paisajes de fondo. Y no se le daban nada mal, menudo reportaje me llevaría.

Cuando por fin llegamos a la isla en cuestión nos dirigimos a uno de los puestos de información hotelera donde te ofrecían todo tipo de estancias adaptadas al gusto de cada huésped. Liam se decantó por una villa con piscina privada, impresionante y que daba al mar, con un acceso privado a la playa, una maravilla que solo en fotos te hacía pensar que el lugar que disfrutaríamos durante un tiempo sería digno de unas vacaciones de ensueño.

La villa no nos decepcionó en nada, todo lo contrario. Resultó tal cual nos la mostraron en fotos y además contaba con servicio de habitaciones las veinticuatro horas, así como con nuestra propia cocina con todo lo necesario por si queríamos cocinar y tener ciertos alimentos o caprichos en nevera o despensa.

Era una preciosidad, con unas vistas sublimes que encandilaron mis ojos y además con una gozada de jardín en la terraza, rodeando la piscina. Allí nos sentiríamos en total libertad y desconectados del mundo. Yo tenía claro que, si había un sitio capaz de hacerme olvidar todo lo vivido y que me replanteara mis sentimientos hacia Liam, era aquel.

Me puse rápidamente un bañador blanco que favorecía mi silueta y que era muy cómodo, y con él salí al jardín donde ya habían traído unas bebidas y aperitivos que pidió Liam para abrir boca.

—Por empezar de cero —dijo chocando su copa contra la mía.

—Por la suerte que te deseo en el proceso, que será largo y tortuoso. —Le guiñé el ojo en plan amenazante, pero con una sonrisa que al mismo tiempo le hacía ver que estaba loca por abrirle mi corazón de par en par, que solo necesitaba un buen chute de confianza por su parte para volver a ser aquella que un día fui.

—Gracias. —Aguantó la risa como lo hice yo.

—Sabes que te adoro, Liam. —No puede callarme—. Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, pero al mismo tiempo me has causado un dolor infinito, me has dado uno de esos palos de los que no es fácil recuperarse y eso tienes que comprenderlo y respetarlo.

—Conseguiré que vuelvas a confiar en mí, te prometo que lo haré. Y lo respeto mucho, eso también te lo prometo Hace falta reunir mucho valor para aceptar mi oferta y tú lo has hecho. Si ya estaba enamorado de ti, ahora ya ni t digo.

—Solo te pido que no vuelvas a mentirme. Sé que soy muy ingenua y a veces puedo pecar de tonta, pero tengo claro que si valoro a un hombre es porque se vista por los pies y espero que tú a partir de ahora lo hagas, ¿me explico?

—A partir de ahora me pongo los zapatos antes que los pantalones, lo prometo —murmuró con gesto pícaro.

—¡Tonto! —reí.

—Sabes que…

—Echa para allá, que la batalla no hizo más que empezar, ¿o es que todavía no te lo he dejado claro?

—¿Ni un abracito? —me preguntó con los brazos abiertos y poniendo carita de bueno.

—Ni un abracito —le contesté—, y no me pongas esa carita porque tú no eres bueno ni durmiendo. —Le saqué la lengua.

—Cometí un error, lo cual no me convierte en mala persona. Y te lo voy a demostrar.

Cambió su mueca por una un poco más triste, pero en plan bromista. En realidad, se le notaba la felicidad de sabe que yo estaba allí con él. En ese momento recibí un mensaje de Patty y corrí a abrirlo, porque estaba ávida de noticias por parte de esos dos entre los que se cocía algo, y no precisamente a fuego lento.

—No me lo puedo creer. —Le enseñé a Liam la foto que me envió con mi padre, los dos de la mano —. Y encima me dice que se quedará con él durante los días que yo no esté, ¿qué te parece? —le dije con los ojos tan abiertos que debieron cogerme media cara.

—Creo que tu padre se enamoró.

—Ya, pero se me hace muy extraño que sea de Patty precisamente. —Me eché a reír—. Es la bomba, de Patty — repetía alucinada.

—Vamos a tomarnos la misma foto y se la mandas —me propuso con esas ganas que tenía de poder aproximarse más y más a mí.

.—¡Venga! —Me gustó esa idea para seguirles un poco el rollo.
e

Cuando mi padre vio la foto me envió un audio diciéndome que estaba preciosa y que muy bueno lo de copiarlos. Por su tono no podía esconder lo feliz que estaba y parecía disfrutar mucho de las mieles de esa decisión que habí tomado de probar suerte con otra mujer que no fuese mi madre. Eso era la primera vez que lo hacía y se merecía que le saliese de lujo.

Después de tomar la copa y los aperitivos, salimos de la villa y nos fuimos a buscar un supermercado que nos comentaron que se encontraba cerca. Nuestro plan era permanecer relajados por la villa y salir a ratos a conocer la isla y cuanto pudiera ofrecernos, pero en principio queríamos hacer vida en ese lugar y contar con todas las comodidades para que la nuestra fuera una estancia memorable.

En el supermercado nos reímos un montón, ya que Liam se puso a coger cervezas, vinos y demás bebidas, y casi llenó el carro, por lo que tuve que ir a por otro para la comida.

Creo que por la cara de la cajera al ver a dos turistas con tal cantidad de compra se quedó un poco desubicada, pero bueno, era de esperar, puesto que yo la miraba y también flipaba, no era para menos.

De vuelta en la villa. nos pusimos a colocar la enorme compra en la cocina y a preparar la cena. Esa noche caeríamos pronto, ya que el largo viaje nos había dejado rendidos, si bien el simple hecho de hacer esas cosas con él, tan cotidianas y a la vez tan bonitas, me llenaba muchísimo.

En ningún momento perdimos la sonrisa en una velada que se convirtió en absolutamente especial al ser la primera en la que le dábamos una oportunidad a nuestra historia (o, más bien, se la daba yo), tras la angustia
r vivida a la vuelta de nuestro anterior viaje.

a

—¡Venga! —Me gustó esa idea para seguirles un poco el rollo.

Cuando mi padre vio la foto me envió un audio diciéndome que estaba preciosa y que muy bueno lo de copiarlos. Por su tono no podía esconder lo feliz que estaba y parecía disfrutar mucho de las mieles de esa decisión que había tomado de probar suerte con otra mujer que no fuese mi madre. Eso era la primera vez que lo hacía y se merecía que le saliese de lujo.

Después de tomar la copa y los aperitivos, salimos de la villa y nos fuimos a buscar un supermercado que nos comentaron que se encontraba cerca. Nuestro plan era permanecer relajados por la villa y salir a ratos a conocer la isla y cuanto pudiera ofrecernos, pero en principio queríamos hacer vida en ese lugar y contar con todas las comodidades para que la nuestra fuera una estancia memorable.

En el supermercado nos reímos un montón, ya que Liam se puso a coger cervezas, vinos y demás bebidas, y casi llenó el carro, por lo que tuve que ir a por otro para la comida.

Creo que por la cara de la cajera al ver a dos turistas con tal cantidad de compra se quedó un poco desubicada, pero bueno, era de esperar, puesto que yo la miraba y también flipaba, no era para menos.

De vuelta en la villa. nos pusimos a colocar la enorme compra en la cocina y a preparar la cena. Esa noche caeríamos pronto, ya que el largo viaje nos había dejado rendidos, si bien el simple hecho de hacer esas cosas con él, tan cotidianas y a la vez tan bonitas, me llenaba muchísimo.

En ningún momento perdimos la sonrisa en una velada que se convirtió en absolutamente especial al ser la primera en la que le dábamos una oportunidad a nuestra historia (o, más bien, se la daba yo), tras la angustia vivida a la vuelta de nuestro anterior viaje.

Capítulo 32



Escuché cómo Liam entraba en la cocina y comenzaba a preparar el desayuno. Habíamos dormido juntos, pero no le permití ni que me abrazara. En esa ocasión no le pondría las cosas tan fáciles. Si quería recuperarme, sudaría tinta.

Me lavé los dientes, me atusé el pelo, le sonreí al espejo y salí a ver qué estaba preparando.

—Buenos días, jefe. Espero que me estés haciendo el mejor desayuno del mundo. Por tu bien lo espero —le sonreí.

—Buenos días, preciosa. —Me besó la mejilla—. Marchando están los expresos, además de que hice unos sándwiches de tortilla con lechuga, tomate y queso, ¿qué te parecen? —Quitó la servilleta sobre el plato que los cubría.

—Hoy te ganas un beso mío en la mejilla —le sonreí graciosamente. Volvía a sentirme mimada por él y eso molaba, molaba mucho.

—¿Te preparo otro? —preguntó bromeando.

—No, no, con uno es suficiente —me reí—. Total, como mucho te vas a llevar un beso. —Lo reté con la mirada.

Entre nosotros seguía existiendo esa complicidad y química a la que me he referido tantas veces, solo que yo la había puesto en cuarentena, a la espera de los acontecimientos.

Salimos al jardín y me quedé impresionada y embobada al encontrarme con un montón de ramos de flores por todos lados, cada uno en un mismo color, todos con una nota y dándole al lugar un colorido y una alegría indescriptibles, además de que se trataba del detalle más romántico del mundo, de uno que hizo que las mariposas de mi estómago comenzaran a revolotear de nuevo, por mucho que yo pretendiese disimularlo.

—¿Esto qué es? —le pregunté sin poder pestañear, tal era el espectáculo que veían mis ojos.

—Ni idea. —Se hizo el sueco por completo.

—Liam, ¿cuándo han traído todo esto? —insistí porque era impresionante. De lo que no había duda era de que su poder a la hora de sorprenderme seguía intacto.

—No pienso soltar ni una palabra si no es en presencia de mi abogado. Es lo que hay. —Me guiñó el ojo.

—Pues tendré que descubrirlo yo. —Me dirigí al primer ramo y cogí la notita para leerla.

«Escucha el eco de mi corazón y comprenderás lo mucho que te amo».

Joder, pues sí que era bonita la primera frase, eso o que yo me estaba poniendo de un sensible que no tardaría en abrir las compuertas de mis ojos para que las lágrimas salieran a borbotones de ellos.

Me dirigí a otro ramo y cogí su notita.

«¿Sabes que estoy dispuesto a dejar mi vida atrás y comenzar una a tu lado en las condiciones que desees?»

Lo miré y ya las lágrimas no dejaban de brotar de esos ojos míos. Él me miraba sonriendo y sosteniendo su taza d café en las manos. Parecía disfrutar de todo aquello tanto como yo, aunque en su caso lo que le hacía verdaderamente feliz, porque se notaba, era comprobar cómo me iba emocionando con esas románticas letras.

Cogí la nota del siguiente ramo. Ya no podía parar. Entré en bucle y necesitaba leerlas todas. Eso era lo que necesitaba…

«Me encantaría contemplar contigo todos los atardeceres de mi vida».

Me estaba enganchando a leer esas notas, cada una con un mensaje que me llegaba al corazón y más bonito que el anterior. Eran adictivas, más que el chocolate, que ya es decir.

El último ramo, que estaba colocado en una esquina de forma estratégica, no contenía una nota, contenía un precioso anillo de oro blanco y cristalitos que intuí que eran brillantes o diamantes, no es que entendiera mucho d joyas.

Me lo coloqué en el dedo anular, temblorosa y sin poder dejar de mirarle, y comprobé que me iba perfecto, que fue encargado a mi medida.

No dije nada, simplemente retrocedí hasta donde estaba él, de pie al lado de la mesa, y con los ojos vidriosos. Sabía que le embargaba la emoción tanto como a mí, solo era necesario mirarle para saberlo.

—Puede que no hayamos comenzado de la mejor de las maneras ni de la más bonita, pero una parte de mí sigue creyendo en ti. A la otra la tengo en alerta 24/7. No me vuelvas a fallar porque estoy dispuesta a comenzar de cero y a olvidar por completo lo que hiciste siempre que me demuestres que eres digno de mi confianza —le confesé.

—No te volveré a fallar. —Casi ni le salían las palabras del cuerpo debido a la suma emoción —. ¿Te puedo dar un beso?

—No hasta que me regales la pulsera, la gargantilla y los pendientes, no está el conjunto entero —murmuré causándole una carcajada y fue entonces cuando me agarró por la cintura, me pegó a él y me besó.

Sentí un beso largo y apasionado, un beso intenso y que contenía un mensaje romántico que solo Liam y yo podíamos descifrar. Un beso que me hizo volver a creer en los cuentos de amor con final feliz y en que todo príncipe azul puede salir rana en un momento dado, y no por ello dejar de ser príncipe azul. Todos podemos equivocarnos y Liam trataba de volver a llegar a mi corazón. Se lo había propuesto y lo estaba logrando.

No solo me besaba los labios a la par que el alma, sino que pude ver y notar cómo las lágrimas caían, una tras otra de sus penetrantes ojos.

—Te amo más que a mi vida, Martina, y eso que te conozco desde hace relativamente poco, pero siento como si te conociera de siempre. Quiero cuidarte cada día de mi vida. Esa parte de ti que no termina de confiar en mí, en muy poco tiempo, se dará cuenta de que puede hacerlo. Te voy a cuidar tanto que no verás mejor lugar para quedarte que a mi lado.

—Joder, Liam, no me hagas llorar —protesté abrazándole con todas mis fuerzas porque yo había reprimido ese abrazo y por fin le di carta de libertad, algo que parecía entusiasmarle, pues él me lo devolvía con tal fuerza que corría el riesgo de que me astillase una costilla. Y mejor que fuese una costilla que no un cuerno, aunque gracias al cielo esos no los tenía. El problema con Liam fue otro, fue que en su vida se cruzó el desgraciado de mi hermano Julio, que iba buscando ruina a diestro y siniestro.

—Llora, pero de felicidad, no te quiero ver llorar más de tristeza y, por cierto, el resto de las joyas que me has pedido las tienes sobre la cama —me anunció con la más bonita de las voces, con una que hablaba de esa felicidad que él estaba sintiendo y de la que me contagiaba.

—¿Encima de la cama? No puede ser, si vengo de allí y no las he visto —argumenté porque me resultaba inviable. Yo la vista la tenía impecable.

—No has mirado bien. —Carraspeó y me hizo un gesto invitándome a entrar.

Me tuve que echar a reír sin parar cuando me encontré sobre ella aquel collar con su colgante, la pulsera y los pendientes de material de coco, todo muy de Indonesia, nada de joyería fina como el anillo que me acababa de regalar. Y todas esas piezas también venían con una nota que quise leer enseguida:

«Con el anillo me arruiné. Espero que te guste».

Su sentido del humor no tenía límites y era una de las características que más me gustaban de Liam. Con él mis risas estarían garantizadas de por vida, si es que todo salía bien como yo deseaba desde el fondo de mi corazón.

Me coloqué el conjunto al completo y me giré, él seguía emocionado mirándome desde el quicio de la puerta.

—Para mí tienen el mismo valor que el anillo. —Me acerqué a besarlo.

Sabía que lo escribió en plan cómico. Si algo tenía Liam era dinero para comprar cientos de conjuntos y casi no notarlo en su cuenta, si bien lo importante era el hecho de que pensase en mí y que hiciera realidad cada uno de mis sueños. No sabría describir con palabras todas esas cosas suyas que me hacían sentir demasiado, más de lo que nunca hubiera imaginado. Le amaba, a pesar de todo, le amaba con todo mi corazón y me sentía afortunada de estar con él lejos del mundo, de nuestro otro mundo.

Después de vivir unos momentos así de preciosos que propiciaron nuestra cercanía, teníamos una conversación pendiente.

Liam me contó con más calma y con todo lujo de detalles, relatando cómo sucedió lo del accidente (así como que condujo bajo los efectos del alcohol por el mal momento personal que atravesaba por aquel entonces). Después hizo referencia a cómo mi hermano le propuso enredarme a cambio de su valioso silencio. No se sentía nada orgulloso de haber cedido al chantaje de Julio, pero este le cogió en baja forma mental y logró su propósito.

Me acarició la mano al explicarme que pronto comenzó a darse cuenta de que había metido la pata y de que yo no me merecía eso, aparte de que fue consciente de que irremediablemente se estaba enamorando de mí.

Yo le escuchaba con atención y creía oír verdad de sus labios. Liam se abrió en canal conmigo, no dejándose ningún detalle, al mismo tiempo que volvía a pedirme perdón una y mil veces por todo lo que me hizo sufrir.

—Está bien, está bien, pero tendrás que seguir currándotelo, ¿eh? No te vayas a creer que me tienes aquí, comiendo de la palma de tu mano. —Se la señalé queriendo poner punto final a ese relato tan de corazón, pero que se notaba que le dolía.

—No, en realidad soy yo quien come de la palma de la tuya —me dijo acariciándomela también.

Pasamos el día cocinando, bañándonos en la piscina y paseando por la playa, todo por los alrededores, disfrutando de nuestra calma, de nuestro momento y, en mi caso, saboreando todas esas atenciones que tenía conmigo. Liam me mimaba demasiado y estaba pendiente de que no me faltase ni el más mínimo de los detalles. Era ese hombre que toda mujer necesitaba a su lado para hacerle la vida más bonita.

Cada minuto que pasaba junto a él representaba un nuevo regalo para mí. Más allá de esos que me hizo, materiales, Liam me obsequiaba con un inmenso amor que salía de su corazón para entrar directamente en el mío.

Cuando un corazón dolorido y sangrante comienza a recibir tal cantidad de amor, y en dosis tan generosas, empieza a cicatrizar, y eso fue lo que yo noté en aquel paraíso terrenal al que me había llevado. De hecho, miraba a Liam y a lo que volvía a representar en mi vida y estaba segura de que ni cicatriz me quedaría en ese corazón que volvía a latir con toda la fuerza a la par que el suyo.

Se equivocó. Hay quienes dicen que quien te hizo mal una vez, te lo volverá a hacer, pero yo quería darle la oportunidad para que me demostrase que no tenía por qué ser así siempre y que toda regla tiene su excepción.

Le amaba, era evidente que le amaba con todo mi corazón y necesitaba volver a sentir el amor con el que me obsequiaba, ese tan grande que, a pesar de todo, y le pesase a quien le pesase, volvía a enamorarme.

Lo disfrutaba, disfrutaba de volver a enamorarme de Liam mientras atesoraba en mi mente todos esos increíbles momentos que me estaba regalando en aquella recóndita isla que ya pasaría a formar parte del listado de mis lugares inolvidables, de esos que, con solo recordar, me sacarían la sonrisa de por vida.

—No, en realidad soy yo quien come de la palma de la tuya —me dijo acariciándomela también.

Pasamos el día cocinando, bañándonos en la piscina y paseando por la playa, todo por los alrededores, disfrutando de nuestra calma, de nuestro momento y, en mi caso, saboreando todas esas atenciones que tenía conmigo. Liam me mimaba demasiado y estaba pendiente de que no me faltase ni el más mínimo de los detalles. Era ese hombre que toda mujer necesitaba a su lado para hacerle la vida más bonita.

Cada minuto que pasaba junto a él representaba un nuevo regalo para mí. Más allá de esos que me hizo, materiales, Liam me obsequiaba con un inmenso amor que salía de su corazón para entrar directamente en el mío.

Cuando un corazón dolorido y sangrante comienza a recibir tal cantidad de amor, y en dosis tan generosas, empieza a cicatrizar, y eso fue lo que yo noté en aquel paraíso terrenal al que me había llevado. De hecho, miraba a Liam y a lo que volvía a representar en mi vida y estaba segura de que ni cicatriz me quedaría en ese corazón que volvía a latir con toda la fuerza a la par que el suyo.

Se equivocó. Hay quienes dicen que quien te hizo mal una vez, te lo volverá a hacer, pero yo quería darle la oportunidad para que me demostrase que no tenía por qué ser así siempre y que toda regla tiene su excepción.

Le amaba, era evidente que le amaba con todo mi corazón y necesitaba volver a sentir el amor con el que me obsequiaba, ese tan grande que, a pesar de todo, y le pesase a quien le pesase, volvía a enamorarme.

Lo disfrutaba, disfrutaba de volver a enamorarme de Liam mientras atesoraba en mi mente todos esos increíbles momentos que me estaba regalando en aquella recóndita isla que ya pasaría a formar parte del listado de mis lugares inolvidables, de esos que, con solo recordar, me sacarían la sonrisa de por vida.

Capítulo 33



Dos semanas llevábamos viviendo una autentica y apasionada historia de amor en esa isla que se estaba convirtiendo en el mejor de los rincones.

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que Liam me estaba mimando de un modo que no parecía de este mundo, cuidando de todos y cada uno de los detalles de una relación que para mí comenzó a ser mágica, una versión mejorada de esa que comenzó a forjarse en su día y que se vio abruptamente interrumpida por el fortuito descubrimiento de Inés, el mismo que cambió el rumbo de nuestras vidas para siempre.

Por muy doloroso que resultase en su momento, yo agradecía al cielo que ocurriese así, pues solo de ese modo pudimos comenzar a construir una relación sobre el más sólido de los pilares; el de la verdad.

Durante ese tiempo conocí a un Liam que se abrió mucho más a mí y me contó cantidad de cuestiones relativas a su trabajo y a las inversiones que le llevaron a acumular un capital tan enorme que le habría permitido retirarse teniendo garantizada una lujosa vida, ya desde ese momento.

A mí sinceramente el dinero era lo que menos me importaba. Tampoco sus propiedades, a mí lo que me encadenaba a él era esa forma en la que me miraba, me trataba, me cuidaba y me hacía sentir, porque me sentía especial cada minuto que pasaba a su lado.

—Si es que te tengo que querer, ladrón —le decía yo en el más cariñoso de los tonos.

—No, ladrón no. Yo habré sido muchas cosas, pero no un ladrón —me respondía él, muy seguro de lo que decía.

—Porque tú lo digas, ¿y qué pasa con mi corazón? ¿Acaso vas a negar que me lo has robado?

—Si te lo he robado es para besártelo, igual que el resto de tu cuerpo —matizaba mientras me comía a besos y yo me dejaba hacer, porque nada me gustaba más en el mundo que eso.

Por otra parte, Patty y mi padre me tenían al día de su relación, incluso mi padre conoció a los suyos y, aunque, en un principio mostraron cierta reticencia a que su hija estuviese con alguien mayor, al final, al conocerle, cayeron

rendidos a sus pies. Y es que mi padre tenía mucho encanto. No es porque fuese mi padre, porque soy objetiva cuando lo digo. Quien lo tiene, lo tiene.

Ellos seguían en el pueblo, dado que mi padre tenía todo el mes de vacaciones y Patty tampoco debía trabajar, puesto que Liam cerró las oficinas durante todo el mes, dejando solo al teléfono a Lucas, su mano derecha, para recibir cualquier propuesta interesante y urgente que surgiese.

Total, que ellos también estaban disfrutando de la oportunidad de conocerse y de vivir unos principios en los que podían compartir muchas horas y en los que parecían estar más que contentos.

De la misma forma, yo les informé de que mi historia con Liam iba viento en popa, por supuesto, y eso era algo que a mi padre no solo le llenaba de dicha, sino también de tranquilidad, puesto que yo sabía que él no estaría a gusto mientras yo no lo estuviese.

Liam me estaba demostrando con creces que sus sentimientos hacia mí eran sinceros y yo, que analizaba con lupa cada uno de sus movimientos, no podía más que reconocerlo.

Le miré durmiendo y me tumbé en su pecho, ese que se convirtió en mi refugio predilecto, en el lugar del mundo en el que más me gustaba perderme y en el que más segura me sentía.

De pronto, con los ojos todavía entrecerrados, me habló.

—¿¡Ya han llegado!? —preguntó sobresaltado.

—¿Quiénes, Liam? Estás soñando.

—Uf. —Se puso la mano en el pecho—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana, ¿un café?

—Sí, por favor. —Me abrazó antes de levantarnos.

Estaba claro que había tenido una pesadilla y de ahí el sobresalto. A mí no me extrañaba porque todavía las tenía con lo ocurrido entre nosotros semanas atrás. Y no porque sospechase que Liam me la pudiese volver a jugar con algo, que no se trataba de eso ni mucho menos, sino que a veces se me removía lo sucedido entre sueños y comenzaba a hablar o lloriquear, instantes en los que él me despertaba, me calmaba y me recordaba que todo estaba bien y que lo seguiría estando para siempre.

1

Preparé dos cafés y nos sentamos en el jardín. Liam se fue recomponiendo y el color acudió de nuevo a sus

mejillas, algo que agradecí, puesto que estas habían palidecido tras su convulso despertar.

—Tengo que ir a recoger una cosa, en media hora estoy aquí —me anunció en un momento dado, desconcertándome porque no nos habíamos separado ni un momento desde nuestra llegada a la isla.

—¿Te puedo acompañar? —pregunté extrañada.

—No deberías —sonrió—, pero vente. Casi se me había olvidado de que no puedo conducir.

Se le notaban las ganas de no contrariarme en nada. Y, es más, lo que pretendía evitar era que yo pensase nada raro y que los miedos volvieran a mi mente. Todo estaba muy reciente y a Liam le sobraba inteligencia para saber que debía ir con pies de plomo.

— ¿Dónde vamos? —pregunté levantándome para seguirlo al coche que teníamos alquilado.

—Curiosa…

Arranqué el coche y salimos en dirección al embarcadero, al cual estaba a punto de llegar el ferry.

—¿Para qué vamos a coger el ferry?

—Curiosa —murmuraba, acrecentando mis ganas de saber, porque lo cierto es que moría por conocer esa nueva sorpresa que sin duda estaba a punto de darme.

—Joder, me estás poniendo nerviosa —le advertí mientras daba graciosos saltitos.

—Como sigas así, terminarás por caerte al agua —me decía viendo que no podía estar quieta.

—Y entonces, ¿tú qué harás?

—Yo buscaré ayuda, pero *des-pa-ci-to* —murmuró al ritmo de la famosa canción de Luis Fonsi.

—Muy bonito, ¿eso es lo que harías? —le pregunté enojada mientras me pegaba a él y me comía la boca sin parar porque lo suyo era verdadera pasión.

—Yo me tiraría de cabeza a por ti, muñeca, ¿es que todavía no lo tienes claro? —me preguntó. Ahora bien, que no soltaba prenda sobre lo que estábamos haciendo allí, y yo que no podía más con la intriga.

Al final, casi me muerdo las uñas, pero, un rato después, cuando comenzaron a desembarcar lo comprendí todo. No podía creer lo que tenía ante mis ojos, ¿estaba despierta o seguía dormida?

—¡¡¡Papá!!! —corrí hacia él que venía junto a Patty—. Ahora comprendo el silencio de Liam —dije abrazándole con todas mis fuerzas, feliz cual perdiz al comprobar que era real, que acababan de llegar a la isla.

—¿Y para mí no hay abracito? —me preguntó Patty abriendo los brazos y deseando que le contestase.

—Claro que sí, ya eres de la familia. —La abracé emocionada—. ¿Por qué no habéis traído a Inés? —mi pregunta les hizo cambiar el gesto de sus rostros por completo.

—Hija, ahora hablaremos de eso —me indicó mi padre.

—¿Le ha pasado algo? —le pregunté mientras la inquietud se iba apoderando de mí.

—No, tranquila, está bien —contestó con retintín Patty.

A partir de ese momento, yo supe que algo había cambiado entre Inés y nosotros. Imposible saber hasta qué punto hasta que no me lo contasen, pero nada volvería a ser igual.

En el coche me hablaron, dándome todos y cada uno de los detalles. Ellos preferían llegar antes a la villa, pero yo exigí saber, porque no podía con más noticias nefastas y, desde que vi el giro de sus gestos, supe que aquella sería una de ellas.

No voy a negar que casi desfallezco con su relato. Hay noticias que no pueden suavizarse por mucho que quien las dé lo pretenda. La de Inés estaba destinaba a escocerme, a escocerme mucho y yo notaba las lágrimas recorrer mis mejillas al escuchar las palabras de mi afligido padre, quien sabía de sobra que me harían mucha pupa.

Inés no era esa amiga que siempre pensé tener, esa especie de compañera del alma con la que compartir lo bueno y lo malo, esa persona para la que jamás tuve secretos y quien pensaba que tampoco los tendría conmigo…

Un nuevo palo me dejaba apenas sin sentido al descubrir, en palabras de mi padre, que Inés era una traidora que llevaba unos meses liada con mi hermano y que no tuvo el valor de decírmelo. Lo que más me dolía, por encima de todo, era que hubiese permitido que Julio me siguiera haciendo daño. Tenía mil preguntas que le habría hecho en el caso de tenerla delante, aunque mejor que no fuese así, pues las que sentí fueron unas incontrolables ganas de tirarme a su yugular.

He de decir que últimamente la veía rara y despreocupada. Por ejemplo, tiempo atrás ella venía a verme día sí y día también, pero de unos meses a esa parte solo me hizo visitas contadas.

Joder, cómo me dolía descubrir que me hubiera ocultado una noticia de tal envergadura, a sabiendas de lo mucho que me dolería. Y no, no me valía eso de pensar que lo hizo por protegerme, para que no sufriera y para que nuestra amistad siguiera intacta, porque ella no era mi amiga. Lo demostraba no solo el hecho de que me hubiese mentido, sino el de que se liase con quien tanto me odiaba.

Los tres intentaban consolarme, pero, a mí me costaba una vida concebir que esa amiga que siempre estuvo ahí y que tanto había criticado a mi hermano por su pasotismo, fuera así de hipócrita.

—Bueno, es difícil de asimilar y más cuando tengo la cabeza como un bombo, pero al margen de eso quiero deciros que me alegra mucho que estéis aquí y veros juntos, hacéis una pareja preciosa —les dije agarrando una mano de cada uno de los dos—. Que os dure mucho la felicidad y que yo siga viéndola —suspiré porque la mezcla de emociones era incontrolable.

—Y la de nosotros —murmuró Liam causando una risa en las tres.

—Por supuesto, solo hay que observar la forma en la que os miráis —añadió mi padre emocionado.

Un rato después, llegamos a la villa.

—¡Qué guay! ¡Estamos en Indonesia! —gritó mi padre feliz llevando la maleta para la habitación que contaba con las dos camas.

—Ahora vienen a cambiarla por una de matrimonio —le dijo Liam antes de que descubriera que había dos individuales.

Mi chico estaba en todo, la sorpresa había sido mayúscula y aunque yo me sentía como de luna de miel con él, también me hacía falta un poco de los míos. Ahora bien, la tristeza causada por la noticia de la traición de Inés me había dejado momentáneamente trastocada y necesitaría ración extra de mismos por parte de todos para poder digerirla.

Liam y mi padre propusieron encargar un arroz con langosta del restaurante del resort y a Patty y a mí nos pareció una idea genial.

Ese resort que apenas pisábamos porque salíamos directos a la playa en cuyo restaurante almorzábamos o nos íbamos también directos a la calle, ya que había un camino para no tener que cruzarlo entero hasta el *lobby*.

Pasamos un día de lo más bonito. Lo cierto es que para mí supuso toda una alegría recibirlos en ese rincón que me emocionaba que ellos también conociesen y que les iría enseñando como si ya fuera de allí, porque en los días

previos llegué a conocerlo muy bien.

Liam comenzó a descorchar botellas de vino de las que daba la impresión de que no se subían a la cabeza, pero bien que lo hicieron. Las risas que nos echamos fueron pocas y el baño de tres horas en la piscina, copa en mano, resultó también divertidísimo.

Por la noche salimos a pasear y a cenar en la calle, la isla lucía de lo más animada y esplendorosa, llena de color. Patty miraba asombrada para todos los lados, se mostraba fascinada con cuanto veía, más o menos lo que me pasó a mí durante los primeros días, aunque seguía enamorada de esa isla en la que siempre descubría algún nuevo rincón que conquistara mi corazón.

Ella no dejaba de comprarse pulseritas que salían de las manos de las mujeres locales, así como colgantes que se iba colocando ante la risa de todos nosotros, puesto que parecía disfrutar como una cría.

previos llegué a conocerlo muy bien.

Liam comenzó a descorchar botellas de vino de las que daba la impresión de que no se subían a la cabeza, pero bien que lo hicieron. Las risas que nos echamos fueron pocas y el baño de tres horas en la piscina, copa en mano, resultó también divertidísimo.

Por la noche salimos a pasear y a cenar en la calle, la isla lucía de lo más animada y esplendorosa, llena de color. Patty miraba asombrada para todos los lados, se mostraba fascinada con cuanto veía, más o menos lo que me pasó a mí durante los primeros días, aunque seguía enamorada de esa isla en la que siempre descubría algún nuevo rincón que conquistara mi corazón.

Ella no dejaba de comprarse pulseritas que salían de las manos de las mujeres locales, así como colgantes que se iba colocando ante la risa de todos nosotros, puesto que parecía disfrutar como una cría.

Capítulo 34



Liam estaba en la cocina preparando el desayuno con mi padre cuando me levanté y Patty seguía durmiendo. Para mí que ella no se levantaría hasta que no la tirásemos de la cama.

—Hija, me he enamorado de tu nueva amiga —me contó como si todavía no me hubiese dado cuenta. Mi padre era así, en ciertos momentos como que le parecía que yo seguía teniendo cinco años.

—¿No me digas? —pregunté en plan bromista, causando una carcajada en Liam y en él—. Papá, sé que me vas a dar alguna explicación, pero no la necesito, te la puedes ahorrar. —Le cogí la mano y se la apreté, en señal de que estaba con él y de que me alegraba mucho por su repentino enamoramiento.

—¿Estás feliz? —me preguntó como si eso fuera lo que más le importase en la vida. Como siempre, tan pendiente de mí, si es que lo tenía que adorar…

—Claro, te mereces rehacer tu vida. —Le acaricié la barbilla y besé su mejilla.

—Me estoy emocionando —murmuró Liam causándonos una risa. Ya saltó el otro, que era de lo más chistoso. No, si allí el que no corría, volaba.

—Anda, terminad de preparar el desayuno que voy avisando a Patty —les pedí y entonces observé cómo mi padre y Liam se miraban cómplices. Este último le hacía un gesto como de que ya le había advertido de que yo estaría encantada y mi padre parecía bastante aliviado, aunque para mí era evidente que ya le había dado el visto bueno antes a la relación, con solo mostrarles tanta alegría el día anterior al verlos llegar juntos, pero si él lo necesitaba…

Me costó la misma vida despertar a Patty, pero lo conseguí. Me la llevé medio sonámbula al jardín donde nos estaban preparando la mesa. Esa chica, más que dormir, parecía que caía en coma.

Nos quedaban por delante once días antes de que todos regresáramos y los quería aprovechar al máximo. Yo le iba a sacar el máximo partido a Indonesia y a aquella reunión que valía su peso en oro.

—Tu padre dice que me va a dejar preñada —murmuró en mi oído y tuve que escupir el trago de café que tenía en la boca.

—Al saber qué le ha dicho —murmuró mi padre negando y riendo.

—Mejor que ni lo repita —reí pasando una servilleta por la parte de la mesa que manché.

—Solo le dije que le podríamos dar un precioso hermanito —sonrió ella como si me lo hubiese dicho así y no activando el modo burra, pero que daba igual, el resultado sería el mismo.

—Bueno dicho así suena suave, pero no como me lo has dicho. —No podía dejar de reír y trataba de asimilar la noticia, porque capaces eran, ¿cuántas vueltas daría mi vida? Cielos, las noticias se agolpaban.

Patty estaba sembrada y tenía unos golpes buenísimos, más que nada porque te soltaba las cosas como las pensaba y eso hacía que las barbaridades más gordas salieran por su boca. Esa actitud era también muy de Inés, aunque de esa prefería ni acordarme porque las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos. Mi padre no perdía la sonrisita y es que se le notaba que se le caía la baba con su chica como a un quinceañero. Su felicidad era la mía y solo podía alegrarme de verle así.

Liam ordenó que preparasen los documentos para despedir a Inés. No me consultó, tomó una decisión como jefe de la empresa que era y punto. Yo no dije nada, simplemente entendí que ya no pegaba en ella y ni siquiera en nuestras vidas, por mucho que me doliera. La había querido como a una hermana, pero ya no era el caso, además de que entendía que la confianza era primordial en una relación laboral y que Liam ya no podría volver a confiar en alguien como Inés.

Dolía, y no poco, aunque la vida tenía que seguir. Yo estaba viviendo algo muy bonito por primera vez y no permitiría que nadie empañara mi felicidad. Además, tenía claro que de mi vida pasada solo podía querer ya a mi padre, ese que estuvo siempre en un segundo plano y quien de pronto pasó al primero y para siempre, me tuviera que llevar por delante a quien me tuviera que llevar para lograrlo. Mi madre para mí ya no era la de antaño, ni siquiera la echaba de menos. Esa mujer no se merecía ni la más mínima empatía por mi parte ni mucho menos mi cariño.

Muchas veces nos sentimos en la obligación de respetar y amar a nuestros familiares por el simple hecho de serlo, pero yo tenía los ojos bien abiertos y aprendí que el corazón en ese sentido no era buen consejero. Se trataba de mi madre, sí, pero no había hecho nada por verme feliz, todo lo contrario. Si yo hubiera seguido sus consejos (o más bien sus órdenes), me habría convertido en una desgraciada a tiempo completo.

Horas después, mientras estaba tranquilamente tumbada en la playa disfrutando del atardecer, me llegó un mensaje de Inés que me hizo reafirmarme en la idea de que ella nunca fue mi amiga.

Inés: *Eres tan inútil que has llegado a pensar que por el mero hecho de que Liam me despida del trabajo me joderéis la vida, esa que tú vives al lado de un hombre que te utilizó sin consideración. Disfruta de la de cuernos que te caerán mientras estés con él.*

Me quedé boquiabierta, igual que el resto cuando se lo enseñé.

—Qué mala es la envidia —murmuró Patty poniéndose las manos en la boca.

—Ya le llegó el despido —murmuró Liam—. Me parece muy mezquino que se dirija así a ti cuando fui yo quien la despidió. Me alegro de que ya no estés con alguien así, al final las personas se desenmascaran.

Y tenía razón, iba a resultar que ese dicho de que «ni los buenos son tan buenos, ni los malos son tan malos» era cierto, pues muchas veces damos por hecho cosas que no se corresponden en nada con la realidad.

—Hija, tú eres fuerte. —Me recordó mi padre—. En peores plazas has toreado, ¿o es que no lo recuerdas? —me preguntó refiriéndose al tema de mi madre.

—Sí, papá, lo recuerdo. El problema es que todo suma. Te llevas un palo y piensas que es el último hasta que llega el siguiente.

—Ya, como que te parece que alguien te ha puesto la pierna encima para que no levantes cabeza —añadió Patty —. A mí también me ha ocurrido en algunas ocasiones.

—Pero ahora nos tienes a nosotros y no vamos a permitir que te hagan más daño, se acabó —afirmó rotundo Liam, quitándome el móvil de las manos para evitar que yo siguiera releyendo ese mensaje que me dejó loca y qu no podía entender.

—Liam tiene razón, cariño. Tú estás en el mejor momento de tu vida, lo mires por donde lo mires —intervino mi padre—. Y no puedes permitir que esta gente te haga tanto daño, no es justo. Así que alégrate de echar de tu vida a todas esas personas que no te suman, sino que te restan.

—Eso, tú ponte en plan Marie Kondo y verás la limpieza que hacemos —me animó Patty, que no podía evitar decir una de las suyas.

Todos tenían razón, así que decidí que no me destrozaría el día ni tampoco los siguientes. Todo el viaje con los mimos de Liam incluidos, así como la visita de mi padre y Patty bien lo merecían, de manera que nadie lograría borrarme la sonrisa de la cara. Sin más, la bloqueé y ni titubeé a la hora de hacerlo.

Yo había cambiado mucho gracias a cuanto estaba viviendo, y en ese cambio entraba tomar decisiones sin mirar

atrás. No podemos dejarnos arrastrar por un pasado que duele, porque ese pasado supondrá un lastre para el presente y nos joderá el futuro.

En coherencia con ese pensamiento, que era lo menos que le debía a quienes sí demostraban quererme y hacerlo bien, comencé a vivir esos días con intensidad disfrutando del amor con Liam. Reconozco que me hizo vibrar en los que podría calificar como los días más bonitos de mi vida hasta el momento, además en compañía de mi padre ese ser que me demostró una lealtad y un amor infinitos, y que encima venía acompañado de mi queridísima Patty como guinda del pastel.

Disfrutamos a tope de esos días por las tres islas, recorriéndolas, puesto que comenzamos a movernos en ferry entre ellas, pero siempre regresando a la villa a dormir, pues se convirtió en nuestro cuartel general y en el lugar a que deseábamos volver por la noche para que cada pareja pudiera disfrutar también de la ansiada intimidad.

Antes de pensar en el regreso, ya nos estábamos planteando el futuro. Liam me pedía con insistencia que me fuera a vivir con él a su casa, a esa que no conocía, puesto que en su día nos alojamos en la de la sierra. Me hacía ilusión, la verdad es que no quería separarme de él a la vuelta, pues sabía que me costaría la vida y, además, así le facilitaría el vivir su momento a mi padre y a Patty, que también tenían derecho a su parcela de privacidad.

Sí, estaba decidida porque nada ni nadie podría hacer que Liam y no nos separásemos. Ya lo intentaron todos aquellos malvados que metieron baza en su momento, y a todos les demostramos que nuestro amor estaba a prueba de maldades.

—Sí, me iré a vivir contigo —le dije la última noche a Liam y él se volvió loco de contento. Hasta entonces, aunque la idea me encantaba, yo siempre guardé silencio.

e—¡Me haces el hombre más feliz del mundo! —exclamó mientras comenzamos a rodar por la cama haciendo la croqueta y a punto estuvimos de caer al suelo.

No, yo no me habría caído porque antes siquiera de que mi cuerpo asomara por el borde de la cama él me abrazó con tanta fuerza que me demostró una vez más que no consentiría que me lastimase.

Al día siguiente, volaba llena de seguridad, más segura que nunca, confiando en el hombre que un día me decepcionó para luego demostrarme que esa no era su naturaleza y que su arrepentimiento fue total.

Amaba a Liam con toda mi alma y con todo mi corazón, y quería seguir escribiendo nuestra historia de amor porque lo era, con todas las letras, un hombre no podía fingir tanto cada minuto que pasaba al lado de una mujer. El nuestro era un amor en mayúsculas, un amor romántico que crecía y crecía cada día que pasábamos juntos.

A mi padre le caía muy bien y esos días congeniaron muchísimo, había mucha complicidad y buen rollo entre ellos, circunstancia que acrecentaba mi felicidad, porque obviamente eran los dos hombres de mi vida y para mí

fue fundamental que hubiese nacido esa sintonía entre ambos.

Y por fin, tras tanto giro y sobresalto, tocaba comenzar una vida a su lado, esa que quería cuidar como el mayor d mis tesoros y para qué mentir, esa que me hacía sentir unos increíbles nervios y que me tenía expectante. Y no había nada más que añadir.

fue fundamental que hubiese nacido esa sintonía entre ambos.

Y por fin, tras tanto giro y sobresalto, tocaba comenzar una vida a su lado, esa que quería cuidar como el mayor de mis tesoros y para qué mentir, esa que me hacía sentir unos increíbles nervios y que me tenía expectante. Y no había nada más que añadir.

Capítulo 35



Ni qué decir tiene que el regreso instalándome en casa de Liam supuso todo un cambio para mí…

Me gustaba la vida en común que estábamos comenzando y eso que solo hacía una semana de nuestra vuelta. Obviamente veníamos de compartir veinticinco días, pero no era la mismo que sentir que comenzábamos en un hogar en el que soñábamos que lo nuestro fuera para toda la vida, el mismo hogar donde construiríamos nuestra familia, eso lo teníamos claro, puesto que era ideal para ello.

Ya nos habíamos incorporado al trabajo y notaba cómo Liam me asignaba responsabilidades no acordes a mi puesto. Yo intuía que trataba de convertirme en su mano derecha, sin olvidar que ya tenía una, pero era evidente que intentaba que me sintiera importante en las oficinas.

Aquel día era viernes y me había comentado que saldríamos a cenar, que quería llevarme a un lugar muy bonito a celebrar nuestra primera semana de vida en común. A mí me emocionó mucho ese hecho, sin dejar de lado que por la mañana me había llegado un precioso ramo de flores de su parte.

Mi padre y Patty también vivían ya juntos, estaban ilusionadísimos disfrutando de eso tan maravilloso que el amo hace con las vidas de quienes tienen la dicha de saborearlo y ella no dejaba de subir fotos a las redes relacionadas con su nueva vida junto al hombre que amaba. Estaba feliz, se le notaba a la legua y quería compartirlo con aquellos a los que quería.

Al mediodía Liam no almorzó conmigo. Yo me dirigí directa a casa a prepararme un sándwich y echarme un rato en el sofá. Estaba cansada, aún sentía el cansancio de los cambios de horario, a pesar de haber pasado siete días ya.

En cuanto a él, que no paraba, se marchó a una reunión muy importante con otros inversores y apareció por casa a las siete de la tarde, justo cuando me levanté de la siesta.

Nos arreglamos después de una buena ducha juntos (que se prolongó más de la cuenta, por supuesto) y nos marchamos en un taxi hacia el restaurante, ya que Liam no quería que yo condujera con la intención de que, tras la cena, me pudiese tomar las copas que me viniesen en gana.

A todo esto, mientras íbamos de camino, me llamó Patty para decirme que había husmeado en las redes de Inés y que aparecía con mi hermano, él besando su barriga y anunciando que iban a ser padres. Se me removió todo por dentro. A Liam, sin embargo, no se le removió nada, sino que se le revolvió. En concreto se le revolvieron los ojos, pero no quisimos darle más importancia. No podíamos permitirnos que nada enturbiara la felicidad que estábamos sintiendo en esos momentos.

Llegamos a un restaurante que estaba de moda y que era lo más de lo más. Contaba con una romántica terraza iluminada por velas con presencia de castillo antiguo, algo sublime y sobrecogedor, con un ambiente selecto donde lo hubiese. Nos acompañaron hasta la mesa y nos sirvieron el vino que Liam pidió.

A continuación, también pidió algo más…. Concretamente me pidió la mano por encima de la mesa y la acarició con sus dedos mientras me miraba emocionado. Agarramos la copa para brindar y me di cuenta en esos momentos de que la mía contenía un anillo con una perla que sobresalía.

—¿Qué es esto? —pregunté emocionada y a la vez sorprendida.

—Es el anuncio de la mayor de mis locuras, esa que quiero cometer junto a ti. Martina, ¿te quieres convertir en m esposa?

—¡Liam! —reí nerviosa—. Apenas hace un mes que estamos juntos —le recordé porque me parecía increíble lo que estaba sucediendo, ¿era posible que se hubiera animado a hacerlo en tiempo récord? Pues le miraba y parecía que sí, su pedida no sonaba a broma precisamente.

—¿Y no te has dado cuenta de que parece que llevamos toda una vida?

—Sí —le dije afirmando con la cabeza sin dar demasiado crédito a eso tan asombroso que me estaba ocurriendo. En ningún momento sospeché que la que iba a ser una simple cena de un viernes cualquiera se convirtiese en una fecha tan memorable, ¡la noche en la que Liam me pidió matrimonio!

—¿Y, por qué el tiempo ha de marcar los pasos de una relación? Es más bonito que lo marquen los sentimientos y creo que de esos vamos sobrados. —Aparté mi mano de la suya y metí mis dedos para coger el anillo con suavidad.

—Quiero casarme contigo cuando digas, ¡¡¡claro que quiero!!! —exclamé por fin porque no hacía falta que él intentara convencerme. Podía sonar a locura, ¿y qué? Era nuestra locura y yo quería vivirla con Liam.

—Pues —me quitó el anillo—, déjame ser yo quien te pida que sea en un corto espacio de tiempo, ¿un mes? —me preguntó y, aunque en principio pensé que se trataría de una broma, enseguida me confirmó con su gesto que no l era, ¡¡para alucinar!!

—¿¡Un mes!? —Me reí a carcajadas de los nervios que sentí—. Venga, mañana mismo me voy a mirar vestidos de novia, seguro que mi padre me lo regala, por eso no habrá problema. La vida no para de darme sorpresas, una detrás de otra.

—Pues hablando de sorpresas… —murmuró.

—¿Más? Yo no sé si esto ya es sano para mi corazón. —Me llevé la mano al pecho y noté que me latía a toda pastilla.

—Pues prepárate porque tengo que contarte que la reunión a la que asistí esta tarde fue para vender la empresa…

—¿Vas a vender las oficinas? Pero ¿eso por qué? —no entendía y no quería pensar que tuviera que ver conmigo. Yo no deseaba ser la causa de que Liam dejara de lado esa empresa que con tanta pasión levantó.

—Sí, con el dinero que amasé ya podemos vivir bien, por no hablar de las numerosas propiedades que poseo y qu pondré en alquiler, además de que podré hacer alguna que otra operación desde casa. Lo he decidido así porque quiero vivir una vida más familiar y no con tanta presión —me explicó y entendí que era una decisión personal que tenía una base porque él parecía desear hacerlo así.

—Me acabo de quedar en el paro —reí al pensar que me había durado poquito mi primer empleo.

—Haremos muchas cosas, como por ejemplo gestionar el patrimonio y explotarlo lo mejor que podamos, ¿te parece? —Buscaba mi aprobación, la cual parecía importarle mucho.

—Yo no entiendo demasiado de eso, pero si implica tenerte más relajado y más tiempo, suena muy bien —acepté porque yo veía que Liam no dejó ni un cabo suelto y que lo pensó todo antes de pedirme matrimonio.

—He pensado que podríamos casarnos en el pueblo —añadió a continuación cambiando el tercio.

—¿En qué pueblo? —le pregunté mirándole con una interrogación en la cara.

—En el de tus abuelos. Me encantó, aparte de que sé que le tienes mucho cariño. No solo me lo contaste tú, también tu padre me explicó que allí viviste muchos de los mejores momentos de tu infancia y no se me ocurre ningún otro lugar mejor para unir nuestras vidas, además de que hay un precioso hotel muy familiar y con mucha historia en él.

—Sí, el Castillo de San Bernardo —asentí.

—Ese es.

—Pero no sé si habrá cupo, lo mismo ya está todo reservado. Ese sitio cuenta con mucho éxito.

—No, para el tres de octubre no. Ya lo he reservado completo de viernes a domingo. El enlace se celebrará el sábado.

—Me muero —le solté emocionada y soltando unas lagrimillas—. Por cierto, viendo el plan que hay con tu familia y con parte de la mía, asistirán cuatro gatos.

—Treinta personas, tengo amigos y personas que no pueden faltar por compromiso.

—Por mi parte, con mi padre, Patty y el hermano de mi padre con su mujer y mis dos primas, ya estamos todos.

—Conté con ellos… —Acariciaba mi mano— Además… —Señaló para el pasillo y vi que se acercaban mi padre y Patty—. Ellos se quieren unir hoy para celebrar esta pedida —me eché a reír nerviosa y me levanté a abrazarlos, entendiendo que estaban al tanto de que Liam acababa de pedirme matrimonio.

—Hija, tienes mi aprobación, aunque a tu edad no te hace falta, pero algo me dice que Liam va a saber cuidarte y respetarte como lo haría yo.

—Te quiero, papá.

—Por cierto —habló Liam—, me gustaría que Patty me llevara al altar, al igual que entiendo que nadie mejor que tu padre para ser tu padrino.

—Me encanta la idea —aceptó emocionada ella.

Yo irradiaba felicidad por los cuatro costados gracias a esa pedida imprevista y sorprendente que Liam me hizo, ¿no era bonito? Reconozco que el poco tiempo restante me asustaba un poco, pero ¿qué tenía que ver el tiempo cuando los dos juntos éramos felices y nos sentíamos tan a gusto?

—Ese es.

—Pero no sé si habrá cupo, lo mismo ya está todo reservado. Ese sitio cuenta con mucho éxito.

—No, para el tres de octubre no. Ya lo he reservado completo de viernes a domingo. El enlace se celebrará el sábado.

—Me muero —le solté emocionada y soltando unas lagrimillas—. Por cierto, viendo el plan que hay con tu familia y con parte de la mía, asistirán cuatro gatos.

—Treinta personas, tengo amigos y personas que no pueden faltar por compromiso.

—Por mi parte, con mi padre, Patty y el hermano de mi padre con su mujer y mis dos primas, ya estamos todos.

—Conté con ellos… —Acariciaba mi mano— Además… —Señaló para el pasillo y vi que se acercaban mi padre y Patty—. Ellos se quieren unir hoy para celebrar esta pedida —me eché a reír nerviosa y me levanté a abrazarlos, entendiendo que estaban al tanto de que Liam acababa de pedirme matrimonio.

—Hija, tienes mi aprobación, aunque a tu edad no te hace falta, pero algo me dice que Liam va a saber cuidarte y respetarte como lo haría yo.

—Te quiero, papá.

—Por cierto —habló Liam—, me gustaría que Patty me llevara al altar, al igual que entiendo que nadie mejor que tu padre para ser tu padrino.

—Me encanta la idea —aceptó emocionada ella.

Yo irradiaba felicidad por los cuatro costados gracias a esa pedida imprevista y sorprendente que Liam me hizo, ¿no era bonito? Reconozco que el poco tiempo restante me asustaba un poco, pero ¿qué tenía que ver el tiempo cuando los dos juntos éramos felices y nos sentíamos tan a gusto?

Capítulo 36



Y llegó ese viernes en el que un taxi nos llevó al Castillo de San Bernardo, en el que ya se alojaban mi padre y Patty. Los demás llegarían a la mañana siguiente antes del enlace y se alojarían también en él hasta el domingo.

Lucía increíble, de verdadero cuento. Bien se notaba que Liam dio las instrucciones precisas para que aquel lugar, fascinante de por sí, brillara con luz propia en el que sería el día más importante de nuestras vidas.

La *suite* presidencial, que, por supuesto ocupamos Liam y yo, rezumaba detalles por doquier. En ella encontramos, a modo de bienvenida: flores, bombones y frutas, si bien lo mejor de todo eran unas vistas impresionantes que se divisaban a través de un balcón no muy grande pero perfecto para asomarse y disfrutar con plenitud del entorno incomparable de aquel lugar en el que uniríamos nuestras vidas.

Yo no podía parar quieta, llevaba días tomando valeriana para poder conciliar el sueño a consecuencia de un enlace que activó en mí la maquinaria de la ilusión de una forma que a Liam le fascinaba, diciéndome que estaba logrando que se enamorase más de mí cada día, y que hasta entonces él pensaba que eso era imposible.

Después de dejar nuestras maletas en la *suite*, bajamos a cenar. El vestido de novia me lo habían llevado hasta allí aquella tarde y ya pendía del techo de la habitación aledaña a la principal. Por supuesto que su puerta estaba cerrada a cal y canto porque yo moría de las ganas de aparecer con él ante Liam al día siguiente, y no quería de ninguna forma que lo viese antes, ¡ni en broma!

Con mi vestido también hubo amor a primera vista. Aunque fue mi padre quien me lo regaló (como supuse de antemano) fui a buscarlo con Patty.

Me enseñaron varios al mismo tiempo y no tuve ninguna duda en descartar el resto sin ni siquiera probármelos, eligiendo ese que me sentaba como un guante y que parecían haber diseñado expresamente para mí. Tal fue así, que se dio la circunstancia de que no tuvieron que hacerle ningún arreglo, porque se amoldaba a la perfección a m figura.

Patty estuvo de acuerdo conmigo y, en cuanto me lo enfundé, se llevó las manos a la boca.

—Es el tuyo, cariño, es el tuyo, no te lo pienses más —me dijo mientras yo asentía y ambas rompimos a llorar y luego a reír, como dos bobas, para terminar abrazadas. No puedo negar que en aquella tarde tan especial que pasé junto a Patty eché de menos a Inés, esa otra amiga a la que un día perdí y que me hubiera encantado que permaneciera en mi vida. En fin, que ella eligió bando y con el paso de las semanas aprendí a pasar olímpicamente de la que un día se autodenominó mi mejor amiga, ¡y un rábano!

Mi padre y Patty nos esperaban emocionados para cenar al ver la excelente marcha de los preparativos, puesto que no paraban de añadir detalles por todo el recinto, el mismo que disfrutaríamos en exclusividad durante todo el fin de semana.

La cena transcurrió perfecta y con pinceladas de humor destinadas a rebajar el nivel de nervios del que todos hacíamos gala. Además, mi padre se mostraba muy emocionado y no dejaba de sonreírme y de acariciar mi mano.

He de confesar que por aquel entonces ya no echaba en falta a nadie de mi familia ni tampoco a Inés, para entonces ya no. Había aprendido que el amor no es rastrero y que más vale poco y verdadero, que mucho y absolutamente despreciable, teñido con la suciedad de la traición.

No bebimos mucho con la intención de levantarnos todos frescos y poder disfrutar del gran día, ya que la ceremonia se celebraría a media mañana y tras ella la fiesta se prolongaría durante tantas horas como nuestros cuerpos aguantasen.

Ya en la *suite*, nos desnudamos después de traspasar las puertas y terminamos en la cama disfrutando de esos momentos en los que la tensión sexual tan intensa que existía entre nosotros terminaba reflejándose en nuestros cuerpos, así como en nuestra forma de tocarnos y fundirnos en uno.

Nos levantamos a las siete de la mañana y Liam pidió que nos sirvieran el desayuno. Sí, habíamos pasado la noche anterior a la boda juntos, la tradición consistente en que los novios han de pasarla por separado no fuimos capaces de acatarla, dado que nos costaba demasiado separarnos uno del otro.

Liam encendió la tele para escuchar las noticias. Le gustaba hacerlo cada día y, cuando no era así, las veía en el móvil. Nuestra cara fue un poema al observar en primer plano la de mi hermano Julio.

Resultó que lo habían denunciado varias personas por extorsión, entre ellas Inés, a la que estuvo amenazando y obligándole a decir cosas que no eran ciertas. No me podía creer la nueva barbaridad que cometió Julio, no me lo podía creer. Lo de Inés era mentira, todo lo hizo por las coacciones y amenazas que recibió por parte de ese tipejo que sería mi hermano, pero con el que yo ya no quería compartir ni la sangre que corría por nuestras venas.

Me puse a llorar como una cría desvalida y Liam llamó a mi padre y a Patty para que lo vieran, además de contarles que mi hermano ya se encontraba en prisión provisional a la espera de juicio. Una verdadera tragedia para cualquier familia, pero que en ese caso me devolvía a una amiga que un día se vio obligada a separarse de mí

Ojalá que Inés aceptara mis disculpas. Ahí lo entendí todo, incluso lo del cruel mensaje que me envió sobre su despido, seguro que fue mi hermano quien se lo dictó para hacerme dudar de la fidelidad de Liam.

Julio era un monstruo e Inés no estaba esperando ningún hijo suyo ni jamás estuvo sentimentalmente unida a él. La pobre no era más que una víctima de ese verdugo en el que se había convertido aquel al que siempre llamé hermano y que ya no lo era, pues lo sentí así.

—Tú preocúpate de ponerte bien guapa que del resto nos encargamos nosotros —dijo Patty haciéndole un gesto a mi padre de que se marchaban.

—Pero Inés… —murmuré con tristeza.

—Nos encargamos de todo —contestó mi padre haciéndome un guiño.

Lloré lo más grande y hasta la maquilladora se quejó varias veces entre bromas, tratando de que me tranquilizase, algo que no lograba porque los nervios me comían al sentir que mi corazón volvía a latir junto al de Inés.

El vestido me quedaba precioso incluso con el nudo en la garganta que sentía, porque guapa seguía estando de todas formas. Mi padre apareció para ver qué tal estaba, un rato antes de conducirme al altar, y Liam se fue a prepararse a otra habitación y me dejó disfrutar en la intimidad del momento con las profesionales que habíamos contratado para que le dieran el mejor de los toques a mi estilismo nupcial.

La sonrisa de mi padre era como tranquilizadora, por eso llegó tan pronto. No obstante, no me decía nada al respecto y Patty no aparecía por allí. Lo mismo iba con retraso y se estaba arreglando, que llevábamos una mañanita que para nosotros se quedaba.

El hecho de que la sonrisa de mi padre invitaba a que me relajase lo corroboré al abandonar la *suite* y encontrarme a Inés de lo más emocionada, llorando a moco tendido y con solo un hilo de voz saliendo de su garganta.

—A toda leche me he comprado un vestido en la tienda del barrio —dijo causándome una carcajada, aunque lo cierto es que eso era lo de menos porque mi amiga siempre estaba preciosa, se pusiese lo que se pusiese. Nos fundimos en un abrazo entre sollozos y tuvieron que hacerme otro retoque más, a ese paso iba a llegar al altar como la Macarena.

—Y a toda leche, porque me voy a casar, quiero pedirte disculpas, cariño mío —le contesté yo.

—¿Y qué disculpas tienes que pedirme tú cuando de pronto creíste que me cambiaba al bando de los malos? Demasiado bien te comportaste, si soy yo te arranco los pelos y no hubieras podido lucir esta melena el día de tu

boda, hija de la gran fruta, que parece de anuncio de champú. Y ahora tira, que se me correrá el rímel por tu culpa y tú estarás muy bien servida con tu Liam, pero a mí será lo único que se me corra hoy en el cuerpo.

Ya volvía Inés a mi vida y ya arrancaba mis carcajadas. Hasta contagié a mi padre (quien no la había escuchado), pero imaginó que me había soltado una de sus burradas al acercarme a ella.

Cuando Liam me vio con ese vestido de corte griego, asimétrico y con un solo hombro que se veía realzado por su caída espectacular, se emocionó por completo. Él apareció también guapísimo ante mis ojos con un traje en tono crudo combinado con camisa blanca, la cual contrastaba con el moreno natural de su piel, ese que se trajo de las islas y que aún lucía.

Debo decir que, para ser Liam un hombre rico como era, la nuestra no fue una boda multitudinaria ni ostentosa, sino una privada e íntima, la boda que ambos deseamos, sin tanto formalismo ni protocolo.

Nos fundimos en un fuerte y emotivo abrazo ante los pocos invitados que aplaudían con efusividad, porque nuestra historia fue tan breve como intensa y plagada de obstáculos que tuvimos que sortear como campeones para poder llegar hasta allí.

En el altar nos colocamos, de derecha a izquierda, mi padre (como padrino), yo (aunque una deba mencionarse la última), Liam, Patty (en su papel de madrina) e Inés (como mi recién incorporada y flamante dama de honor, quien no conseguía contener las lagrimillas). Todo un cuadro, a cuál más emocionado cada uno de nosotros.

La ceremonia resultó cien por cien emotiva, y tan pronto nos dejábamos llevar por las risas como por el llanto. Quien la ofició era amigo de Liam y conocía nuestra historia (tan particular) «de pe a pa», por lo que hizo referencia a algunos de los avatares que nos encontramos por el camino, así como al hecho de que el amor verdadero todo lo puede, que es una verdad como una catedral.

Tras ella, pasamos a los canapés antes del almuerzo, todo era de novela, a cada momento me llevaba una sorpresa como cuando nos entregaron las copas con bengalas y fuegos artificiales que dibujaron nuestros nombres en el cielo.

El almuerzo fue majestuoso, tanto en preparación como en sabor y presentación, lo cual nos agradó mucho al ver disfrutar y comentar cada uno de los platos que les iban sirviendo a nuestros invitados, pues como dijo Liam, «en nuestro día no podía faltar de nada».

Por cierto, que Liam, quien a pesar de lo vivido seguía siendo pura bondad, tuvo el bonito gesto de invitar a sus padres, pese a que le hubiesen dado de lado en su día, si bien ellos declinaron la invitación. Al menos, eso sí, la negativa de ambos le sirvió para dar carpetazo a su pasado y comenzar a pensar en construir conmigo la que sería nuestra nueva familia, esa que quería cuidar para el resto de su vida.

, La anécdota graciosa la protagonizó Jorge, un amigo de Liam que quedó prendado de Inés y no dejó de perseguirla durante todo el día. A ella se la veía cómoda y se ruborizaba con tantas atenciones, puesto que hasta la sacaba a bailar y la cogía en brazos ante nuestras risas por los momentos tan cómicos que nos hicieron vivir.

A la hora de cortar la tarta, mi padre y Patty se colocaron a nuestro lado, de lo más ceremoniosos, y justo levantamos la espada reglamentaria cuando vimos pasar a Jorge por debajo de ella y a Inés frenarse en seco.
ı Resulta que en ese momento era ella quien le perseguía diciendo que le iba a dar para el pelo por no dejarla en paz, entre carcajadas, y él se agachó a tiempo.

—Madre mía, un poco más y le cortas la cabeza a tu amigo, Liam, la boda se habría hecho viral —le dijo a mi ya marido mientras parecía desmayarse causando también las carcajadas del resto, porque mi amiga habría servido para humorista.

Qué contenta me sentí de reencontrarme con ella ese día, porque he de reconocer que nuestra boda no habría sido la misma sin la presencia de Inés, mi Inés, esa que siempre estuvo en mi vida y que siempre seguiría estando.
a
Tengo que hacer referencia también a que Liam se mostró todo el día muy sensible, buscando mis besos y abrazos, haciendo a todos partícipes de esa complicidad que surgió desde el principio entre ambos y de la que le encantaba presumir.

Quién me iba a decir que me casaría con un hombre con el que ni siquiera llevaba tres meses, pero que se perfilaba como el amor de mi vida, el ser que podía complementarme en todo y ese que era capaz de hacerme reír incluso cuando la tristeza me visitaba.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la madrugada y, cuando todos se fueron, comenzó en nuestra *suite* una segunda fiesta; la privada, con unas connotaciones sexuales que todavía me ponen los vellos de punta cuando las recuerdo.
,

La anécdota graciosa la protagonizó Jorge, un amigo de Liam que quedó prendado de Inés y no dejó de perseguirla durante todo el día. A ella se la veía cómoda y se ruborizaba con tantas atenciones, puesto que hasta la sacaba a bailar y la cogía en brazos ante nuestras risas por los momentos tan cómicos que nos hicieron vivir.

A la hora de cortar la tarta, mi padre y Patty se colocaron a nuestro lado, de lo más ceremoniosos, y justo levantamos la espada reglamentaria cuando vimos pasar a Jorge por debajo de ella y a Inés frenarse en seco. Resulta que en ese momento era ella quien le perseguía diciendo que le iba a dar para el pelo por no dejarla en paz, entre carcajadas, y él se agachó a tiempo.

—Madre mía, un poco más y le cortas la cabeza a tu amigo, Liam, la boda se habría hecho viral —le dijo a mi ya marido mientras parecía desmayarse causando también las carcajadas del resto, porque mi amiga habría servido para humorista.

Qué contenta me sentí de reencontrarme con ella ese día, porque he de reconocer que nuestra boda no habría sido la misma sin la presencia de Inés, mi Inés, esa que siempre estuvo en mi vida y que siempre seguiría estando.

Tengo que hacer referencia también a que Liam se mostró todo el día muy sensible, buscando mis besos y abrazos, haciendo a todos partícipes de esa complicidad que surgió desde el principio entre ambos y de la que le encantaba presumir.

Quién me iba a decir que me casaría con un hombre con el que ni siquiera llevaba tres meses, pero que se perfilaba como el amor de mi vida, el ser que podía complementarme en todo y ese que era capaz de hacerme reír incluso cuando la tristeza me visitaba.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la madrugada y, cuando todos se fueron, comenzó en nuestra *suite* una segunda fiesta; la privada, con unas connotaciones sexuales que todavía me ponen los vellos de punta cuando las recuerdo.

Epílogo



Diez años después…

Mi emoción era insuperable al ver cómo lucía nuestra hija Daniela su vestido de Primera Comunión. Era la niña más dulce, simpática y cariñosa del mundo, a su padre se le caía la baba mientras la miraba con emoción incontenible.

Daniela llegó a nuestras vidas nueve meses después del enlace. Una llegada tan inesperada como ilusionante que cambió para siempre la vida de su padre y la mía.

Nos enteramos de la noticia de que yo estaba embarazada al regresar de la luna de miel que disfrutamos en las Maldivas, hacia la cual partimos a renglón seguido de la boda y que Liam preparó en el más absoluto de los secretos.

Diez días que pasamos en una villa sobre el mar con piscina y con todas las comodidades que invitaban a la ensoñación, haciendo inolvidable nuestra estancia allí, en la que sin saberlo encargamos a Daniela o quién sabe, que esa ciencia no es tan exacta, lo mismo la encargamos en la noche de bodas, en esa en la que Liam quiso demostrarme que tenía el marido más sexy del mundo.

Inés, mi amiga, que siguió siéndolo y que lo sería de por vida, tenía un bebé de tres años llamado Martín. Una monería de crío al que Daniela adoraba, fruto de su matrimonio con Jorge, el amigo de Liam que conoció el día de nuestra boda y del que no volvió a separarse desde entonces, contrayendo matrimonio unos añitos después.

Mi padre y Patty también se casaron al verano siguiente de nuestro enlace, como era de esperar dada la dinámica de su chispeante relación. Contra todo pronóstico, pues bromearon con respecto a ello, no tuvieron hijos porque a ella le detectaron ovarios poliquísticos avanzados y un embarazo por su parte habría supuesto someterse a tratamiento, algo que descartaron porque en realidad a ellos no les preocupó lo más mínimo. Vivían una historia feliz y bonita donde las hubiese, existía mucho amor entre ambos.

Todos acudirían a la celebración de la Primera Comunión de nuestra niña, la única que tuvimos Liam y yo, no porque hubiéramos decidido plantarnos con una, sino porque no me volví a quedar embarazada a pesar de que los

ginecólogos me confirmaron que no tenía ningún problema, igual que Liam. Simplemente no llegó ningún hijo más y con una nos dimos por satisfechos.

Nuestra hija Daniela, por otra parte, nunca nos pidió un hermano, por lo que nos puso las cosas muy fáciles en ese sentido. Ello era debido a que se trataba de una mimosa que estaba encantada de ser la niña de los ojos de papá y de mamá.

No por eso que os estoy contando ni tampoco por el hecho de que gozáramos de una posición económica más que acomodada se trataba de una cría malcriada. Para nada lo era, pues tanto su padre como yo nos encargamos de que creciera con los pies en la tierra, por mucho que el carácter mimoso lo hubiese heredado de su orgullosa mamá, es decir, de mí.

Mi padre se había jubilado ese mismo año y se encontraba pletórico. Es más, no tenía pinta de jubilado porque todos le echaban diez años menos de los que en realidad tenía, gracias a su atractivo físico y a su privilegiada genética.

Mi hermano se comió cinco años de prisión a consecuencia de que todas sus maldades le explotaron en la cara. Llevaba una doble vida que solo pudo ocultar durante un tiempo antes de que saltara por los aires.

Kate tampoco salió bien parada y llegó a nuestros oídos que cuanto sospechó sobre ella Liam era cierto, de modo que, aunque él cejó en su empeño y no volvió a seguirla de cerca, el karma jugó su papel y un error la llevó a dar también con sus huesos en la cárcel, lo mismo que el hermano de Liam, quien continuó metido en temas turbios hasta que cayó. Total, que ambos tuvimos un hermano entre rejas durante una buena temporadita, a lo que en el caso de Liam hubo que sumarle una ex, algo que a él le importó un mismo comino, pues bastante daño le hicieron de por sí.

De sus padres no volvió a saber nada y ni siquiera tuvieron la decencia de aparecer cuando nació su nieta Daniela, momento en el que yo les eché la cruz de por vida, lo mismo que hizo su hijo. Ellos eran sus padres porque así lo quiso el destino, pero no porque se comportaran como tales con mi marido, demostrando que el único hijo que les importó siempre fue el bala perdida de ese cuñado al que nunca llegué a conocer.

En cuanto mi madre, que era otra que mejor bailaba, se echó un novio y comenzó a salir y a vivir la vida que hasta entonces no fue capaz de disfrutar. Me alegraba por ella, pero a mí ni fu ni fa, no me removía ni lo más mínimo y menos desde que también me convertí en madre y comprendí la verdadera dimensión de esa palabra. Por mi hija daría la vida y la sonrisa de su cara constituía para mí la mayor de las bendiciones.

Liam era todo un padrazo y esposo. En ningún momento fue a menos en ninguna de las dos facetas. Y repito que, en ningún momento, todo lo contrario, pues se esforzaba por mantenernos unidos y porque en nuestro hogar se respirara amor.

Mi marido me demostró con creces que la mejor decisión que pude tomar en su día fue la de darle esa oportunidad que con tanto ahínco me pidió y que él aprovechó como nadie, haciéndome ver que el principal objetivo de su vida pasó a ser el de hacerme feliz, lo mismo que a su hija Daniela, por quien demostró sentir verdadera devoción desde el mismo momento en el que nació.

Nunca dejó de lado por completo su trabajo, pues desde casa se dedicaba a revisar propuestas y a decantarse por alguna que otra inversión. Era lo que le gustaba y se entretenía mucho con ello, además de que le agradaba comprobar que no perdía facultades a la hora de ganar dinero.

Jamás echó de menos su vida anterior, tan focalizada en el trabajo, debido a que siempre decía que la cambió por otra mucho mejor, entre otras cosas porque me consideró su mejor terapia a la hora de dejar atrás a esos demonios que terminaron por salir de él. Su carácter cambió por completo y no volvió a demostrar nunca esos tormentos mentales que antaño le hacían pasar de un estado de ánimo al otro con demasiada facilidad.

Yo tenía aficiones como la práctica del deporte y, para ocupar mis horas, abrí un canal en las redes destinado a mostrar la elaboración de platos saludables. Llevaba un estilo de vida *fitness* que me encantaba y que me permitía seguir conservando mi silueta de siempre. Era feliz subiendo videos que yo misma grababa mientras elaboraba esos platos que muchos seguían y luego se animaban a imitar, dejándome sus comentarios.

La pasión, también quiero contarlo, continuaba intacta entre Liam y yo. Seguíamos con esa facilidad para encendernos con tan solo tocarnos, por lo que aparte de mi marido, de mi mejor amigo y de ese compañero con el que compartir la aventura del día a día, Liam seguía siendo ese amante incombustible que me llevaba a rozar el cielo con las puntas de los dedos cada vez que se lo proponía.

Mi vida no siempre fue un camino de rosas, pero Liam se encargó de colorearla y de retirar todas sus espinas, ¿qué más podía pedir?

Mi marido me demostró con creces que la mejor decisión que pude tomar en su día fue la de darle esa oportunidad que con tanto ahínco me pidió y que él aprovechó como nadie, haciéndome ver que el principal objetivo de su vida pasó a ser el de hacerme feliz, lo mismo que a su hija Daniela, por quien demostró sentir verdadera devoción desde el mismo momento en el que nació.

Nunca dejó de lado por completo su trabajo, pues desde casa se dedicaba a revisar propuestas y a decantarse por alguna que otra inversión. Era lo que le gustaba y se entretenía mucho con ello, además de que le agradaba comprobar que no perdía facultades a la hora de ganar dinero.

Jamás echó de menos su vida anterior, tan focalizada en el trabajo, debido a que siempre decía que la cambió por otra mucho mejor, entre otras cosas porque me consideró su mejor terapia a la hora de dejar atrás a esos demonios que terminaron por salir de él. Su carácter cambió por completo y no volvió a demostrar nunca esos tormentos mentales que antaño le hacían pasar de un estado de ánimo al otro con demasiada facilidad.

Yo tenía aficiones como la práctica del deporte y, para ocupar mis horas, abrí un canal en las redes destinado a mostrar la elaboración de platos saludables. Llevaba un estilo de vida *fitness* que me encantaba y que me permitía seguir conservando mi silueta de siempre. Era feliz subiendo videos que yo misma grababa mientras elaboraba esos platos que muchos seguían y luego se animaban a imitar, dejándome sus comentarios.

La pasión, también quiero contarlo, continuaba intacta entre Liam y yo. Seguíamos con esa facilidad para encendernos con tan solo tocarnos, por lo que aparte de mi marido, de mi mejor amigo y de ese compañero con el que compartir la aventura del día a día, Liam seguía siendo ese amante incombustible que me llevaba a rozar el cielo con las puntas de los dedos cada vez que se lo proponía.

Mi vida no siempre fue un camino de rosas, pero Liam se encargó de colorearla y de retirar todas sus espinas, ¿qué más podía pedir?

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu